

17  
CC  
-97

AVENTUR  
DE GILBEA  
DES ANTEIL



PQ1997

.G6

S6

v.4

1791-97

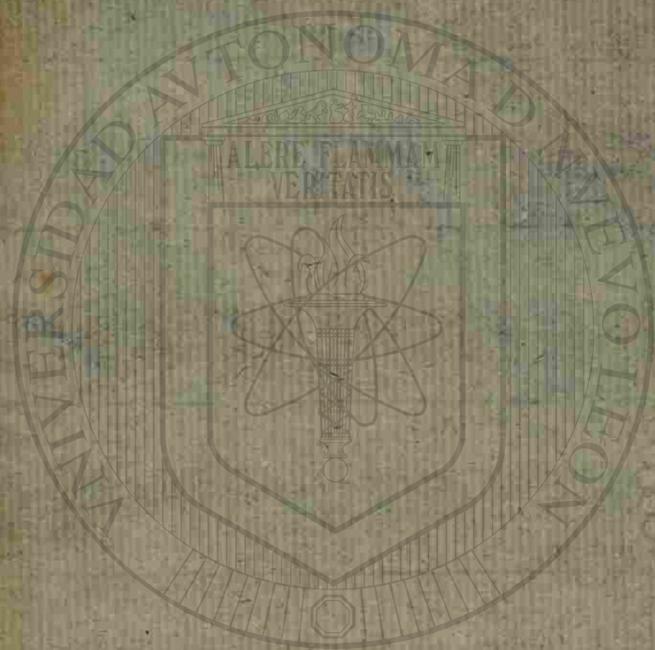
847A

LORRA



1080029609

BIBLIOTECA CENTRAL DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA CASERÍA



AVENTURAS

DE GIL BLAS DE SANTILLANA,  
TOMO CUARTO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. 847.4  
 Núm. Autor L. G. de S.  
 Núm. Adg. 34423  
 Procedencia -7-  
 Precio \_\_\_\_\_  
 Fecha May 1956  
 Clasif. Cat. \_\_\_\_\_  
 Catálogo \_\_\_\_\_

**AVENTURAS**  
 DE GIL BLAS DE SANTILLANA,  
 ROBADAS A ESPAÑA,  
 X ADOPTADAS EN FRANCIA  
**POR MONSIEUR LE SAGE,**  
 RESTITUIDAS A SU PATRIA  
 Y A SU LENGUA NATIVA  
**POR UN ESPAÑOL ZELOSO**  
*que no sufre se burlen de su nacion.*  
**TOMO CUARTO.**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
 EN MADRID: FONDO

EN LA IMPRENTA DE LA VIUDA E HIJO DE MARTÍN

AÑO DE MDCCXCVII.

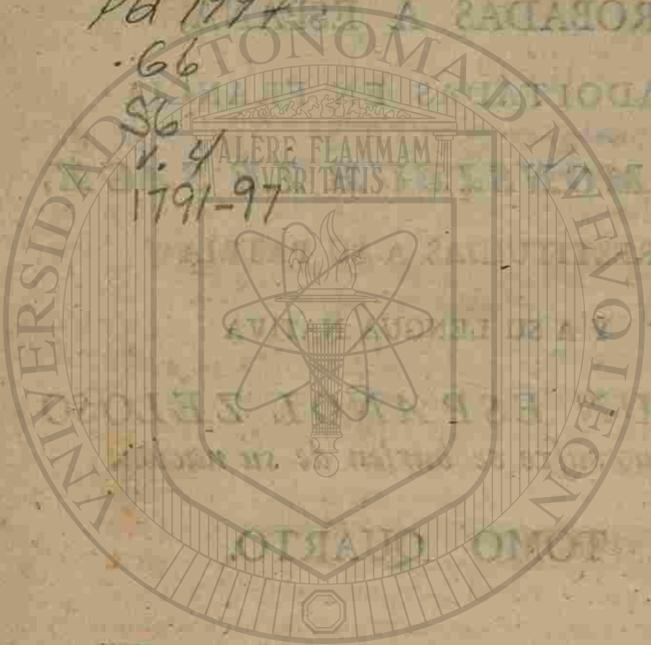
97780

34423



468  
B S

PA 1997



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO SALVADOR TOSCANO

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
400. 1025 MONTERREY, MEXICO

# AVENTURAS DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

## LIBRO DECIMO.

### CAPITULO PRIMERO.

*Partida de Gil Blas para Asturias,  
y lo que le sucedió al pasar por  
Valladolid.*

Quando me estaba disponiendo para mi viage de Asturias con Scipion, fue el Duque de Melar creado Cardenal por la Santidad de Paulo V. Deseaba este introducir el Santo Tribunal de la Inquisicion en el Reyno de Nápoles, y honró con el Capelo al primer Ministro del Rey de España para empeñarle en lograr el consentimiento y la aprobacion de aquel Monarca en tan santo intento. Los que pretendian conocer perfectamente al nuevo Cardenal hablaban de la tal creacion, como suelen hablar regularmente los quejosos y los envidiosos, no menos que los que presumen de zahories y penetrativos.

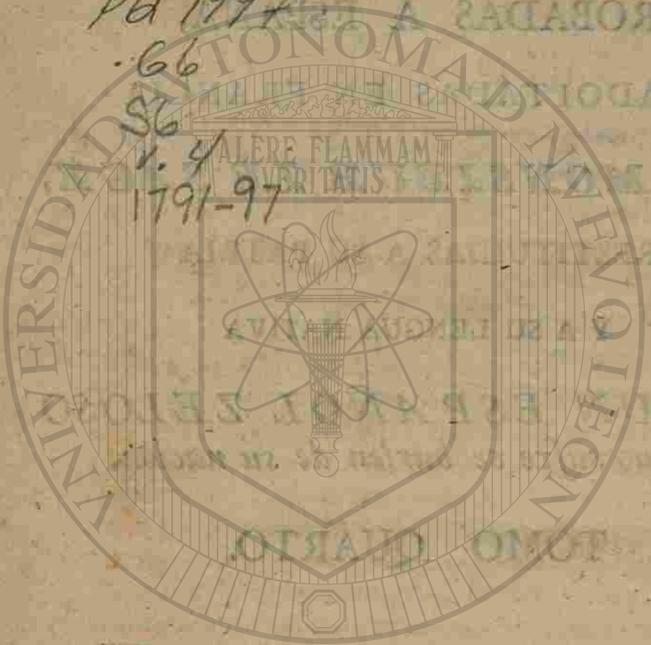
Scipion que se alegraria mas de verme en un puesto brillante de la Corte, que obscurecido en la soledad, me aconsejó que me presentara

TOMO IV.



468  
B S

PA 1997



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO SALVADOR TOSCANO

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
APO. 1025 MONTERREY, MEXICO

# AVENTURAS DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

## LIBRO DECIMO.

### CAPITULO PRIMERO.

*Partida de Gil Blas para Asturias,  
y lo que le sucedió al pasar por  
Valladolid.*

**Q**uando me estaba disponiendo para mi viage de Asturias con Scipion, fue el Duque de Melar creado Cardenal por la Santidad de Paulo V. Deseaba este introducir el Santo Tribunal de la Inquisicion en el Reyno de Nápoles, y honró con el Capelo al primer Ministro del Rey de España para empeñarle en lograr el consentimiento y la aprobacion de aquel Monarca en tan santo intento. Los que pretendian conocer perfectamente al nuevo Cardenal hablaban de la tal creacion, como suelen hablar regularmente los quejosos y los envidiosos, no menos que los que presumen de zahories y penetrativos.

Scipion que se alegraria mas de verme en un puesto brillante de la Corte, que obscurecido en la soledad, me aconsejó que me present-

TOMO IV.



2 *Las Aventuras de Gil Blas.*

tase al nuevo purpurado. Puede ser, me dixo, que su Eminencia viéndole á Vmd. fuera de la prision por orden del Rey, no quiera ya fingirse irritado contra Vmd. y que le vuelva á admitir en su servicio. Sin duda Scipion, respondí, te has olvidado de que solo conseguí la libertad baxo condicion de que dentro de un mes habia de salir de las dos Castillas. Fuera de eso, no creas que esté ya disgustado con mi hacienda y con mi casita de Liria. Ya te lo he dicho, y te lo vuelvo á repetir, que aunque el Duque de Melar me restituyese á su gracia, y me ofreciese el mismo puesto que ocupa el Baron de Roncal, todo lo renunciaria. Tengo ya tomado mi partido. Quiero ir á Oviedo, para ver á mis pobres padres, y traérmelos conmigo á las cercanías de Valencia. Pero amigo, si tú estás arrepentido de unir tu suerte con la mia, no tienes mas que hablar: estoy pronto á darte la mitad de lo que tengo, con ello te podrás quedar en Madrid, y llevar adelante hasta donde pudieres tu fortuna.

¿Cómo así? replicó mi secretario algo resentido de estas expresiones. ¿Es posible que Vmd. haya sospechado de mí que fuese capaz de tener repugnancia á seguirle en su retiro? Esa sospecha ofende mi zelo y mi amor á su persona. ¿Pues qué, Scipion, aquel fiel criado, que por darle algun alivio en sus penas estaba resuelto á encerrarse de por vida con Vmd. en el Alcazar de Segovia, éste tendrá repugnancia

*Lib. X. Cap. I.*

3

en seguirle y acompañarle en un sitio donde esperamos gozar mil delicias? No señor, no, ninguna gana tengo de desviar á Vmd. de tan acertada resolucion. Quiero confesarle una treta mia: si le aconsejé que se presentase al nuevo Cardenal fue únicamente para probarle, y ver si todavía le quedaba alguna reliquia de ambicion. Ea, pues, ya que se halla Vmd. tan desprendido de todo pensamiento de grandezas humanas, abandonemos prontamente la Corte, y vamos luego á disfrutar aquellos inocentes y deliciosos placeres que en la soledad nos hemos ideado.

Con efecto, poco despues partimos de Madrid en una calesa tirada de dos arrogantes mulas gobernadas por un mozo inteligente, que tomé por criado agregándole á nuestra familia. Dormimos el primer dia en las Rozas al pie de Guadarrama, el segundo en Segovia, donde sin detenerme á visitar al generoso Alcaide Tordesillas proseguí mi camino á Valladolid. Al descubrir esta Ciudad no me pude contener sin dar un profundísimo suspiro. Observólo mi compañero, y me preguntó la causa. Acuérdomme, hijo, le respondí, que en Valladolid exercite la medicina; y en este mismo punto me están despedazando los remordimientos de mi conciencia, temiendo que vengan á hacerme pedazos todos aquellos á quienes mi temeridad y mi ignorancia echaron en la sepultura. ¿Y eso le dá á Vmd. cuidado? replicó mi Secretario.

Sin

4 *Las Aventuras de Gil Blas.*

Sin duda, señor Gil Blas, que es Vmd. un buen hombre. ¿Pues no vé por ahí tantos doctores ancianos y reverendos que han hecho lo mismo? ¿Y piensa Vmd. que por eso tienen los mismos remordimientos? No señor, se pasean muy serenos y tranquilos, atribuyendo á violencia del mal los accidentes funestos, y haciéndose á sí mismos grande honor de los afortunados y felices.

De ese caracter, repuse yo, era el Doctor Sangredo, cuyo método seguí con la mayor fidelidad. Cada día vivía viendo perecer veinte personas en sus manos; pero vivía tan persuadido de la excelencia de sus dos específicos universales para todo género de enfermedades, conviene á saber, las sangrías del brazo y el uso del agua, que si morían los enfermos lo atribuía siempre á que habían bebido poco, ó no los habían sangrado bastante. ¡Vive Dios! exclamó Scipion, dando una tremenda carcajada, que me ha citado Vmd. un hombre original. Si tienes curiosidad de verle, repuse yo, mañana la podrás satisfacer como esté en Valladolid, y no haya muerto, lo que dudo mucho, porque ya era viejo quando le dexé, y desde entonces acá se han pasado bastantes años.

Lo primero que hicimos luego que nos apeamos en un meson fue preguntar por el tal Doctor. Supimos que aun era vivo, pero que ya no visitaba por motivo de su grande ancianidad, y le habían sucedido otros tres ó quatro Doctores, los quales estaban en grande reputación por

*Lib. X. Cap. I.*

5

por inventores de otra nueva práctica, tan perjudicial por lo menos como la de aquel. Resolvimos hacer alto el dia siguiente, ya para que descansasen las mulas, ya tambien para ver al Doctor Sangredo. Dicho dia á las diez de la mañana fuimos á su casa, y le hallamos sentado en una poltrona con un libro en la mano. Levantóse luego que nos vió, vino hácia nosotros con paso muy firme para un septuagenario, y nos preguntó, ¿qué queriamos de él, y en qué podia servirnos? ¿Pues qué, señor Doctor, le respondí yo, es posible que ya no me conoce Vmd., siendo así que tuve la fortuna de haber sido su discípulo? ¿No se acuerda Vmd. de cierto Gil Blas que en otro tiempo fue su comensal, su pasante, y aun su substituto? ¿Cómo así? me replicó, dándome un abrazo. ¿Con qué eres tú Santillana? Cierto que no te había conocido, y me alegro infinito de volverte á ver. ¿Qué te has hecho despues que nos separamos? Sin duda te habrás aplicado á la Medicina. Es cierto, le respondí, que me inclinaba grandemente á ella, pero no me lo permitieron muchas y graves razones.

Peor para tí, replicó Sangredo. Con los principios que sacaste de mi escuela á la hora de esta te hubieras hecho un habilísimo Médico, con tal que te hubieses precavido del peligroso amor á los remedios chímicos. ¡Ah hijo mio! exclamó arrancando un doloroso suspiro. ¡Y qué novedades se han introducido en la Medicina!

6 *Las Aventuras de Gil Blas.*

dicina de algunos años acá! Perdido há esta divina arte todo su honor y toda su dignidad. Esta ciencia, respetada de los hombres en todos los siglos, hoy está en poder de la temeridad, de la presuncion, de la ignorancia. Los hechós hablan, y presto levantarán el grito las mismas piedras contra el desorden de los que la practican: *lapides clamabunt*. Médicos, ó por mejor decir, Medicastros hay en esta Ciudad, que como infelices esclavos del antimonio, irán arrastrando tras el carro de su triunfo: *Currus triumphalis antimonii*. Desertores de la escuela de Paracelso, idólatras adoradores del *kermes*, curanderos de fortuna, cuya ciencia médica consiste toda en saber preparar algunas drogas chímicas. ¿Qué mas te diré? En sus métodos todo está pervertido, todo trastornado. La sangría del pie, en otros tiempos tan raras veces practicada, hoy se ha hecho ya de moda, y es la que solo se usa. Los purgantes antiguamente tan dulces y tan benignos, en nuestros dias se han mudado en un brebaje atestado de emético y de kermes. La Medicina el día de hoy no es mas que un confuso cahos, en que cada uno se toma la libertad de hacer lo que se le antoja, rotos los diques y despreciados los límites, que sabiamente nos prescribieron nuestros primeros maestros.

Aunque estaba rebentando por reir al oír aquella cómica declamacion, todavía supe contenerme, y aun hice mas. Comencé yo mismo

*Lib. X. Cap. I.*

7

á declamar contra el kermes, sin saber lo que significaba, y dí al diablo á los que le habian inventado, á salga lo que saliere. Advirtiendo Scipion quanto me divertia yo con las manías de mi antiguo amo y maestro, quiso contribuir tambien por su parte con algun cornadillo. Yo, señor Doctor, dixo á Sangredo, soy sobrino de un hermano de mi abuelo, que era Médico de la escuela antigua, y como tal pido licencia á Vmd. para deelararme contra los remedios chímicos. Mi señor tio, que Dios haya, era tan ciego parcial de Hipócrates, que riñó muchas veces con los empíricos porque no hablaban con el debido respeto del Rey de la Medicina. La buena sangre nunca se desmiente. Con lindo gusto haria yo el oficio de verdugo para ahorcar á esos ignorantes novatores, de quienes Vmd. se queja con tanta justicia, y con no menor elocüencia. ¿Qué desórdenes no causan en toda la sociedad civil esos miserables enemigos del género humano!

Esos desórdenes, replicó el Doctor, son mayores y mas funestos de lo que Vmd. piensa. De nada me sirvió publicar un libro contra esa médica carnicería, ántes bien cada día va en aumento. Los Cirujanos, cuyo gran hipo es querer hacerse Médicos, creen que verdaderamente lo son solo con saber ordenar kermes y emético, añadiendo sangrías del pie como se les pone en la cabeza. Adelántanse hasta mezclar kermes en las pócimas, y aun en los cordiales, y cátrate que

que ya se juzgan iguales á esos fabricantes de la nueva Medicina. Ha cundido el contagio hasta dentro de los mismos Claustros. Hay en ellos ciertos Frayles que pretenden hacer de Boticarios y de Cirujanos. Estos monos de los Médicos se aplican á la chímica, y saben preparar drogas perniciosas, con las cuales abrevian la vida de sus Paternidades muy Reverendas. En fin se cuentan en Valladolid mas de sesenta Conventos de Frayles y de Monjas: juzgue Vmd. ahora el destrozo que hará en ellos el kermes unido al emético y á la sangría de los pies. Señor Sangredo, dixé yo entonces, es muy justa la cólera de Vmd. contra esos públicos envenenadores, yo le acompaño en ella, y entro á la parte en su compasivo temor por la vida de los hombres, manifestamente amenazada por un método tan contrario al que Vmd. sigue. Temo que la chímica no sea algun día la ruina de la Medicina, como lo es de los Reynos la moneda falsa. Quiera el Cielo que este dia no aparezca mas pronto de lo que se piensa.

Aquí llegaba nuestra conversacion quando entró en el quarto del Doctor una criada vieja, que le traía en una bandeja un vaso y dos garrafitas de vidrio llenas una de agua y otra de vino, juntamente con unos bollitos de leche. Tomó algunos de estos, y echando en el vaso dos partes de agua y una de vino se le bebió. Aunque usó de esta precaucion, no por eso se libró de la reconvencion que yo le hice. A fe,

se-

señor Doctor, le dixé, que le he cogido á Vmd. en el garlito. ¡Vmd. beber vino! ¡Vmd. tan declarado enemigo de él, que en los dos tercios de su vida ha bebido siempre agua! ¿De cuándo acá se ha hecho Vmd. tan contrario á su propia doctrina? Ni puede excusarse con su abanzada edad; pues en una parte de sus escritos define la vejez diciendo que es *una tísica natural que poco á poco nos va consumiendo y desecando*: por señas que en virtud de esta definicion hace Vmd. graciosa burla de los que llaman al vino *la leche de los viejos*. ¿Qué responde Vmd. á esto?

Respondo, me dixo el viejo, que me reconvienes sin razon. Si yo bebiera vino puro, tu reconvencion sería justa, y me argüirias bien de inconsequente á mi método y á mi doctrina: ¿pero no reparaste en que el vino que bebí era muy aguado? Sí señor, le respondí, lo reparé, mas eso mismo me pareció otra inconsequencia, porque me acuerdo bien que Vmd. llevó muy á mal y gruñó mucho porque el Canónigo Sedillo bebió vino, aunque era tanto ó mas aguado que ese. Confiese Vmd., pues, boníticamente que al cabo conoció su error, y que el vino no es tan pernicioso como á Vmd. le parecía, con tal que se beba con moderacion.

Hallóse mi Doctor un poco sorprendido con esta réplica. No podía negar que en sus libros habia prohibido el uso del vino; y como la vanidad y la vergüenza no le permitian darme la

TOMO IV.

B

ra-

razon, no sabia el pobre qué responderme. Para sacarle de este pantano mudé de conversacion, y poco despues levanté la visita, diciéndole al despedirme que se mantuviese siempre constante en hacer la guerra á los nuevos Medicastros. Animo, señor Sangredo, le dixen, no dexen Vmd. de gritar contra el kermes, ni de perseguir á sangre y fuego la sangria de los pies. Si á pesar de su zelo y de su amor por la ortodoxia médica, la alianza empirica logra arruinar la antigua disciplina, por lo menos tendrá Vmd. el consuelo de haber hecho quanto estaba de su parte para mantener su crédito.

Quando mi secretario y yo nos volviamos á nuestro meson, divirtiéndonos con el gracioso y original carácter del tal Doctor, pasó cerca de nosotros por la misma calle un hombre como de cincuenta y cinco á sesenta años con un sombrero alicaído, la cabeza torcida, los ojos baxos, y un rosario de cuentas gordas en la mano. Miréle atentamente, y muy luego conocí que era el señor Manuel Ordoñez, aquel famoso administrador del Hospital, de quien se hizo honorífica mencion en el tomo primero de esta historia. Abordéle con grandes demostraciones de estimacion y respeto, y le saludé diciendo: servidor del señor Manuel Ordoñez, dignísimo administrador del Hospital, y el hombre mas hábil del mundo para conservar la hacienda y bienes de los pobres. Al oír estas palabras alzó los ojos, miróme fixamente, y

me respondió con grande melosidad, que queria conocerme, porque le parecia haber visto aquella cara, mas no se acordaba donde. Respondíle que yo solia ir algunas veces á su casa en tiempo que le servia un amigo llamado Fabricio Nuñez. Ahora caigo en cuenta, repuso el administrador con una risita falsa, por señas que los dos erais muy buenas alhajas, y que hicisteis admirables muchachadas. ¿Y en qué ha parado el pobre Fabricio? Siempre que me acuerdo de él me tiene con cuidado su paradero.

Precisamente para darle á Vmd. noticias suyas, repliqué yo, me tomé la licencia de detenerle ahora. Sepa Vmd. que Fabricio está en Madrid ocupado en dar á luz varias obrillas miscelaneas. ¿Qué quiere decir miscelaneas? me replicó. Quiere decir que escribe sobre diferentes materias, ya en prosa, ya en verso. Compone comedias y novelas. En suma es un mozo de ingenio, y tiene introduccion en muchas buenas casas donde es bien recibido. ¿Y cómo lo pasa con su carnicero y con su panadero? me preguntó el administrador. No muy bien, le respondí; porque aquí para entre los dos, tengo para mí que el infeliz está tan pobre como Job. Ni yo tengo en eso la menor duda, repuso Ordoñez. Haga la corte á los Grandes todo lo que quisiere; sus complacencias, sus lisonjas, y sus vergonzosas baxezas le producirán lo mismo que sus miscelaneas. Desde luego pronostico qué le verás parar en un Hospital.

Eso no me causará novedad, dixe yo, porque la poesia ha llevado muchos á él. Mejor hubiera hecho Fabricio si se hubiera mantenido á la sombra y en el servicio de Vmd. Entonces sí que á la hora de esta estaria nadando en oro. A lo menos nada le faltaria, respondió Ordoñez. Es cierto que yo le queria bien, y que poco á poco le iba ascendiendo de puesto en puesto, hasta asegurarle un sólido empleo en la casa de los pobres, quando le vino el capricho de darse á conocer por ingenio. Compuso una comedia que hizo representar por los comediantes que á la sazón se hallaban en esta ciudad, logró la aceptación, y desde aquel punto se le trastornó la cabeza al compositor. Imagínose otro Lope de Vega, y prefiriendo el humo de los aplausos á las verdaderas y ventajosas conveniencias que yo le podia proporcionar, se despidió de mi casa. En vano procuré hacerle ver que dexaba la carne por correr tras de la sombra; arrastrado del furor de escribir no hubo forma de rendirse á la razón, ni de conocer su verdadero bien. Buena prueba es de esto el criado que tomé despues que él se despidió. Aplicado únicamente á desempeñar las comisiones que le encargo, y á darme gusto en todo con ménos talento, pero con mas juicio que Nuñez, ha merecido ser colocado en un puesto del Hospital que hace á dos officios, el menor de los quales le produce lo que basta para sustentar con decencia á una numerosa familia.

## CAPITULO II.

*Prosigue Gil Blas su viage, llega felizmente á Oviedo. Estado de su familia, muerte de su padre, y lo que sucedió despues.*

Desde Valladolid nos encaminamos á Oviedo, á donde llegamos en seis dias sin la menor desgracia en el viage, á pesar del refran que dice: *huelen de lejos los vandoleros el oro de los pasajeros.* A la verdad, si hubieran oido el nuestro no habrian errado el golpe, y dos solos inquilinos de la famosa cueva habrian bastado para soplarnos nuestros doblones; porque en la Corte yo no habia aprendido á ser valiente, y mi mozo de mulas no era de humor de dexarse matar por defender la bolsa de su amo. Solo Scipion era un poco espadachin.

Apeámonos ya de noche en un meson poco distante de la casa de mi tio el Canónigo Gil Perez. Deseaba yo tener noticia del estado en que se hallaban mis parientes antes de presentarme á ellos; y para saberlo no podia encontrar quien me informase mejor que el mesonero y la mesonera, que por su officio no ignorarian cuánto pasase en el pueblo, y mucho mejor en casa de sus vecinos. Con efecto, despues de haber-

Eso no me causará novedad, dixe yo, porque la poesia ha llevado muchos á él. Mejor hubiera hecho Fabricio si se hubiera mantenido á la sombra y en el servicio de Vmd. Entonces sí que á la hora de esta estaria nadando en oro. A lo menos nada le faltaria, respondió Ordoñez. Es cierto que yo le queria bien, y que poco á poco le iba ascendiendo de puesto en puesto, hasta asegurarle un sólido empleo en la casa de los pobres, quando le vino el capricho de darse á conocer por ingenio. Compuso una comedia que hizo representar por los comediantes que á la sazón se hallaban en esta ciudad, logró la aceptación, y desde aquel punto se le trastornó la cabeza al compositor. Imagínose otro Lope de Vega, y prefiriendo el humo de los aplausos á las verdaderas y ventajosas conveniencias que yo le podia proporcionar, se despidió de mi casa. En vano procuré hacerle ver que dexaba la carne por correr tras de la sombra; arrastrado del furor de escribir no hubo forma de rendirse á la razón, ni de conocer su verdadero bien. Buena prueba es de esto el criado que tomé despues que él se despidió. Aplicado únicamente á desempeñar las comisiones que le encargo, y á darme gusto en todo con ménos talento, pero con mas juicio que Nuñez, ha merecido ser colocado en un puesto del Hospital que hace á dos oficios, el menor de los quales le produce lo que basta para sustentar con decencia á una numerosa familia.

## CAPITULO II.

*Prosigue Gil Blas su viage, llega felizmente á Oviedo. Estado de su familia, muerte de su padre, y lo que sucedió despues.*

Desde Valladolid nos encaminamos á Oviedo, á donde llegamos en seis dias sin la menor desgracia en el viage, á pesar del refran que dice: *huelen de lejos los vandoleros el oro de los pasajeros.* A la verdad, si hubieran oido el nuestro no habrian errado el golpe, y dos solos inquilinos de la famosa cueva habrian bastado para soplarnos nuestros doblones; porque en la Corte yo no habia aprendido á ser valiente, y mi mozo de mulas no era de humor de dexarse matar por defender la bolsa de su amo. Solo Scipion era un poco espadachin.

Apeámonos ya de noche en un meson poco distante de la casa de mi tio el Canónigo Gil Perez. Deseaba yo tener noticia del estado en que se hallaban mis parientes antes de presentarme á ellos; y para saberlo no podia encontrar quien me informase mejor que el mesonero y la mesonera, que por su oficio no ignorarian cuánto pasase en el pueblo, y mucho mejor en casa de sus vecinos. Con efecto, despues de haber-

14 *Las Aventuras de Gil Blas.*

berme mirado el mesonero con la mayor atencion, al cabo me conoció, y exclamó fuera de sí: por San Antonio de Padua, este señor es el hijo del buen Escudero Blas de Santillana. Sí por cierto, añadió la mesonera: el mismo es, y en verdad que apenas se ha mudado: tan espavilado como antes, y siempre con mas viveza que carnes. Paréceme que le estoy viendo quando venia á nuestra casa con el jarro á comprar vino para la cena de su tío el Canónigo.

Estaba oyendo yo esta conversacion, y dixé á la mesonera: señora María, no se puede negar que es Vmd. una muger de feliz recordacion, quiero decir, de felicísima memoria; mas por fortuna ¿no me dará Vmd. noticias de mi familia? Sin duda que mi pobre padre y mi pobre madre no deben de estar en la mejor situacion. Es esa tanta verdad, me respondió, que no podrá Vmd. figurárselos en estado mas miserable. El buen señor Canónigo Gil Perez está paralítico de la mitad del cuerpo, y naturalmente vivirá muy poco; su padre de Vmd., que de algun tiempo á esta parte vive con el Canónigo, padece un asma ó una opresion de pecho tan furiosa que vive de milagro, y está continuamente entre la vida y la muerte; y su señora madre, que tampoco goza la mejor salud, se vé precisada á estar perpetuamente asistiendo á uno y otro enfermo. Mire Vmd. que vida.

Asi que oí esta lastimosa relacion, la qual sin que yo lo pudiese impedir, me dió á conocer que



Diel. Grabe.

*Llega Gil Blas á Oriedo su Patria al tiempo que su Padre estaba en los últimos minutos de su vida*

que era hijo, dexé á Beltran en el meson para guardar mi calesa y equipage, y acompañado de mi secretario Scipion, que nunca quiso separarse de mi lado, me transferí á casa de mi tio el Canónigo. Apenas me puse delante de mi madre, quando cierta conmocion que sintió allá dentro de sí misma la hizo conocer quien era yo, aun antes de tener tiempo para exâminar y hacerse cargo de las facciones de mi cara. Hijo, me dixo tristemente, echándome los brazos al cuello, ¿vienes acaso á ver morir á tu padre? Si es así, á tiempo llegas para ser testigo de tan doloroso espectáculo. Diciendo esto me tomó por la mano, y me llevó á un quarto donde el triste Blas de Santillana, tendido en una cama, que mostraba bien la miseria de un pobre Escudero, estaba esperando exhalar en breve el último suspiro. Sin embargo, aunque rodeado ya de las sombras de la muerte, todavia conservaba algun conocimiento. Amado esposo, le dixo mi madre, aquí tienes á tu hijo Gil Blas, que te pide perdon de todos los disgustos que pudo haberte dado, y que en prenda de que se los perdonas te suplica le consueles echándole tu bendicion. Al oir esto abrió mi padre los ojos, que ya comenzaban á cerrarse para siempre: fi-xólos en mí, y conociendo, á pesar del estado en que se hallaba, que yo estaba penetrado de dolor, se enterneció tambien. Quiso hablarme, mas no pudo. Yo entonces le tomé una mano, y mientras se la estaba bañando con mis lágrimas

ex-

16 *Las Aventuras de Gil Blas.*

exhaló el último aliento, como si solo hubiera esperado á que yo llegase para espirar.

Como mi madre estaba ya tan prevenida para este lance, se affigió, sí, pero con moderacion; quizá me affigí yo mas, sin embargo de que jamas habia debido á mi padre la menor demostracion de particular cariño. Ademas que bastaba ser hijo suyo para que su muerte me fuese muy sensible, me acusaba yo á mi mismo de no haberle socorrido; y acordándome de la insensibilidad con que le habia tratado, me aborrecia á mí propio considerándome como un hijo pérfido y un monstruo de ingratitude, ó por mejor decir un verdadero parricida. Mi tio, á quien ví despues postrado en otra poco menos pobre cama, y en un estado lastimoso, me renovó el dolor y los vivos remordimientos. Hijo desnaturalizado (me decia con rubor) considera para tu mayor tormento la miseria en que se hallan tus parientes. Si los hubieras socorrido con lo mucho que te sobraba antes de la prision, quizá lograrian con ello las comodidades á que no podia alcanzar la escasa renta de la Prebenda, y de esta manera acaso alargarias la vida de tu padre.

El buen Canónigo Gil Perez se habia vuelto ni mas ni menos como un niño: el mismo conocimiento, la misma memoria, el mismo juicio. Aunque yo me habia abrazado con él, y le tenia entre mis brazos diciéndole mil ternuras, á todo se mostraba insensible. Por mas que mi ma-

*Lib. X. Cap. II.*

17

madre le decia que yo era su sobrino Gil Blas, no hizo otra cosa que mirarme fixamente y con la boca abierta sin hablar una palabra. Aun quando la sangre y el reconocimiento no me obligáran á compadecerme de un tio á quien debia tanto, bastaria solo ver á qualquier extraño en tan triste estado para traspasarme el corazon.

Durante todo este tiempo Scipion guardaba un profundo silencio, entraba á la parte en mis penas, y mezclaba mis suspiros con los suyos. Pareciéndome que despues de tan larga ausencia mi madre tendria muchas cosas reservadas que decirme, y que podia darla alguna sujecion la presencia de un hombre á quien no conocia, le retiré á aparte, y le dixé: vete hijo á descansar al meson, y déxame aquí con mi madre, que acaso creeria estar demas un hombre que no conoce, en una conversacion, que naturalmente será toda sobre negocios caseros y de familia. Retiróse Scipion para dexarnos en libertad, y efectivamente entramos mi madre y yo en una conversacion que duró toda la noche. Recíprocamente nos dimos fiel cuenta de todo lo que á uno y á otro nos habia sucedido desde mi partida de Oviedo. Ella me hizo menuda y circunstanciada relacion de todos los disgustos que habia tenido en las diferentes casas donde habia servido de dueña ó ama de llaves, en cuyo asunto me confió muchas cosas que me alegré no las hubiese oido mi secretario, sin embargo de no tener yo cosa reservada para él.

Verdad es, con licencia del respeto que debo á mi señora madre, que la buena muger era un sí es no es demasidamente prolixa en sus relaciones, y pudo muy bien haber ahorrado las tres partes de su historia, suprimiendo las digresiones y circunstancias inútiles que me embocó en ella.

Acabó su relacion, y yo dí principio á la mia. Recorrí ligeramente todas mis aventuras; pero quando llegué á la visita que me habia hecho en Madrid el hijo de Beltran Moscada, el especiero de Oviedo, me pareció conveniente extenderme un poco en este pasage. Confieso, señora, dixé á mi madre, que recibí con mala gracia al tal mozo, el qual por vengarse no dexaria de hablaros muy mal de mí. Así es, me respondió. Díxonos que te habia encontrado tan embriagado y tan altivo con el favor del Ministro, que apenas te habias dignado conocerle, y que quando te habló de las miserias que estábamos padeciendo, le oiste con la mayor frialdad. Pero como los padres y las madres procuramos siempre escusar á nuestros hijos, no pudimos creer que tuvieses tan duro y tan ingrato corazon. Tu venida á Oviedo justifica la buena opinion que teniamos de tí, y la acaba de confirmar el dolor de que te vemos penetrado.

Me hace mucho favor, respondí yo, ese buen concepto que á Vmd. debo. Lo que digo es que en la relacion del especiero hubo bastante verdad. Quando me vino á ver estaba embria-

bragado con mi fortuna, y la desmesurada ambicion no me dexaba tiempo para pensar en mis parientes. Hallándome en esta disposicion no es de admirar que recibiese mal á un hombre rústico y sin crianza, que luego que me vió me saludó tosca y bestialmente diciéndome que habia oido como yo era un hombre mas rico que un judío, y que venia á aconsejarme que enviase á Vmds. algun dinero, respecto á que se hallaban en grande necesidad, y aun se atrevió á darme en cara en términos nada comedidos, con mi frialdad ó indiferencia para mi familia. Abochornóme el atrevimiento de aquel mozuelo aturdido, y cogiéndole por el brazo le eché á empujones fuera de mi quarto. Confieso que me porté mal en aquella ocasion, y que debiera haberme acordado de que no era culpa vuestra que el tal Moscada fuese un mozo sin juicio y sin crianza, considerando que el consejo era bueno, aunque hubiese sido tan grosero el modo de dármelo.

Todo esto se me ofreció un momento despues que habia echado de mí al atolondrado mozo. Hizo la sangre su oficio, y me acordé de las obligaciones que tenia á mis parientes, avergoncéme de haber cumplido tan mal con ellas; remordiome mucho la conciencia, pero no pretendo hacerme gran mérito de aquellos remordimientos, porque inmediatamente los sufocaron la ambicion y la avaricia. Poco despues fui arrestado por orden del Rey, y conducido

preso al Alcazar de Segovia. Allí caí gravemente enfermo, y aquella afortunada enfermedad es la que á Vmds. les restituye su hijo. Si por cierto: mi enfermedad y mi encierro fueron las que hicieron recobrar á la naturaleza todos sus derechos, no solo desprendiéndome de la Corte, sino poniéndome horror á ella. Hoy solo suspiro por la soledad, y he venido á Asturias únicamente con el fin de suplicar á Vmd. quiera venirse en mi compañía á disfrutar juntos la quietud y las dulzuras de una vida retirada. Si Vmd. admite mi proposicion, la conduciré conmigo á una posesion que tengo en el Reyno de Valencia, donde espero lo pasarémos con toda comodidad. Ya podrá Vmd. conocer que mi ánimo era llevar tambien conmigo á mi padre; mas ya que Dios ha dispuesto otra cosa, logre yo siquiera la satisfaccion de poseer á mi querida madre, para reparar en quanto sea dable con todas las posibles atenciones, el tiempo que perdí sin servirles de nada.

Quedo muy agradecida á tu loable intencion, respondió mi madre, y sin duda alguna me iria contigo á no estar por medio algunas dificultades que me parecen insuperables. En primer lugar no puedo abandonar á tu tio en el mal estado en que se halla; despues de eso habiéndome criado siempre en este pais, irme á vivir á otro tan distante al cabo de mis años, pide gran consideracion, y no es cosa para resuelta de repente. Por ahora solamente debe-

bemos pensar en los funerales de tu padre. Ese cuidado, la respondí, le encargaremos á mi secretario, mozo de espíritu, de zelo, y sobre todo activo y despejado, en quien podemos seguramente descansar y descuidar.

No bien habia pronunciado estas palabras quando entró Scipion, habiendo ya amanecido. Preguntónos si podia servirnos de algo en las circunstancias en que nos hallábamós. Respondíle que llegaba muy á tiempo para encargarse de un negocio importante que pensaba encomendarle. Luego que se impuso de lo que yo le queria: basta, dixo, ya tengo ideada acá en mi cabeza toda la ceremonia de los funerales, y Vmds. podrán seguramente fiarse de mí. Pero guárdate bien, añadió mi madre, de pensar en un entierro que tenga el menor ayre de pompa ó magnificencia: por modesto que sea nunca lo será demasiado para mi querido esposo, á quien toda la ciudad conoce por un hombre honrado sí, pero muy pobre. Señora, respondió Scipion, aunque hubiera sido mucho mas miserable de lo que era, no por eso rebaxaré un punto de lo que tengo ya ideado. En el funeral del difunto solo debo tener presentes las circunstancias de mi amo. El padre de un favorecido del Duque de Melar, y mas hallándose presente este hijo suyo, debe ser enterrado noblemente.

Parecióme muy bien este modo de pensar de Scipion, y no solamente se lo aprobé, sino que le dixé no perdonase al dinero para ponerle en

en execucion, reconociendo que con este motivo habia despertado en mí algun movimiento de la antigua vanidad. Imaginéme que haciendo este gasto por un padre que nada me dexaba, admirarian todos mi filial amor, y mi magnánima generosidad. Ni mi madre por su parte, á pesar de su gran modestia, dexaba interiormente de complacerse de que su marido fuese enterrado con esplendor. Dimos, pues, firma en blanco á Scipion para que hiciése lo que juzgase mas conveniente; y él sin perder tiempo partió á dar las disposiciones necesarias para un soberbio y suntuoso entierro.

Saliéronle demasíadamente bien. Celebráronse unas exêquias tan magníficas que indispusieron contra mí la ciudad y arrabales. A todos los vecinos de Oviedo, desde el mayor hasta el menor, chocó infinito mi vana ostentacion. Este Ministro de la noche á la mañana, decian unos, tiene dinero para enterrar á su padre, y no lo tuvo para mantenerle. Mejor le fuera, decian otros, haber tenido mas amor á su padre vivo, que hacerle tantas honras quando muerto. En fin ninguna lengua estuvo ociosa, ni pecó de corta; cada una disparaba su saeta. No paró en esto el negocio: quando salimos de la Iglesia, así á mí como á Scipion y á Beltran nos cargaron de injurias, acompañándonos hasta nuestra casa las befas y la griteria de los muchachos, los quales siguieron á Beltran á pedradas hasta el meson. Para disipar la canalla que

se

se habia juntado delante de la casa de mi tio fue menester que mi madre se asomase á una ventana, y asegurase á todos que estaba muy contenta de mí. No faltaron otros que corrieron al meson donde estaba mi calesa para hacerla mil pedazos, como infaliblemente lo hubieran executado si el mesonero y la mesonera no hubieran hallado modo de sosegar aquellos hombres furiosos, y disuadirles de tal intento.

Todas estas afrentas, efecto de lo que habia hablado de mí el mozo Beltran en toda la ciudad, me abochornaron tanto, y me inspiraron tanta aversion á mis paisanos, que resolví salir quanto antes de Oviedo, donde, á no haber sido esto, sin duda me hubiera detenido algun tiempo mas. Díxelo así á mi madre claramente, y como no estaba menos sentida que yo, viendo lo mal que me habia recibido mi país, no se opuso á mi resolucion. Solo se trató del modo de gobernarnos en adelante. Madre, la dixé, ya que Vmd. no puede abandonar á mi tio, ni eso sería razon, no debo insistir en que se venga conmigo; pero como, segun todas las señales, no puede estar muy distante el fin de sus trabajos, deme Vmd. palabra de que luego que Dios disponga de él se vendrá á vivir en mi compañía.

Esa palabra, hijo mio, no te la daré; yo quiero pasar en Asturias los pocos dias que me restaren de vida, y vivir en mi país con total independenciam. ¿Pues qué, señora? la repliqué yo,

yo, ¿no vivirá Vmd. en mi casa con la misma? ¿No será Vmd. absoluta dueña de ella? No lo sé, hijo mio, me respondió: tú te enamorarás de alguna niña linda; te casarás con ella, será mi nuera, y yo la señora suegra, por lo que ni ella ni yo podremos vivir juntas en paz. Vmd., la repliqué, se anticipa demasiado á prevenir los disgustos que quizá nunca sucederán. Yo por ahora ningun pensamiento tengo de casarme; pero si en algun tiempo me viniere la gana, esté Vmd. cierta de que obligaré á mi muger á que en todo y por todo esté sujeta al gusto, y á la voluntad de Vmd. Te obligas temerariamente á una cosa (repusó mi madre) que nunca podrás cumplir. Antes bien no me atreveria yo á jurar, que si entre la suegra y la nuera se suscitase alguna diferencia, no te declarases tú á favor de la muger primero que de la madre.

Señora, habla Vmd. como un oráculo, dixo mi secretario, introduciéndose en la conversacion. Soy del mismo parecer que Vmd. Las nueras dóciles son *rara avis in terris*. Así, pues, para que Vmd. y mi amo queden contentos, ya que absolutamente no quiere Vmd. salir de Asturias, será menester que mi amo la señale una renta anual de cien doblones, la que yo me encargo de traer todos los años á Oviedo, y por este medio la madre y el hijo estarán muy satisfechos el uno del otro á doscientas leguas de distancia. Aprobaron la proposición las dos partes interesadas, y yo anticipé desde luego la primera paga por

por el primer año, con lo qual pude partir de Oviedo el dia siguiente antes de amanecer, por miedo de que el populacho no me echára fuera de la ciudad como á San Estevan. Este fue el recibimiento que me hizo mi amada patria. Admirable leccion para aquella especie de gentes del comun, que habiendo hecho fortuna fuera de su pais, restituidos á él, quieren figurar como sugetos de importancia.

## CAPITULO III.

*Parte Gil Blas al Reyno de Valencia, y llega en fin á Liria. Descripcion de aquella casa, cómo fué recibido en ella, y las gentes que allí encontró.*

Tomamos el camino de Leon, y despues el de Palencia, de manera que al cabo de quinze jornadas entramos en Segorve, de donde al dia siguiente por la mañana llegamos á Liria, que solo dista tres leguas de aquella ciudad. Advertí que conforme nos íbamos acercando, iba observando mi secretario con la mayor atencion todas las quintas que á diestra y á siniestra se ofrecian á la vista. Luego que veía alguna que le parecia bien, me decia, alegrárame que fuera aquel nuestro retiro.

yo, ¿no vivirá Vmd. en mi casa con la misma? ¿No será Vmd. absoluta dueña de ella? No lo sé, hijo mio, me respondió: tú te enamorarás de alguna niña linda; te casarás con ella, será mi nuera, y yo la señora suegra, por lo que ni ella ni yo podremos vivir juntas en paz. Vmd., la repliqué, se anticipa demasiado á prevenir los disgustos que quizá nunca sucederán. Yo por ahora ningun pensamiento tengo de casarme; pero si en algun tiempo me viniere la gana, esté Vmd. cierta de que obligaré á mi muger á que en todo y por todo esté sujeta al gusto, y á la voluntad de Vmd. Te obligas temerariamente á una cosa (repusó mi madre) que nunca podrás cumplir. Antes bien no me atreveria yo á jurar, que si entre la suegra y la nuera se suscitase alguna diferencia, no te declarases tú á favor de la muger primero que de la madre.

Señora, habla Vmd. como un oráculo, dixo mi secretario, introduciéndose en la conversacion. Soy del mismo parecer que Vmd. Las nueras dóciles son *rara avis in terris*. Así, pues, para que Vmd. y mi amo queden contentos, ya que absolutamente no quiere Vmd. salir de Asturias, será menester que mi amo la señale una renta anual de cien doblones, la que yo me encargo de traer todos los años á Oviedo, y por este medio la madre y el hijo estarán muy satisfechos el uno del otro á doscientas leguas de distancia. Aprobaron la proposición las dos partes interesadas, y yo anticipé desde luego la primera paga por

por el primer año, con lo qual pude partir de Oviedo el dia siguiente antes de amanecer, por miedo de que el populacho no me echára fuera de la ciudad como á San Estevan. Este fue el recibimiento que me hizo mi amada patria. Admirable leccion para aquella especie de gentes del comun, que habiendo hecho fortuna fuera de su pais, restituidos á él, quieren figurar como sugetos de importancia.

## CAPITULO III.

*Parte Gil Blas al Reyno de Valencia, y llega en fin á Liria. Descripcion de aquella casa, cómo fué recibido en ella, y las gentes que allí encontró.*

Tomamos el camino de Leon, y despues el de Palencia, de manera que al cabo de quinze jornadas entramos en Segorve, de donde al dia siguiente por la mañana llegamos á Liria, que solo dista tres leguas de aquella ciudad. Advertí que conforme nos íbamos acercando, iba observando mi secretario con la mayor atencion todas las quintas que á diestra y á siniestra se ofrecian á la vista. Luego que veía alguna que le parecia bien, me decia, alegrárame que fuera aquel nuestro retiro.

No sé, amigo Scipion, le dixé, qué idea te has formado de nuestro campestre tugurio. Si te le figuras como una cosa magnífica, como el palacio de un gran señor, desde luego te digo que quedarás muy burlado, porque te engañas enormemente. Si no quieres que tu imaginación haga despues burla de tí, figúrate aquella casa campestre que Mecánas regaló á Horacio, situada en el país de los Sabinos á la orilla del Tiber. Haz cuenta que Don Alfonso me hizo un regalo muy semejante á aquel. Segun eso, replicó Scipion, solo debo esperar que tendremos por albergue una cabaña. Acuérdate, repuse yo, que siempre te hice una descripción muy modesta del sitio y de la casa; y si quieres juzgar desde luego de la fidelidad de mi pintura, vuelve los ojos hacia el rio Guadalaviar. ¿No ves cerca de él aquella Aldegüela de nueve á diez casas, y entre ellas un edificio mas alto con quatro torres en figura de pabellones? pues ese es nuestro palacio.

¡Cómo diablos! exclamó admirado Scipion. Aquel edificio es una joya. Además del ayre de nobleza que le dan los pabellones, la fábrica es una cosa grande, y está situado en un país mas delicioso que los mismos contornos de Sevilla, llamados el Paraiso terrenal. El sitio no podía ser mas de mi gusto aunque nosotros mismos le hubiéramos escogido. Riégale un rio con sus aguas, y un espeso bosque vecino á él está brindando con su apacible sombra, aun en

en lo mas vivo y mas ardiente del sol á quien desea gozarla. ¡Oh qué amable soledad! ¡Ah señor! todas las trazas son de que la disfrutaremos por largo tiempo. Me alegro mucho, le respondí, de que te guste tanto la situacion de nuestro retiro, y de que tan presto te hayas hecho cargo de sus apreciables conveniencias.

Divertidos en esta conversacion llegamos finalmente á la casa, cuyas puertas se nos franquearon de par en par luego que dixo Scipion como yo era el señor Gil Blas de Santillana, que venia á tomar posesion de su hacienda. Al oír un nombre tan respetable para aquellas gentes, se dexó entrar la calesa en un espacioso patio, donde inmediatamente eché pie á tierra, y apoyándome gravemente sobre el hombro de Scipion, entré en una sala, en donde no bien habia llegado quando se me presentaron siete ú ocho criados, diciendo que venian á ofrecermé sus reverentes obsequios, y á reconocerme y obedecermé como á su nuevo amo y señor. Que Don Cesar y Don Alfonso los habian nombrado y escogido para que me sirviesen, uno de cocinero, otro de sota-cocinero, otro de pillo de cocina, otro de portero, y los demas de lacayos, con severa prohibicion á todos de recibir de mí salario alguno, porque aquellos señores querian tomar de su cuenta todos los gastos de mi familia. El principal de estos criados, y que como tal llevaba la palabra, era el cocinero, el qual se

llamaba Joaquin. Díxome que habia hecho una buena provision de los mejores vinos de España, y que por lo que tocaba á la disposicion de la comida, habiendo tenido el honor de servir por espacio de seis años en la cocina del Señor Arzobispo de Valencia, esperaba componer unos platos que excitasen mi apetito; y en fé de esto añadió, voy á dar á V. S. una prueba de mi gusto en punto de cocinar. Mientras tanto podrá V. S. pasearse un poco hasta la hora de comer, y visitar todos los quartos y piezas de la casa para reconocer si están con la decencia correspondiente al decoro del nuevo dueño que las ha de habitar y servirse de ellas.

Considera el lector si me haria mucho de rogar para emprender desde luego ésta visita. Scipion, á quien no picaba menos que á mí la curiosidad de verlas, me fue conduciendo de sala en sala y de quarto en quarto, de manera que en breve tiempo recorrimos toda la casa de arriba á baxo. Ningun rincón se escapó á nuestra curiosidad, por lo menos así nos lo pareció; y en todos ellos hallé motivo para admirar la gran bondad de Don Cesar y de su hijo para conmigo. Entre otras cosas me dieron golpe dos espaciosas salas simétricamente adornadas con unos muebles que sin llegar á ser magníficos eran de un fino y muy delicado gusto. Estaba la una entapizada con unos lienzos de Flándes, y se veía en ella una gran-

grande y muy aseada cama con colgadura ó pabellon de terciopelo carmesí, que se conservaba bella y brillante, sin embargo de haberse fabricado quando los Moros ocupaban el Reyno de Valencia. No eran de menos gusto los muebles de la otra sala. Cubrian sus paredes varios paños de damasco Ginoves color de yema, y de la misma tela era la colgadura de la cama y las fundas de las sillas y taburetes que se veían distribuidos por toda la sala con aseó, propiedad y simetría.

Despues de haber examinado bien todas las cosas, mi secretario y yo volvimos á la sala, donde hallamos ya puesta la mesa con dos cubiertos. Sentámonos á ella, y al punto se nos sirvió una olla podrida tan sazónada y deliciosa, que nos dió lástima el Arzobispo de Valencia por haber perdido al valiente cocinero que la habia sazonado. Verdad es que las buenas ganas que teníamos pudieron contribuir mucho á que nos pareciese tan exquisita y regalada. Casi á cada bocádo que comiamos nos presentaron mis criados y lacayos de nueva impresion unos grandes vasos llenos hasta el borde de un vino generoso de la Mancha. No atreviéndose Scipion á manifestar en presencia de los criados el extraordinario gozo que interiormente sentia, me le daba á entender con ciertas miradas grandemente picoteras, y yo le correspondia declarándole el mio con otras ojeadas nada menos habladoras. Arrimamos la olla podrida, quan-

quando se nos presentó el asado, que consistia en dos grandes codornices que flanqueaban un grueso y tierno lebracho; acometimosle como dos hombres famélicos; y habiendo comido y bebido á proporcion, nos levantamos de la mesa para ir al jardin á oearnos algun tanto, y dormir un poco de siesta en algun sitio sombrío y delicioso.

Si mi secretario se habia mostrado tan satisfecho y contento de todo lo que habia visto hasta entonces, no quedó menos encantado á la vista del jardin. Parecióle digno de compararse á los de Aranjuez. Don César, que de quando en quando hacia sus excursiones á Liria, habia tenido gran cuidado de promover su cultivo y su belleza. Todas las calles estaban muy limpias y arenadas con particular esmero; sus orillas bordeadas de citrones, limoneros y naranjos; en medio del jardin un gran estanque de blanquisimo jaspe, en cuyo centro se elevaba un hermoso pedestal de la misma materia, sobre el qual se representaba sentado un corpulento leon de bronce que arrojaba copiosos chorros de agua, y añadiéndose á esto la hermosura de las flores y la diversidad de las frutas, eran todos espectáculos que tenian embelesado á Scipion; pero lo que mas le encantó fue una muy larga calle de árboles arqueados y entretexidos en figura de bóveda, cuyas verdes y espesas hojas la cubrian de una apacible sombra, sin permitir la entrada al mas mínimo rayo del sol en

en lo mas vivo y ardiente del mediodia. Dando mil elogios á un sitio tan propio para servir de asilo contra el calor, nos sentamos al pié de un olmo donde el sueño acudió presto á sorprehender dos hombres, que sobre bien comidos y bien bebidos estaban no poco necesitados de reposo despues de tan largo viage.

Dos horas despues nos despertó el ruido de algunos escopetazos disparados tan cerca de nosotros que efectivamente nos sobresaltaron. Levantámonos precipitadamente, y para informarnos mejor de lo que era fuimos á casa del Labrador á cuyo cargo estaba la custodia y el cultivo de aquel sitio. Allí encontramos otros ocho ó diez labradores, vecinos de aquella pequeña Aldea, que se habian juntado á disparar al ayre, y al mismo tiempo limpiar sus arcabuces para celebrar y festejar nuestra venida. La mayor parte de ellos me conocia ya por haberme visto algunas veces en aquel sitio quando era mayordomo de la casa de Leiva. Luego que me descubrieron echaron á volar por el ayre monteras y sombreros, gritando todos á un mismo tiempo: ¡Viva nuestro nuevo amo y señor! Sea bien venido á este su lugar de Liria. Diciendo esto volvieron á cargar sus escopetas, y me saludaron con una descarga general. Recibilos con el mayor agrado que me fue posible, pero sin descomponer mi gravedad, porque no me pareció conveniente familiarizarme demasiado con ellos. Ofrecíles mi pro-

proteccion, y los dexé veinte escudos para refrescar: expresion que no fué la menos bien recibida, ni la menos celebrada entre todas las demas señales que les habia dado de mi agradecimiento. Retiréme despues con mi secretario mientras ellos se divertian en echar mas pólvora al ayre, y nos paseamos por el bosque hasta la noche, sin cansarnos la uniforme vista de los árboles; tanto nos divertia, y tanto nos embelesaba el gusto de vernos en nuestra nueva posesion.

Durante nuestro paseo no estaban ociosos el cocinero, su ayudante ni el galopin. Ocupábanse todos tres en disponernos una cena superior á la comida; tanto que quando volvimos del paseo y entramos en la sala donde habiamos comido, quedamos admirados viendo poner en la mesa un plato con quatro perdicillas asadas, una cazuela de tiernos gazapillos, y en otra un capon cebado, y guisado á la francesa, sirviendo de entreplatos orejas de puerco compuestas delicadamente, pollos rebozados, y un plato de crema de chocolate. El vino de pasto era de Lucena, y ademas de él probamos otros excelentes. Quando nos pareció que ya no podiamos comer ni beber mas sin peligro de la salud, solo pensamos en irnos á la cama. Mis lacayos tomaron dos velas y me conduxeron al mejor quarto. Ayudáronme á desnudar, y luego que me echaron áuestas la bata, y me pusieron el gorro de dormir,

mir, les dixé en tono autorizado y señóril: retiraos que no os he menester para lo demas.

Saliéronse todos quedándome solo con Scipion para discurrir un poco con él. Preguntéle qué juicio hacia de lo que se estaba executando conmigo por orden de los señores de Leiva. Respondióme: por vida mia, señor, me parece no ser posible hacerse mas, y solamente deseo que esto dure mucho. Pues yo no lo deseo, le repliqué: no debó permitir que mis bienhechores hagan tantos gastos por mí, porque esto seria abusar de su generosidad. Fuera de eso, tampoco me puedo acomodar á tener criados asalariados por otros, pues bastaria esto para parecerme que no estaba en mi propia casa. A todo esto se añade que yo no me he retirado aqui para meter tanto ruido ni vivir con tanto aparato. ¿Qué necesidad tenemos de tantos criados? Bástanos Beltran, un cocinero, un mozo de cocina y un lacayo. Sin embargo de que á mi secretario no le pesaria el vivir siempre á costa del Gobernador de Valencia, todavia no quiso ó no se atrevió á desaprobarme mi honrada delicadeza en este punto; antes bien conformándose con mi dictamen, aprobó y alabó mucho mi modo de pensar en orden á la reforma que pensaba hacer. Quedó esto decidido, y él se salió de mi quarto para retirarse al suyo.

## CAPITULO IV.

*Parte á Valencia, visita á los señores de Leiva; la conversacion que tuvo con ellos, y la buena acogida que le hizo Doña Serafina.*

Acabé de desnudarme, metíme en la cama, y viendo que ninguna gana tenia de dormir, me abandoné á mis reflexiones. Lo primero que se me representó fue el amor y la generosidad con que los Señores de Leiva pagaban la inclinacion y la lealtad con que yo me habia dedicado á servirlos en todas ocasiones; y penetrado vivamente de las continuas pruebas que cada dia me daban de aquel amor y agradecimiento, resolví partir el dia siguiente á visitarlos y á darles mil gracias por tan excesivas y estimables finezas. Al mismo tiempo lograba el particular gusto de ver quanto antes á la hermosa Serafina, primer movil de los grandes beneficios que debia á todos aquellos señores; bien que este gusto se templaba mucho considerando los ojos con que me miraria su camarera la señora Lorenza, acordándose del lance de la bofetada. Fatigada la imaginacion con todas estas especies, me quedé finalmente dormido, y no

disperté hasta que comenzó á dexarse ver el sol al dia siguiente.

Salté luego de la cama, y enteramente ocupado el pensamiento en el viage que meditaba, tardé poco en vestirme. Aun no bien habia acabado de hacerlo, quando mi secretario entró en mi quarto. Scipion, le dixé, ahora mismo estaba pensando en partir á Valencia sin la mas mínima detencion, y sin duda lo aprobarás. No puedo dilatar un momento la indispensable obligacion de presentarme á unos señores á quienes debo todo lo que estoy gozando; cada instante de voluntaria dilacion en el cumplimiento de tan preciso deber me acusa de ingratitude. A tí te dispenso el que por ahora me acompañes en este viage; quédate aquí durante mi ausencia, que no pasará de ocho dias. Vaya Vmd. con Dios, me respondió, y cumpla como es razon con Don Alfonso y con su padre; ambos me parecen dos señores muy agradecidos á los que les sirven con zelo, y á todo lo que se hace por ellos: virtud tan rara en las personas de su calidad, que no alcanzan todas las demostraciones del respeto y de la atencion para corresponder dignamente á lo que ella se merece. Dí orden á Beltran para que dispusiese la calesa mientras yo tomaba chocolate. Hecha esta diligencia monté y partí dexando mandado á mis criados que sirviesen y obedeciesen á mi secretario, ni mas ni menos como á mi misma persona.

En menos de quatro horas llegué á Valencia,

cia, y fui derecho á apearne en las caballerizas del Gobernador. Dexé en ellas mi equipage, hice que me enseñasen el quarto de Don Alfonso, donde se hallaba á la sazón su padre Don Cesar. Abrí yo mismo la puerta y me entré sin ceremonia, diciendo que los criados de casa no enviaban recado delante, ni pedian licencia para presentarse á sus amos, y así que allí tenían sus Señorías un criado antiguo de la casa, que venia á rendirles sus respetos. Diciendo esto iba á arrodillarme para besarles la mano, pero ellos no me lo permitieron; levantáronme en el mismo acto de inclinarme, y uno y otro me estrecharon entre sus brazos con las mas vivas señales de amor y de alborozo. ¿Y bien, querido Santillana (me preguntó Don Alfonso) has ido ya á Liria y tomado posesion de tu hacienda? Sí señor, le respondí, por señas que vengo con la pretension de que V. S. se sirva permitirme que se la restituya. ¿Pues por qué? me replicó medio turbado. ¿No te gusta? ¿ó has encontrado en ella alguna cosa que no te acomode? Nada menos, respondí: por lo que toca á la posesion me encanta y me gusta infinitamente; pero lo que no me acomoda es tener cocineros de Arzobispos, y tres veces mas criados de los que he menester, ocasionando á V. S. un gasto tan crecido como superfluo, y que desdice mucho de mi persona.

Si hubieras aceptado (me respondió) la pension de dos mil ducados que te ofrecimos en

Ma-

Madrid, nos hubiéramos contentado con regalarte esa casa alhajada como está; pero habiéndola tú rehusado, nos pareció que en recompensa debiamos hacer lo que hicimos. Señor, le repliqué, eso es demasiado; bastaba que V. SS. me hubiesen favorecido solamente con la hacienda para llenar todos mis deseos. Ademas de lo mucho que costaria á V. SS. mantener tanta gente inutil para mi servicio, protesto con la mayor seriedad que una familia tan numerosa me incomodaria mucho, y me daria gran sujecion. En suma, señores, (concluí) ó V. SS. se vuelvan á la posesion de su quinta, ó denme licencia para que yo la disfrute y use de ella á mi modo. Pronuncié estas últimas palabras con tanta viveza y resolucion, que padre é hijo, los quales de ningun modo pretendian violentarme, me dexaron en toda libertad para que me gobernase y dispusiese de la casa como mejor me pareciese.

Repetíles mil gracias por el nuevo beneficio que me hacian, reputando por tal el permiso que me daban; y queria proseguir, pero Don Alfonso me interrumpió diciendo: Santillana, quiero presentarte á una dama, que sin duda tendrá particularísimo gusto de verte; y diciendo y haciendo me tomó por la mano, y me condujo al quarto de Serafina, la qual luego que me vió prorumpió en un grito de alegría. Señora, la dixo el Gobernador, creo que no será menos gustoso para vos de lo que ha sido para mí

®

mi el arribo á Valencia de nuestro Santillana. Creo, respondió ella prontamente, que tambien el mismo Santillana estará muy persuadido á eso. No ha sido capaz el tiempo, ni lo será jamas de borrar de mi memoria el gran servicio que me hizo: á esto se añade la nueva obligacion que le tengo, y el reconocimiento que le profeso por el reciente servicio que os hizo. Respondí á mi señora la Gobernadora, que estaba mas que suficientemente pagado el peligro que corrí juntamente con los demas que me ayudaron á librarla, exponiendo mi inutil vida por asegurar la suya, tanto mas importante que la mia; y despues de una larga cadena de recíprocos cumplimientos á este tenor, Don Alfonso me sacó del quarto de su muger, y me llevó á una gran sala donde se hallaba Don Cesar acompañado de muchos caballeros que estaban aquel dia convidados á comer.

Saludáronme todos con la mayor afabilidad y cortesania, y á competencia me hicieron mil finezas luego que supieron por Don Cesar que yo habia sido uno de los primeros y mas confidentes secretarios del Duque de Melar. Quizá tampoco ignoraría la mayor parte de ellos que Don Alfonso habia obtenido á influxo mio el Gobierno de Valencia, porque al cabo todo se viene á saber. Sea de esto lo que fuere, luego que nos sentamos á la mesa solo se habló del nuevo Cardenal; unos le alababan sin medida ensalzándole hasta las nubes, y yo fuese de veras

ó por política afectacion; otros contextaban á aquellos elogios, y aun añadían algunos mas, pero entre dientes, y como se suele decir con la boca chica. Luego conocí que estos y aquellos solo andaban buscándome la boca para que los divirtiese á costa del Cardenal. De buena gana hubiera dicho lo que pensaba, pero contuve la lengua, y solo contexté á la conversacion con pocas palabras, bien pensadas, y en términos muy generales, lo que me hizo pasar en el concepto de aquellos caballeros por un mozo discreto, prudente y de mucho juicio.

Concluida la comida y levantados los manteles se retiraron los convidados cada uno á dormir la siesta. Don Cesar y su hijo llamados de la misma costumbre ó sea necesidad, se encerraron en sus respectivos quartos. Yo con la curiosidad de ver quanto antes una Ciudad que tanto habia oido alabar, salí del Palacio del Gobernador con ánimo de pasear las calles. Encontré en la misma puerta un hombre que apenas me vió se acercó á mí y me dixo: ¿me dará licencia el Señor de Santillana para que yo le salute? Preguntéle quién era? Soy, me respondió, el ayuda de cámara del señor Don Cesar, y era su lacayo quando su merced era mayordomo de la casa. Todas las mañanas iba al quarto de su merced, y siempre me hacia mil favores. Informábale de todo lo que pasaba en Palacio; y bien se acordará su merced que un dia le dixe como el cirujano de Leiva se introducía secreta-

tamente en el quarto de la dueña, que se llamaba la señora Lorenza Séfora. De eso me acuerdo muy bien, le respondí, ¿y en qué paró esa pobre muger? ¿En qué habia de parar? repuso él. Luego que su merced partió, cayó mala de pasión de ánimo, y al cabo murió mas llorada de la ama que del amo.

Después que el ayuda de cámara me informó del triste fin de Séfora se despidió de mí, pidiéndome perdon de lo que me habia detenido, y me dexó proseguir mi camino. No pude menos de dar algun suspiro acordándome de la desdichada dueña, y echándome la culpa de su desgracia, siendo así que verosimilmente sería obra de su cancer aun mas que de mi desvío.

Observaba con gusto en la Ciudad todo lo que me parecia digno de ser notado. Gustáronme mucho algunos edificios públicos, pero lo que me llevó toda la atención fue una gran casa que descubrí á lo lejos, donde ví que entraba mucha gente. Acerquéme para informarme mejor por qué era aquel gran concurso de hombres y mugeres, y presto salí de mi curiosidad, leyendo sobre la puerta un rótulo en grandes letras que decía: *Teatro de Comedias*. Leí tambien los carteles, en los quales para aquella tarde se ofrecía una nueva tragedia compuesta por Don Gabriel Tiraquero.

## CAPITULO V.

*Va á la comedia Gil Blas, y vé representar la nueva tragedia. Qué suceso tuvo la pieza, y la variedad de juicios en la crítica que se hizo de ella.*

Detúveme algun tiempo en la puerta para hacerme cargo de las personas que entraban. Habíalas de todas esferas y trages. Ví caballeros de muy buena traza, y ricamente vestidos; ví tambien otra gentalla de malísimas figuras, cubiertas todas de andrajos. Ví varias damas que se apeaban de sus coches, y pasaban á ocupar los aposentos que habian alquilado, y ví no pocas cortesanas que se enfilaban en las gradas para embaucar á los pisaverdes boquirrubios. A vista de tal concurso de gente de todos precios y calidades, me vino la gana de aumentar el número. Ya me disponia á entrar quando ví llegar al Gobernador con su muger. Reconociéronme entre la muchedumbre, llamáronme, y me llevaron á su aposento, donde me senté tras de los dos, de manera que pudiese discurrir cómodamente con entrámbos. Todos los palcos estaban ocupados, el patio atestado de todo género de gente, como tambien las gradas y demas asientos, y la

TOMO IV.

F

lu-

34423

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

tamente en el quarto de la dueña, que se llamaba la señora Lorenza Séfora. De eso me acuerdo muy bien, le respondí, ¿y en qué paró esa pobre muger? ¿En qué habia de parar? repuso él. Luego que su merced partió, cayó mala de pasion de ánimo, y al cabo murió mas llorada de la ama que del amo.

Despues que el ayuda de cámara me informó del triste fin de Séfora se despidió de mi, pidiéndome perdon de lo que me habia detenido, y me dexó proseguir mi camino. No pude menos de dar algun suspiro acordándome de la desdichada dueña, y echándome la culpa de su desgracia, siendo así que verosimilmente sería obra de su cancer aun mas que de mi desvío.

Observaba con gusto en la Ciudad todo lo que me parecia digno de ser notado. Gustáronme mucho algunos edificios públicos, pero lo que me llevó toda la atencion fue una gran casa que descubrí á lo lejos, donde ví que entraba mucha gente. Acerqueme para informarme mejor por qué era aquel gran concurso de hombres y mugeres, y presto salí de mi curiosidad, leyendo sobre la puerta un rótulo en grandes letras que decia: *Teatro de Comeñas*. Leí tambien los carteles, en los quales para aquella tarde se ofrecia una nueva tragedia compuesta por Don Gabriel Tiraquero.

## CAPITULO V.

*Va á la comedia Gil Blas, y vé representar la nueva tragedia. Qué suceso tuvo la pieza, y la variedad de juicios en la crítica que se hizo de ella.*

Detúveme algun tiempo en la puerta para hacerme cargo de las personas que entraban. Habíalas de todas esferas y trages. Ví caballeros de muy buena traza, y ricamente vestidos; ví tambien otra gentalla de malísimas figuras, cubiertas todas de andrajos. Ví varias damas que se apeaban de sus coches, y pasaban á ocupar los aposentos que habian alquilado, y ví no pocas cortesanas que se enfilaban en las gradas para embaucar á los pisaverdes boquirrubios. A vista de tal concurso de gente de todos precios y calidades, me vino la gana de aumentar el número. Ya me disponia á entrar quando ví llegar al Gobernador con su muger. Reconociéronme entre la muchedumbre, llamáronme, y me llevaron á su aposento, donde me senté tras de los dos, de manera que pudiese discurrir cómodamente con entrámbos. Todos los palcos estaban ocupados, el patio atestado de todo género de gente, como tambien las gradas y demas asientos, y la

34423

luneta llena de caballeros de las tres Ordenes Militares. ¡Gran concurso! exclamé yo, volviéndome á Don Alfonso. No te admires de eso, me respondió: la tragedia que se va á representar es composicion de Don Gabriel Tiraquero, á quien todos llaman *El Poeta á la moda*. Quando los carteles anuncian alguna obra suya, toda Valencia se pone en movimiento. Hombres y mugeres no saben hablar de otra cosa que de la comedia ó de la tragedia; se alquilan á porfia aposentos y asientos; y el dia de la primera representacion suele haber muertes en la puerta sobre la entrada, siendo asi que se dobla el precio, exceptuando únicamente el del patio, á quien siempre se le respeta por no ponerle de mal humor. Sin duda, dixé entonces al Gobernador, que ese tal D. Gabriel debe de ser un gran poeta, por lo menos así me le hace concebir esta viva curiosidad, y esta furiosa impaciencia del público para oír todo lo que sale de su mano. No juzgues tan pronto, me dixo Don Alfonso, no te engañe la prevencion, pues el público se alucina con orepes, y solo se desengaña luego que se imprimen las obras que aplaudió al tiempo de representarlas.

Al llegar aquí se dexaron ver en el teatro los actores. Callamos inmediatamente para oírlos con atencion. Desde el principio comenzaron los aplausos, y á cada verso se repetian los bravos y los vivas, y al fin de cada jornada un estruendo de palmadas que parecia venirse á tierra el teatro. Concluida la representacion me mostraron

al

al autor, el qual iba modestamente recorriendo los aposentos para recoger los aplausos y laureles con que damas y caballeros le coronaban á competencia.

Nosotros volvimos á Palacio, donde poco despues llegaron tres ó quatro caballeros con dos autores muy conocidos y estimados en Valencia por su ingenio, tras los quales entró un caballero vecino de Madrid, sugeto hábil, de fino y delicado gusto. Durante la cena no se habló sino de la nueva tragedia. ¿Qué les parece á Vmds., preguntó un caballero, de la pieza que se representó esta tarde? ¿No es verdaderamente una maravilla, un *xefe de obra*, por explicarme á la Francesa, esto es, una obra perfecta y acabada? ¿Pensamientos sublimes, afectos nobles, versificacion masculina, enérgica y vigorosa, una composicion, en fin, cabal en todas sus partes, poema en suma hecho únicamente para un auditorio pensador é inteligente? Paréceme, respondió un caballero de Alcántara, que ningun racional puede pensar de otra manera. La pieza tiene algunos rasgos que podia haber dictado el mismo Apolo, y ciertos lances conducidos con exquisito primor, y con infinito artificio. Apelo sino al juicio de este caballero (volviéndose hácia el Madrileño) que me parece muy inteligente en la materia, y apuesto á que siente lo mismo que yo. No se empeñe Vmd. en apostar, le respondió el caballero con cierta risita falsa, porque yo no soy de este pais, y en

Ma-

F 2

Madrid no acostumbramos á decidir tan fácilmente. Lejos de juzgar del mérito de una pieza la primera vez que la oímos, desconfiamos de sus mas bellas apariencias quando solamente las escuchamos en boca de los actores; y aunque estamos muy prevenidos á favor del compositor suspendemos el juicio hasta haberla leído muy despacio, y con toda reflexi6n; porque en la realidad no siempre la hallamos tan bella leída en el papel, como nos pareció representada en el teatro.

Antes de calificar un poema (prosiguió) le examinamos menuda y escrupulosamente, ni por grande que sea la reputacion de un autor basta para deslumbrarnos, quando hasta el mismo Lope de Vega y el mismo Calderon encontraron jueces severos en sus admiradores, los quales no los elevaron á la gloria que gozan hasta que despues de un maduro exámen los hallaron dignos de ella.

Por cierto, interrumpió el caballero de Santiago, nosotros no somos tan tímidos como Vmds. no esperamos á que se imprima una pieza para decidir de su mérito. A la primera representacion conocemos quanto vale. Ni aun para eso nos es necesario oirla con la mayor atencion. Bástanos saber que es obra de Don Gabriel para estar persuadidos á que es obra sin tacha ni defecto. Las producciones de este gran poeta son la legítima época del nacimiento del buen gusto. Los Lopes y los Calderones fueron unos aprendices en comparacion de este gran maestro del teatro. El Madrileño en cuyo

con-

concepto Lope de Vega y Calderon eran los Sophocles y los Eurípides Españoles, abochornado con un discurso tan temerario exclamó casi fuera de sí: ¡qué sacrilegio dramático es el que oigo! Señores, ya que Vmds. me obligan á que imite su exemplo juzgando de la tal pieza á la primera representacion, digo claramente que nada me ha gustado la nueva tragedia de ese su tan decantado Don Gabriel. Es un drama zurcido de pensamientos mas brillantes que sólidos. Las tres partes de los versos son malos, y los consonantes violentos y arrastrados, como se dice, por los cabellos, los caractéres no bien expresados, ó por lo menos mal sostenidos, las voces impropias, y los conceptos oscuros.

Los dos autores que estaban á la mesa, y que por una prudencia tan loable como rara en los de su profesion no habian abierto la boca, porque no se creyese que hablaba en ellos la envidia ó la emulacion, con los ojos y con los gestos dieron bastante á entender que sentian lo mismo que este caballero; por donde claramente conocí que su silencio habia sido política, y no asenso á la opinion popular. Sin embargo, los demas volvieron á enfrascarse en los elogios de Don Gabriel, tanto que no pararon hasta colocarle en el número de los dioses. Esta fanática apotheosis, y estravagante idolatria sacó fuera de sí al buen Madrileño, tanto que levantando las manos al Cielo exclamó con una especie de entusiasmo: ¡Oh divino Lope, raro y

su-

sublime ingenio, que dexaste un inmenso espacio entre tí y todos los presumidos que aspiran á imitarte! Y tú, dulcísimo Calderon, cuya incomparable dulzura, enteramente purgada de todo indigesto epicismo, es absolutamente inimitable; no temais, no, que vuestros altares sean profanados ocupándolos este nuevo alumno, ó por mejor decir, este niño de teta de las musas. Muy afortunado será si logra que la posteridad oiga siquiera hablar de él, y tenga alguna noticia de su nombre.

Este gracioso apóstrofe que ninguno esperaba, hizo reír á todos, con lo qual se levantaron de la mesa, y se retiraron de buen humor. A mí me conduxeron al quarto que me tenían dispuesto, donde encontré una blanda cama, en que se acostó mi señoría, y me quedé dormido, compadeciéndome tanto como el caballero Madrileño de la ignorancia, y mal gusto de los que hacian á Lope y á Calderon una injusticia tan clara.

## CAPITULO VI.

*Encuentra Gil Blas en la calle á un Religioso, á quien le pareció conocia y declaróse quien era.*

Como no habia podido ver toda la ciudad el dia anterior, me levanté muy temprano al siguiente

guiente para acabar de recorrerla. Encontré en la calle á un Cartuxo, que sin duda iba á algun negocio de su Comunidad. Caminaba con los ojos baxos y con tal compostura que se llevaba la atencion de todos. Pasó cerca de mí, miréle atentamente, y me pareció que veía en él á Don Rafael, aquel famoso aventurero que ocupa tan honorífico lugar en los dos primeros tomos de esta historia.

Quedé tan asombrado y aturrido de aquel nunca imaginado encuentro, que en vez de acercarme al Monge estuve inmóvil por algun espacio de tiempo, lo que le dió lugar á él para alejarse de mí. ¡Santo Dios! exclamé: ¿se habrán visto jamas en el mundo dos caras mas parecidas? No sé lo que me piense. ¿Cree que es el mismo Don Rafael? ¿pero cómo puedo creer que no lo sea? En fin me apuré tanto esta curiosidad que no me pude contener sin hacer todo lo posible para salir quanto antes de ella. Informéme del camino de la Cartuxa, y partí derecho allá con esperanza de ver al tal hombre quando se restituyese al Convento, y bien resuelto á esperarle hasta que le pudiese hablar; pero no tuve necesidad de aguardarle para hallarme muy instruido de todo. Luego que llegué á la puerta del Monasterio, la vista de otro semblante tan conocido para mí como el de Don Rafael, me quitó toda la duda: era el Padre portero aquel mismo Ambrosio Lamela, antiguo criado mío.

Fue

Fue igual la sorpresa de ambos por una y por otra parte. ¿Será esto sueño, ilusión ó realidad? dixe al Portero al mismo tiempo de saludarle. Si no deliro ó no sueño parece que estoy viendo á un antiguo amigo mio. Al principio no me conoció Lamela, ó por lo menos afectó no conocerme, pero considerando despues que era inútil la ficcion, y haciendo como que de repente volvía en sí: ¡ Ah señor Gil Blas! exclamó, perdone su merced por amor de Dios, si no le conocí tan prontamente. Desde que entré en esta santa casa solamente me aplico á la observancia de lo que nos prescriben nuestras reglas, de manera que insensiblemente me fuí olvidando de todo lo que habia visto en el mundo.

Verdaderamente, le respondí, que tengo gran gusto de verte con un hábito tan respetable. Y yo, señor, me replicó, tengo gran vergüenza de que me vea con él un hombre que fue testigo de mi mala vida, porque este santo hábito me la está continuamente reprehendiendo. ¡ Ah! prosiguió arrancando un profundísimo suspiro, para ser digno de vestirle era menester haber vivido siempre como un Angel. Por tu modo de hablar y de pensar (que verdaderamente me edifica) le respondí, veo claramente que ha andado contigo la mano del Señor. Vuelvo á decirte que estoy lleno de gozo, y deseo saber el milagroso modo con que te resolviste á abrazar esta vida así tú como Don Ra-

fael

fael, pues ya no puedo dudar que fue este el exemplar y modestísimo Cartuxo que poco há encontré en una calle de la ciudad. Sentí mucho no haberle detenido para hablarle, y le estoy esperando para hacerlo quando se retire al Convento.

No se engañó su merced, respondió Fr. Ambrosio: el Cartuxo que vió es el mismísimo Don Rafael, y en quanto al suceso de nuestra vocacion, fue como se sigue. Despues que en Segorbe nos separamos de Vmd., el hijo de Lucinda y yo tomamos el camino de Valencia con ánimo de dar algun golpe de mano propio de nuestra profesion. Quiso la casualidad, ó por mejor decir, dispuso la divina Providencia que entrásemos en esta Iglesia de Cartuxos á tiempo que éstos estaban cantando en el coro. Parámonos un poco á verlos y á considerarlos, y conocimos por nuestra misma experiencia que los malos, quieran ó no quieran, no pueden menos de respetar y venerar la virtud. Admirámonos del fervor con que cantaban, de aquel ayre penitente y desprendido de los placeres del mundo, y de la dulce serenidad que se dexaba ver en todos sus semblantes, indicio manifiesto de aquellas tranquilas y purísimas conciencias.

Estas reflexiones insensiblemente nos fueron introduciendo en una especie de meditacion que nos fue muy saludable. Cotejámos nuestras costumbres con las de aquellos santos Religiosos, y nos llenó de inquietud y de sobresalto la di-

ferencia que hallamos entre unas y otras. La-  
mela, me preguntó Don Rafael luego que sali-  
mos de la Iglesia, ¿qué afecto ha causado en tí  
lo que acabamos de ver? en quanto á mí no pue-  
do disimular que no tengo el ánimo quieto y  
sosegado. Agítanme interiormente ciertos mo-  
vimientos nunca experimentados; y por la pri-  
mera vez en mi vida yo mismo me avergüenzo  
y me confundo de mis maldades. En la misma  
disposicion, le respondí, me halló yo: en este  
mismo instante se amotinan contra mí todas mis  
iniquas acciones; y los remordimientos que nun-  
ca he tenido me están ahora despedazando el  
corazon. ¡Ah querido Ambrosio! volvió á re-  
poner: tú y yo somos dos obejas descarriadas,  
tras las cuales anda el Divino Pastor para que  
se restituyan al rebaño. El es el que nos está  
llamando. No nos hagamos sordos á su voz; re-  
nunciémos para siempre nuestras iniquidades,  
dexémos la disolucion en que vivimos; y comen-  
cemos desde hoy mismo á trabajar seriamente  
en el importantísimo negocio de nuestra salva-  
cion; pasémos lo que nos resta de vida en este  
santo Convento, y consagrémoslo todo al arre-  
pentimiento y á la penitencia.

Alabé mucho el pensamiento de Don Rafael,  
prosiguió diciendo Ambrosio, y entrambos to-  
mamos la generosa resolucion de hacernos Car-  
tujos. Para ponerla por obra recurrimos al Pa-  
dre Prior, quien luego que entendió lo que de-  
seábamos, para probar nuestra vocacion man-  
dó

dó que se nos diesen dos celdas, y nos intimó  
que debíamos estar en ellas un año entero ha-  
ciendo la misma vida que los demas Monges, pe-  
ro en hábito secular. Ajustámonos á las reglas  
con tanta exâctitud y con tanta constancia, que  
al cabo del año fuimos recibidos novicios. Está-  
bamos tan contentos con nuestro estado, y pa-  
samos con tanto valor por todos los trabajos del  
noviciado, que á su tiempo se nos dió la profes-  
ion. Poco tiempo despues de ella, habiendo  
mostrado Don Rafael un talento muy particular  
para el manejo de negocios, le señalaron por  
ayudante y compañero de un Padre anciano que  
era entonces Procurador. Mas quisiera el hijo  
de Lucinda que le hubieran dexado emplear to-  
do el tiempo en la oracion; pero la obediencia  
le obligó á que sacrificase su devota inclinacion  
á la necesidad que el Monasterio tenia de él.  
Instruyóse tanto en todos los intereses y haciendas  
de la casa, que habiendo muerto tres años  
despues el Procurador le hicieron sucesor suyo  
con general satisfaccion. Actualmente exerce es-  
te mismo empleo tan á gusto de los Padres, que  
universalmente aplauden todos su destreza y sus  
aciertos en la administracion de lo temporal.  
Pero lo mas particular de todo es, que en me-  
dio de los cuidados y ocupaciones exteriores, que  
lleva de suyo la obligacion de recoger todas las  
rentas, parece que su pensamiento está siempre  
fijó en la eternidad. Lo mismo es darle los ne-  
gocios algun momento de reposo que abismarse

G 2

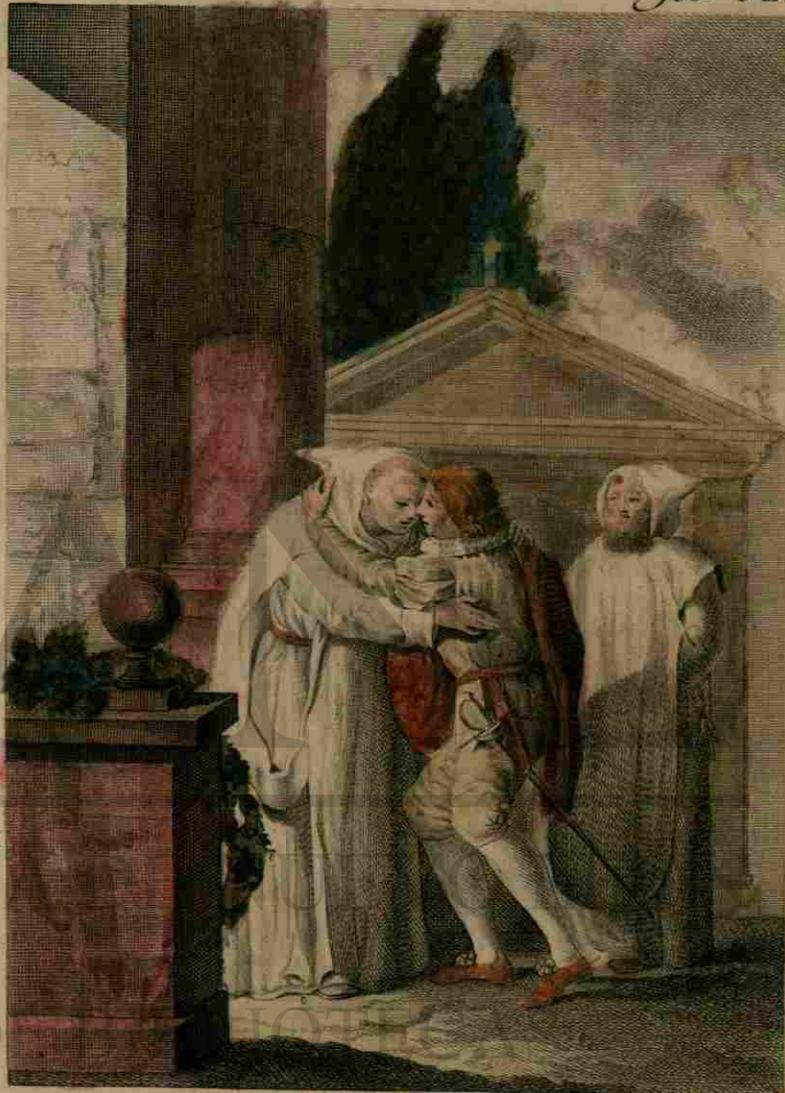
in-

52 *Las Aventuras de Gil Blas.*

inmediatamente en altas y profundas meditaciones. En una palabra, es uno de los mas exemplares Monges del Monasterio.

Interrumpí á Lamela quando llegaba aquí con un grande ímpetu de gozo que me causó la vista de Rafael, que á este punto se dexó ver de nosotros. Hé aquí, dixé, el santo Procurador que yo estaba esperando con tanta impaciencia; y sin poderme contener corrí hácia él con los brazos abiertos y le dí un estrecho abrazo. No se desdeñó de recibirle, y sin dar la menor muestra de que mi vista le hubiese causado la mas mínima alteracion; sea Dios loado, señor de Santillana, me dixo con una voz llena de dulzura, Dios sea loado por el placer que me causa el veros. Verdaderamente, le dixé, P. Rafael, yo me considero muy interesado en la dicha que les ha tocado á Vmds., y me tomó en ella toda aquella parte que me es posible tomar. Fr. Ambrosio me ha contado ya toda la historia de la vocacion de ambos, y confieso que su relacion me dexó enteramente encantado. Gran ventura es la vuestra, amados amigos míos, de haberos tocado la suerte de entrar en el número de aquellas almas escogidos de Dios para gozarle por toda una eternidad.

Dos criaturas tan miserables como nosotros, respondió en tono muy humilde el hijo de Lucinda, no podian esperar semejante felicidad, pero el dolor y verdadero arrepentimiento de sus gravísimas culpas hizo que hallasen gracia en los



*T.L. Engraving sculp.*  
*Impensado encuentro de Gil Blas con sus dos compañeros D.<sup>o</sup> Rafael y Ambrosio, y se admira de verles Cartuxo.*

los ojos del Padre de las misericordias. ¿Y Vmd. señor Gil Blas, añadió inmediatamente, no piensa tambien en tomar algun camino para que Dios le perdone sus pecados? ¿Qué negocios le han traído á Vmd. á Valencia? ¿Exercita por ventura algun empleo peligroso? No, por la misericordia de Dios, le respondí: desde que salí de la Corte hago una vida christiana y arreglada. Unas veces gozo de la inocente diversion del campo en una casa que tengo distante pocas leguas de Valencia, y otras vengo á pasar algunos dias con mi amigo el señor Gobernador, á quien Vmds. dos conocen perfectamente.

Con esta ocasion les conté toda la historia de Don Alfonso de Leiva, la que oyeron con grandísima atencion; y quando les dixé que de orden del mismo Don Alfonso habia ido yo en persona á restituir al mercader Samuel Simon los tres mil ducados que le habiamos hurtado, Lamela me interrumpió, y volviéndose á Rafael, le dixo con gran viveza: en verdad, P. Hilario, que el tal mercader no tendrá razon para quejarse de un robo en que vino á ganar tanto, y por lo que toca á este punto puede estar muy sosegada nuestra conciencia. Con efecto, añadió el P. Procurador, antes que Fr. Ambrosio y yo tomásemos el hábito hicimos restituir secretamente mil y quinientos ducados á Samuel Simon por mano de un Eclesiástico exemplar, que se quiso encargar de esta restitucion pasando

do en persona á Xelva solo por hacerla. Peor para el desdichado mercader, si se embolsó esta cantidad despues de estar ya enteramente pagado y satisfecho por el Señor de Santillana. ¿Pero esos mil y quinientos ducados, repliqué yo, se entregaron efectivamente al mismo mercader? Seguramente, respondió Fr. Rafael: yo respondo de la integridad del tal Clérigo tanto como de la mia. Y yo tambien, añadió Fr. Ambrosio, especialmente despues que ganó dos pleitos que le suscitaron por dos depósitos que le cometieron, y en ambos fueron condenados en las costas sus acusadores.

Duró algun tiempo nuestra conversacion, y al fin nos separámos, encargándome ellos que tuviese siempre á la vista el santo temor de Dios, y encomendándome yo en sus santas oraciones. Fuíme derecho á buscar á Don Alfonso, y luego que le ví le dixé: ¿á que no adivina V. S. con quienes acabo de tener ahora una larga conversacion? Con dos venerables Cartuxos que V. S. conoce tan bien como yo. El uno se llama Fr. Hilario, y el otro Fr. Ambrosio. Tú te engañas, Santillana, porque yo no conozco á ningún Cartuxo. ¿Cómo que no? le repliqué con presteza. V. S. conoció en Xelva á Fr. Ambrosio, Comisario del Santo Oficio, y á Fr. Hilario, Secretario de la Santa Inquisicion. ¡Cielos! ¿qué es esto! exclamó sorprendido Don Alfonso: ¿será posible que Rafael y Lamela se hayan hecho Cartuxos! Sí, verdaderamente,

res-

respondí yo, y años há que profesaron. El primero es Procurador del Convento, y el segundo Portero de la principal; uno es dueño del caudal, y el otro de la puerta.

Quedóse suspenso por algunos momentos el hijo de Don Cesar, y dixo despues meneando la cabeza: el señor Comisario del Santo Oficio, y el señor Secretario de la Santa Inquisicion, harto será que no estén forjando alguna bella comedia. V. S. repuse yo, hace juicio de lo presente con alguna preocupación por lo pasado; yo que los acabo de tratar los juzgo mas benignamente. Es verdad que los corazones no se ven, pero segun todas las apariencias, ellos fueron dos grandísimos bribones que están sinceramente arrepentidos. Bien puede ser, respondió Don Alfonso, pues no ignoro que ha habido malvados que despues de haber escandalizado al mundo con sus desórdenes se arrepintieron y se encerraron en los claustros á hacer grandes penitencias; quiera Dios que nuestros dos Monges sean de éstos, como vivamente lo deseo.

¿Y por qué no lo han de ser? volví yo á replicar. Ellos abrazaron libre y voluntariamente el estado Monacal muchos años há, y se portan en él con la mayor edificacion. Dí todo lo que quisieres, prosiguió el Gobernador, pero á mí nada me gusta que la caja del Convento esté en poder del P. Hilario, de quien no acierto á poderme fiar. Quando me acuerdo de la relacion que nos hizo de sus aventuras, tiem-

blo

56 *Las Aventuras de Gil Blas.*

blo por los pobres Cartuxos. Quiero creer que ha-  
ya tomado el hábito con la mas buena fé, y con  
la mas pura intencion del mundo, pero el mane-  
jo del dinero y la vista del oro puede despertar  
la codicia. A ningun borracho que renunció el  
vino se le debe fiar el gobierno de la bodega.

Justificóse pocos dias despues la desconfianza  
del Gobernador. Desaparecieron de repente el Pro-  
curador, el Portero y la caja del Convento: no-  
ticia que esparcida por la ciudad dió mucho que  
reir, y que glosar á los ociosos, á los pisaverdes,  
y á los que hacen profesion de bufones y gra-  
ciosos, los quales siempre celebran con chocar-  
rerías las desgracias de los Religiosos que tienen  
fama de ricos. Por lo que toca al Gobernador y  
á mí, nos contentamos con compadecernos de  
los Cartuxos, sin dar á entender, y mucho  
menos sin hacer alarde de que conociamos á los  
dos apóstoles fugitivos.

CAPITULO VII

*Restituyese Gil Blas á Liria; dále  
Scipion una noticia de mucho gusto,  
y reforma su familia.*

Ocho dias me detuve en Valencia gozando del  
gran mundo, y viviendo como los Condes y los  
Marqueses. Espectáculos, bayles, conciertos,  
festines y conversaciones con damas y caballe-  
ros:

*Lib X. Cap. VII.*

57

ros: proporcionándome todas estas diversiones,  
tanto el señor Gobernador como la señora Go-  
bernadora, los quales me vieron restituirme á  
mi casa de Liria con poco gusto de ambos. An-  
tes de partir me obligaron á darles palabra de  
que repartiria todo el tiempo entre ellos y  
mi soledad, dando á la Ciudad el invierno y el  
verano al campo. Baxo este pacto me dexaron  
libertad mis bienhechores para que me fuese á  
gozar de sus mismos beneficios.

Scipion que deseaba con ansia mi pronta  
vuelta, se alegró infinito quando me volvió á  
ver, doblándose su gozo con la relacion que le  
hice de mi viage. ¿Y tú, amigo mio, le pregun-  
té, en qué te has divertido los dias de mi ausen-  
cia? ¿Has estado alegre? Todo aquello, me res-  
pondió, que lo puede estar un criado fiel á  
quien nada le divierte tanto como la presencia y  
vista de su amo. Daba largos paseos por estos  
nuestros pequeños pero deliciosos estados: unas  
veces me sentaba junto al borde de la fuente que  
está en el bosque, contemplando con gusto par-  
ticular la claridad de su agua tan pura y tan  
cristalina como la de aquella sagrada fuente,  
cuyo apacible rumor se dexa oir y resuena por  
todo el espacioso bosque de Albunea. Otras re-  
costado al pie de un arbol, y á la sombra de  
su verde y pomposa copa estaba embelesado  
oyendo los trinos del ruiseñor, y los amorosos  
gorgeos del gilguero. En fin un día me divertia  
en la caza y otro en la pesca; pero ninguna co-  
sa

56 *Las Aventuras de Gil Blas.*

blo por los pobres Cartuxos. Quiero creer que ha-  
ya tomado el hábito con la mas buena fé, y con  
la mas pura intencion del mundo, pero el mane-  
jo del dinero y la vista del oro puede despertar  
la codicia. A ningun borracho que renunció el  
vino se le debe fiar el gobierno de la bodega.

Justificóse pocos dias despues la desconfianza  
del Gobernador. Desaparecieron de repente el Pro-  
curador, el Portero y la caja del Convento: no-  
ticia que esparcida por la ciudad dió mucho que  
reir, y que glosar á los ociosos, á los pisaverdes,  
y á los que hacen profesion de bufones y gra-  
ciosos, los quales siempre celebran con chocar-  
rerías las desgracias de los Religiosos que tienen  
fama de ricos. Por lo que toca al Gobernador y  
á mí, nos contentamos con compadecernos de  
los Cartuxos, sin dar á entender, y mucho  
menos sin hacer alarde de que conociamos á los  
dos apóstoles fugitivos.

CAPITULO VII

*Restituyese Gil Blas á Liria; dále  
Scipion una noticia de mucho gusto,  
y reforma su familia.*

Ocho dias me detuve en Valencia gozando del  
gran mundo, y viviendo como los Condes y los  
Marqueses. Espectáculos, bayles, conciertos,  
festines y conversaciones con damas y caballe-  
ros:

Lib X. Cap. VII.

57

ros: proporcionándome todas estas diversiones,  
tanto el señor Gobernador como la señora Go-  
bernadora, los quales me vieron restituirme á  
mi casa de Liria con poco gusto de ambos. An-  
tes de partir me obligaron á darles palabra de  
que repartiria todo el tiempo entre ellos y  
mi soledad, dando á la Ciudad el invierno y el  
verano al campo. Baxo este pacto me dexaron  
libertad mis bienhechores para que me fuese á  
gozar de sus mismos beneficios.

Scipion que deseaba con ansia mi pronta  
vuelta, se alegró infinito quando me volvió á  
ver, doblándose su gozo con la relacion que le  
hice de mi viage. ¿Y tú, amigo mio, le pregun-  
té, en qué te has divertido los dias de mi ausen-  
cia? ¿Has estado alegre? Todo aquello, me res-  
pondió, que lo puede estar un criado fiel á  
quien nada le divierte tanto como la presencia y  
vista de su amo. Daba largos paseos por estos  
nuestros pequeños pero deliciosos estados: unas  
veces me sentaba junto al borde de la fuente que  
está en el bosque, contemplando con gusto par-  
ticular la claridad de su agua tan pura y tan  
cristalina como la de aquella sagrada fuente,  
cuyo apacible rumor se dexa oir y resuena por  
todo el espacioso bosque de Albunea. Otras re-  
costado al pie de un arbol, y á la sombra de  
su verde y pomposa copa estaba embelesado  
oyendo los trinos del ruiseñor, y los amorosos  
gorgeos del gilguero. En fin un dia me divertia  
en la caza y otro en la pesca; pero ninguna co-  
sa

sa me hacia pasar con mayor gusto las horas y los dias como la lectura de muchos libros tan divertidos como provechosos.

Interrumpí con precipitacion á mi secretario, preguntándole donde habia encontrado aquellos libros. Hallélos, me respondió, en una escogida librería que hay en casa, y me la enseñó el cocinero Joaquin. ¿Pero en qué parte está esa librería? le volví á preguntar. ¿No registramos toda la casa el dia que llegamos? No, señor, me respondió; así le pareció á Vmd., pero no se acuerda que solamente visitamos tres pavellones y nos olvidamos del quarto? En él es donde Don Cesar pasaba gran parte del dia empleándolo en la lectura. Hay en esta librería bellísimos libros, los que dexaron á Vmd. los señores de Leiva como el recurso mas seguro contra la melancolía, y para divertir el tiempo quando despojados los jardines de flores y los árboles de sus verdes hojas, no se sabe en qué ocupar las horas ni distraer el pensamiento de cuidados que nos molestan. Los señores de Leiva no saben hacer las cosas á medias. Atentos á todo no fueron menos generosos en dexar noble pasto al entendimiento, que en proporcionar á la parte animal las mayores conveniencias.

Esta noticia me causó una verdadera alegría. Híceme conducir al quarto pavellon, el qual ofreció á mi vista un espectáculo muy agradable. Halléme en una cámara, que desde luego escogí para mi habitacion, como Don Cesar la ha-

habia escogido para sí. Estaba todavía en ella el mismo lecho de aquel señor con todos los demas muebles que le acompañaban, es á saber, una tapicería con figuras que representaban el robo de las Sabinas. De aquella cámara pasé á un gabinete cercado de cierta especie de armarios ó estantes muy pulidos, pero poco elevados del suelo, llenos todos de libros, y coronada su cornisa con los retratos de todos nuestros Reyes. Daba luz al gabinete una gran ventana, desde la qual se descubria una espaciosa y amenísima campiña. En medio del gabinete habia una bellísima mesa de escribir, cubierta con una carpeta verde. Lo que principalmente se llevó mi atencion fué la librería. Componíase de Filósofos, Poetas, Historiadores, y gran número de comedias y novelas. Conoci que le llevaba hácia estas la principal inclinacion de Don Cesar, en vista de la gran provision que habia hecho de aquel género. Confieso, no sin rubor, que yo no soy menos apasionado que Don Cesar á las obras de esta última especie, á pesar de las extravagancias de que están atestadas las mas, ya sea porque mi talento no alcanza á mas que á mirar lo que leo en grueso y por la superficie, ya sea porque los Españoles somos muy indulgentes con todo lo que tiene ayre de maravilloso. Con todo eso diré, para alguna justificacion mia, que mas me gustan los libros de sólida moral, pero enseñada con inventiva y con gracia, que los de Luciano, Horacio, Eras-

mo, y otros autores de este jaez, sin embargo de ser mis favoritos.

Amigo, díxeme á Scipion mientras estaba repasando los libros con los ojos: aqui si que tenemos con que divertirnos; mas por ahora no pienso en otra cosa que en reformar la familia. Ya le he ahorrado yo á Vmd., me respondió, la mitad de ese trabajo. Durante su ausencia tuve ocasion de estudiarlos á todos, y los tengo bien calados. Al cocinero Joaquin le juzgo un perfecto y redondeado bribon, ni tengo la menor duda en que le habrán despedido de casa del Arzobispo por algunos voluntarios errores de aritmética en las cuentas del gasto de cocina. Con todo eso me parece necesario conservarle, por dos razones; la primera porque es buen cocinero, y la segunda porque yo le tendré siempre sobre ojo, espiaré todas sus acciones, y en verdad que ha de ser muy diestro para pegármela. Ya le he dicho que Vmd. estaba en animo de despedir las tres partes de la familia, noticia que le turbó y le inquietó mucho, tanto que llegó á decirme que teniendo, como tenia, tanta inclinacion á servir á Vmd. se contentaria con la mitad del salario y demas gages que goza al presente, solo por no salir de casa; generosidad y amor poco acostumbrado en esta casta de gentes, y por lo mismo me ha dado sospechas que tiene algun trapillo en la Aldea que le tira y le embelesa de manera que siente mucho alejarse de él. Por lo que toca á su ayudante de

co-

cocina este es un solemnísimo borracho, y el portero un hombre bestial, que para nada nos es necesario, como tampoco el cazador. El oficio de éste le podré yo exercer muy bien, como se lo haré ver á Vmd. mañana, ya que tenemos en casa escopetas, pólvora y municion. Entre los lacayos solo hay uno que me parece buen mozo, y es el Aragonés. Quedarémonos con este, y despedirémos á los demas, pues á ninguno de ellos tendría yo en casa aun quando tuviéramos necesidad de cien criados.

Despues de haber deliberado largamente sobre todos estos puntos, resolvimos quedarnos con el cocinero, con el marmiton ó mozo de cocina y el Aragonés, despidiendo honradamente y con buen modo á todos los demas. Asi se executó en aquel mismo dia, regalándoles Scipion á nombre mio, ademas de su salario, con algunos pesos duros que el secretario sacó de la caja. Hecha esta reforma emprendimos establecer cierto sistema en casa, arreglando las funciones y ministerios que correspondian á cada criado, y comenzando desde entonces á vivir y mantenernos á nuestra costa. Bien quisiera yo que nuestra mesa sin tocar en mezquina ni indecente fuese parca, frugal y modesta; pero mi secretario que estaba ya acostumbrado á comer buenos bocados, y á platos delicados y exquisitos, no era hombre que quisiese tener ociosa la habilidad del cocinero. Asi, pues, tenia cuidado de que á menudo la exercitase, de manera que, por

lo

lo comun, si no comíamos como unos Duques,  
á lo menos comíamos como unos Bernardos.

## CAPITULO VIII.

*Amores de Gil Blas y de la bella  
Antonia.*

Dos días despues que volví de Valencia á Li-  
ria, al tiempo que me estaba vistiendo, entró en  
mi quarto el labrador que tenia arrendada mi  
hacienda, y me pidió licencia para presentar-  
me á su hija Antonia, que decia él deseaba mu-  
cho besar la mano y conocer á su nuevo amo  
y señor. Habiéndole respondido que en eso me  
daria mucho gusto, se salió y volvió inmedia-  
tamente á entrar, conduciendo consigo á la her-  
mosa Antonia. Paréceme que debo dar este epi-  
teto á una niña de diez y seis á diez y ocho  
años, que ademas de unas facciones muy pro-  
porcionadas tenia un cútis y un color lindísi-  
mo y delicado, y los ojos mas bellos y cente-  
lleantes del mundo. Estaba vestida de humilde  
sarga; pero su garboso y delicado talle, su ay-  
re magestuoso, y todas aquellas gracias que  
acompañan á la mas florida juventud, daban  
un realce muy particular á lo modesto de su  
trage. No traía cofia alguna en la cabeza, so-  
lamente tenia los cabellos trenzados en figura  
de rodete, cubierto de varias flores, á manera  
de



*Amores de Gil Blas y de la bella Antonia.*

Vicente Lopez Laguarda sculp.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

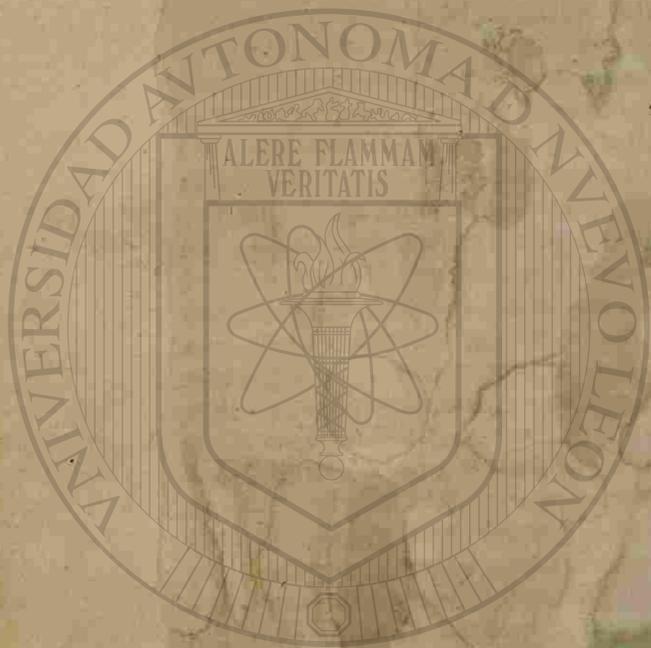
"ALFONSO REYES"

Apdo. 2625 MONTERREY, MEXICO

de las antiguas mugeres de Lacedemonia.

Quando la vi entrar en mi quarto quedé tan sorprendido de su hermosura como los Paladines de Carlo Magno á la primera vista de la divina Angélica. En vez de recibirla con festivo desembarazo, y decirla quatro cariñosas y lisonjeras ternuras, en vez de congratular á su padre por la fortuna de tener tan preciosa y tan agraciada hija, me hallé cortado y poco menos que mudo, sin acertar á pronunciar ni una sola palabra. Scipion, que conoció mi turbacion, tomó la voz por mí é hizo el gasto de los elogios que yo habia de haber dado á tan amable persona. Por lo que toca á la doncellita, sin mostrar la menor estrañeza por verme en bata y con gorro de dormir, me saludó con modestísimo despejo, haciéndome un cumplimento que me acabó de encantar, no obstante haber sido de los mas comunes. Durante este tiempo, mientras Scipion, Basilio y Antonia se estaban haciendo tambien reciprocos cumplimentos, yo volví en mí de aquella especie de enagenacion, y como si quisiera compensar el estúpido silencio que habia guardado en toda ella, pasé de un extremo á otro, derramándome tanto y con tanta vivacidad en discursos amorosos y galantes que Basilio entró en cuidado; y considerándome ya como un hombre que iba á poner en execucion todo quanto la pasion podia sugerir para engañar á la bella Antonia, procuró sacarla quanto antes de mi quarto, re-

suel-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

suelto quizá á disponer las cosas de manera que jamas la volviesen á ver mis ojos!

Así que Scipion se vió á solas conmigo, me dixo sonriéndose: ya tiene Vmd. otro recurso contra el tedio de la soledad. No sabia yo que el arrendatario tuviese una hija tan linda, porque nunca la ví aunque estuve dos veces en su casa. Sin duda que debe poner gran cuidado en tenerla bien guardada, y en esto le disculpo, porque en realidad es un bocado muy apetitoso. Esto no era necesario decirselo á Vmd. porque veo que ya está hambriento de él. No te lo niego, respondí. ¡Ah! mi querido Scipion, que me parece haber visto en aquella criatura una sustancia de los cielos. Dexome abrazado en amor. Es más tardo el rayo en herir que el dardo que atravesó mi corazon.

Gran gusto me dá Vmd., replicó mi secretario, en confersarme que está enamorado. Para ser enteramente feliz en la soledad de los campos no le faltaba mas. Ahora sí que tiene Vmd. todo lo que ha menester. Sé que nos costará un poco de trabajo engañar la vigilancia de Basilio; pero este será negocio mio, y espero hacer que antes de tres dias logre Vmd. una secreta conferencia con Antonia. Señor Scipion, le respondí, quizá no podria Vmd. cumplir esa palabra; pero esto es puntualmente de lo que no quiero hacer experiencia, porque no tengo la curiosidad de exponerme á semejante prueba. Estoy muy lejos de querer tentar la virtud de la

ino-

inocente doncella, y son muy diferentes los pensamientos que me merece su honor. Y así lejos de pedir me asistas y ayudes á deshonrarla, solo deseo que emplees tu zelo en facilitar que me case con ella, con tal que su corazon no esté ya prevenido á favor de otro. No esperaba yo ciertamente, me respondió, que Vmd. tomase tan de golpe semejante resolucio. En verdad que no todos los señores de esta Aldea, si se hallasen en el mismo caso de Vmd., procederian con tanta honradez y christiandad, antes bien solo pensarian en Antonia por medios tan nobles y legitimos, quando la experiencia les hubiera enseñado que no la podian conseguir por otros mas viles y bastardos. Por lo demas, añadió, no crea Vmd. que desapruebo su amor, ni que digo esto por disuadirle de su intento. Por el contrario confieso que la hija de Basilio es muy benemérita del honor que Vmd. la quiera hacer, con tal que pueda presentar las primicias de un corazon intacto y agradecido. Esto es lo que hoy mismo espero saber mediante la conversacion que pienso tener con su padre, y acaso tambien con ella misma.

Mi confidente era un hombre muy exácto en cumplir lo que prometia. Pasó á verse secretamente con Basilio, y aquella misma noche vino á mi gabinete, donde yo le estaba esperando con impaciencia y temor. Observé que volvía muy alegre, y desde luego pronostiqué que me traía buenas nuevas. Si he de creer á tu risueña ca-

TOMO IV.

ra,

ra, le dixé, vienes á anunciarme que prestó me veré en el colmo de mis felicidades. Así es, me respondió, amado señor y dueño mio. Hablé á Basilio y á su hija, declarándoles el ánimo de Vmd. El padre salía fuera de sí con el gozo quando entendió que Vmd. deseaba ser su yerno, y de la hija puedo asegurar que la persona de Vmd. la ha gustado mucho. ¡Oh cielo! le interrumpí. ¡Con que he tenido la dicha de parecer bien á tan amable y adorable criatura! No lo dude Vmd., me respondió, y esto no lo digo porque yo lo hubiese oído de su boca, sino porque así me lo hizo conocer la grande alegría que mostró sin poderla disimular quando oyó qual era vuestro intento. Pero en medio de todo esto no puedo ni debo callar que tiene Vmd. un gran competidor. ¡Un gran competidor! exclamé yo, ya enteramente turbado. Sí señor, me respondió, un gran competidor, pero tal que no hay peligro de que le robe á Vmd. el corazón de su dama. El tal es Joaquin, el cocinero. ¡Ah bribon! dixé entonces soltando una gran carcajada. Hé aquí la verdadera razón porque le dolía tanto el dexar mi servicio. Precisamente por eso, añadió Scipion. Con efecto los dias pasados la pidió á su padre, y éste con mucha cortesía, y con no menor agradecimiento absolutamente se la negó. Salvo tu parecer, repliqué yo, soy de sentir que nos deshagamos de este picaro antes que llegue á entender que quiero casarme con la hija de Basilio; un cocinero, como no ignoras,

es

es un rival muy peligroso. Tiene Vmd. razón, me respondió: conviene por precaucion purgar nuestra familia; mañana muy temprano le despediré antes que comience á disponer la comida, para que nada tenga Vmd. que temer de sus guisados ni de sus cocidos, de sus salsas ni de su amor. Es verdad (continuó Scipion) que no dexa de dolerme el perder tan sazonado cocinero; pero qué importa? debo sacrificar mi golosina á la seguridad de Vmd. No hay que sentir tanto su pérdida porque no es irreparable, repuse yo; presto haré venir de Valencia un cocinero que valga tanto como él. En efecto escribí inmediatamente á Don Alfonso que tenía necesidad de un cocinero, y al día siguiente me envió uno, con el qual quedó muy consolado Scipion.

Aunque me habia asegurado el zeloso secretario que segun lo que él habia conocido, Antonia allá en su interior se habia alegrado mucho de la conquista que habia hecho, no me fié del todo de su relacion temiendo que le pudiesen haber engañado falsas apariencias. Para mayor seguridad determiné certificarme por mí mismo y hablarla derechamente á ella. Fuíme, pues, a casa de Basilio, y confirméle quanto le habia dicho mi embaxador. El buen labrador, hombre sencillo y franco, despues de haberme oído, me dixó que desde luego me concedía á su hija con sumo gusto y con indecible satisfaccion; pero no piense V. S. (añadió) que se la doy porque es Señor de este Lugar. Aunque

que

que no fuera mas que mayordomo de los señores Don Cesar y Don Alfonso, siempre le preferiria á todos los amantes y pretendientes de Antonia, porque siempre he sentido en mí una grande inclinacion á su persona: lo único que me disgusta es que mi pobre hija no tenga una gruesa dote que ofrecerle. Ninguna dote pretendiendo, le respondí, su persona es lo único que deseo y todo el bien á que aspiro. Humildísimo servidor de V. S., me replicó él con estraña viveza, eso es lo que á mí no me tiene cuenta; no soy algun capa rota, ni algun piojoso que quiera casar así á mi hija. Basilio de Bontrigo, por la misericordia de Dios, tiene con que dotarla, segun su humilde, pero limpia calidad. Si Vmd. la dá de comer, quiero que ella le lleve algo para cenar. En una palabra: las rentas de mi Lugar no exceden de quinientos ducados, yo haré que lleguen á mil en gracia de este matrimonio.

Pasaré por todo lo que quisieres, amigo Basilio, le respondí; y está seguro de que por materia de interes nunca reñiremos. Así que tú y yo estamos ya de acuerdo, ahora solo falta el consentimiento de tu hija. ¿Qué llama (me dixo) el consentimiento de mi hija? Vmd. tiene ya el mio, y éste le basta. No basta tal, le repliqué; tan necesario por lo menos es el suyo como el vuestro. El suyo depende del mio, repuso él, y me alegraría ver como la rapaza se atreveria á chistar contra lo que yo quiero. Antonia, le dixé, sin duda estará pronta á obedecer.

cer á su padre ciegamente, mas no sé si en esta ocasion lo haria con repugnancia, y por poca que tuviese viviria yo siempre inconsolable, considerándome causa de su desgracia: en fin no me basta que me dé su mano, si gime su corazon. ¡Qué diantre! exclamó Basilio. Yo no entiendo palabra de esos tíquis miquis, ni de esas filosofias. Hable Vmd. con Antonia, y verá si no me engaño mucho, que hoy ninguna cosa desea tanto en este mundo como verse quanto antes su muger. Diciendo esto llamó á su hija y se retiró dexándome un momento á solas con ella.

Para no malograr tan preciosos instantes fuí desde luego en derechura al asunto. Bellísima Antonia, la dixé, decide de mi suerte infeliz ó afortunada. Aunque tengo ya el consentimiento de tu padre, no creas que yo me valga de él para violentar tu gusto. Confieso que tu posesion seria toda mi dicha, pero desde luego renuncio á ella si solamente la he de deber á tu filial obediencia. Eso es, señor, respondió ella con cierto rubor, lo que nunca os diré, ni os podré decir. Vuestra eleccion es para mí tan grata que jamas podrá causarme pena, y en vez de sentir el consentimiento de mi padre lo celebro sinceramente. No sé (prosiguió) si hago bien ó mal en hablaros de esta manera; solo sé que sino me hubierais agradado, tendria resolucion para deciroslo francamente? pues qué razon habrá para que no pueda deciros libremente lo contrario?

Al oír estas palabras, que no pude escuchar sin quedar encantado, hiqué una rodilla en

en tierra, y tomándola una mano se la besé con respeto y con amor. Adorada Antonia, la dixé, me hechiza tu franqueza: prosigue hablándome siempre con la misma; estás hablando con tu esposo, y así pon de par en par á sus ojos toda el alma. ¿Con que puedo lisonjearme de que unirás con gusto á la mia tu fortuna?... En este punto entró Basilio, y no pude proseguir. Impaciente de saber lo que su hija me habia respondido, y muy dispuesto á reñirla si hubiese manifestado la mas mínima aversion á mi persona, volvió prontamente á buscarme. ¿Y bien, me dixo, está Vmd. contento de Antonia? Esto ilo tanto, le respondí, que desde este mismo punto voy á ordenar se hagan prontamente todas las prevenciones necesarias para celebrar quanto antes nuestro matrimonio. Diciendo esto dexé al padre y á la hija para ir á discurrir sobre el asunto con mi fiel secretario.



## CAPITULO IX.

*Boda de Gil Blas y la bella Antonia; aparato con que se hizo; personas que asistieron á ella, y fiestas con que se celebró.*

Aunque á la verdad no necesitaba yo la licencia de los señores de Leiva para casarme, todavia juzgamos Scipion y yo que no podía menos, sin faltar á la gratitud, y á la buena crianza, de comunicarles mi intento, y pedirles su permiso para ponerle en execucion.

Partí, pues, á Valencia, donde todos quedaron sorprendidos quando me vieron, y mucho mas quando supieron el motivo de un viage tan inesperado. Don Cesar y Don Alfonso, que conocian á Antonia por haberla visto mas de una vez, me dieron mil enhorabuenas, y celebraron mi buen gusto en tan acertada eleccion. Sobre todo Don Alfonso me hizo un cumplimiento tan expresivo, que á no estar yo tan persuadido á que aquel señor muchos años ha habia dexado del todo sus juveniles devaneos, quizá sospecharia que mas de una vez habia ido á Liria menos por ver su hacienda, que por ver á la hija de su arrendador. Serafina por su parte, despues de haberme asegurado de quanto se interesaba en

en tierra, y tomándola una mano se la besé con respeto y con amor. Adorada Antonia, la dixé, me hechiza tu franqueza: prosigue hablándome siempre con la misma; estás hablando con tu esposo, y así pon de par en par á sus ojos toda el alma. ¿Con que puedo lisonjearme de que unirás con gusto á la mia tu fortuna?... En este punto entró Basilio, y no pude proseguir. Impaciente de saber lo que su hija me habia respondido, y muy dispuesto á reñirla si hubiese manifestado la mas mínima aversion á mi persona, volvió prontamente á buscarme. ¿Y bien, me dixo, está Vmd. contento de Antonia? Esto ilo tanto, le respondí, que desde este mismo punto voy á ordenar se hagan prontamente todas las prevenciones necesarias para celebrar quanto antes nuestro matrimonio. Diciendo esto dexé al padre y á la hija para ir á discurrir sobre el asunto con mi fiel secretario.



## CAPITULO IX.

*Boda de Gil Blas y la bella Antonia; aparato con que se hizo; personas que asistieron á ella, y fiestas con que se celebró.*

Aunque á la verdad no necesitaba yo la licencia de los señores de Leiva para casarme, todavia juzgamos Scipion y yo que no podía menos, sin faltar á la gratitud, y á la buena crianza, de comunicarles mi intento, y pedirles su permiso para ponerle en execucion.

Partí, pues, á Valencia, donde todos quedaron sorprendidos quando me vieron, y mucho mas quando supieron el motivo de un viage tan inesperado. Don Cesar y Don Alfonso, que conocian á Antonia por haberla visto mas de una vez, me dieron mil enhorabuenas, y celebraron mi buen gusto en tan acertada eleccion. Sobre todo Don Alfonso me hizo un cumplimiento tan expresivo, que á no estar yo tan persuadido á que aquel señor muchos años ha habia dexado del todo sus juveniles devaneos, quizá sospecharia que mas de una vez habia ido á Liria menos por ver su hacienda, que por ver á la hija de su arrendador. Serafina por su parte, despues de haberme asegurado de quanto se interesaba en

en mis gustos, me dixo que siempre habia oido alabar mucho y decir grandes bienes de Antonita; añadiendo no obstante un repulgo algo malicioso, como para zaherirme un poco sobre la indiferencia con que habia correspondido al amor de la pobre Lorenza Séfora: pero la verdad es, me dixo, que aunque no me hubieran alabado tanto la hermosura y demas prendas de Antonia siempre me hubiera fiado de tu buen gusto, porque sé lo fino y delicado que es en esta materia.

No se contentaron Don Cesar y su hijo con aprobar mi matrimonio: quisieron ademas de eso que los gastos en la celebracion de la boda corriesen todos de su cuenta. Vuelve, me dixeron, á tomar el camino de Liria, está tranquilo, y no pienses en nada hasta tener noticia de nosotros. No hay que dar disposiciones para festejar la boda, que ese cuidado será nuestro. Por conformarme con el gusto de aquellos señores dí luego la vuelta á mi palacio. Comunicqué á Basilio y á su hija lo que pensaban hacer aquellos nuestros protectores, y todos estuvimos esperando con paciencia la noticia que nos prometieron dar de sus personas. Ninguna tuvimos en el espacio de ocho dias; pero al cabo vimos venir un coche de seis mulas con quatro sastres dentro, que traían varias piezas de telas de seda á qual de mas fino gusto para vestir á la novia, escoltando el coche muchos lacayos montados tambien en mulas. Uno de éstos me entregó carta de Don Alfonso, en que me decia que al dia si-  
guien-

guiente vendria á Liria con su padre y con su esposa, juntamente con el Provisor del Arzobispo que habia de hacer de Párroco en la ceremonia del matrimonio. Con efecto, al dia siguiente llegaron á Liria Don Cesar, su hijo, Serafina y el Provisor, todos quatro en un coche con seis caballos, precedido de otro con quatro, en que venian las criadas de la Gobernadora, y tras los dos coches la Guardia del Gobernador.

Luego que se apeó la Gobernadora mostró vivos deseos de ver á la novia, la qual por su parte inmediatamente que supo el arribo de aquella señora acudió á cumplimentarla y á besarla la mano, lo que executó con tanta gracia que todos los presentes quedaron admirados. Y bien, Serafina, preguntó Don César á su nuera, ¿qué os parece de esta niña? No ha tenido buen gusto Santillana? ¿No le podia tener mejor, respondió Serafina; parece que nacieron el uno para el otro, y no dudo que será un matrimonio muy feliz. En fin todos se esmeraron en dar elogios á mi futura; si esta les pareció bien con un vestido de sarga, quedaron encantados quando la vieron despues con una rica gala, la qual la caía tan bien, y ademas se manejaba con tanto garbo y despejo, que parecia no haber usado en su vida otras telas ni otro trage.

Llegada la hora en que un dulce himeneo habia de unir para siempre nuestra suerte y nuestras voluntades, Don Alfonso me tomó por la mano para conducirme al altar, y Serafina  
hi-

hizo á Antonia el mismo agasajo. En esta conformidad pasamos á la Iglesia ó Capilla de la Aldea, donde nos estaba esperando el Provisor para darnos la bendicion nupcial; ceremonia que se celebró con grandes aclamaciones de los labradores del Lugar, y de otros muchos del contorno que habian concurrido convidados por Basilio, los quales todos habian traido consigo á sus hijas adornadas con cintas y coronadas de flores, armada cada una con su panderillo y sonajas, para contribuir por su parte al regocijo, haciendo mas alegre y bulliciosa la solemnidad. Concluida esta ceremonia volvimos á casa, donde Scipion, director del festin, tenia prevenidas tres mesas, una para los señores, otra para los de su comitiva, y la tercera mas grande que las otras dos para todos los demas convidados. Antonia se sentó en el mejor lugar de la primera, porque así lo quiso absolutamente la Gobernadora, yo hice los honores de la segunda, y Basilio representó el mismo papel en la tercera, destinada para los labradores. Scipion á ninguna se sentó, quedándose en pie para acudir á todas partes, y dar sus órdenes á fin de que las mesas fuesen bien servidas.

Los cocineros del Gobernador habian dispuesto la comida. Con esto está dicho que nada habia que echar menos en ella. Lucieronlo los excelentes vinos de que el cocinero Joaquin habia hecho abundante provision para mi mesa; y comenzando á calentarse los convidados, reyna-

naba en todos la alegría, quando la turbó un incidente que á todos nos sobresaltó. Mi secretario, que estaba en la sala donde yo comia, acompañando y cortejando á los principales criados y criadas de Serafina, cayó desmayado en tierra, perdiendo todo conocimiento, y el uso de sus sentidos. Levantéme prontamente para socorrerle, y mientras estaba practicando las diligencias para hacerle volver en sí, ví que una dama de la Gobernadora se habia desmayado tambien. Todos nos persuadimos á que aquel recíproco desmayo encerraba algun misterio, como era así con efecto, y el misterio tardó poco en declararse; porque volviendo Scipion en sí despues de breve tiempo, me dixo en voz baxa: ¡por fuerza el dia mas alegre para Vmd. habia de ser para mí el mas desgraciado y funesto! Ninguno, añadió, puede evitar su desgracia. Sepa Vmd. que acabo de encontrar á mi muger en una de las criadas de la señora Gobernadora.

¿Qué es lo que dices? exclamé yo. ¿Es posible que seas marido de aquella muger que se desmayó al mismo tiempo que tú? Sí señor, me respondió: soy su desdichado marido, y aseguro á Vmd. que no podia jugarme la fortuna pieza mas villana ni mas dolorosa para mí que volvermela á poner delante de mis ojos. Querido Scipion, le repliqué, sea el que fuere el motivo que haya dado tu muger para haber sentido tanto su encuentro, acuérdate de tu capacidad, y de tu prudencia; si me amas, te ruego y te suplico que

La tercera mesa fue la primera que quedó desierta. Levantáronse de ella los labradores mozos y solteros para dar principio á varios bayles con las agraciadas mozas de su clase, al son de sus panderos y sonaxas, á cuyo ruido todos los de las otras mesas tardaron poco en seguir tambien su exemplo. Los oficiales del Gobernador baylaron con las doncellas de la Gobernadora, y hasta los mismos Señores se mezclaron en la fiesta. Don Alfonso bayló una zarabanda con Serafina, y Don César otra con Antonia, la qual vino despues á buscarme á mí para que baylase con ella, y cierto que no lo hizo mal para quien solo habia tenido algunos principios de bayle en casa de un pariente suyo vecino de Albarracín. Yo, que, como dexo ya dicho, habia aprendido la escuela de danzar en casa de la Marquesa de Chaves, pasé en el concepto de todos por un gran baylarin. Beatriz y Scipion en vez de baylar quisieron mas retirarse á discurrir entre los dos para darse recíproca cuenta de todo lo sucedido despues que se habian separado; pero Serafina interrumpió su conversacion, porque informada por menor de las paces que habian hecho, hizo que los llamasen á su quarto para manifestarles lo mucho que se alegraba. Hijos míos, les dixo, no puedo explicaros el gozo que siente mi corazon viendoos ya felizmente restituidos el uno al otro. Amigo Scipion, ahí te entrego á tu esposa, protestándote que su conducta en mi casa ha sido ver-

verdaderamente irreprehensible; vive con ella en casto amor y en perfecta inteligencia. Y tú, Beatriz, ama y sirve á Antonia con la misma fidelidad, pasion y lealtad con que Scipion sirve al señor Santillana. Scipion, que ya miraba á su muger como otra fidelísima Penélope, prometió que en adelante la respetaria y la trataria con todas las atenciones imaginables.

Retiráronse á sus casas los labradores y labradoras, despues de haber estado baylando toda la tarde; pero los Señores prosiguieron la fiesta parte de la noche. Sirvióse una magnífica cena, y quando se trató de irse todos á recoger, el Provisor bendixo el lecho nupcial. Serafina desnudó á la novia, y los señores de Leva me hicieron á mí la misma honra. Lo mas gracioso de todo fue que los oficiales del Gobernador y las criadas de la Gobernadora quisieron hacer la misma ceremonia con los dos consortes recientemente reconocidos y reconciliados. En efecto desnudaron á Beatriz y á Scipion, los quales para hacer mas cómica la escena, gravemente se dexaron desnudar y meter en la cama.

## CAPITULO X.

*Lo que sucedió despues de la boda de Gil Blas, y principio de la historia de Scipion.*

El dia siguiente de mi boda los señores de Leiva se volvieron á Valencia despues de haberme dado mil nuevas pruebas de su buen afecto y amor, de manera que mi secretario y yo nos quedamos solos con nuestras mugeres y nuestros criados.

El empeño que hicimos uno y otro de ganar el corazon y cariño de nuestras mugeres no fue inútil; en pocos dias inspiré yo á la mia todo el vehemente amor que la tenia, y en breve tiempo hizo Scipion olvidar enteramente á la suya todos los disgustos que la habia causado. Beatriz, que era de genio alegre y despejado, sin costarla mucho se hizo dueña de todo el amor y de toda la confianza de su nueva ama. En fin todos quatro estabamos admirablemente acordes, y comenzábamos á gozar una vida verdaderamente envidiable. Pasábamos unos dias inocente y gustosamente divertidos. Antonia era un poco seria, pero Beatriz y yo siempre estabamos de buen humor, y quando no lo estuviéramos bastaria Scipion para desterrar toda melancolia; porque no se puede negar que era un hombre incom-

pa-

parable para la sociedad y para mantener siempre viva y festiva la mas numerosa compañía.

Un dia que despues de comer nos vino gana de ir á dormir la siesta al sitio mas sombrio y apacible del bosque, Scipion que estaba extraordinariamente alegre y divertido, nos quitó á todos el sueño con sus festivos discursos y graciosos ofrecimientos. Calla esa boca, le dixé entre risueño y dormido, ó si quieres que no durmamos cuéntanos alguna cosa que merezca nuestra atencion. Con mucho gusto, señor, me respondió prontamente. ¿Quieren Vmds. que les cuente la historia del Rey Don Pelayo? De mejor gana oiria yo la tuya, le repliqué, pero este gusto nunca me le has querido dar desde que nos conocemos, ni espero que jamas me le des. ¿No me dirás en qué ha consistido esto? Si señor, yo se lo diré clarito á su merced. Ha consistido en que su merced jamas me ha mostrado el mas mínimo deseo de oirla, pues por lo demas al menor asomo de curiosidad que yo le hubiera observado, estaria ya harto de saberla, porque no tengo otro mayor deseo que el de darle gusto en todo, y éteme aqui pronto á contentarle en este punto. Cogimosle la palabra Antonia, Beatriz y yo, y nos dispusimos á escuchar su relacion, la qual no podia menos de causar un buen efecto, ya fuese divirtiéndonos, ya haciéndonos dormir.

Yo, comenzó á decir Scipion, seria ciertamente hijo de un Grande de España de primera clase, ó á mal dar y quando menos de un ca-

TOMO IV.

L

ba-

ballero del hábito de Santiago ó de Alcántara; si esto hubiera dependido de mí, pero como ninguno escoge á sus padres, el mio fue un tal Toribio Scipion, honrado alguacil de la Santa Hermandad. Como este andaba casi siempre por caminos reales, segun la obligacion de su empleo, un dia encontró no lejos de Toledo á una gitana moza, agraciada y bien parecida. ¿Dónde vas, hija? la preguntó, endulzando quanto pudo la voz, que de suyo era áspera, bronca y disonante. Señor, respondió ella, voy á Toledo, donde de una manera ó de otra espero ganar mi vida viviendo honradamente. Tu intencion es muy loable, replicó él, y no dudo que tu arco hará sonar mas de una cuerda. Sí señor, respondió la gitana: gracias á Dios que me ha dado habilidad para varias cosas: sé hacer pomadas, y destilar quintas esencias muy útiles para las damas; sé decir la buena ventura; sé el modo de hacer que se encuentren las cosas antes que se pierdan; y sé mostrar todo quanto se quiera ver en un cristal ó en un espejo.

Pareciéndole á Toribio que una doncella de tanta habilidad y de aquellos talentos era un partido muy ventajoso para un hombre como él, á quien su empleo apenas le daba para comer, sin embargo de exercitarle con la mayor exactitud, la propuso si queria ser su esposa. Inmediatamente aceptó la niña la proposicion; siguieron juntos el camino hasta Toledo, donde se casaron *in facie Ecclesie*, y ahora están Vmds.

vien-

viendo con sus propios ojos el bello fruto de tan noble matrimonio. Tomaron casa en un arrabal, donde mi madre comenzó á vender sus pomadas y sus quintas esencias, pero viendo que se ganaba ya poco en aquel trato abrió tienda de adivina. Entonces fue quando se vieron llover en aquella casa pesos duros y doblones. Mil mentecatos de uno y otro sexo esparcieron muy presto por toda la Ciudad la fama de la Cosculina, que así se llamaba la gitana. Apenas se evaquaba la casa de los que venian á implorar su ministerio: ya era un sobrino pobre, único heredero de un tío muy rico, que deseaba saber para su consuelo quando partiría el tío de este mundo; ya era una doncella á quien galanteaba un joven caballero con palabra de matrimonio, deseosísima de asegurarse si cumpliria su palabra.

Persuádome á que Vmds. darán por supuesto que las respuestas de mi madre siempre eran favorables á las personas á quienes las hacia, y quando alguna vez no correspondia el suceso echaba la culpa al diablo, que burlándose de los exórzismos con que le conjuraba para que le revelase lo futuro, se divertía en engañarla.

Era mi madre de parecer que seria muy conveniente por honor del oficio hacer visible al diablo algunas veces quando maniobraba en sus mágicas operaciones. Entonces hacia mi padre el papel del diablo, y lo hacia perfectamente, porque la aspereza y la disonancia de su voz, juntamente con la enorme fealdad de

L 2

su

su monstruosa cara, decian admirablemente bien con el original que representaba. Poca credulidad era menester para tenerle por tal en vista de su figura. Pero un dia cierto Capitan igualmente bárbaro que crédulo quiso ver al diablo, y lleno de espanto y furor le pasó de parte á parte con la espada. Informado el Santo Oficio de la muerte del diablo despachó á un Ministro contra Cosculina, á quien prendió, embargándose al mismo tiempo todos sus efectos; y á mí que á la sazón solo tenia siete años me metieron en la casa de los niños huérfanos. Habia en ella ciertos Clérigos que mediante un buen salario cuidaban de su crianza, con obligacion de enseñarles á leer y escribir. Parecióles que yo prometia mucho, y me distinguieron entre los demas, escogiéndome para que les sirviese en las cosas que se les ofrecian. Era el portador de sus cartas y papeles, hacia sus recados y les ayudaba á Misa. Agradecidos á mis pequeños servicios quisieron tambien enseñarme la gramática, y con ella la buena latinidad; pero tomaron esto con tanto empeño, y me trataban con tanto rigor, que un día en que me enviaron á un recado cogí las de villadiego, y en vez de volver al Hospital de los huérfanos me escapé de Toledo por la puerta de Sevilla.

Aunque á la sazón solo tenia nueve años cumplidos, no cabia en mí de contento viéndome en libertad, y dueño de mis acciones. Hallábame sin pan y sin dinero, pero nada me im-

por-

portaba, porque tampoco tenia lecciones que estudiar ni temas que componer. Quando hube caminado dos horas comenzaron mis pobres pierrecitas á darme á entender que ya no me podian servir. A la verdad nunca habian hecho viage tan largo, y me ví precisado á pararme un poco para descansar. Sentéme al pie de un arbol que estaba á orillas del camino, y para divertirme saqué el arte de Nebrija que tenia en el bolsillo. Comenzé á ojearle por entretenimiento, y acordándome de las palmadas y de los azotes que me habia hecho llevar le hice pedazos, diciéndole con cólera: ¡ah maldito libro! ya no me harás derramar mas lágrimas. Arrojele al suelo, pateóle, y quando estaba sembrando la tierra de declinaciones y conjugaciones pasó por allí un hermitaño con una gran barba blanca, montados en la nariz unos venerables anteojos, y en fin de una traza venerable. Acercóse á mí, miróme atentamente, y yo tambien le estuve mirando con grande atencion. Querido mio, me dixo, pareceme que los dos nos hemos mirado con amor y con ternura, y que no nos avendriamos mal viviendo juntos en mi hermita, que no dista doscientos pasos de aquí. Buen provecho le haga á Vmd. su hermita, le respondí secamente, que yo no tengo gana de meterme á hermitaño. Dió una carcajada el buen viejo quando me oyó esta respuesta, y sin desistir de su intento añadió: no te espante ni te acobarde, hijo mio, el hábito en que me ves; si

si es áspero y poco grato á la vista, es de grande utilidad, pues que me ha hecho dueño de un deliciosísimo retiro y de varios Lugarcitos circunvecinos, cuyos habitadores no ya me aman, me idolatran. Vente conmigo y te vestiré un habitico semejante al mio. Si te hallares bien entrarás á la parte en las grandes conveniencias que disfruto en esta vida que hago. Si no te acomodáres á ella, serás dueño de retirarte y dexarla siempre que te dé la gana, dándote yo palabra, como te la doy, de que en caso de separarte de mí no dexaré de darte algo, y de hacerte todo el bien que pueda.

Dexéme persuadir y seguí al viejo hermitaño, el qual me hizo en el camino varias preguntas, á las quales respondí con una inocencia y un candor que no siempre usé despues. Luego que llegamos á la hermita me presentó un poco de fruta que devoré en un instante, porque en todo el día no habia comido mas que un zoquetillo de pan con que me habia desayunado en el Hospital por la mañana. Quando el solitario me vió menear las mandíbulas con tanto garbo, ánimo, hijo mio, me dixo, no dexes de comer por miedo de que se acabe la fruta, pues gracias al Cielo hay en la Hermita muy buena provision de ella. Sábetes que no te he traido aqui para que te mueras de hambre. Era esto tanta verdad que una hora despues de nuestro arribo encendió lumbre y puso á asar un pedazo de carnero para hacer una gran cazuela de gigo-

gote, y miéntras yo revolvia el asador él dispuso la mesa, cubriéndola con un mantel no muy limpio, y poniendo en ella dos cubiertos, uno para él y otro para mí.

Luego que el carnero estuvo en sazón le sacó del asador, picóle, metióle en una cazuela, púsole un poco á hervir, y nos sentamos á comer, pero nuestra comida no fue como la de las ovejas, porque bebimos un excelente vino, del qual tenia tambien el penitente hermitaño su provision mas que decente. Y bien muchacho, me dixo luego que nos levantamos de la mesa, esta es mi comida ordinaria: ¿estás contento de ella? Siempre comerás asi mientras estuvieres conmigo. Por lo demas harás lo que mejor te pareciere. Yo solo quiero de tí que me acompañes quando vaya á la quèsta á los Lugares vecinos, llevarás de la rienda ó del cabestro un borriquillo cargado con dos buenas alforjas, que los devotos labradores me hacen la caridad de llenar ordinariamente de pan, huevos, carne y pescado: esto es lo único en que te ocuparé. Padre, le respondí, estoy pronto á hacer todo lo que su Reverencia me mande, salvo que me quiera obligar á estudiar latin. No pudo menos de reirse de mi graciosa sencillez el hermano Chrisóstomo (que asi se llamaba el hermitaño), y desde luego me aseguró que nunca violentaria mi inclinacion.

Al dia siguiente salimos á nuestra quèsta llevando yo mi borrico por el cabestro, cogimos

mos buenas y copiosas limosnas, porque cada labrador hacia punto de echar alguna cosa en las alforjas. Este daba un pan entero, otro un buen pedazo de tocino, quien una perdiz, y quien una gallina. En suma llevamos á la hermita víveres para regalarnos bien por mas de una semana: buena prueba de lo mucho que amaban al hermano Chrisóstomo aquellos aldeanos. Verdad es que éste tambien los servia mucho; dábales buenos consejos quando le venian á consultar, componia sus diferencias, pacificaba las familias, les daba remedios para muchos males, y enseñaba varias oraciones á las mugeres casadas que deseaban tener hijos.

Ya ven Vnds. por lo que acabo de referir que estaba muy contento y bien tratado en la hermita. Si la comida era buena, la cama no era desgraciada. Acostábame sobre un jergon de paja fresca, teniendo por cabecera una almohada de lana, y cubriéndome con una manta de lo mismo; de manera que no hacia mas que un sueño, el qual duraba desde que me metia en la cama, muy temprano, hasta muy entrado el día siguiente. Quiso el hermano Chrisóstomo que yo tambien me vistiese de hermitaño, y con efecto él mismo me hizo un habitico nuevo deshaciendo uno viejo suyo, y comenzó á llamarme el hermitaño Scipion. Quando me vieron en las Aldeas vecinas con aquel nuevo traje, caí á todos tan en gracia que visiblemente se doblaba la limosna en las alforjas, tanto que

el pobre borrico apenas podia con la carga. Todos se venian tras de mí, y todos á porfia se esmeraban en dar á qual mas al hermano Scipioncito.

A un muchacho de mi edad no podia menos de gustarle mucho aquella vida ociosa y regalona, que disfrutaba en compañía del viejo hermitaño; y es bien cierto que la hubiera siempre continuado, si en la rueca de las Parcas no se me hubieran hilado otros días muy diferentes; pero mi fatal destino me obligó á dexar la dulce compañía del hermano Chrisóstomo de la manera que voy á referir.

Muchas veces habia visto al viejo que estaba trabajando en la almohada que le servia de cabecera, sin hacer otra cosa que descoserla y volverla á coser. Observé un día que metia en ella algun dinero, lo que me excitó una grandísima curiosidad, y determiné salir de ella en el primer viage que el hermano Chrisóstomo hiciese á Toledo, á donde solia ir una vez cada semana. Aguardé con impaciencia este día, que finalmente llegó, sin tener por entonces otro fin que precisamente el de contentar mi curiosidad. Partió el buen hombre, y yo inmediatamente descosí la almohada, dentro de cuya lana encontré como hasta unos cinquenta escudos en toda especie de monedas.

Verosíblemente este tesoro seria efecto del agradecimiento de los labradores á quienes habian curado sus remedios, y de las labradoras

á quienes habia alcanzado hijos con sus oraciones. Mas sea lo que fuere, apenas ví aquel dinero, y en ocasion en que impunemente me le podia apropiár, quando la sangre gitana hizo su oficio. Vínome una gana de robarle tan poderosa y tan vehemente, que no pude menos que atribuirle á la sangre que corria por mis venas. Cedió sin resistencia á la tentacion, agarré el dinero, metile en una bolsa de cuero, y despues de haberme desnudado del hábito de hermitaño, y vuelto á tomar mi vestidico de huérfano me alejé de la Hermita pareciéndome que llevaba en la bolsa todas las riquezas de las Indias.

Este fue mi primer ensayo (prosiguió Scipion), y sin duda que en vista de él solo esperarán Vm<sup>ds</sup>. la relacion de otros muchos semejantes y de la misma especie. No engañaré sus esperanzas, porque en realidad todavia tengo que contarles otras gloriosas hazañas muy parecidas á aquella, antes de llegar á mis acciones loables: pero al fin llegaremos allá, y entonces verán que de un gran bribon, con la gracia del Señor, se puede muy bien hacer un hombre de bien, y muy honrado.

Sin embargo de mis pocos años no fuí tan simple que tomase el camino de Toledo, porque me expondria á encontrarme con el hermano Chrisóstomo, que sin duda hubiera querido volver á juntarse con su dinero. Tomé, pues, la ruta del lugar de Galves, donde me entré en un

un meson cuya mesonera era una viuda como de quarenta años, con todos los requisitos que son menester para saber vender bien sus ahugetas. Luego que esta muger puso los ojos en mí, conociendo por el vestido que me habia escapado del Hospital de los huérfanos, me preguntó quién era, y adonde iba. Respondíla que habiendo perdido á mi padre y á mi madre buscaba conveniencia. ¿Y dime, hijo, me volvió á preguntar, sabes leer? Sí señora, respondí, sé leer de corrido, y tambien sé escribir á mil maravillas. Verdaderamente yo sabia formar las letras y juntarlas de manera que parecia una cosa así como escrita, lo que juzgaba ser mas que bastante para llevar la cuenta de una taberna de Aldea. Siendo eso así, repuso la mesonera, desde luego te tomo para mi servicio. No serás inútil en mi casa, porque correrás con el libro del gasto, y llevarás cuenta de mis deudas y créditos. No te daré salario, añadió, porque son muchos los caballeros que vienen á este meson, los quales nunca se olvidan de los criados, con que seguramente puedes contar con muchos y muy buenos gages.

Acepté el partido, pero reservándome (como Vm<sup>ds</sup>. lo pueden creer) el derecho de mudar de ayre siempre y quando no me acomodase el del meson. Apenas me ví embargado para servir en él, quando me hallé el hombre mas inquieto y mas sobresaltado del mundo. No queria que ninguno supiese que yo tenia dinero, y no sabia

M 2

bia

bia donde esconderle, de modo que no pudiese dar con él alguna mano forastera. Como aun no conocia la casa no me podia fiar de aquellos sitios que me parecian mas propios para asegurarle. ¡O y quanto nos embarazan las riquezas! Determinéme en fin á meterle en un rincón del pajar donde habia un montoncico de paja, pareciéndome que en ninguna otra parte podia estar mas seguro, y procuré tranquilizarme todo lo que me fue posible.

Eramos tres criados en el meson: un robusto moceton que cuidaba de la caballeriza, una moza manchega, y yo. Cada uno sacaba lo que podia de los huéspedes así de á pie como de á caballo que se alojaban en casa. Siempre daban alguna cosa al mozo de caballeriza para que cuidase de sus bestias. Yo tambien sacaba de ellos algun dinerillo quando les iba á presentar la cuenta del gasto; pero la manchega, que era el ídolo de los caleseros y harrieros que pasaban por allí, ganaba mas escudos que quartos ú ochavos nosotros dos. Quando yo habia juntado algunos reales los llevaba luego al pajar para aumentar mi caudal, y quanto mas crecia éste, mas pegado estaba á él mi apocado corazón. De tiempo en tiempo lo visitaba, dábale mil besos, y lo estaba contemplando con una dulce suspension que solamente los codiciosos avaros pueden bien comprender.

Treinta veces al dia iba á ver el sitio donde es-

estaba mi tesoro por el tierno amor que le tenia. La mesonera me encontró frecuentemente en la escalera del pajar, y como era una muger naturalmente suspicaz y desconfiada, quiso un dia saber qué cosa era la que me hacia repetir tantas visitas á aquel sitio. Subió á él y comenzó á registrarle todo, recelando quizá que yo tendria escondidas algunas cosas que la hubiese robado á ella. Revolvió la paja que cubria mi bolsón, y dió con él. Abrióle, y viendo dentro pesos duros y doblones, creyó ó fingió creer que todo aquello era suyo, y que yo se lo habia hurtado. Por de contado se apoderó del caudal, y tratándome de bribón, ladrón y malvado, dió orden al mozo de caballeriza, enteramente dedicado á complacerla, que me aplicase medio ciento de azotes, y despues de bien acribillado me puso á la puerta de la calle, diciéndome que no queria sufrir en su casa ladronzuelos ni rateros. Inútilmente juraba y perjuraba yo poniendo por testigos al Cielo y á la tierra, que nada la habia hurtado: la mesonera decia lo contrario, y todos la creían mas á ella que á mí. Y vean Vmds. ahora como los dinerillos del hermano Chrisóstomo pasaron de las manos de un ladrón novicio á las de una ladrona profesada.

Lloré la pérdida de mi dinero como una tierna madre llora la muerte de un hijo único que nació de sus entrañas; pero si mis lágrimas no fueron bastantes para hacerme recobrar lo que

que habia perdido, por lo menos bastaron para mover la compasion de algunas personas que me las veían derramar, y entre otras la del Cura de Galves, que casualmente pasaba á la sazón por allí. Mostróse compadecido del estado en que me veía, y llevóme consigo á su casa. En ella, ó fuese por ganar mi confianza ó por hacer burla de mí, comenzó á exclamar mostrando tenerme mucha compasion. Cierto, dixo en tono lastimero, que me da gran dolor este pobre muchacho. ¿Qué maravilla es que en sus pocos años, en su ninguna experiencia y falta de reflexion hubiese hecho una accion ruin? Apenas se encontrará un hombre que no haya hecho alguna en el discurso de su vida. Volviéndose despues á mí, me preguntó con mucho cariño, ¿de dónde era y quiénes mis padres? porque tienes traza, añadió de ser hijo de gente honrada. Explicáteme conmigo con toda confianza, y está seguro de que no te abandonaré.

El Cura, con este su alhagüeno y caritativo discurso, me fue insensiblemente empeñando en que le descubriese todos mis pasos con la mayor ingenuidad. Contéle de pe á pa todo lo que habia hecho, y despues de haberme oído me dixo: aunque es cierto que no conviene á los hermitaños atesorar dinero, esto no excusa ni disminuye el pecado que cometiste robando al hermano Chrisóstomo, quebrantando el séptimo mandamiento que prohíbe tomar lo ageno contra la voluntad de su dueño; pero yo me en-

encargo de obligar la mesonera á que restituya al hermano Chrisóstomo todo su dinero, y así por esta parte podrás vivir sosegado, y aquietar enteramente tu conciencia; lo qual aseguro á Vmds. que de ninguna manera me inquietaba; pero el Cura que allá tenia sus fines, no paró aqui, antes bien prosiguió diciéndome: yo, hijo mio, quiero empeñarme en favor tuyo, y solicitarte una buena conveniencia. Mañana mismo pienso enviarte á Toledo con un mozo de mulas, y una carta para un sobrino mio, Canónigo de aquella Santa Iglesia, que no se negará á recibirte en el número de sus familiares, los quales todos lo pasan como unos Beneficiados que se regalan á costa de la prebenda. En esto no tengo duda, y desde luego te puedes considerar como admitido.

Consolóme tanto esta seguridad, que al instante olvidé el bolson y los azotes que me habian dado. Todo mi pensamiento se ocupó en el gusto que tendria quando me viese con una vida de Beneficiado. Al dia siguiente, mientras estaba yo almorzando, llegó á casa del Cura un alquilador con dos mulas. Pusiéronme á caballo en una, montó el alquilador en otra, y partimos juntos camino de Toledo. Era mi compañero de viage un grandísimo guiton, de bello humor, y muy amigo de divertirse á costa del próximo. Querido Scipion, me dixo, en verdad que tienes un buen amigo en el señor Cura de Galves. No podía darte mayor prueba de lo mu-

mucho que te ama que acomodarte con su sobrino el señor Canónigo, á quien conozco muy bien, y es sin duda la perla de aquel Cabildo. No es ciertamente uno de aquellos devotos, cuyo semblante macilento y consumido está predicando mortificación y abstinencia: nada menos. Es un Eclesiástico lleno, gordo, colorado, siempre alegre y siempre de buen humor; un viviente en fin, que se divierte á todo lo que sale, y que gusta mucho tratarse bien. Estarás en su casa ni mas ni menos como un pollito empanado.

Conociendo el guiton del alquilador el gusto con que le oía continuó en el panegirico del Canónigo, ponderando lo mucho que yo celebraría mi fortuna quando me viese ya criado suyo. No cesó de hablar hasta que llegamos al lugar de Orbisa, donde nos apeamos para dar un pienso á las mulas. En tanto que el alquilador andaba de aquí para allí dentro del meson, quiso mi buena suerte que se le cayese del bolsillo un papel que yo tuve modo de recoger sin que él lo advirtiese, y le pude leer mientras él estaba en la caballeriza con el ganado. Era el tal papel una carta dirigida á los Capellanes del Hospital de los huérfanos, la qual decia así ni mas ni menos.

*Muy señores míos. Me he creído obligado por caridad á restituir en sus manos un bribonzuelo que se escapó de ese Hospital. Parece mucha-cho muy despa-vilado, y por lo mismo muy dig-no de que Vmd. se sirvan tenerle encerrado. No du-*

*dudo que con la correccion y el castigo puedan hacer de él un hombre de bien y de razon. Queda rogando á Dios conserve á Vmds. en tan piadosos como caritativos officios,*

*El cura de Galves.*

Luego que acabé de leer esta carta, que me descubria la buena intencion del Señor Cura, no dudé un punto sobre el partido que debia tomar. Salir inmediatamente del meson y ganar las orillas del Tajo, distante mas de una legua de aquel lugar, todo fué obra de un momento. El miedo me prestó alas para huir de los Clérigos que enseñaban latin en la casa de los huérfanos, adónde absolutamente no queria volver: tanto me habia disgustado el modo con que enseñaban la Gramática. Entré en Toledo tan alegre como si supiera donde habia de ir á comer y beber. Es verdad que el tal pueblo es una ciudad de bendicion, en la qual un hombre de talento reducido á vivir á costa agena no puede morir de hambre, y con efecto no tardó en favorecerme la fortuna; pues no bien habia entrado en la plaza quando un caballero bien vestido agarrándome por el brazo me dixo: ¿oyes, chico, querrás ser criado mio? porque me alegrá tener un lacayo como tú. Y yo á un amo como Vmd., le respondí prontamente. Segun eso (me replicó) desde este mismo momento estás ya admitido en mi servicio: sígueme, y yo le seguí sin réplica.

El tal caballero podia tener como unos treinta  
TOMO IV. N ta

ta años, llamábase Don Abel, y estaba hospedado en una posada particular, donde ocupaba un quarto decentemente alhajado. Luego que despertaba por la mañana era mi primer cuidado picarle tabaco para fumar cinco ó seis cigarros, limpiar los zapatos, acepillar el vestido, ayudarle á vestir, y despues llamar al barbero y peluquero para que le viniesen á ateytar y peynarle la peluca. Hecho esto salia de casa, recorria varias tiendas y mostradores de conversacion, y casas de juego, y no se retiraba á la posada hasta las once ó doce de la noche; pero todas las mañanas antes de salir de casa sacaba tres reales de la faltriquera y me los entregaba para que comiese dexándome en libertad todo lo restante del dia, contentándose con que me hallase en casa quando se retiraba. Dió orden para que se me hiciese una librea muy chusca, con la qual propiamente parecia lo que verdaderamente era, un postilloncico de comisiones galantes. Estaba yo muy contento con mi oficio, porque verdaderamente se acomodaba á mi humor.

Ya habia pasado casi un mes que me hallaba muy gustoso de tan buena vida, quando el amo me preguntó un dia, si estaba contento con él; contentísimo, le respondí sin detenerme un punto. Ora bien, repuso él, pues mañana hemos de partir á Sevilla donde me llaman ciertos intereses y negocios. No te pesará ver aquella digna capital de Andalucía, pues

ya

ya habrás oido muchas veces que *quien no vió á Sevilla no vió maravilla*. Que me place, respondí yo, pronto estoy á seguir á Vmd. á qualquiera parte del mundo. Con efecto al amanecer del dia siguiente vino á la posada el ordinario de Sevilla y se llevó un gran baul donde estaba la ropa de mi amo, y luego nos pusimos en camino de dicha ciudad.

Era el señor Don Abel tan afortunado en el juego que solamente perdía quando queria perder: esta habilidad le obligaba á mudar á cada paso de habitacion por no estar expuesto al resentimiento y venganza de los mentecatos, que se dexaban engañar: y este fue el verdadero motivo de nuestro repentino viage. Llegados á Sevilla, nos alojamos en un meson de caballeros vecino á la puerta de Córdoba, donde comenzamos á vivir ni mas ni menos como en Toledo. Pero mi amo halló gran diferencia entre las dos ciudades. En los cafés y casas de juego habia jugadores tan diestros y afortunados como él: esto en realidad le daba poco gusto, y volvía á casa de mal humor. Una mañana en que todavía le duraba la rabia por haber perdido cien doblones el dia antecedente me preguntó, ¿por qué no habia llevado la ropa sucia á la lavandera? Señor, le respondí, porque enteramente se me olvidó. Al oír esto entró en una furiosa cólera, y descargó en mi pobre rostro media docena de bofetadas tan terribles, que me hicieron ver mas luces que las que ha-

bia

N 2

bia en el Templo de Salomon, diciéndome al mismo tiempo: toma, bribonzuelo, esto es para que otra vez no te olvides de cumplir con tu obligación. ¿Quieres que cien veces te advierta yo lo que debes hacer? ¿Se te ha olvidado algún día el comer ni el beber? ¿Pues por qué eres tan olvidadizo en lo que toca á servir? No siendo una bestia, como no lo eres, bien podías prevenir lo que debes hacer sin esperar á que yo te lo acuerde. Diciendo esto se salió muy enfadado del quarto, dexándome sumamente sentido, y con deseos de vengarme de las bofetadas que me dió por una falta tan ligera.

Poco despues le sucedió no sé qué aventura en el juego, por lo qual volvió á casa tan rabioso que no se le podía mirar á la cara. Scipion (me dixo) he determinado partir á Italia y embarcarme mañana en un navio Genoves que está ya pronto para volver á Génova. Tengo razones para no excusar este viage; espero me querrás acompañar en él, y no malograr esta ocasion de ver el pais mas delicioso del mundo. Respondí que venia en ello; pero en lo interior muy resuelto á desaparecer al mismo tiempo de partir. Andaba pensando en el modo de vengarme de las bofetadas, y me pareció que este era el mas ingenioso y delicado. Satisfecho y vano de que me hubiese ocurrido este pensamiento, no pude contenerme sin comunicársele á cierto valenton perdona vidas conocido mio que encontré casualmente en la calle. Habia yo hecho

en

en Sevilla varios malos conocimientos, y el de este guapo era uno de los peores. Referíle el lance de las bofetadas con el motivo de ellas, y confiándole mi resolucion de dexar al amo escapándome quando se fuese á embarcar, le pregunté qué le parecia de esta determinacion.

El valenton arqueando las cejas y retorciendo el bigote me miró con desden, y me dixo con mucha gravedad: mal aconsejado rapaz, tengo lástima de tí; sábete que serás un hombre sin honra por toda la vida si te contentas con la frívola venganza que has meditado para volver por tu honor. No basta dexar el servicio de Don Abel y retirarte para siempre de su casa; es menester que la satisfaccion sea proporcionada á la gravedad de la afrenta. Levantémosle tú y yo todo su equipage y todo su dinero para repartirle despues entre los dos como buenos hermanos. No obstante mi natural proposicion á robar no dexó de estremecerme y de causarme algun horror un robo tan importante. En medio de eso el archi-ganzuá que me hizo la proposicion tuvo arte para hacérmela tragar y vencer mi cobardia. Así que, acordada la execucion, se practicó de esta manera. El jaqueton, hombre robusto y rollizo, vino á la posada el dia siguiente á boca de noche. Mostréle el gran baul de mi amo, y le pregunté si podria él solo cargar con tan grande peso? sonrióse á lo marrajo, y me respondió: ¿qué llamas si podré con él? Sábete que quando se trata de cargar

gar con la hacienda agena seria yo capaz de llevar acuestas toda el arca de Noé. Diciendo esto acercóse al baul, echósele á las espaldas como si fuera una paja, y baxó las escaleras con la mayor ligereza. Seguile yo al mismo paso, y ya estábamos los dos á la puerta de la calle quando se nos puso delante Don Abel, que por gran fortuna suya llegó á tiempo tan oportuno.

¿A dónde vas con ese cofre? me dixo muy enfadado. Fue tanta mi turbacion que no acerté á responderle ni una sola palabra. Mientras tanto mi bravo guapeton posó boniticamente en tierra el baul, y puso los pies en polvorosa para ahorrar demandas y respuestas. ¿Dime, bribon, (me volvió á preguntar mi amo) á dónde llevas ese baul? Señor, le respondí mas muerto que vivo, le hacia llevar al navio donde su merced se ha de embarcar mañana para Italia. ¿Pero por donde sabías tú, me replicó, en qué navio me habia de embarcar? Señor, repuse prontamente, *quien lengua tiene á Roma vá.*—Informariame en el puerto, y allí lo hubiera sabido. Al oirme esta respuesta, que se le hizo muy sospechosa, me miró con unos ojos que parecia me queria tragar, temiendo yo repitiese las bofetadas: pero dime, replicó otra vez, ¿quien te mandó que sacases el baul del meson sin orden mia? ¿Qué llama *sin orden de Vmd.*? volví yo tambien á replicar. Su merced mismo me lo mandó. ¿Cómo, dixo, yo te he manda-

do

do tal cosa? ¿Pues no se acuerda su merced (respondí) de lo que me dixo el día de las bofetadas riñéndome porque no prevenia sus órdenes, y no hacia por mí mismo quanto sabia ser de su servicio sin esperar á que todo me lo mandase? ¿Habia cosa mas necesaria al servicio de su merced que hacer llevar el baul al navio antes que su merced se embarcase? ¿Y habia de esperar para ello el mismo instante del embarco? Entonces el señor jugador conociendo que tenia yo mas malicia de lo que él habia creído, me despidió de su casa, diciéndome friamente: señor Scipion, yo no me acomodo con criados tan sutiles; váyase Vmd. donde su suerte le depare, y Dios le dé buena fortuna. No gusto jugar con sugetos que en el juego siempre tienen una carta de mas ó de menos. Quitate de mi presencia, añadió, mudando de estilo y aun de tono, si no quieres que te haga cantar á compas de una desagradable solfa.

No esperé á que me lo dixese dos veces. Hícele una profunda reverencia, y tomé calle arriba, meditando desde luego dónde iria á comer aquel día, y á gastar un par de reales que tenia en la faltriquera, los cuales componian todo mi caudal. Pensando en esto pasé por el palacio arzobispal á tiempo que se estaba disponiendo la cena, y salia de la cocina un olor de los cielos, que se sentia á la redonda, y era capaz de resucitar á un difunto. ¡Cáspita! dixere entre mí, yo me contentaria con qualquiera de

es-

estos platos, solo con que me dexasen meter en alguno de ellos los quatro deditos, y el pulgar. ¡Pero qué! ¡será esto imposible! ¡Y será tan pobre mi imaginacion que no me socorra con algun arbitrio para probar unos guisos y salsas que solo me han llegado á las narices? Entregado enteramente á este pensamiento me ocurrió una feliz invencion que quise probar inmediatamente, y no me salió mal. Entréme en el patio de palacio, y comencé á correr hácia las cocinas gritando con todas mis fuerzas en ayre y tono de espantado: *socorro, socorro*; como si me viniera siguiendo alguno para quitarme la vida.

A mis descompasados gritos acudió apresurado el cocinero del Arzobispo, para informarse del motivo de ellos con otros tres ó quatro pillos de cocina; y no viendo á nadie mas que á mí, todos me preguntaron qué tenia, y por qué daba aquellos gritos. Señores, les respondí afectando miedo, por amor de Dios sálvenme Vmd. y librenme de este asesino que me quiere matar. ¿A dónde está ese asesino? dixo entonces levantando la voz el cocinero, porque tú estás solo, y no viene tras de tí ni siquiera un gato. Sosiégate, hijo, y no temas, que ninguno te hará mal. Sin duda que algun bufon se quiso divertir poniéndote miedo, y se retiró quando te vió entrar en palacio, donde no se atrevió á seguirte; y en verdad que lo acertó, porque si hubiera tenido ese atrevimiento

le

hubiéramos cortado las orejas. No señor, no señor, le respondí haciendo del azorado: no me siguió por hacer burla, siguióme porque era un grandísimo ladrón que me quería robar lo que tenia, y estoy cierto que me estará esperando escondido en algun rincón ó tras de alguna puerta. Si fuere así, replicó el cocinero, en verdad que tendrá que aguardarte largo tiempo, porque has de cenar y dormir aquí, y no te dexaremos salir hasta mañana.

No puedo ponderar el gusto que me dieron estas últimas palabras, ni lo admirado que me quedé quando conducido por el cocinero á las cocinas se me presentó á la vista el tren y los grandes preparativos que se hacian para la cena. Conté hasta quince personas empleadas en ella, mas no pude contar la variedad de exquisitos platos que tenia delante de los ojos. Entonces fue quando conocí por la primera vez lo que era sensualidad, recibiendo á nariz llena el humo de tantas delicadísimas viandas que jamas habia gustado. Aquel día tuve el honor de comer, y aun de dormir con los pillos de cocina, los quales todos quedaron tan pagados de mí, que quando á la mañana siguiente fui á dar gracias al cocinero por el favor que me habia dispensado en recogerme y darme asilo la noche anterior, me dixo: mis mozos de cocina han quedado tan contentos y prendados de tí, que todos á una voz me han asegurado que celebrarán te quedases en su compañía. Dime ahora

con

TOMO IV.

con toda realidad si gustarias ser compañero suyo. Señor, le respondí prontamente, si lograra esa fortuna me tendria por muy feliz. Siendo eso asi, me respondió, desde este mismo punto te puedes contar por criado del Arzobispo mi señor. Diciendo y haciendo me llevó al quarto del mayordomo, el qual observando mi despejo, á letra vista me confirmó en el empleo de arrima-leña y espuma-ollas de su Señoría Ilustrísima.

Luego que tomé posesion de tan decoroso empleo, el cocinero que seguia la antigua costumbre en los cocineros de casas grandes, conviene á saber, de enviar todos los dias varios platos á sus damas, puso los ojos en mí para enviar á cierta niña de la vecindad, ya grandes lonjas de ternera, ya todo género de platos de volatería, montería y pastas delicadas. Era la tal dama una viudica como de treinta años, linda, vivaracha y muy desembarazada, en fin con todas las señales de no ser lo mas exáctamente fiel á su generoso cocinero. Este no contento con proveerla de pan, carne y aceyte, la hacia tambien la provision de vino, y todo esto (ya se entiende) á costa del buen Arzobispo.

En el Palacio de su Ilustrísima acabé de perfeccionarme en mis mañas, jugando una pieza de que todavía hay y habrá por largo tiempo en Sevilla gran memoria. Los pages y otros familiares pensaron en representar una comedia para celebrar los dias del amo. Escogieron la famosa

de

dellos *Benarriides*; y como era menester un mozo poco mas ó menos de mi edad para hacer el papel del Rey de Leon, pusieron los ojos en mí. El mayordomo que se preciaba de gran recitante, tomó de su cuenta ensayarme, y con efecto me dió algunas lecciones, asegurando á todos que no sería yo el que lo hiciese peor. Como la fiesta se habia de hacer á costa del Arzobispo, no se perdonó gasto alguno para que saliese magnífica. Levantóse en un salon un soberbio teatro, decorado con el mejor gusto, y no sin alguna suntuosidad. En una de sus alas se dispuso una especie de cama de céspedes, donde debia yo fingirme dormido quando viniesen los Moros á echarse sobre mí para hacerme prisionero. Luego que todos los actores se hallaron ensayados y prontos para representar, el Arzobispo señaló dia para la funcion, convidando á todas las damas y principales caballeros de la Ciudad.

Llegada la hora de la representacion cada papel cuidó de vestirse con el traje que le correspondia. Por lo que toca al mio el sastre me le presentó acompañado del mayordomo, que habiendo tenido el trabajo de ensayarme, quiso tener tambien la paciencia de verme vestir para que todo saliese á gusto suyo. Trájome el sastre una ropa talar en figura de toga de riquísimo terciopelo carmesí galoneado todo con franjas de oro anchas de quatro dedos, y las mangas, que pendian hasta tocar la tierra, abotonadas con boto-

02

nes

nes todos del mismo metal. El propio mayordomo me puso en la cabeza por sus manos una corona de carton dorado adornada toda con perlas finas mezcladas con algunos diamantes falsos. Cñéronme con un ceñidor ó anchurosa vanda de seda color de rosa, recamada toda con flores de plata, y terminando por la parte anterior en dos graciosas borlas de flequillo de oro. A cada una de estas cosas que me ponian, se me figuraba á mí que me estaban dando alas para volar y escaparme. Comenzó en fin la comedia al anochecer. Yo abrí la escena con mi relacion, la qual concluia diciendo que rendido ya á la grave opresion de un porfiadísimo suño iba á echarme en la cama para abandonar-me á él. Con efecto me retiré á la que me tenían prevenida tras de bastidores á un lado del teatro; pero en lugar de dormir solo me puse á pensar muy de propósito en el modo que tendria para escaparme con mis hábitos reales. Habia dentro del teatro una escalerilla excusada, por la qual se baxaba á una pieza que estaba debaxo de él y caía á la calle. Levantéme de la cama con mucho tiento, y viendo que ninguno me observaba me enfilé por dicha escalerilla, diciendo: *plaza, plaza, con licencia de Vmds. señores*, á los que estaban en la pieza, los quales todos creyendo que se me habia ofrecido alguna cosa precisa, me hicieron lugar con la mayor cortesía, y boniticamente me dexaron pasar.

Luego que me ví en la calle me fuí derecho

á casa de mi amigo el valenton que vivia cerca del Palacio Arzobispal. Quedó extrañamente admirado quando me vió en aquel traje; contéle el hecho informándole de todo, y él se echó á reir hasta desgañitarse. Dióme despues un abrazo muy estrecho, bien persuadido á que le tocaria alguna parte de los despojos del Rey de Leon, añadiendo que si los progresos correspondian á los principios haria yo gran ruido en el mundo por mis raros y extraordinarios talentos. Despues que nos alegramos y nos divertimos largamente los dos celebrando mi gran golpe de mano, pregunté yo á mi jaqueton: ¿y qué hemos de hacer ahora de estos ricos vestidos? Eso no te dé cuidado, me respondió, dexalo á mi cargo, y fiate de mí. Conozco á un revendedor muy hombre de bien, el qual compra toda la ropa que le van á vender sin afectar escrúpulos impertinentes, ni mostrar la mas mínima curiosidad, una vez que le tenga cuenta el comprarla. Mañana le buscaré y le haré venir á casa.

Efectivamente al dia siguiente muy de mañana se levantó dexándome á mí en la cama, y dos horas despues volvió con el revendedor, el qual traía debaxo de la capa un paquete de lienzo amarillo. Amigo, me dixo, aquí te traigo al señor Ibañez de Segovia, hombre de la mayor integridad, á pesar del mal exemplo que le dan los de su oficio. El te dirá lo que vale en conciencia el vestido de que te quieres deshacer,

y

y puedes fiarte ciegamente de lo que él te dixere. En quanto á eso, dixo el revendedor, me tendria por el hombre mas ruin y miserable del mundo, si tasára una cosa en solo un maravedí menos de lo que vale. Hasta ahora, gracias á Dios, ninguno ha tachado de esto á Ibañez el Segoviano. Veamos, añadió, esa ropa que Vmd. quiere vender, y esté bien seguro de que no la tasaré en un cornado menos de su legítimo valor. Aquí está, dixo el valenton, poniéndosela delante. No me negará Vmd. que es verdaderamente magnífica: observe Vmd. el noble tejido, el bellissimo lustre del terciopelo, que es de Génova, y el inestimable precio de esta riquísima franja de oro. Verdaderamente estoy como encantado, respondió el revendedor, despues de haber examinado el vestido con la mayor atencion; es de lo mayor y mejor gusto que he visto en toda mi vida. ¿Y qué juicio hace Vmd., le preguntó el guapeton, de las perlas que adornan esta corona? Si fueran redondas, respondió, no tendrían precio; pero tales quales son me parecen bellisimas, y me gustan tanto como todo lo demas. No puedo menos de confesar la verdad. Qualquiera otro revendedor mas ladino ó menos escrupuloso rebaxaria mucho el valor de este precioso vestido, despreciando su calidad para comprarle por poco dinero, y no se avergonzaria de ofrecer por él veinte doblones; mas yo que tengo conciencia y he leído mi poquito de Moral ofrezco quarenta.

Aun

Aun quando hubiera el Segoviano ofrecido ciento no sería mucho, puesto que solamente las perlas valian doscientos. Pero el valenton, que se entendia con él, volviéndose á mí, me dixo: vea Vmd. la fortuna que ha tenido en dar con un hombre tan timorato y tan de bien. El señor Ibañez aprecia las cosas ni mas ni menos como lo haria si se hallára en la hora de la muerte. Asi es, respondió el revendedor, y por eso no hay que regatear conmigo ni sobre un solo maravedí; en cuya suposicion este es ya negocio concluido. Aquí está el dinero, añadió, ¿no hay quien le quiera contar? Espere Vmd. le replicó el valenton, antes de contarle es menester que el amigo pruebe ese otro vestido que Vmd. le ha traído. Desenvolvió entonces su paquete el revendedor, y me presentó una casaca con chupa y calzones de paño musco fino, pero ya usado y algo raído, con botones plateados. Levantéme para probar el vestido, el qual en la realidad me venia muy ancho, y no menos largo; pero aquellos dos sugetos se empeñaron en persuadirme que parecia haberse hecho justamente para mí. Ibañez le tasó en diez doblones, y como nada se habia de replicar á lo que decia, me fue preciso pasar por ello. Sacó, pues, treinta doblones del bolsillo, contólos, arrojólos sobre una mesa, recogió en un envoltorio mis hábitos Reales, hizonos una profunda reverencia, y tomando la puerta y la escalera se retiró á su casa.

Lue-

Luego que salió del quarto me dixo el valenton: este buen revendedor me gusta mucho; y tenia razón, porque estoy seguro que sacaría de él á lo menos cien doblones de aquel lance. Sin embargo no se contentó con ello, antes bien con la mayor serenidad, y sin la menor ceremonia tomó quince doblones de los treinta que estaban sobre la mesa, y entregándome á mí los otros quince, me dixo, querido Scipion, aconséjote que con esos doblones que te restan salgas sin perder tiempo de esta Ciudad, donde puedes considerar las diligencias que se harán á instancias del Arzobispo para pillarte, y seria para mí un dolor inconsolable, si despues de la heroica accion que has hecho para inmortalizar tu nombre echáras un borron en la historia de tu vida, leyéndose en ella que por una necia confianza te habias ido á meter en una horrenda prision. Respondíle que ya estaba bien resuelto á alejarme quanto antes de Sevilla: y con efecto, despues de haber comprado un sombrero y algunas camisas salí de la Ciudad, y por la vasta y deliciosa campiña que entre olivares y viñedo conduce á Carmona, tomé el camino de aquel pueblo, y en tres dias llegué á la amenísima Córdoba.

Alojéme en un meson á la entrada de la plaza mayor donde viven los mercaderes. Vendíme por un hijo de familias natural de Toledo, que viajaba únicamente por instruirse y ver mundo: mi decente vestido ayudaba á que se

cre-

creyesen era así, y algunos doblones que con afectacion dexé ver al mesonero le acabaron de persuadir, si ya en vista de mis juveniles años no me tuvo por algun mozuelo libertino que se habia escapado de casa de sus padres despues de haberlos robado, y se iba á correr mundo gastando alegremente el dinero. Sea lo que fuere, el tal mesonero no se mató mucho por averiguar quien era yo, quizá por temor de que me fuese á otra posada si llegaba á molestarme su curiosidad. En aquel meson se daba á todos un decente trato por solos seis reales al dia: moderacion y conveniencia que siempre atraía á él gran concurrencia de gentes. Eramos por lo comun doce personas en la mesa redonda. Ordinariamente ninguno hablaba palabra, á excepcion de un grandísimo hablador, que á diestro y siniestro estaba garlando toda la comida, y con su incesante parladuria suplía bien el profundo silencio de todos los demas. Preciábase de agudo y de gracioso, contando cuentos y embanastando chistes que nos divertian, y alguna vez nos hacian reir, menos por su poca, y esa muy grosera sal, que por su impertinencia, y su helada frialdad.

Por lo que tocaba á mí hacia tan poco caso de todo lo que garlaba aquel loquaz é irrestañable ente, que desde el primer plato me hubiera levantado de la mesa sin poder dar razon de nada de lo que habia hablado, á no haberse metido él mismo en un discurso que me interesaba. Señores, dixo, quando ya se iban á levantar

TOMO IV.

P

los

los manteles: quiero regalar á Vmds. por postre un bocadico de gusto, contándoles una graciosísima burla que los días pasados hizo un buen humor en el palacio del Arzobispo de Sevilla. Refirióme la cierto Bachiller amigo mio que se halló presente. Sobresaltáronme un poco estas palabras, no dudando que la burla que iba á contar era la misma que yo habia hecho, y con efecto no me engañé. Refirió el tal personage todo el lance con la mayor puntualidad, añadiendo lo que habia pasado despues que yo me habia salido, que fue ni mas ni menos como lo voy á decir.

No bien me habia escapado quando siguiendo el orden de la comedia que se representaba, los Moros que debian entrar á apoderarse del Rey, y hacerle prisionero sorprehendiendole en la cama, se dexaron ver en el teatro, pero quedaron extraordinariamente aturdidós quando buscando al Rey de Leon se hallaron sin Rey ni Roque. Interrumpióse la comedia, agitáronse todos los actores; unos me llaman; otros me buscan; este grita; y aquel me da á todos los diablos. El Arzobispo, que oyó la bulla y la confusion que habia dentro del teatro, preguntó la causa. A la voz: del Prelado salió un page que hacia el Gracioso, y le dixo: no es nada, Ilustrísimo Señor el Rey de Leon ha tenido la fortuna de escaparse de los Moros con sus hábitos Reales. Mil gracias sean dadas al Señor, respondió el Arzobispo: hizo bien su Magestad en huir por no caer en manos de los enemigos de

la Religion, librándose de las cadenas que ya le tenian prevenidas. Sin duda se habrá encaminado á Leon, capital de su Reyno; Dios quiera que haya llegado con toda felicidad. Por lo demas mando seriamente que ninguno vaya en busca suya; sentiria mucho que su Magestad tuviese que padecer la menor desazon por parte mia. Luego que dixo esto, dió orden que se leyese en voz alta mi papel, y se acabase la comedia.

## CAPITULO XI.

*Prosigue la historia de Scipion.*

Mientras me duró el dinero, el mesonero me trató con grande atencion y muy cariñoso; pero quando se me acabó mudó de tono, hablándome siempre con aspereza, con desprecio, y con sacudimiento, tanto que una mañana me llegó á decir que le hiciese la merced de salir quanto antes de su casa. Díle este gusto prontamente, dexé su meson, y entréme en la Iglesia de Santo Domingo á oír Misa. Mientras la estaba oyendo se acercó á mí un pobre viejo y me pidió una limosna por amor de Dios. Díle un quarto, diciéndole al mismo tiempo: hermano, pida al Señor que me haga hallar una buena conveniencia; si fuere oída su oracion no se ar-

los manteles: quiero regalar á Vmds. por postre un bocadico de gusto, contándoles una graciosísima burla que los días pasados hizo un buen humor en el palacio del Arzobispo de Sevilla. Refirióme la cierto Bachiller amigo mio que se halló presente. Sobresaltáronme un poco estas palabras, no dudando que la burla que iba á contar era la misma que yo habia hecho, y con efecto no me engañé. Refirió el tal personage todo el lance con la mayor puntualidad, añadiendo lo que habia pasado despues que yo me habia salido, que fue ni mas ni menos como lo voy á decir.

No bien me habia escapado quando siguiendo el orden de la comedia que se representaba, los Moros que debian entrar á apoderarse del Rey, y hacerle prisionero sorprehendiendole en la cama, se dexaron ver en el teatro, pero quedaron extraordinariamente aturdidós quando buscando al Rey de Leon se hallaron sin Rey ni Roque. Interrumpióse la comedia, agitáronse todos los actores; unos me llaman; otros me buscan; este grita; y aquel me da á todos los diablos. El Arzobispo, que oyó la bulla y la confusion que habia dentro del teatro, preguntó la causa. A la voz: del Prelado salió un page que hacia el Gracioso, y le dixo: no es nada, Ilustrísimo Señor el Rey de Leon ha tenido la fortuna de escaparse de los Moros con sus hábitos Reales. Mil gracias sean dadas al Señor, respondió el Arzobispo: hizo bien su Magestad en huir por no caer en manos de los enemigos de

la Religion, librándose de las cadenas que ya le tenian prevenidas. Sin duda se habrá encaminado á Leon, capital de su Reyno; Dios quiera que haya llegado con toda felicidad. Por lo demas mando seriamente que ninguno vaya en busca suya; sentiria mucho que su Magestad tuviese que padecer la menor desazon por parte mia. Luego que dixo esto, dió orden que se leyese en voz alta mi papel, y se acabase la comedia.

## CAPITULO XI.

*Prosigue la historia de Scipion.*

Mientras me duró el dinero, el mesonero me trató con grande atencion y muy cariñoso; pero quando se me acabó mudó de tono, hablándome siempre con aspereza, con desprecio, y con sacudimiento, tanto que una mañana me llegó á decir que le hiciese la merced de salir quanto antes de su casa. Díle este gusto prontamente, dexé su meson, y entréme en la Iglesia de Santo Domingo á oír Misa. Mientras la estaba oyendo se acercó á mí un pobre viejo y me pidió una limosna por amor de Dios. Díle un quarto, diciéndole al mismo tiempo: hermano, pida al Señor que me haga hallar una buena conveniencia; si fuere oída su oracion no se ar-

repentirá de haberlo hecho, y esté seguro de mi reconocimiento.

Miróme el pobre con grande atención al oírme decir esto, y con mucha seriedad me preguntó: ¿qué especie de conveniencia desea Vmd.? Acomodarme por lacayo en una buena casa (le respondí) donde lo pasase bien. Volvíome á preguntar, ¿si urgía mucho la necesidad? urge tanto, le repliqué, que si no logro luego lo que deseo, habré de morir de hambre ó pedir limosna como tú. Si llegára ese caso (repuso el pobre) sería muy trabajoso para Vmd. no estando acostumbrado á nuestra vida; mas á poco que se acostumbrára á ella no preferiría la triste esclavitud de servir á la alegre libertad de mendigar. Pero al fin ya que Vmd. quiere mas servir que tener una vida suelta como yo, dentro de poco espero encontrarle un buen amo. Aquí donde Vmd. me vé le puedo servir de algo. Espéreme mañana á estas horas en este mismo sitio.

Guardéme bien de no hallarme en él con la mayor puntualidad. Esperé allí el día siguiente, y tardó poco en llegar el mismo mendigo, quien me dixo en voz baxa que le siguiese. Hícelo así, y me conduxo á una pobre casilla, no distante de la misma Iglesia. Sentámonos los dos en un largo banco raso que tendria por lo menos sus cien años de servicio, y el pobre me habló de esta manera: *Una buena accion, dice el refran, tarde ó temprano la premia el Señor.*

Ayer

Ayer me dió Vmd. limosna, y agradecido yo á ella determiné hacer lo posible para buscarle una buena conveniencia, la que espero en Dios se conseguirá muy presto. En este Convento conozco á un Padre anciano, que es un santo Religioso, y un gran director de almas. Tengo la fortuna de ser como criado suyo, lo que hasta aquí he desempeñado con tanto amor, acierto y fidelidad, que el buen señor nunca se niega á emplear todo su valimiento en mi favor, y en el de mis amigos. Ya le hablé de Vmd. y le dexé muy inclinado á servirle. Yo le presentaré á su Reverencia quando y como Vmd. lo tuviere á bien.

No hay que perder tiempo, le respondí: en este mismo instante podemos ir á ver á ese santo Religioso. Vino en ello el pobre, y partimos los dos á la celda del P. Fr. Alexo (que así se llamaba.) Encontrámosle escribiendo cartas espirituales. Luego que me vió interrumpió su tarea, y me dixo: á ruegos de este pobrecito, á quien estimo, he querido interesarme por tí. Supe esta mañana que el señor Baltasar Velazquez necesita un lacayo, y al instante le escribí un billete, á que me respondió diciendo que recibiria ciegamente á qualquiera que le fuese por mi mano. Desde luego puedes ir á presentarte á él, porque es mi penitente, y mi amigo; pero antes quiero instruirte en lo que debes hacer para cumplir con tu obligacion y desempeñarme á mí. Hízome sentar, y me espetó una

plá-

plática que duró tres quartos de hora, extendiéndose particularmente sobre la grande obligacion que tenia de servir con zelo al señor Velazquez, y concluyó asegurándome que él me mantendría en su casa, con tal que no diese justo motivo de queja á mi amo.

Dí rendidas gracias al Religioso, y salí del Convento con mi protector el pordiosero, quien me dixo que el señor Baltasar Velazquez era un rico mercader de paños, entrado en edad, y de buena traza; añadiendo, no dudo que os halleis bien en su servicio, y si fuera que vos no le dexaria por el de un señor. Preguntéle donde vivia mi nuevo amo, ofrecí gratificar sus diligencias, y habiéndome despedido de él, me encaminé en derechura á casa del mercader. Llegué á la tienda, donde dos mancebos decentemente puestos esperaban parroquianos y gentes que fuesen á comprar. Pregunté por el señor Velazquez, diciendo tenia que hablarle de parte del P. Alexo, y á éste solo nombre abrieron las puertas, y me mandaron entrar en la trastienda, donde estaba el Señor Baltasar hojeando un gran registro. Despues de una profunda cortesía le dixe ser yo el mozo que le enviaba Fr. Alexo. Seas muy bien venido, me respondió: basta la recomendacion de ese santo Religioso para que te admita, perfiriéndote á tres ó quatro por quienes me han hablado. Ya estás recibido, y desde hoy corre tu salario.

A pocos dias que estuve en casa del mercader

der conocí que era un buen hombre tal qual me le habian pintado. Parecióme ademas tan sencillo que desde luego me hice cargo de lo mucho que me costaria el dexar de jugarle alguna de mis piezas acostumbradas. Habia quatro años que estaba viudo, y tenia dos hijos, un varon y una hembra, aquel de veinte y cinco años, y esta de quince, gobernada por una dueña severa, beata y confesada del P. Alexo, que la educaba bien, guiándola por el camino derecho de la virtud. No así su hermano Gaspar Velazquez. Aunque habia tenido una buena educacion, y á ningun medio se habia perdonado para hacer de él un hombre de bien, poseía en grado eminente todos los vicios de la mas disoluta juventud. Se pasaban los dos y los tres dias sin que pareciese en casa, y si al volver á ella le daba el padre alguna reprehension, él le hacia callar levantando la voz mas que su pobre padre.

Díxome un dia el triste viejo: Scipion, tengo un hijo, que es mi mayor y mas insufrible tormento. Está sumergido en todos los vicios, lo que verdaderamente me admira, porque en su educacion ninguna diligencia se omitió para criarle bien. Busquéle buenos maestros, y mi amigo el P. Alexo hizo quanto pudo y supo para enderezarle por el camino mejor. No lo pudo conseguir. Dióse Gaspar enteramente á la disolucion. Acaso me dirás que quizá tendré yo la culpa por haberle tratado con demasiada indulgencia, y suavidad, pero no es así. Nada le he

he perdonado, castigúele siempre que me pareció necesario el rigor; porque aunque mi genio es inclinado á la blandura, no me falta fortaleza y teson en las ocasiones que lo piden. Una vez yo mismo le hice encerrar en una casa de correccion, pero salió de ella mucho peor de lo que entró. En una palabra, es de aquellos mozos perdidos que no hacen caso alguno ni de buenos exemplos, ni de amorosas reprehensiones, ni de severos castigos. Solo Dios podrá hacer el milagro de convertirle.

Si no me causó lástima el dolor de aquel afligido padre, á lo menos mostré que me la daba. En verdad, señor, le dixé en tono compasivo, que un padre tan bondadoso como Vmd. merecia tener otro mejor hijo. ¿Qué le hemos de hacer? me respondió: no ha querido el Señor darme este consuelo; sea su nombre bendito. Entre los disgustos que me causa Gaspar, añadió, te diré en confianza uno que me tiene en continua inquietud. Este es un perpétuo hipo de robarme, como yo mismo he conocido, lo que no obstante mi extrema vigilancia ha logrado muchas veces. Entendiase para eso con el lacayo antecesor tuyo, á quien por solo esto despedí y eché enhoramala de mi casa. Espero que tú no te dexarás engañar ni coechar de mi mal hijo, y que mirarás con zelo y fidelidad por mis intereses, como sin duda te lo habrá recomendado mucho el P. Fr. Alexo. Así es, señor, le repliqué: por mas de una hora no hizo otra cosa

el

el santo Religioso que inculcarme la obligacion que tenia de ser fidelísima guardia de la hacienda de su merced: verdad es que para esto no necesitaba de su exórtacion, porque (gracias al Señor) en este particular nunca he tenido la mas mínima cosa de que acusarme, fuera de que naturalmente me siento apasionado por las cosas de Vmd., y así le prometo un zelo y una fidelidad á toda prueba.

El que no oye mas que la mitad haga cuenta que es sordo, dice el proverbio; y el Jurisconsulto añade, que para sentenciar con conocimiento de causa es menester oír á ambas partes. El diablillo del atolondrado Velazquez debió de brujulear por mi fisonomía que tan facil le sería pescarme á mí en su red como le habia sido pescar en ella á mi antecesor, y en virtud de este concepto, nada temerario, llevándome un día á cierto parage retirado me habló en estos precisos términos. Oyeme, querido Scipion: tengo por cierto que mi padre te habrá encargado que me espies y le informes de todos mis pasos: guárdate bien de hacerlo, porque es oficio ruin, y ademas de eso peligroso. Te lo advierto por lo que te estimo. Si alguna vez llego á conocer que me observas, ten por cierto que morirás apaleado; al contrario, si me ayudas á engañar á mi padre, está seguro de todo mi reconocimiento. ¿Puedo hablarte mas claro? En todos los lances que yo echáre, te tocará á tí una buena parte. Escoge, y en este mis-

TOMO IV.

Q

mo

mo momento declárate por el padre ó por el hijo. No admito neutralidad.

Señor, le respondí, en grande apuro me pone metiéndome entre la espada y la pared, tanto que viéndome en tal estrecho no puedo menos de declararme por Vmd. aunque interiormente sienta gran repugnancia á ser traidor á su señor padre. Déxate de esos escrúpulos, replicó Gaspar; mi padre es un viejo avaro, codicioso y miserable; un hombre ruin que no me quiere dar ni un solo maravedí para lo mas necesario, como el juego y otros pasatiempos propios de un mozo de veinte y cinco años. Este es el verdadero punto de vista en que se deben mirar las acciones de mi padre. Nada hay que replicar á una razon tan concluyente, respondí yo, y así estoy ya resuelto. Tendráme Vmd. á su disposicion en todas sus loables empresas, pero con la condicion de que hemos de hacer todo lo posible para que no transpire en casa nuestra oculta inteligencia, porque de otra manera presto se vería vuestro fiel aliado en la calle. Paréceme que lo acertará Vmd. si muestra en lo exterior que no me puede arrostrar; hábleme siempre con aspereza en presencia de los demas, sin perdonar los términos mas duros y mas despreciativos. Tampoco hará daño de tiempo en tiempo tal qual bofetada, y un buen puntapié en la rabadilla; antes bien quanta mas aversion me mostráre Vmd. tanta mayor confianza hará de mí el señor Baltasar. Por mi parte

te afectaré siempre huir de su conversacion. En la mesa serviré á Vmd. con hocico y con desden, mostrándo que lo hago á mas no poder y de mala gana. Quando hable con los dos mancebos de la tienda, no llevará Vmd. á mal que diga de su persona todo quanto malo se me viniere á la boca; así engañarémos á todos.

¡Vive Dios! (exclamó el mozo Velazquez al oír estas últimas palabras) ¡vive Dios! que estoy asombrado y aturdido: en una edad tan verde como la tuya muestras un ingenio y un talento singular para todo lo que sea enredo, disimulo y artificio; con un aliado como tú desde luego me prometo los mas felices sucesos. Espero que con el auxilio de tu gran talento no he de dexar ni un solo doblon á mi padre. Vmd. me honra mucho, le respondí, y confía demasiadamente de mi industria. Haré quanto pueda para no desmentir el gran concepto que ha hecho de mí; si no lo consiguere no será culpa mía.

Tardó poco la ocasion de hacer ver á Gaspar que habia encontrado en mí el hombre que necesitaba, y el primer servicio que le hice fue el siguiente. El cofre del dinero de Baltasar estaba en el quarto donde dormia á la cabecera de su cama, sirviéndole al mismo tiempo de reclinatorio. Siempre que yo le veía se me alegraba el corazon, y en mi interior le saludaba diciéndole con ternura: ¿es posible, amado cofre, que siempre has de estar cerrado para mí? ¡Pues qué!

¿Nunca he de tener el consuelo de ver el tesoro que encierras dentro de tus entrañas? Como yo entraba en el quarto siempre que me daba la gana, porque el ingreso en él solo á Gaspar le estaba prohibido, entré un día á tiempo que su padre le estaba cerrando, y pareciéndole que de ninguno era visto, despues de cerrado metió la llave en un agujero ó pequeño nicho que estaba tras una tapicería. Noté cuidadosamente el sitio, y dí parte al amo mozo de este importante descubrimiento. ¿Qué es lo que me dices, caro Scipion? me dixo fuera de sí. Nuestra fortuna está hecha. Hoy mismo te daré cera, estamparás en ella la llave y me restituirás la cera prontamente. Poca dificultad me costará encontrar en Córdoba un cerragero que me saque la llave por la estampa, puesto que en Córdoba no faltan bribones como en qualquiera otra ciudad.

¿Pero á qué fin, dixe yo al señor Gaspar, quiere Vmd. gastar dinero en una llave falsa, quando podemos servirnos muy bien de la verdadera? Es cierto, me respondió: pero temo que mi padre, por su natural desconfianza ó por algun otro motivo, no entre en sospecha y la quiera esconder en otra parte que no sepamos; por lo qual me parece mas seguro tener una que sea nuestra y esté siempre á nuestra disposicion. Aprobé su pensamiento, y conformándome con él, una mañana estampé la llave en la cera; aprovechando la ocasión de no estar en

en casa su padre, el qual habia salido á visitar á su confesor Fr. Alexo, con quien frecuentemente tenia largas consultas y espirituales conferencias. No contento con esto, luego que el herrero me traxo la llave verdadera, aguardé ocasion oportuna, y no malográndola abrí el cofre, que encontré lleno de talegos grandes y pequeños, lo que me puso en grande embarazo, porque no sabia en que escoger, sintiéndome ciegameute enamorado de los unos y de los otros. Con todo eso, como el miedo de que me cogiesen con las manos en la masa no me permitia detenerme en largo exámen, á salga lo que saliere eché mano del talego que me pareció el mayor y mas repleto. Cerré despues el cofre, y salí del quarto con mi presa, la que escondí debaxo de mi cama en una pieza pequeña de la guardarropa donde yo dormia.

Concluida esta operacion con tanta felicidad me fui derecho á buscar á mi aliado Velazquez, que me estaba esperando en una casa vecina para donde me habia dado el santo. Contéle el feliz suceso de la hazaña que acababa de emprender; y el buen mozuelo quedó tan satisfecho de mí que me sufocó á finezas y á caricias, ofreciéndome generosamente la mitad del dinero que habia en el talego que saqué de cautiverio; pero yo no quise aceptar diciéndole: señor, no; este primer talego es todo para Vmd., á fin de que se sirva de él para sus necesidades. Presto volveré á hacer una visita al

al cofre donde, gracias á Dios, hay dinero para entrambos. Efectivamente, pocos dias despues repetí la visita, y saqué de él otro talego, donde habia quinientos pesos como en el primero. No quise tomar para mí mas que la quarta parte, por mas instancias que me hizo el señor Gaspar para que los repartiésemos entre los dos como buenos hermanos por partes iguales.

Quando el mozuelo se vió con tanto dinero, y por consiguiente en estado de satisfacer la pasion que tenia á las mugeres y al juego, se abandonó á ellas totalmente. Tuvo la desgracia de dar con una de aquellas mugercillas ballenas, que en un instante devoran y se tragan los mas ricos caudales. Empeñóle esta en tan excesivos gastos que me ví precisado á menudear las visitas al inagotable cofre, de manera que el viejo Velazquez conoció al fin que le robaban. Scipion, me dixo un dia, quiero hacerte una confianza: amigo, algun ladron hay en casa que me roba: han abierto mi cofre, y me han sacado de él muchos talegos. El hecho es constante. ¿ Pero á quién he de atribuir este robo? ó por mejor decir ¿ quién otro puede ser el ladron sino mi hijo, ó acaso tambien tú que quizá irás de compañía con él, no obstante la poca harmonía, ó antes bien la declarada oposicion que por ventura afectais entre los dos? Es verdad que por lo que toca á tí tengo por juicio temerario, y aparto de mí como tenta-

cion este pensamiento, habiéndose hecho el P. Fr. Alexo responsable de tu fidelidad. Respondí, que gracias al Cielo no me tentaba á mi el bien del próximo; y acepté un ayre compungido que contribuyó mucho á sincerarme con el buen viejo.

Con efecto no volvió á hablarme en la materia, pero se conoció que habia quedado con alguna desconfianza de mí, porque mandó hacer una nueva cerradura con nueva llave al cofre, la que desde entonces llevó siempre consigo en la faltriquera. Así que desde aquel punto se interrumpió todo comercio entre nosotros y los talegos: desgracia que particularmente á Gaspar le llegó al alma, porque no pudiendo ya gastar tanto con su ninfa, temió hallarse precisado á privarse de su vista para siempre. En medio de esto le ocurrió un expediente con el qual le pareció que podia mantener la correspondencia, á lo menos por algunos dias mas. Este fue aprovecharse por via de empréstito de aquello que me habia tocado á mí por las gracias que habia hecho al cofre. Entreguéle prontamente hasta el último maravedí, lo que me pareció que podia pasar por una restitucion anticipada hecha al señor mayor en la persona de su legítimo heredero.

Quando el desbaratado mozo acabó de consumir aquel último recurso, cayó en una melancolía tan profunda que al fin perdió la cabeza, ó á lo menos poco á poco se le fue trastor-

128 *Las Aventuras de Gil Blas.*

tornando tanto que llegó á consentir en el horrible pensamiento de envenenar á su padre. No contento con haberme confiado una idea tan exêcrable, tuvo valor para proponerme que le ayudase yo á ponerla en execucion. Llenéme de horror al oírle proposicion tan inhumana y tan bárbara: y no menos ofendido que horrorizado le respondí: ¡Es posible, señor, que esteis tan dexado de la mano de Dios que hayais podido dar lugar, no digo ya á una resolucion, sino á una proposicion tan abominable y tan impía! ¡Pues qué! ¿tendreis vos valor para quitar la vida á quien os dió la vuestra? ¿Habiase de ver dentro de España, es decir en el seno del Christianismo, cometerse un delito de que se avergonzarian y se horrorizarian las mas fieras, las mas bestiales Naciones? No señor, no hareis una accion que encenderia contra vos toda la indignacion del Cielo y de la tierra, y aun estaba por decir toda la venganza del infierno mismo.

Aleguéle todavía otras razones para desviarle de tan detestable intento. Yo no sé donde diantres fui á encontrar todos los motivos de Religion, de honradez, de gratitud y de honor mas poderosos para combatir y convencer aquel hombre desesperado, aquel desnaturalizado hijo. Lo cierto es que mozuelo como yo era, y demas á mas hijo de la Cusculina, le hablé como le pudiera haber hablado un Doctor de Salamanca. No obstante, por mas que le supliqué en-

*Lib. X. Cap. XI.*

129

entrarse en sí mismo, y que arrojase de sí tan diabólicos pensamientos, toda mi eloquencia fue al ayre. Baxó la cabeza, dexándola caer sobre el pecho, á manera de higo maduro, guardó un profundo silencio, dándome á conocer que nada le hacia fuerza.

En vista de esto tomé mi partido, y pedi una audiencia secreta al amo viejo. Encerrámonos los dos en un quarto, y le dixé inmediatamente: señor, permítame Vmd. que me arroje á sus pies, le pida perdon, é implore su misericordia. Sorprehendido el mercader de aquella demostracion, y de verme tan turbado, me preguntó ¿qué era lo que habia hecho? Un delito le respondí que lloraré toda mi vida. Tuve la flaqueza ó por mejor decir la desgracia de dar oídos á su hijo de Vmd., y de ayudarle á que le robase. Contéle de pe á pa con la mayor sinceridad y exâctitud todo lo sucedido en este particular, dándole tambien menuda cuenta de la conversacion que acababa de tener con su hijo Gaspar, y revelándole el pensamiento en que estaba, sin omitir la mas minima circunstancia.

No obstante el mal concepto que tenia de su hijo el pobre viejo, apenas podia creer de él lo que estaba oyendo. Sin embargo pareciéndole imprudencia dudar de mi verdad, me levantó de sus pies, á los quales estaba todavía arrojado, y me dixo enternecido: Scipion, yo te perdono el mal que me has hecho en atencion al importante aviso que me das. Prosiguió des-

TOMO IV.

R

pues,

pues, alzando un poco mas la voz, y exclamando así: ¡Gaspar, Gaspar, con que quieres quitar la vida á tu padre! ¡Ah ingrato hijo! ¡Ah monstruo! ¡Quánto mejor hubiera sido ahogarte al tiempo que naciste que dexarte vivir para ser un parricida! ¿Qué te hecho yo para que desees darme la muerte? ¿No te señalé y te socorrí todos los años con aquella razonable y justa cantidad de dinero que me pareció bastante para tus honestas diversiones? ¿Querías que me deshiciese de todos mis bienes para fomentar tus vicios y satisfacer tus antojos? Despues que se desahogó en esta dolorosa apóstrofe, me mandó que me retirase y le dexase solo para pensar lo que debia hacer en tan peligroso como delicado lance.

No estaba yo poco cuidadoso de la resolucion que tomaria aquel afligido y desgraciado padre, quando supe que aquel mismo dia habia llamado á su hijo, y sin darse por entendido de lo que sabia, le habia hablado en esta sustancia: Gaspar, he recibido una carta de Mérida, en que me dicen que si te quieres casar hay allí una señorita que sobre ser muy hermosa llevará consigo una riquísima dote. Si no tienes repugnancia al matrimonio, y si te acomoda la boda que me proponen, mañana muy temprano partiremos los dos á Mérida, veremos la dama, nos informaremos de todo, y si te gusta la novia podrás casarte luego. Quando Gaspar oyó aquello de riquí-

quísima dote, creyendo tenerla ya en el bolsillo, respondió sin duda que estaba prontísimo para hacer el viage; y con efecto el dia siguiente al amanecer partieron solos padre é hijo, montados ambos en unas valientes mulas.

Luego que llegaron á las montañas de Felsira y se vieron en cierto sitio solitario, tan oportuno para los salteadores como peligroso para los pasajeros, el viejo echó pie á tierra de repente, y mandó á su hijo que hiciese lo mismo. Obedeció Gaspar, y preguntó á su padre ¿para qué le habia hecho apearse? Ahora te lo diré, respondió el viejo, mirándole con unos ojos, en los cuales la cólera y el dolor estaban pintados con los colores mas vivos. Sábeta, le dixo, que no vamos á Mérida; el matrimonio ó la boda que te propuse fue una mera invencion mia solo para traerte al sitio en que ahora estamos. No ignoro, hijo ingrato, hijo desnaturalizado, la enorme maldad que estabas meditando. Sé que por disposicion tuya se tenia preparado un veneno para presentármele; pero dime, necio, ¿te parecia posible que por tal medio me quitases la vida impunemente? Yo mismo, yo mismo discurrí otro medio mas seguro para que dexases contenta tu rabia y tu furor sin exponerte á una muerte cruel é ignominiosa. Aquí estamos los dos solos sin testigos; este es un sitio en que cada dia se cometen asesinatos. Ya que estás tan sediento de mi sangre embayna en mi pecho tu puñal. Ninguno sospe-

cha-

R 2

chará que tú me has dado la muerte; todos se persuadirán que morí á manos de un salteador y asesino. Diciendo esto Baltasar desabrochó apresuradamente el pecho, y señalando el sitio del corazon: hiere aquí, le dixo; el golpe será executivo y seguro, y yo pagaré la pena de un desdichado padre que deshonoró al mundo y á la humanidad dando á aquel y á esta un hijo tan malvado.

Al oír semejantes palabras quedó Gaspar atónito y embargado, no de otra manera que si hubiera oído el estruendo terrible de un espantoso trueno; y lejos de justificarse cayó derribado y sin sentido á los pies de tan amoroso padre. El buen viejo viendo aquel principio de arrepentimiento se consoló y se enterneció: hizo su oficio la sangre, y acudió prontamente á socorrer al desgraciado mozo; pero Gaspar luego que se recobró algun tanto, no pudiendo sufrir la presencia de un padre tan justamente irritado y afligido, hizo algun esfuerzo para levantarse, logrólo, volvió á montar en su mula, y se retiró lloroso y avergonzado, sin articular ni una sola palabra. Dexóle ir Baltasar, y abandonándole á los remordimientos de su conciencia, él se restituyó á Córdoba, donde seis meses despues tuvo la gustosa noticia de que su hijo habia tomado el habito en la Cartuxa de Sevilla para pasar el resto de su vida, sustentándose con el pan de lágrimas, y entregado á los rigores de una larga penitencia.

## CAPITULO XII.

*Fin de la historia de Scipion.*

Tal vez aunque muy rara, los malos exemplos producen buenos efectos. La vista y la consideracion de la mala conducta que habia tenido el mozo Velazquez me abrió los ojos para hacer serias reflexiones sobre la mia. Comencé á combatir mis rateras inclinaciones, y á vivir como hombre honrado y de bien. La costumbre que habia adquirido de pillar quanto dinero podia haber á las manos, se habia formado con actos tan repetidos é inveterados, que era muy difícil de vencer. Sin embargo esperaba lograrlo, persuadido á que para ser un hombre santo no es menester mas que quererlo de veras. Empeñé, pues, esta grande obra, y el Cielo echó la bendicion á mis esfuerzos. Ya no miraba con ojos codiciosos el cofre del viejo mercader, y me parecia que aunque estuviera en mi mano sacar de los talegos lo que quisiese no llegaria á ellos; pero al mismo tiempo confieso seria gran imprudencia poner en tan peligrosa tentacion á un arrepentido tan tierno, de lo qual se guardó muy bien el viejo Velazquez.

Concurria freciientemente á casa de éste un caballerito del Habito de Alcántara, llamado Don Manrique Medrano. Todos le estimábamos mu-

chará que tú me has dado la muerte; todos se persuadirán que morí á manos de un salteador y asesino. Diciendo esto Baltasar desabrochó apresuradamente el pecho, y señalando el sitio del corazon: hiere aquí, le dixo; el golpe será executivo y seguro, y yo pagaré la pena de un desdichado padre que deshonoró al mundo y á la humanidad dando á aquel y á esta un hijo tan malvado.

Al oír semejantes palabras quedó Gaspar atónito y embargado, no de otra manera que si hubiera oído el estruendo terrible de un espantoso trueno; y lejos de justificarse cayó derribado y sin sentido á los pies de tan amoroso padre. El buen viejo viendo aquel principio de arrepentimiento se consoló y se enterneció: hizo su oficio la sangre, y acudió prontamente á socorrer al desgraciado mozo; pero Gaspar luego que se recobró algun tanto, no pudiendo sufrir la presencia de un padre tan justamente irritado y afligido, hizo algun esfuerzo para levantarse, logrólo, volvió á montar en su mula, y se retiró lloroso y avergonzado, sin articular ni una sola palabra. Dexóle ir Baltasar, y abandonándole á los remordimientos de su conciencia, él se restituyó á Córdoba, donde seis meses despues tuvo la gustosa noticia de que su hijo habia tomado el habito en la Cartuxa de Sevilla para pasar el resto de su vida, sustentándose con el pan de lágrimas, y entregado á los rigores de una larga penitencia.

## CAPITULO XII.

*Fin de la historia de Scipion.*

Tal vez aunque muy rara, los malos exemplos producen buenos efectos. La vista y la consideracion de la mala conducta que habia tenido el mozo Velazquez me abrió los ojos para hacer serias reflexiones sobre la mia. Comencé á combatir mis rateras inclinaciones, y á vivir como hombre honrado y de bien. La costumbre que habia adquirido de pillar quanto dinero podia haber á las manos, se habia formado con actos tan repetidos é inveterados, que era muy difícil de vencer. Sin embargo esperaba lograrlo, persuadido á que para ser un hombre santo no es menester mas que quererlo de veras. Empeñé, pues, esta grande obra, y el Cielo echó la bendicion á mis esfuerzos. Ya no miraba con ojos codiciosos el cofre del viejo mercader, y me parecia que aunque estuviera en mi mano sacar de los talegos lo que quisiese no llegaria á ellos; pero al mismo tiempo confieso seria gran imprudencia poner en tan peligrosa tentacion á un arrepentido tan tierno, de lo qual se guardó muy bien el viejo Velazquez.

Concurria freciientemente á casa de éste un caballerito del Habito de Alcántara, llamado Don Manrique Medrano. Todos le estimábamos mu-

mucho porque era de los mas nobles, aunque no de los mas hacendados. Este se pagó tanto de mí que siempre que me encontraba me detenía á un poco de conversacion, mostrando particular gusto en oirme hablar. Scipion, me dixo un día, si yo lograra un lacayo como tú, y de tu buen humor, creeria haber encontrado un tesoro. Si no estuvieras con un amo á quien estimo tanto, haria lo posible por engancharte para mi servicio. Señor, le respondí, eso costaria muy poco á V. S., siempre me ha llevado la inclinacion á las personas nobles, sus caballerosas y desembarazadas modales me encantan. Confieso verdaderamente que este es mi flaco. Siendo eso así, me replicó Don Manrique, quiero suplicar á mi gran amigo el señor Baltasar que tenga á bien te pases de su casa á la mia, y espero que no me negará esta gracia. Otorgóselo Velazquez prontamente, y con tanta mayor facilidad quanto mas presto se persuadió que la pérdida de un criado bribon no era absolutamente irreparable. Yo por mi parte tambien tuve muy poco que hacer en consentir gustoso en esta translacion, pareciéndome que el servir á un mercader era cosa muy baxa respecto á lo que sonaba servir á un caballero de Alcántara.

Y si he de hacer á Vmcs. un retrato fiel de lo que era este mi nuevo amo, debo decirles que en lo personal era de lo mas bien parecido que he visto en toda mi vida; su apacible genio y sus cortesanísimas modales le hacian tan ama-

amable que se robaba los corazones de todos, acompañadas estas prendas de un entendimiento despejado, y de un buen juicio. Fuera de eso, era un hombre de mucho valor, de honradez y pundonor á toda prueba. Nada en fin le faltaba sino los bienes de fortuna. Segundon de una casa ilustre, pero pobre, vivia á expensas de una tia residente en Toledo, que le suministraba quanto habia menester para mantenerse con decencia. Vestia siempre con mucho aseo, y en todas las casas era recibido con particular gusto y especial inclinacion. Frequentaba las de las primeras damas de la ciudad, y entre otras la de la Marquesa de Almenara. Era esta señora una viuda de setenta y dos años, cuyo espíritu y amabilísimas modales atraían á su casa toda la nobleza Cordobesa de ambos sexós. Damas y caballeros la amaban y veneraban á competencia solicitando su amable y discretísima conversacion, de manera que se llamaba su casa *la tertulia de la buena compañía*.

Mi amo era uno de los que mas frequentaban aquella señora. Saliendo una noche de su casa, y acompañándole yo, me pareció un sí es no es azorado y pensativo, contra el ordinario temple de su natural tranquilo, alegre y sosegado. Señor (le pregunté) ¿qué tiene V. S.? Seale lícito á este su humilde y fiel criado hacerle esta pregunta. ¿Le ha sucedido á V. S. alguna cosa extraordinaria que le dé inquietud?

Son-

Sonrióse el Caballero, y me confesó que verdaderamente le llevaba toda la atención, y no podía echar del pensamiento una muy seria conversación que acababa de tener con la Marquesa de Almenara. No pude contener la risa, y le dixé en tono bufonesco: vamos claros, que sería una bella cosa, si esa tierna niña setentona le hubiese hecho á V. S. alguna declaración de amor. Chanzas á un lado; Scipion, sábete que la Marquesa me ama. Caballero (me dixo) os tengo tanta compasión por vuestra poca fortuna, quanto hago aprecio de vuestra calificada nobleza. Siempre os he mirado con particular inclinación, y por consiguiente he determinado haceros rico. No descubriendo otro medio legítimo y decente para lograrlo que el ofrecerme mi mano, estoy pronta á hacerlo siempre que vos no lo repugneis. Preveo muy bien los muchos materiales que dará á la risa pública, particularmente por mi parte, el aparente ridículo de este extravagante matrimonio, y que todos me tendrán por una vieja chocha y sin cabeza. Nada me importa esto: todo lo despreciaré, y todo lo llevaré á bien, solo por ponerlos en estado de vivir como mereceis sin necesitar de nadie. Lo único que temo es vuestra resistencia al logro de mi intento.

Estó fue lo que me dixo la Marquesa, prosiguió el Caballero. Teniéndola, como la tengo por la muger mas juiciosa, mas prudente, y mas racional de Córdoba, considera lo admirado que

que quedaria yo al oírle aquel discurso. Respondíla, pues, declarándola lo mucho que me habia sorprendido la grande honra que me hacia en ofrecerme su mano, quando siempre la habia visto inmóvil en la resolución de permanecer viuda hasta la muerte. A esto me replicó, y me satisfizo diciendo, que hallándose dueña absoluta de tantos bienes de fortuna y sin heredero forzoso, habia determinado hacer que á lo menos en vida entrase á disfrutarlos con ella un caballero de virtud, de honor y demas prendas apreciables. Sin duda (le repliqué yo entónces) que V. S. está ya determinada á saltar el foso, y no hacer aprecio del barranco. Así es, me respondió mi amo. La Marquesa goza ricos mayorazgos, es señora de inmensos bienes libres, y por otra parte está dotada de todas las prendas de corazón y de entendimiento que se pueden desear en una muger de su esfera. Acreditaria yo que habia perdido el juicio si dexára escapar una ocasión tan ventajosa para mí, mayormente quando por sí misma se me ha venido á las manos.

Alabé mucho su resolución de agarrar la fortuna por los cabellos, y de meter en casa el buen día, y le exhorté fuertemente á que hiciese lo posible para que quanto antes se pusiese en execucion tan prudente pensamiento: tanto era el miedo que tenia de que se desvaneciese por alguna fatal imprevista contingencia. Por fortuna estaba la Marquesa mas impaciente que

yo por ver efectuada su caritativa y christiana resolucion lo mas presto que fuese posible; y así dió sus órdenes tan apretados, y tan eficaces, que en pocos dias se dispuso todo quanto era menester para que se celebrase la boda con la mayor magnificencia. Apenas se extendió por Córdoba la voz de que la Marquesa de Almenara se casaba con Don Manrique Medrano, comenzaron los bufones á divertirse muy á costa de la buena viuda; pero por mas que agotaron todas sus bufonadas, y chocarrerías no afloxó un punto en su resolucion. Dexó hablar á los ociosos, y ella se fue muy sosegada á la Iglesia con su querido Don Manrique. Celebróse su boda con magnificencia, y esplendor: nueva ocasion para que la maledicencia volviese á su primer desahogo con mayores fuerzas. La carcueza novia (decian) debiera por lo menos haber ahorrado la pompa y el estruendo como impropios en la boda de una vieja decrepita, que pasa á segundas nupcias con un niño tan galan como discreto.

La Marquesa, lejos de mostrarse acobardada, y corrida por esposa de un mozalvete como aquel en su caduca edad, por el contrario, muy de propósito se abandonaba á las mas vivas demostraciones de contento y alegría, que ocupaba todo su pecho por hallarse ya en posesion de lo que tanto habia deseado. Toda la nobleza Cordobesa de uno y otro sexó fue convidada á una espléndida cena, y á un baylé no

me-

menos suntuoso que se siguió despues. Al fin de éste desaparecieron los dos novios para meterse en un quarto donde una dama de la Marquesa y yo los estábamos esperando. Luego que se entraron en él empezaron con mas fuerza las hablillas y dichos sobre el retiro inopinado de los novios; pero éstos estaban ocupados en asuntos muy serios y diferentes de los que imaginaban los maliciosos; pues así que se cerraron en el quarto se volvió la Marquesa al caballero, y le habló en esta substancia: Don Manrique, este es vuestro quarto, el mio está al otro extremo de la casa, y á bastante distancia de este. De noche cada uno estará en el suyo, y por el dia viviremos juntos como madre é hijo. Al principio se quedó un poco sorprendido el caballero, pero recobrado algun tanto le pareció que quizá la dama le hablaria en aquellos términos para empeñarle en que él la hiciese una dulce y amorosa violencia. Baxo esta equivocada aprehension, juzgando que la gratitud, y la buena crianza estaban pidiendo que se mostrase muy apasionado, se acercó á la Marquesa, y con las mas vivas y rendidas expresiones la suplicó le permitiese el honor de servirla por aquella vez de su ayuda de cámara. Echóle de sí la Marquesa con mucha seriedad, diciéndole con semblante severo, y en tono enojado: deteneos, Don Manrique, ¿qué haceis? Si os parece que soy una de aquellas viudas que se casan segunda vez por fragilidad, vivis muy equi-

s 2

equivocado: caséme con vos precisamente porque pudiéseris gozar las tales quales comodidades que os produxese nuestro contrato matrimonial. Por esta cortísima prueba de la particular estimacion que hago de vos, ni quiero, ni admitiré jamás de vuestra parte otro reconocimientto que el de una fiel, sincera y purísima amistad. Diciendo esto volvió las espaldas dexándonos solos en el quarto á mi amo y á mí; y retirándose ella al suyo con su criada, no permitió de manera alguna que el Caballero la fuese sirviendo hasta él.

Despues que se retiró quedamos los dos por un gran rato como pasmados y aturdidos de lo que acabábamos de oír, ver y palpar. Finalmente rompió el silencio Don Manrique haciéndome esta pregunta: dime, Scipion, ¿te habia pasado jamas por el pensamiento lo que acabas de ver por tus ojos, de oír con tus oídos y de tocar con tus manos? ¿Qué juicio haces de una muger como esta? Juzgo, le respondí, que ó no es muger, ó es original, y única en su especie como el ave fenix. ¡Oh que afortunado es V. S. en haberle tocado una muger que no tiene semejante! Esto se llama un pingüísimo beneficio simple y sin carga. Yo, prosiguió Don Manrique tomando la palabra, no acabo de admirar el raro y singular carácter de una esposa tan estimable; por mi parte quiero corresponder con todas las imaginables atenciones al gran sacrificio que ha hecho de su delicadeza.

Pa-

Pasamos largo tiempo hablando siempre de la dama, hasta que rendidos al sueño yo me dexé caer sobre un colchon que estaba en la guardaropa, y mi amo se acostó en una regalada y magnífica cama que le habian prevenido en el mismo quarto; y me parece que allá en el fondo de su corazon no le pesaria mucho dormir solo, celebrando el verse libre de la compañía de la vieja á tan poca costa como la de un miedo pasajero.

El dia siguiente se dió principio, ó por mejor decir continuaron los regocijos en celebridad de la boda. Mostróse en todos ellos la Marquesa tan desembarazada, y de tan buen humor, que añadió nuevos alimentos á las chanzonetas de los chufleteros. Lejos de formalizarse por sus chistes y equívocos, era la primera que se zumbaba á sí misma, y celebraba los dichos de los demas, dándoles cordelejo para que se divirtiesen á costa suya. El Caballero por su parte no se mostraba menos alegre, ni menos contento con su nueva esposa; y al ver las finezas que la hacia, y la ternura con que la hablaba, podía parecer á alguno que estaba enamorado de la misma vejez. Aquella noche entraron los dos esposos en otra conversacion, y quedaron de acuerdo en que se habian de tratar en adelante ni mas ni menos como se trataban antes del matrimonio, sin permitirse otras licencias. Todavía es menester hacer á Don Manrique esta justicia, y no defraudarle de la alaban-

banza que merece. Hizo por amor á su muger lo que pocos harian en iguales circunstancias. Rompió el trato que tenia con cierta damita de media estofa, á quien amaba, y que le correspondia tiernamente, no queriendo, decia él, llevar adelante una amistad que necesariamente habia de ofender la delicada conducta de una esposa que le amaba con tanto desinterés y generosidad.

Mientras él estaba dando estas pruebas de fina correspondencia á tan generosa dama, la Marquesa se las pagaba con usuras aunque ella las ignoraba. Hizole dueño absoluto de su bolsillo, el qual por cierto valia algo mas que el cofre de Velazquez. Fuera de eso, habiendo reformado la casa y la familia durante su viudez, la restituyó al mismo pie que tenia en vida de su primer marido. Aumentó el número de criados, llenó sus caballerizas de generosos caballos, y de valientes mulas; en una palabra, por su bizarría y por sus continuos desvelos, el Caballero mas pobre del Orden de Alcántara, de la noche á la mañana pasó á ser el mas opulento. Acaso me preguntarán Vmds. ¿y qué ventajas sacaste tú de la boda? Vóysele á decir. Mi ama me regaló cinquenta doblones, mi amo ciento, y ademas de eso me hizo su secretario con la asignacion de quatrocientos escudos anuales. Y aun no contento con esto, se fió tanto de mi lealtad que me declaró su tesorero.

¡Su

¡Su tesorero! exclamé yo admirado, interrumpiendo á Scipion quando llegó á este paso. Sí señor, me respondió, con cierto ayrecillo sério y frio; sí señor, su tesorero. Y sin jactancia me atreveré á decir que desempeñé con honor aquel peligroso empleo. Es verdad que acaso habré quedado deudor de alguna cosilla á la caja, porque como dexé de repente el servicio del Caballero, y yo me cobraba anticipadamente de mi salario, no es imposible que hubiese quedado en la cuenta algun resto de alcance contra mí. Si así fuere, será esta la última picardiguella que me podrán echar en cara, porque desde entonces acá he vivido como hombre de bien y con la mayor rectitud, y aun conciencia.

Hallábame, pues, continuó Scipion, secretario y tesorero de Don Manrique quando recibí mi amo una carta de Toledo en que le daban noticia de que su tia Doña Teodora Moscoso se hallaba á los últimos de su vida. Partió en posta prontamente á dicha ciudad para asistir á una señora que de muchos años antes hacia con él oficio de madre. Acompañéle yo en aquel viage, juntamente con una ayuda de cámara y un lacayo. Montamos todos quatro en los mejores caballos de casa, y en breves dias llegamos á dicho pueblo, donde encontramos á la enferma en un estado que nos hizo esperar no moriria de aquella. Con efecto no desmintió el suceso nuestros pronósticos, aunque contrarios al de los Médicos que la asistian.

Mien-

Mientras la salud de nuestra buena tía se iba visiblemente restableciendo y ganando terreno cada día, menos quizá por los remedios que la aplicaban los Doctores que por el gusto de tener en casa á su querido sobrino, el señor tesorero lo pasaba alegremente divirtiéndose con la gente moza, cuyo trato le proporcionaba frecuentes ocasiones de aliviar el bolsillo, gastando bizarramente su dinero. Llevábanme consigo á las tablajerías, donde insensiblemente me empeñaban en el juego, y como no era yo tan diestro jugador como mi antiguo amo Don Abel, por lo comun perdía siempre mucho mas de lo que tal qual vez ganaba. Sin embargo poco á poco me iba aficionando á jugar, y si hubiera fomentado por mas tiempo esta pasión, sin duda que muy presto me veria en necesidad de recurrir á la caja por algunas asignaciones anticipadas, pero por fortuna mia y de la caja el amor la salvó á ella y tambien á mi virtud. Pasaba yo un día junto á la Iglesia de los Reyes quando ví asomada á una celosía, cuyas puertezuelas estaban abiertas, una hermosísima doncella, que no ya me pareció una criatura mortal, sino una deidad verdadera. Si encontrára otra voz mas expresiva me serviria de ella para hacer concebir á Vmds. la grande impresion que me hizo aquella impensada vista. Informéme de quién era, y despues de varias diligencias supe que se llamaba Beatriz, y que era doncella ó camarera de

una

una hija segunda del Conde de Polan. Beatriz al oír esto interrumpió á su marido Scipion, y riendo á carcajada tendida, volviéndose á mi muger, la dixo: señora Antonia, míreme Vmd. bien: ¿párecela en conciencia que yo tengo traza de deidad? Por lo menos entonces (la dixo Scipion) la tenias á mis ojos, y ahora despues que enteramente quedé satisfecho de tu fidelidad, todavía la tienes mucho mas. Dada por mi Secretario esta cortesana respuesta á la inocente burla de su muger, pasó adelante con su historia.

El descubrimiento que hice añadió muchos grados al ardor que ya me abrasaba, el qual, para decir la verdad, no era ardor muy legítimo. Imagíneme que facilmente podria derribar su virtud batiéndola con presentes capaces de hacerla bambolear, pero conocia mal á la casta Beatriz. Inútilmente la ofrecí un buen bolsillo por medio de ciertas mugercillas mercenarias, y ademas de eso mi cuidado de repetirla los socorros; oyó con mucho enojo la propuesta, y la despreció con mayor indignacion. Su resistencia encendió mas mis deseos, y recurrí al último expediente. Hice que la ofreciesen mi mano, y la aceptó luego que supo ser yo Secretario y Tesorero de Don Manrique. Pareciónos á los dos que convenia tener oculto nuestro matrimonio por algun tiempo, y así nos casamos en secreto, siendo testigos la señora Lorenza Séfora, aya de Serafina, y otros criados del Conde

TOMO IV.

T

de

de Polan. Luego que me casé con Beatriz, ella misma me facilitó el modo de verla y hablarla en el jardín donde me introducía por cierta puersezuela medio excusada, cuya llave me entregó. Dificilmente se hallarian dos esposos que se amasen con mas ternura que nos amábamos Beatriz y yo: era igual en ámbos la impaciencia con que esperábamos la hora señalada para vernos y hablarnos; ámbos volábamos con el mismo ardor al consabido sitio, y siempre se nos hacia breve el tiempo que pasábamos en él, aunque algunas veces no dexaba de ser largo.

Una menguada noche tan amarga para ella y para mí como habian sido dulces todas las anteriores, quedé sumamente sorprendido quando llegué al jardín y hallé abierta la puersezuela. Sobresaltóme infinito esta novedad, y entré luego en las mas negras y mas rabiosas sospechas. Sentíme pálido y trémulo, como quien ya presagiaba lo que iba á suceder. A favor de la obscuridad, y muy á paso lento me fuí acercando hácia un gracioso gabinete fabricado de boxes y de mirtos con exquisito primor, que era el sitio concertado para nuestras nocturnas visitas; y quando ya estaba inmediato á él oigo dentro una voz que me traspasó los oidos y el corazon, con estas precisas palabras: *amada Beatriz, no me hagas penar mas, acaba ya de hacerme feliz, aunque no sea mas que por asegurar tu fortuna, la qual es inseparable de la mia.* En vez de contenerme dando lugar á mayor ex-

pli-

plicacion, como lo pedia la prudencia, me pareció que ya no necesitaba oír mas, y apoderándose de toda mi alma unos rabiosos zelos, sin respirar ni dar oidos á otra cosa que á la mas pronta venganza, desembayné la espada, entré en el gabinete, diciendo, ¡ah villano y cobarde engañador! seas quien fueres, antes de quitarme el honor, será menester que me arranques la vida; y sin mas ni mas tiré una estocada al que estaba hablando con Beatriz. Púsose en defensa prontamente, y como era mucho mas diestro que yo en el manejo de las armas, puesto que nunca habia tomado mas que unas pocas lecciones de esgrima en Córdoba, riñó como hombre que sabia bien jugarlas. Sin embargo de eso le tiré una estocada que no pudo parar, y creyendo que le habia herido mortalmente porque le ví caer redondo, quizá por haber causalmente tropezado, me puse en salvo á carrera tendida sin dar oidos á las voces de Beatriz que me llamaba.

Así fue puntualmente (interrumpió entonces Beatriz, volviéndose á los que estábamos oyendo) yo le llamaba para desengañarle y sacarle de su error. El caballero que estaba hablando conmigo en el gabinete era Don Fernando de Leiva. Amaba tiernamente este señor á mi ama Julia; estaba determinado á sacarla de casa para depositarla; y pareciéndole que no lo podría conseguir si yo no le ayudaba, deseó hablar conmigo reservadamente, y yo le cité

pa-

para aquel sitio con el fin de concertar entre los dos el medio mas decente y menos ruidoso de asegurar el lance, del qual (me decia él) que estaba pendiente su fortuna y tambien la mia. Pero en vano me cansaba yo en llamar á mi pobre alucinado esposo: no hizo caso de mis voces, ni de mis lágrimas, y me abandonó como á una muger infiel.

En el estado en que me hallaba (replicó Scipion volviendo á atar el hilo) era capaz de eso y de mucho mas. Los que han probado qué cosas son zelos, y las locuras en que precipitan á los hombres mas advertidos y mas cuerdos, no se admirarán de la turbacion que levantaron en mi débil y miserable cabeza. En un momento sucedieron dentro de mi corazon los movimientos del mas implacable odio á los terribísimos é impetuosos afectos de amor que un instante antes sentia por mi muger. Hice solemne juramento de abandonarla y de desterrarla para siempre jamas de mi memoria. Por otra parte, persuadido erradamente á que habia muerto á un caballero, y temeroso de caer en manos de la justicia, padecia aquel continuo pavoroso sobresalto que tiene en perpetua agitacion á los que han cometido algun delito. Viéndome en tan horrible situacion, solo pensé en ponerme en salvo; y sin volver siquiera á la posada, en aquel mismo punto salí de Toledo sin mas equipage que lo que tenia á cuestas. Es verdad que por fortuna hallé en el bolsillo has-

ta

ta unos sesenta doblones: recurso no despreciable para un pobre mozo que tenia hecho el ánimo á no pasar de criado en toda la vida.

Caminé, ó por mejor decir corrí toda aquella noche, dándome extraordinario vigor la memoria de los alguaciles que incesantemente se representaban á la imaginacion siguiéndome á las espaldas. Amanecí entre Rodillos y Maqueda. Quando llegué á este último pueblo sintiéndome un poco fatigado entré en la Iglesia, que acababan de abrir, hice una breve oracion, y sentéme en un banco. Púseme á pensar en el estado en que me veía, el qual no me daba poco cuidado; pero no tuve tiempo para hacer muchas reflexiones, porque luego sentí tres ó quatro chasquidos ó latigazos que me hicieron creer pasaba por allí algun alquilador ó calesero. Con efecto era así, porque movido de la curiosidad fuí á la puerta de la Iglesia, y ví á un alquilador montado en una mula, llevando de reata otras dos. Pára, amigo, pára, le grité. ¿A dónde van esas mulas de vacio? A Madrid, me respondió. En ellas vinieron dos Religiosos Dominicos á este pueblo, y ahora me vuelvo con las mismas de retorno.

Vínome la gana de ir á Madrid aprovechando esta ocasion. Ajustéme con el alquilador, monté en una de sus mulas, y partimos para Illescas, donde pensábamos dormir aquella noche.

Aun no bien habíamos salido de Maqueda, quan-

quando mi buen alquilador, hombre como de treinta y cinco años, comenzó á cantar Salmos, Himnos y Responsos esforzando la voz hasta desgañitarse. Empezó por el Invitatorio de los Maytines en el tono Gregoriano que se cantan en el coro; prosiguió con varios Salmos; pasó despues al Introito de la Misa, cantó el Gloria y el Credo como en las Misas solemnes. Dió principio á las Vísperas, y me espetó todos los Salmos de ellas, sin hacerme si quiera gracia del *Magnificat*. Aunque verdaderamente me aturdió las orejas, y me tenía medio atolondrado, no podía menos de reir á carcajada tendida, tanto que le estimulaba á que cantase quando él cesaba en su música para cobrar aliento. Animo, amigo, le decia, ánimo, y no lo dexes tan presto; ya que el Cielo te ha regalado con tan buenos pulmones, es lástima que no te aproveches de ellos, y mas usándolos como los usas en cosas tan buenas y tan santas. Oh, señor, me respondió, loado sea Dios, en nada me parezco á la mayor parte de los de mi oficio, que se diria no saben cantar sino canciones puercas ó lascivas. Yo jamas canto ni aun los romances sobre nuestras guerras y batallas con los Moros, porque son cosas á lo menos frívolas, quando no sean deshonestas. A la verdad, le dixé, eres de delicadísima conciencia, lo qual no es la cosa mas comun en alquiladores y caleseros. Pero dime la verdad: ¿siendo tan escrupuloso (y con mucha razon) en materia de can-

cio-

ciones, eres igualmente casto con las mozuelas bien parecidas que encuentras en los mesones y en las posadas? No lo dude Vmd., me respondió; de ninguna cosa me preció mas que de la continencia en esos sitios tan peligrosos; en ellos solo atiendo á cuidar de mi ganado. No quedé poco admirado de oír hablar con tanta religion y con tanta honestidad á aquel raro fénix de los alquiladores; túvele por buen Christiano y de buen entendimiento, tanto que volví á entablar conversacion con él luego que me acabó de cantar todo su breviario, y aun todo el misal entero.

Llegamos á Illescas hácia la entrada de la noche. Luego que nos apeámos en el meson dexé á mi compañero que cuidase de sus mulas, y me metí en la cocina á encargar al mesonero que nos dispusiese una buena cena. Dióme palabra de hacerlo, y añadió: dispondré una cena tal que se acordará su merced de este meson, y de mí por todos los dias de su vida. Pregunte su merced á su alquilador quien soy yo. Desafiare á todos los mas celebrados cocineros de Madrid y de Toledo á que hagan una olla podrida mas sabrosa ni mas delicada que las que yo sé aderezar y componer. Esta noche le presentaré á su merced un conejo guisado de mi mano, y despues me dirá si he ponderado ó no quando he alabado tanto mi habilidad. Dicho esto me mostró en una cazuela un conejo dividido ya en proporcionados trozos. Esta es, añadió,

dió, la cena que pienso dar á su merced despues que le haya guisado, echándole un poco de pimienta, sal, vino y ciertas yerbecitas olorosas y otros ingredientes y especias que yo sé, y dan gran saynete á mis guisados. Espero servir á su merced un plato que sin vergüenza se pudiera presentar aunque fuese mesmamente á un señor Canónigo.

Hecho este elogio comenzó el mesonero á disponer la cena. Mientras tanto yo me entré en una sala y me eché en un colchon que habia allí, donde luego me quedé dormido por no haber descansado nada la noche antecedente. Pasadas dos buenas horas me vino á despertar el alquilador, diciendo: señor, venga Vmd. á cenar si gusta. Estaba aparejada en la sala una mesa con dos solos cubiertos. Sentámonos á ella el alquilador y yo. Apenas me senté quando me tiré á la cazuela con una ansia que parecia no haber comido bocado en muchos días; probé el guisado y le hallé delicadísimo y de excelente gusto, ya fuese porque el apetito me le representaba tal, ó ya por el saynete que verdaderamente le daban los exquisitos ingredientes del mesonero. Observé no obstante que mi compañero ni siquiera le probó, y que solamente hizo el honor al segundo plato, que era de carne-ro asado. Preguntéle por qué no habia tocado al otro, siendo así que era exquisito? Y él me respondió medio riéndose, que no gustaba de guisotes. Así la respuesta como la risita me hi-

cieron sospechar que habia algun misterio. Apuréle para que me dixese la verdad, y él me respondió: ya que Vmd. la desea saber, le diré con ingenuidad que no puedo ver estos guisados, porque temo que me arañen y me agujereen las tripas, despues del lance que me sucedió caminando á Cuenca desde Toledo, en cuyo viage dormí en un meson donde me dieron por cena un gato vendiéndome por un regalado conejo, y desde entonces no puedo arrostrar estos malditos guisados.

Apenas oí esto quando de repente se me fue todo el apetito en medio de la hambre que me roía las entrañas. Dí por asentado que me habia engullido un gatazo, y comenzó á revolverse-me el estómago, de manera que con solo mirar á la cazuela me venia gana de vomitar. El harriero, lejos de desvanecerme ó disminuirme aquella aprehension, me la confirmó mas y mas, diciéndome, que aquella especie de *quid pro quo*, esto, de dar gato por liebre, era muy frecuente en mesones y pastelerías: discurso que como Vmds. pueden pensar, no me sirvió de mucho consuelo, antes bien me quitó toda la gana, no ya de volver á probar el guisote mas ni siquiera de mirar el asado. Levantéme de la mesa echando mil maldiciones al guiso, al meson y al mesonero; volvíme á tender sobre el colchon, y pasé la noche con mas quietud de la que podia esperar. El dia siguiente me levanté al amanecer, pagué al mesonero mucho mas

de lo que merecia lo que me habia regalado, y salí de Illescas tan ocupado el pensamiento en lo que me habia sucedido, que me parecian gatos todos los animales que se me ponian delante.

Entramos en Madrid no muy tarde, y pagué á mi alquilador despues de haberme apeado en una posada muy decente en la puerta del Sol. Aunque mis ojos estaban bastantemente acostumbrados al gran mundo, no dexó de hacerme novedad y de causarme admiracion la vista de tantos señores y de tanta grandeza, particularmente en los barrios inmediatos al Palacio del Rey. Pasmóme el prodigioso número de coches y la gran multitud de Gentiles-hombres, de pages y de lacayos que iban sirviendo á los Grandes. Subió á lo sumo mi admiracion quando habiendo tenido modo de ver comer al Rey, vi á este Monarca rodeado de Cortesanos y Señores. Quedé absolutamente encantado á vista de tal espectáculo; y dixé para conmigo, ya no me admiro de haber oido decir que es indispensable ver la Corte para hacer concepto cabal de su magnificencia. Celebré infinito la fortuna de haberla visto, y aun sentí dentro mí no sé que secretos prenuncios de que quizá algun día haria yo tambien en ella mi poco de papel. Pero al cabo no hice otro que el de introducirme y hacer algunos conocimientos inútiles. Poco á poco fui gastando todo mi dinero, y me hallé en estado tal que me tuve por muy dicho-

so

so en haberme acomodado con un pedante de Salamanca que se hallaba en la Corte, donde habia nacido, á negocios de familia, y yo le conocí casualmente. Llegué con el tiempo á ser sus pies y sus manos, tanto que quando se restituyó á su Universidad me llevó en su compañía.

Llamábase Don Ignacio de Piña este mi nuevo amo. El mismo se tomó el *Don* por haber sido ayo y maestro de no sé que Duque, el qual acabada su educacion le había dexado una mediana renta: gozaba otra por Catedrático jubilado de la Universidad, y ademas de eso le valian cinquenta ó cien doblones los libros dogmáticos y de moral que daba á la estampa cada año. El modo con que componia sus obras me parece digno de contarse. Ocupaba todo el día en leer autores Hebreos, Griegos, y Latinos; escribia en medias quartillas de papel todos los apotegmas, sentencias y dichos agudos que encontraba en ellos; conforme iba llenando las quartillas las iba enhebrando en un largo alambre, como regularmente lo hacen los boticarios con las recetas fiadas que van despachando. Quando ya habia ensartado el papel que le parecia bastante para formar un grueso tomo, dábalos luego á la imprenta, y de esta manera, válgame Dios y con cuántos malos libros regalábamos al público! Apenas se pasaba mes alguno sin dar á luz algun tomo: sudaba y gemia la prensa, y el bolsillo de mi amo se alegraba.

Lo-

Lo mas admirable era que todos aquellos centones y antiquísimos farragos pasaban por cosas nuevas y exquisitas. Si algun crítico avinagrado no lo podía sufrir, y hacia ver al público y al mismo autor, que era un mero compilador y un miserable plagiario, él se quedaba muy fresco y solo respondia con grandísimo descaro: *furto letamur in ipso.*

Fuera de eso era un furiosísimo comentador, es decir, un moledor pesadísimo, porque hacia largos y muy ridículos comentarios sobre las cosas mas frívolas y mas valadíes, que tanto importaba ignorarlas como saberlas, cargándolos de notas inútilísimas atestadas de una erudicion pedantesca. Y como llenaba sus cartapacios de pasages de Hesiodo y de otros autores antiguos, aunque por lo comun malísimamente traídos, no dexaba yo de aprovechar en casa de este sábio. A la verdad seria ingratitud negarlo; pues á lo menos á fuerza de copiar sus quadernos me perfeccioné en la letra, y poco á poco fuí aprendiendo á escribir decentemente, considerándome no ya como su criado sino como discípulo suyo; y mas quando él mismo ilustraba mi entendimiento sin descuidarse en arreglar mis costumbres. Si por casualidad llegaba á entender que algun otro criado habia hecho alguna picardía, Scipion (me decia) guárdate bien, hijo mio, de hacer lo que ha hecho este bribon; un criado debe esmerarse en servir lealmente á su amo y mirar con horror la pereza. En una

pa-

palabra, no perdía ocasion Don Ignacio de exhortarme á la virtud, y sus palabras me hacian tanta impresion, que en los quince meses que le serví no tuve ni la mas mínima tentacion de jugarle alguna de las piezas á que estaba acostumbrado, ni tampoco hice en su casa la menor picardigüela.

Ya dexo advertido que el Doctor Piña era oriundo de Madrid, donde tambien habia nacido. Tenia una parienta que se llamaba Catalina, y era criada de la ama que habia criado al Príncipe de Asturias. La tal parienta, que fue la misma de quien me valí para sacar al señor Santillana de la torre de Segovia, deseosa de hacer algo por su pariente Don Ignacio, empeñó á su ama para que le solicitase algun Beneficio con el Duque de Melar. El Ministro lo hizo Arcediano de Granada, porque habiendo sido aquel Reyno conquistado, todas las Prebendas son del Patronato Real, y á nombramiento del Rey. Luego que tuvimos esta noticia partimos á la Corte, porque quiso el Doctor dar las gracias á sus bienhechoras antes de ir á tomar posesion de su Arcedianato. Con esta ocasion las tuve freqüentes de ver y tratar á la tal Catalina, que se pagó mucho de mi buen humor, y de mi desembarazo. A mí no me gustó menos la mozueta, y tanto que no pude dexar de corresponder á ciertas contraseñas de particular inclinacion que me manifestaba; en conclusion nos enamoramos uno de otro. Perdóname, Beatriz ama-

amada; como á la sazón te tenía por infiel, es muy perdonable aquel yerro mio.

Mientras tanto el Doctor Don Ignacio se iba disponiendo para partir á Granada. Sobresaltados su parienta y yo de la dolorosa separacion que se acercaba, discurrimos un arbitrio que nos libró de este golpe. Fingíme gravemente enfermo quejándome de la cabeza, del vientre y del pecho con todas las demostraciones del hombre mas oprimido del mundo. Mi amo mandó venir prontamente á un Doctor, de lo qual me estremecí temiendo descubriese la trampa, pero me engañé: pues habiéndome pulsado, arrojando los ojos, y acompañando esta muda pero significativa expresion con otros gestos enfáticos, me dixo boníticamente, y como si estuviera de acuerdo conmigo, que bien observados los síntomas hallaba ser mi enfermedad mas sería de lo que parecia, y que verosimilmente no me levantaria tan presto de la cama. Como el Doctor estaba impaciente por presentarse quanto antes en su Catedral, no tuvo por conveniente diferir mas su viage, y así tomó otro criado para que le sirviese en él; entregóme á un enfermero, y me dexó algunos pesos para pagar mi entierro si moria, ó por gratificacion de mis servicios si escapaba con vida.

Luego que Don Ignacio partió para Granada, me hallé libre de todos mis males. Levantéme, despedí al Médico que habia dado tanta prueba de su gran penetracion, y me deshice

del

del enfermero, el qual se habia ya engullido la mitad de lo que el amo me habia dexado. Mientras yo estaba representando mi papel, Catalina hacia otro muy diferente con su ama Doña Ana de Guevara. Dióla á entender que yo era un hombre de gran talento para manejar qualquier asunto que pidiese arte y destreza. Tenia la tal señora algun gusto y apego al dinero, y por consiguiente era muy dada á todos los manejos que sin deshonor lo pudiesen producir, para lo qual tenia necesidad de criados, y confidentes como yo. Así que tardé poco en hacer las pruebas de mi habilidad. Encargóme algunas comisiones delicadas que pedian actividad y maña, las que sin vanidad puedo asegurar que desempeñé á su satisfaccion, por lo que quedó tan contenta de mí, como yo poco satisfecho de ella, pues era tan avara que nada me tocaba de lo mucho que la producian mis manipulaciones y mi industria. Parecía que solo con pagarme puntual y exáctamente mi salario usaba conmigo de sobrada generosidad. Este exceso de avaricia me hubiera hecho salir muy presto de su casa á no haberme detenido en ella la inclinacion á Catalina, la qual inflamándose cada dia mas y mas me propuso finalmente un dia que nos casásemos.

Poco á poco (la respondí) querida mía, esta ceremonia (y quédese esto entre los dos) no la podemos hacer tan prontamente; para eso es menester esperar la muerte de cierta jovenci-

ta

ta que te previno, y con quien por mis pecados estoy ya casado. A otro perro con ese hueso (replicó Catalina) ahora te quieres fingir casado para cohonestar cortesantemente la repugnancia que tienes á casarte conmigo. En vano la hice mil protestas de que la decia la pura verdad: no hubo forma de creerme, y pareciéndola que mi sincera confesion era un embusterísimo pretexto, se dió por ofendida, y desde aquel mismo punto mudó de estilo conmigo. No llegamos á reñir ni á romper del todo nuestra comunicacion; pero refriándose visiblemente nuestro recíproco cariño, quedó nuestro trato en los precisos términos que no se podían negar á la crianza y al bien parecer.

Hallábame en este estado quando supe que el señor Gil Blas de Santillana, Secretario del primer Ministro del Rey Católico de las Españas, se hallaba á la sazón sin lacayo. Pintáronme esta conveniencia como la mayor y mas ventajosa á que podía aspirar. El señor de Santillana, me dixeron, es un caballero de gran mérito, un mozo sumamente querido y estimado del Duque de Melar, á cuya sombra no puedes menos de hacer una gran fortuna: ademas de eso es de un corazon generoso y lleno de bizarria; haciendo tú sus negocios no dudes que harás tambien el tuyo. No malogré la ocasion, presentéme al señor Gil Blas, por quien sentia acá dentro de mí no se que secreta inclinacion: agradóle mi fisonomía, recibióme en su servicio,

y no dudé un punto abandonar por él la casa de la señora Doña Ana, esperando en Dios que este señor será el último de mis amos.

Así concluyó su historia el buen Scipion, y volviéndose despues á mí me habló en estos términos: señor de Santillana, hágame V. S. el favor de atestiguar á estas damas como V. S. siempre me ha experimentado criado fiel, y lleno de zelo á su mayor servicio. He menester este testimonio para persuadir las que el hijo de la Cusculina corrigió en vuestra compañía sus malas costumbres, sucediendo á ellas en su corazon, y en sus operaciones virtuosos y honrados pensamientos.

Si, señoras, dixé yo entonces. Así es como lo dice Scipion, y así lo testifico yo sobre la fé de mi palabra y de mi honor. Si en su niñez, y aun en su primera juventud, hizo algunas picardias, se enmendó tanto despues que verdaderamente se le puede llamar exemplar y modelo de un perfecto servidor. Lejos de tener nada de que quejarme ni que reprehender en la conducta que ha tenido desde que está en mi casa, debo confesar por el contrario que le soy deudor de muchas obligaciones. La noche que me prendieron para llevarme al Alcazar de Segovia libertó mi casa del pillage, y puso en seguridad una parte de mis efectos, que impunemente pudo haberse apropiado. No contento con haber atendido á la conservacion de mis

bienes, quiso por puro amor encerrarse conmigo, prefiriendo al placer de la libertad el triste consuelo de hacerme compañía en mis trabajos.



FIN DEL LIBRO DÉCIMO.

AVEN-

## AVENTURAS

DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO UNDECIMO.

CAPITULO PRIMERO.

*Del mayor gusto que Gil Blas tuvo en su vida, y del funesto accidente que le turbó. Novedades sucedidas en la Corte, que fueron causa de que Gil Blas volviese á ella.*

Ya dexamos dicho que Antonia y Beatriz se acordaban admirablemente las dos; la una acostumbrada siempre á obedecer como criada, y la otra comenzando á acostumbrarse á mandar y disponer como ama. Scipion y yo éramos dos maridos condescendientes, y muy amados de nuestras mugeres, lo que nos daba bien fundadas esperanzas de que uno y otro tardariamos poco tiempo en ser padres. Con efecto fue así, porque ambas se sintieron embarazadas casi al mismo tiempo. Beatriz fue la primera que parió y dió á luz una bellísima niña; siguióla Antonia poco despues llenándonos de alegría con un niño no

me-

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bienes, quiso por puro amor encerrarse conmigo, prefiriendo al placer de la libertad el triste consuelo de hacerme compañía en mis trabajos.



FIN DEL LIBRO DÉCIMO.

AVEN-

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## AVENTURAS

DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO UNDECIMO.

CAPITULO PRIMERO.

*Del mayor gusto que Gil Blas tuvo en su vida, y del funesto accidente que le turbó. Novedades sucedidas en la Corte, que fueron causa de que Gil Blas volviese á ella.*

Ya dexamos dicho que Antonia y Beatriz se acordaban admirablemente las dos; la una acostumbrada siempre á obedecer como criada, y la otra comenzando á acostumbrarse á mandar y disponer como ama. Scipion y yo éramos dos maridos condescendientes, y muy amados de nuestras mugeres, lo que nos daba bien fundadas esperanzas de que uno y otro tardariamos poco tiempo en ser padres. Con efecto fue así, porque ambas se sintieron embarazadas casi al mismo tiempo. Beatriz fue la primera que parió y dió á luz una bellísima niña; siguióla Antonia poco despues llenándonos de alegría con un niño no

me-

x 2

menos hermoso que rollizo. Mi secretario fue luego en posta á Valencia con esta alegre noticia. El Gobernador vino inmediatamente á Liria en compañía de Serafina y de otra señora, que era la Marquesa de Priego, á sacar de pila á los recién nacidos, teniendo el gusto de hacernos esta nueva honra, y darnos esta prueba mas de su amor y de su cordialidad, sobre tantas otras como nos habian dado. El Gobernador y la Marquesa se brindaron á ser padrinos de mi hijo, y quisieron ponerle el nombre de Alfonso. La Gobernadora me dispensó tambien el honor de que fuese compadre suyo por dos títulos, ofreciendo ser madrina juntamente conmigo de la hija de Scipion, á quien llamamos Serafina.

El nacimiento de mi hijo no solamente fue celebrado en mi casa: celebráronle tambien todos los vecinos de Liria, para que todos conociesen el amor que todo el lugar profesaba á su señor. ¡Mas ah, y qué poco duró nuestra alegría! muy presto se convirtió toda en gemidos, en llantos y en lamentos por un suceso que en mas de veinte años no he podido olvidar, y le tendré siempre tan presente como el mismo dia en que sucedió. Murió mi querido hijo, y pocos dias despues le siguió su buena madre, sin embargo de haber tenido el parto mas feliz; pero la sobrevino una maligna y violenta calentura que me la arrebató á solos catorce meses de nuestro matrimonio. El lector podrá concebir, si le fuese posible, hasta donde llegaría mi dolor; caí en

un abatimiento, y en una estupidez inexplicable; parecia haber quedado insensible á fuerza de sentir lo que habia perdido. Pasé cinco ó seis dias en tan lamentable estado, sin querer ni poder tomar alimento alguno, y creo que á no ser por Scipion me hubiera dexado morir de hambre, ó hubiera perdido enteramente el juicio; pero mi sagaz y fidelísimo secretario supo divertir mi dolor, y poco á poco irme conduciendo á la debida resignacion y christiana conformidad. Halló modo de hacerme tomar algunos sorbos de caldo, presentándomelo con un semblante tan triste que parecia me le ponía delante menos por entretener mi vida que por fomentar mi afliccion. Este fino criado escribió al mismo tiempo á Don Alfonso informándole de las desgracias que me habian sucedido, y de la miserable situacion en que me hallaba. Vino volando á Liria aquel señor tierno y compasivo, no menos que generoso amigo. No puedo acordarme sin enternecerme de lo que me dixo luego que me vió. Amado Santillana, me dixo echándome los brazos al cuello, no vengo á consolarte, vengo solo á llorar contigo la pérdida de tu amable Antonia, así como tú irías á llorar conmigo la de mi adorada Serafina, si el Señor me la hubiera llevado. Con efecto derramó algunas lágrimas, acompañando las suyas con las mías. En medio de que la tristeza me tenía fuera de mí, no dexaron de excitar en mí un vivo reconocimiento las bondadosas demostraciones del nobilísimo corazón de D. Alfonso. Ade-

Además de esto tuvo una larga conversacion con Scipion sobre los medios que se podian tomar para divertir mi dolor y consolarme. Juzgaron muy cuerdamente que el primero de todos debia ser sacarme de Liria, donde quanto veía me renovaba á cada momento la memoria de mi Antonia. Convenidos en esto me propuso el hijo de Don Cesar si queria ir con él á Valencia. Scipion esforzó esta proposicion que no pude menos de aceptar. Dexé, pues, á mi secretario, y á su muger en la Quinta, donde no veía cosa que no aumentase mi melancolía, y partíme á Valencia con el Gobernador. Luego que me vieron en su casa Don Cesar y su nuera, no perdonaron á medio alguno para alegrarme y divertirme; hicieron quanto pudieron discurrir para disipar mis negros pensamientos, pero estaba tan poseido de una sombría tristeza que nada pudieron conseguir. Nada omitia tampoco por su parte Scipion de quanto creía pudiese contribuir á restituirme en mi antigua tranquilidad. Venía frecuentemente á Valencia para informarse por sí mismo de mi verdadera constitucion, y se volvía á Liria mas alegre ó mas triste, segun me veía mas ó menos dispuesto á consolarme. Esta señal de su fidelidad y afecto mereció entonces, y aun despues, todo mi agradecimiento.

Una mañana entró muy azorado en mi quarto, y me dixo: Señor, corre por la ciudad una voz que interesa á toda la Monarquía. Se dice que ha muerto el Rey, y que ya ocupa

el Trono el Príncipe su hijo. Añaden que el Cardenal Duque de Melar fue retirado de su empleo con prohibicion de presentarse en la Corte, y que está ya en posesion de primer Ministro el Conde de Valdeories. Esta noticia me conmovió algun tanto sin saber por qué. Conociólo Scipion, y me preguntó si me interesaba algo aquella gran novedad. ¿En qué quieres que me interese? le respondí con viveza, y al parecer no sin algun enfado: dexé á la Corte de una vez, y todas sus mudanzas son y deben ser para mí una cosa muy indiferente.

En verdad, señor, me replicó mi honrado criado, que para un mozo de su edad está Vmd. demasiadamente desprendido del mundo. Si yo me hallára en su pellejo no dexaria de tentarme mucho la curiosidad. Iria á Madrid, aunque no fuera mas que por ponerme delante del nuevo Rey, y tener el gusto de ver si se acordaba ó no de haber visto alguna vez mi cara. Esta diversion no la perdonaría. Ya te entiendo, repuse yo. Tú quisieras que yo volviera á embarcarme en el gran mundo y á probar fortuna, ó por mejor decir, á ponerme otra vez en tentacion de ser injusto, avariento y codicioso. No amigo, espero en Dios que no te verás en ese espejo. ¿Pues qué! volvió á replicarme Scipion, ¿todavía teme Vmd. que el mundo le estrague sus buenas costumbres? Tenga Vmd. mas confianza en Dios y en su natural propension á la virtud. Yo salgo por fiador de estas. Las christianas re-  
fle-

flexiones que ha hecho despues de su desgracia sobre los peligros y lazos de la Corte, son muy propias para precaverle de ellos. Así que no se acobarde Vmd. y vuélvase á embarcar animosamente en un mar, cuyos escollos tiene tan de antemano previstos y perfectamente conocidos. Calla necio adulator, le interrumpí medio sonriéndome; ¿qué? ¿estás ya cansado de verme quieto y tranquilo? Creía yo que te mereciese mas amor mi paz y mi sosiego.

Aquí llegaba nuestra conversacion quando se dexaron ver en mi quarto Don Cesar y su hijo. Confirmáronme ambos la noticia de la muerte del Rey, y la desgracia del Cardenal Duque de Melar; añadiendo que habiendo éste pedido licencia para retirarse á Roma no la pudo conseguir, antes bien se le mandó que fuese á vivir en su Marquesado de Denia. Despues como si estuvieran ambos de acuerdo con mi Secretario me aconsejaron que partiese á Madrid y me presentase al nuevo Rey, puesto que ya me conocia, y le había hecho aquella especie de servicios de que jamas se olvidan los Grandes ni los Soberanos para recompensarlos con gusto particular. Yo á lo menos, dixo Don Alfonso, no tengo la menor duda de que el Rey se acordará de los tuyos, ni de que dexa de pagar las deudas que contraxo el Príncipe de Asturias. Lo mismo siento yo, dixo Don Cesar, y aun el corazon me está diciendo que el viage de Santillana á la Corte le ha de abrir camino á los mayores empleos.

Per-

Perdónenme, señores, exclamé yo entonces, si me propaso á decirles que me parece no han pensado mucho lo que me aconsejan. Segun el modo con que Vmds. se explican dan á entender uno y otro que están persuadidos á que solo con dexarme ver en Madrid lograré la llave dorada, ó á lo menos uno de los mejores Gobiernos. Quiero sacarles de este error. Tan lejos estoy de pensar como Vmds. piensan, que vivo en el firme concepto de que el Rey, aun quando yo me ponga en su presencia, ni siquiera reparará en mí, y solo por desengañarlos, ya que lo quieren así, digo que iré á hacer la prueba. Tomáronme luego la palabra los señores de Leiva, y me apuraron tanto, que no pude menos de prometerles que quanto antes partiria á Madrid. Quando mi Secretario oyó esto se llenó de una immoderada alegría, imaginándose que lo mismo sería ponerme delante del Rey, aunque fuese confundido entre la turba multa, que distinguirme entre todos, llamarme por mi nombre, hacerme mil favores y finezas, llenándome de honores y de bienes. Sobre este pié, forxando en su fantasía mil quimeras, me consideraba ya elevado á los primeros cargos de la Monarquía, y él mismo se figuraba superior á todo el mundo, arrimado á mi soñada elevacion.

Dispúseme, pues, para mi viage á la Corte, no ya con el pensamiento de volver á incensar la fortuna, sino precisamente por complacer á Don Cesar y á su hijo, á quienes se les habia metido

TOMO IV.

Y

en

en la cabeza, y esto sin la menor duda, que inmediatamente me levantaria con toda la gracia y confianza del Soberano. La verdad es que á mí tambien me picaba un poco la curiosidad de ver si el Rey se habia olvidado enteramente de mí. Arrastrado de esta natural curiosidad, pero sin esperanza ni aun pensamiento de lograr la mas minima ventaja en el nuevo reynado, tomé el camino de Madrid acompañado de Scipion, dexando el cuidado de mi hacienda á Beatriz con entera satisfaccion de que todo lo gobernaria bien.

## CAPITULO II.

*Parte Gil Blas á Madrid, déxase ver en la Corte, reconócele el Rey, recomiéndale á su Ministro, y efectos de esta recomendación.*

En menos de ocho dias llegamos á Madrid, habiéndonos dado Don Alfonso los mejores caballos que tenia para que hiciésemos el viage con mayor diligencia. Apeámonos en el meson de Vicente Forero, mi antiguo huesped, quien me alojó en el quarto principal, mas que decentemente alhajado.

Era el mesonero un hombre que se preciaba de estar muy informado de todo lo que pasaba en la Corte y en el pueblo, y como ya sabia

yo

yo que adolecia de esta presuncion le pregunté ¿qué habia de nuevo? Muchas cosas, me respondió prontamente. Luego que murió el Rey, los parciales del Cardenal Duque de Melar jugaron muchos resortes para mantenerle en el Ministerio, pero todo fue inútil, porque el Conde Valdeories pudo mas que todos ellos. Quieren decir que España nada fue á perder en esto, porque el nuevo primer Ministro es capaz por sí solo de gobernar la Monarquía, y aun el mundo entero. Lo que no admite duda es que la nacion ha concebido las mayores esperanzas de su gran capacidad. El tiempo nos dirá si el sucesor del Duque de Melar llena ó no llena el puesto que ocupaba su antecesor. Empeñado ya Forero en una conversacion tan de su genio, me hizo una muy menuda relacion de todas las novedades que habian acaecido en la Corte desde que el Duque de Melar habia sido removido, y pasado á otras manos el timon de la Monarquía.

Dos dias despues de mi llegada á Madrid me fuí á Palacio quando ya el Rey habia acabado de comer, y de propósito me puse en un sitio por donde necesariamente habia de pasar al restituirse á su quarto. Con efecto transitó por allí su Magestad, y ni aun siquiera me miró. Volví el dia siguiente al mismo sitio y tuve la misma fortuna que el anterior. Repetilo tercera vez, y entonces me dió una ojeada, pero sin la menor señal de haberle merecido atencion mi persona. ¿Haslo visto por tus propios

y 2

ojos?

172 *Las Aventuras de Gil Blas.*

ojos? dixé entonces á Scipion. ¿No ves que el Rey no me ha conocido, ó si me ha conocido, no ha hecho el menor caso de mí? Lo mas acertado será volvernós por donde hemos venido. Poco á poco, señor, me respondió mi secretario, no hay que darnos tanta priesa. Sabe Vmd. mejor que yo que para negociar en la Corte es menester sorna y paciencia. No dexé Vmd. de ponerse delante del Rey siempre que pueda. ¿Quién sabe si á fuerza de ver tantas veces delante de sí un objeto, caerá finalmente en cuenta y volverán á representarse con viveza en su imaginacion las facciones de su antiguo y fiel agente con la bella Catalina?

Solo porque Scipion no tuviese que reconvenirme ó echarme en cara con el tiempo, me reduxe por complacencia á darle gusto y á continuar diariamente la misma manobra por espacio de tres semanas. Llegó finalmente un dia en que el Rey, ó cansado ya de verme, ó dándole golpe mi diaria presencia, me mandó llamar. Entré en su cámara, no sin grande sobresalto y turbacion, viéndome solo y mano á mano con mi Rey y Señor. ¿Quién eres? me preguntó inmediatamente, porque me parece haberte visto otra vez, mas no caigo en cuenta de tu nombre. Señor, le respondí con voz trémula y cortada, soy uno que en cierta ocasion tuve la honra de conducir á V. M. en compañía del Conde de Sumel á casa de la señora.... Ah! ah! interrumpió el Príncipe, ahora si que me acuerdo.

Tú



*Manda el Rey entrar á Gil Blas á su gabinete le trata con cariño, y manda al Ministro le de un buen empleo.*

Tú eras secretario del Duque de Melar, y tu nombre, sino me engaña la memoria, ha de ser *Fulano Santillana*. No me olvido de que en aquel lance me serviste con zelo, ni tampoco de que fueron muy mal pagados tus servicios. Dime: ¿no es así que estuviste preso por la tal aventura? Sí señor; seis meses estuve por ella en el Alcázar de Segovia, pero al cabo debí á vuestra Real bondad que me hiciese salir de él. Eso, respondió el Monarca, no desempeñó la obligación que contraxe con Santillana; no basta haber hecho que se le pudiese en libertad, debo premiarle tambien lo mucho que padeció por haberme servido tan fielmente.

Al acabar el Rey de decir estas palabras, entró en el gabinete el Conde Valdeories. Todo sobresalta, y todo se hace sospechoso á los favoritos de los Soberanos. Sorprehendióse estrañamente el Conde quando vió mano á mano con el Rey á un hombre desconocido, pero quedó mucho mas sorprehendido, quando volviéndose S. M. al Ministro le dixo: Conde, pongo en tus manos á este buen hombre, te encargo que le des algun empleo y procures adelantarle. Afectó el Ministro recibir la orden del Rey con la mayor sumision y complacencia, y mirándome con mucho cuidado de pies á cabeza se salió pensativo y deseoso de saber quién era yo. Vete en paz, amigo, me dixo entonces el Rey, haciéndome señal de que me retirase: no du-

dudes (añadió) que el Conde te empleará en alguna cosa de mi servicio, de tu honor y de tu mayor conveniencia.

Salí del gabinete y fuíme derecho á donde me estaba esperando el fiel Scipion, muy impaciente por saber lo que había pasado en la audiencia del Monarca. Inmediatamente que me vió me preguntó muy azorado, ¿qué tenemos de nuevo? ¿hemos de volvernos luego á Valencia, ó mantenernos todavía en la Corte? Tú lo podrás juzgar, le respondí; y contéle palabra por palabra todo lo sucedido en el breve rato que estuve con el Rey. Y bien, repuso Scipion, en el primer transporte de su alegría: ¿se burlará otra vez Vmd. de mis pronósticos? Confiese ya, mal que le pese, que ni los señores de Leiva ni yo discurriamos tan mal quando le instábamos tanto sobre que se presentase luego en Madrid. Ya tengo yo destinado en mi mente el puesto que ha de ocupar; esté Vmd. cierto de que será el Roncal del Conde Valdeories. No lo permita Dios, le respondí; eso es justamente lo que yo no quiero, porque es un empleo rodeado de precipicios y lleno de tentaciones. Acordándome de lo que abusé en otro muy semejante en tiempos pasados, no debo fiarme de mí, ni exponerme temerariamente á las ocasiones de precipitarme en la ambición y en la avaricia, y así solo apetezco un empleo donde no tenga facultad para hacer injusticias, y en que pueda servir al Rey, á la patria y á algunos amigos. Animo,

mo, señor, me replicó Scipion, el Ministro os colocará en algun puesto que podais desempeñar dignamente sin perjuicio de vuestro honor ni de vuestra conciencia.

Movido mas de las instancias de Scipion que de los impulsos de mi curiosidad, madrugué al día siguiente mucho antes de la aurora, y me fuí derecho á casa del Conde Valdeories, noticioso de que aquel Ministro se levantaba todos los días dos horas antes de amanecer, y que con luz artificial daba audiencia á los que querian hablarle á aquellas horas. De propósito me arrimé á un rincon de la sala por modestia ó por encogimiento, y desde allí observé al Conde muy á mi satisfaccion luego que se dexó ver, porque en Palacio muy de estudio le había mirado poco. Era un hombre de menos que mediana estatura, que podia pasar por gordo en un pais donde son pocos los que no inclinan á flacos; las espaldas tan elevadas, y tan hundida en ellas la cabeza, que mirado de frente se representaba giboso, aunque no lo era en realidad; la cabeza tan gruesa y tan pesada que no pudiendo sostenerse derecha, naturalmente se dexaba caer como derribada sobre el pecho; cabello negro y lacio, cara larga, color aceytunado, barba puntiaguda, y un si es no es elevada en arco, caminando á dar con la nariz, lo que hacia parecer la boca como escondida ó encubierta.

El conjunto de estas facciones no le representen-

sentaban á la verdad un señor muy galán. Con todo eso como yo me le figuraba inclinado favorablemente hacia mí, le miré con cierta afición y no me pareció tan feo como era. Fuera de eso recibia á todos de un modo tan apacible y grato, tomaba los memoriales que le presentaban con tan buena gracia, que estas bellas modales suplían con ventajas todo lo que podia faltar de recomendación á su irregular figura. Sin embargo, quando yo me acerqué para saludarle y para que me reconociese, me miró con ojos ceñudos y centellantes, me volvió como enfadado las espaldas, y sin darme tiempo á que le dixese una palabra, se entró arrebatadamente en su gabinete. Entonces sí que me pareció aquel señor tan feo como lo era en la realidad y quizá mas. Salí de la sala verdaderamente aturdido sin ver la tierra que pisaba, pasmado de un recibimiento tan áspero y desabrido, no sabiendo á qué atribuir aquella estraña novedad.

Encontréme luego con Scipion que me estaba esperando á la puerta, y díxele inmediatamente: ¿á que no sabes cómo me ha recibido el Ministro? No lo sé, me respondió, pero es bien fácil adivinarlo. Atentísimo el Ministro á complacer al Soberano, os recibiria con mil demostraciones de estimación y de cariño; os ofreceria su amistad y todo su valimiento, concluyendo con proponeros varios empleos á qual mas considerables, y dexaria en vuestra mano la elección. Sí, por cierto, repuse yo; así fue

ni

ni mas ni menos, solo que te engañas miserablemente, pues sucedió todo lo contrario. Reférite entonces el lance conforme habia pasado; oyóme con atención, y me dixo: una de dos, ó el Conde no conoció á Vmd. ó sin duda le tuvo por otro. Mi parecer es que le vuelva Vmd. á ver, y no dude que le recibirá con mejor cara. Tomé el consejo de Scipion; púseme segunda vez en presencia del Conde, y éste me recibió todavía peor que la primera; miróme con un terrible sobrecejo, y sin hablarme palabra me volvió luego las ancas retirándose á su gabinete con ademan desdeñoso y enfadado, como si le molestase mi presencia.

Llegáronme al alma tan repetidos desayres, y fue tal mi despecho que determiné volverme á Valencia aquel mismo día, pero á esto se opuso Scipion con todas sus fuerzas, no pudiendo resolverse á renunciar las grandes esperanzas que habia concebido. ¿No conoces, le dixé yo, que el Conde tiene gana de alejarme de la Corte? Habiendo visto él mismo la inclinación con que me mira el Monarca, y oido las expresiones con que me recomendó, ¿no basta esto para que su válido entre en zelos, me mire con malos ojos, y me aborrezca de muerte? Cedamos, pues, al tiempo, y hagamos voluntaria esta cesion sin esperar á que nos fuerce á ello la violencia; rindámonos al poder de un enemigo tan superior. Señor (me replicó encendido en cólera contra el Conde Valdeories) si yo fuera que Vmd. me iria

á echar á los pies del Rey, y no abandonaria cobardemente el terreno, antes bien me quejaria altamente á S. M. del poco caso que el Ministro habia hecho de su Real recomendacion. ¡Malísimo consejo! exclamé yo; si diera un paso tan imprudente, presto me arrepentiria de él. Lejos de eso aun sin haberle dado ni pensar en darle jamas, no sé si estamos seguros en esta villa.

Quando mi secretario me oyó hablar de esta manera entró dentro de sí mismo, y considerando que las habiamos con quien de un instante á otro podia volvernó á encerrar en el Alcazar de Segovia, conoció al fin que yo tenia razon, y no oponiéndose ya á mi pensamiento de dexar quanto antes á Madrid, quedamos en emprender nuestro viage al amanecer del dia siguiente.

## CAPITULO III.

*Del motivo que tuvo Gil Blas para no poner en execucion el pensamiento de abandonar la Corte, y del importante servicio que le hizo su amigo Joseph Navarro.*

Al restituirnos al meson encontré en la calle á Joseph Navarro, aquel primer oficial en la oficina de Don Baltasar de Zúñiga. Lleguéme á hablarle, aunque acordándome de quan mal me habia

bia portado con él; saludéle cortesmente, y le pregunté si me conocia, y si la bondad de su corazon llegaria á tanto que se dignase reconocer á un antiguo servidor y favorecido suyo, que verdaderamente habia correspondido mal á su amistad, y á sus finezas. Luego Vmd. mismo confiesa (me respondió) que no se portó bien conmigo? Sí señor (le dixé yo) confiésolo francamente, y añado que tendrá Vmd. mil razones para decirme quanto quisiere, llenándome de improperios; todo lo tengo bien merecido, si ya no fueron bastante satisfaccion de mi ingratitud los crueles remordimientos que la siguieron. Ya que Vmd. está tan arrepentido de su culpa (me respondió Navarro) no debo yo acordarme de ella, y diciendo esto me echó los brazos al cuello. Yo tambien le estreché quanto pude entre los mios, y uno y otro volvimos desde aquel instante á la misma amistad y confianza que antes. Habia sabido mi prision, y el desórden en que se hallaban mis negocios, pero ignoraba lo demas. Informéle menudamente de todo, hasta de la conversacion que habia tenido con el Rey; contéle lo mal que siempre me habia recibido el Ministro, y no le callé la resolucion en que estaba de retirarme á mi soledad. No hagais tal disparate, me dixo interrumpiéndome, puesto que el mismo Rey os hizo tan graciosa acogida, es indispensable que os sirva de algo su poderoso favor. Aquí para entre los dos: el Conde Valdeories tiene sus extravagancias; es caprichoso,

á echar á los pies del Rey, y no abandonaria cobardemente el terreno, antes bien me quejaria altamente á S. M. del poco caso que el Ministro habia hecho de su Real recomendacion. ¡Malísimo consejo! exclamé yo; si diera un paso tan imprudente, presto me arrepentiria de él. Lejos de eso aun sin haberle dado ni pensar en darle jamas, no sé si estamos seguros en esta villa.

Quando mi secretario me oyó hablar de esta manera entró dentro de sí mismo, y considerando que las habiamos con quien de un instante á otro podia volvernó á encerrar en el Alcazar de Segovia, conoció al fin que yo tenia razon, y no oponiéndose ya á mi pensamiento de dexar quanto antes á Madrid, quedamos en emprender nuestro viage al amanecer del dia siguiente.

## CAPITULO III.

*Del motivo que tuvo Gil Blas para no poner en execucion el pensamiento de abandonar la Corte, y del importante servicio que le hizo su amigo Joseph Navarro.*

Al restituirnos al meson encontré en la calle á Joseph Navarro, aquel primer oficial en la oficina de Don Baltasar de Zúñiga. Lleguéme á hablarle, aunque acordándome de quan mal me habia

bia portado con él; saludéle cortesmente, y le pregunté si me conocia, y si la bondad de su corazon llegaria á tanto que se dignase reconocer á un antiguo servidor y favorecido suyo, que verdaderamente habia correspondido mal á su amistad, y á sus finezas. Luego Vmd. mismo confiesa (me respondió) que no se portó bien conmigo? Sí señor (le dixé yo) confiésolo francamente, y añado que tendrá Vmd. mil razones para decirme quanto quisiere, llenándome de improperios; todo lo tengo bien merecido, si ya no fueron bastante satisfaccion de mi ingratitud los crueles remordimientos que la siguieron. Ya que Vmd. está tan arrepentido de su culpa (me respondió Navarro) no debo yo acordarme de ella, y diciendo esto me echó los brazos al cuello. Yo tambien le estreché quanto pude entre los mios, y uno y otro volvimos desde aquel instante á la misma amistad y confianza que antes. Habia sabido mi prision, y el desorden en que se hallaban mis negocios, pero ignoraba lo demas. Informéle menudamente de todo, hasta de la conversacion que habia tenido con el Rey; contéle lo mal que siempre me habia recibido el Ministro, y no le callé la resolucion en que estaba de retirarme á mi soledad. No hagais tal disparate, me dixo interrumpiéndome, puesto que el mismo Rey os hizo tan graciosa acogida, es indispensable que os sirva de algo su poderoso favor. Aquí para entre los dos: el Conde Valdeories tiene sus extravagancias; es caprichoso,

so, y á veces, como en la presente ocasion, procede de un modo que no se llega á comprender; pues él solo tiene la llave de sus acciones verdaderamente heteróclitas. Y así, amigo, sea qual fuere la causa de haberte recibido tan mal, mantente firme, y no desampares el puesto. Nunca podrá él impedir que te aproveches de la benignidad con que te mira el Monarca; esto te lo aseguro sobre mi palabra, y fiate de mí, que conozco algo la Corte; ademas que esta noche diré sobre el asunto dos palabritas á mi amo Don Baltasar de Zúñiga, tio del Conde, y el atlante que le ayuda á sostener el peso del gobierno. Preguntome despues Navarro donde era mi posada, y sin decirme mas nos separamos.

Tardé poco en volverle á ver. El dia siguiente vino á mi posada, y sin mas preludeos me dixo luego que entró; señor Santillana, os hago saber como teneis en mi amo un buen protector. A noche le hablé, y desde luego tomó de su cuenta vuestros intereses, ofreciéndome que hablaría en vuestro favor á su sobrino el Conde Valdeories. No se contentó con esto aquel generoso amigo mio, pues al cabo de dos dias él mismo me presentó á su amo D. Baltasar, quien me recibió con el mayor agrado, diciéndome: señor Santillana, mi secretario Navarro, vuestro amigo, me habló de vuestra persona en tales términos, que no pude menos de tomar de mi cuenta sus intereses. Hice una profunda reverencia al señor D. Baltasar, diciéndole que toda mi vida me con-

confesaria sumamente reconocido al señor Navarro por haberme proporcionado el honor, no solo de rendir mis respetos, sino de lograr la proteccion de un Ministro, y de un señor á quien todo el mundo llamaba, y con razon, el lucero del Consejo. Al oir Don Baltasar tan li-sonjero cumplimiento, se le asomó un poco la risa, y dándome dos palmaditas en el hombro, me dixo: presentaos mañana al Conde Valdeories, y no dudeis que saldreis de la visita mas contento que otras veces.

Con efecto, al dia siguiente me presenté en su antesala por la tercera vez; reconocíome entre la multitud de pretendientes, miróme y sonrióse, lo que desde luego me pareció un pronóstico feliz. Esto va bien, dixé á mi coleso. El tio sin duda hizo entrar en razon al sobrino. Así, pues, desde entonces me prometí una audiencia favorable, y en verdad que no me engañé. Despues que el Conde dió despacho á los demas, me hizo entrar en su gabinete, y me dixo, en tono muy familiar: perdona, amigo Santillana, los malos ratos que te he dado, y el cuidado en que te he puesto, ya por divertirme un poco á cuenta tuya, y ya tambien para probar hasta donde llegaba tu paciencia en tolerar mi mal humor. Sin duda te persuadiste á que no me agradaba tu persona; pero, hijo, te engañas de medio á medio; sábete que por el contrario, me gustaste desde que te ví, y que muchas veces te venias á mi memoria, no sin sensible compla-

placencia mia. Aunque el Rey mi amo no me hubiera mandado tan expresamente que hiciese tu fortuna, ten por cierto que yo procuraria hacerte la por justicia y por inclinacion. Ademas de esto mi tio D. Balstasar de Zúñiga, á quien nada puede negar mi amor y mi gratitud, me encargó mucho que te mirase como un hombre por quien se interesa. Bastaba solo esto para determinarme á hacer por tí hasta donde alcance mi poder.

Este principio de fortuna hizo tanta impresion en mis potencias y sentidos que todas se alborotaron. Arrogéme ciegamente á los pies del Ministro, que inmediatamente me levantó, y prosiguió diciéndome: despues de comer vuelve acá, déxate ver de mi mayordomo, él te dará las órdenes que yo le encargáre. Dicho esto salió S. E. de su quarto, y fuese á oír Misa en su Oratorio, como lo acostumbraba todos los dias despues de haber dado audiencia; y oída partió á Palacio para hallarse en el quarto del Rey quando S. M. se levantaba de la cama.

## CAPITULO IV.

*Logra Gil Blas amor y confianza del Conde Valdeories.*

No me descuidé en volver á casa del primer Ministro despues de haber comido. Pregunté por el quarto de su mayordomo, que se llamaba Don

Don Ramon Caporis. Luego que oyó mi nombre me saludó con particular respeto. Señor, me dixo, sírvase V. S. venir conmigo; quiero guiarle al quarto que el Señor Conde mi señor le tiene señalado. Dicho esto me llevó por una escalerilla secreta, la qual conducia á una fila de cinco ó seis salas á un mismo piso, que formaban una ala de la casa, alhajadas todas con muebles bastante modestos. Esta es, señor, me dixo, la habitacion que su Excelencia ha destinado para V. S. Aquí tendrá V. S. una mesa de seis platos á cuenta de su Excelencia, será servido por los criados del mismo Señor, y tendrá á su disposicion un coche de la casa. Aun no lo he dicho todo: el Conde mi señor me recomendó fuertemente que fuese tratado V. S. con las mismas atenciones, y ni mas ni menos como si fuera uno de su sangre.

¿Qué diablos significa todo esto? me decia yo á mí mismo. ¿Cómo he de entender yo tan señaladas distinciones? ¿Quién sabe si en ellas se oculta alguna malicia, y si las ha mandado el Ministro solo por divertirse un poco á costa mia? Hallábame perplexo entre estas dudas, fluctuando entre el temor y la esperanza, quando vino un page á decirme que el Conde me llamaba. Partí volando á donde estaba su Excelencia solo, quien apenas me vió, me dixo; ¿y bien Santillana, estás contento con tu quartito y con las órdenes que he dado al Mayordomo? Señor, le respondí, las excesivas honras de V. E. verdaderamente me

tienen lleno de confusion. ¿Y eso por qué? me replicó con prontitud. Dime: ¿podré yo nunca honrar bastante á un hombre que el Rey me recomendó con tan vivas expresiones? Ciertamente no. No hago otra cosa que cumplir con lo que debo tratándote con estimacion. Así que no hay para que te admires de lo que executo contigo, y desde luego debes creer que no te se puede escapar de las manos una fortuna tan brillante como sólida, solo con que me tengas á mí tanta ley como tuviste al Duque de Melar.

Pero ya que hemos nombrado á este señor, dime, he oído decir que viviais los dos con toda familiaridad. Quisiera saber cómo os conocisteis, y en qué cosas te empleaba aquel Ministro. Dímelo todo con franqueza, y no me ocultes cosa alguna, porque soy acreedor á una relacion exâcta y fiel. Acordéme entonces del embarazo en que me hallé con el Duque de Melar quando me ví en el mismo caso, y del efugio con que salí de aquel barranco: púselo nuevamente en práctica en esta ocasion, y aun con mayor felicidad; quiero decir, que en mi informe dí el mejor color que pude á los lances mas escabrosos, y que me hacian poco honor. Procuré tambien excusar todo lo posible al Duque de Melar, aunque conocí que al Conde le daria mayor gusto si en nada le hubiera perdonado. Por lo que tocaba al Baron de Roncal no quise hacerle gracia; pinté con la mayor viveza todo lo que sabia de él en punto al tráfico que ha-

cia de Encomiendas, Beneficios y Gobiernos.

En quanto al Baron de Roncal (me interrumpió el Ministro) todo lo que me dices es muy conforme á varios memoriales que me han presentado contra él, donde se contienen delaciones y cargos que todavía son de mayor importancia. Pronto se le hará su causa; y si deseas que pague quanto mal hizo, creo quedarás satisfecho. Señor, repuse yo, sabe Dios que no deseo su muerte, aunque no quedó por él que yo no hubiese encontrado la mia en el Alcazar de Segovia, donde fue causa de que estuviese alojado mucho tiempo. ¿Cómo así? replicó el Conde. ¿Pues qué el Baron de Roncal fue quien te puso preso? Eso lo ignoraba. Mi tio Don Baltasar, á quien Navarro contó la historia de tu vida, solo me dixo que el Rey te habia mandado arrestar porque cierta noche habias introducido al Príncipe en no sé que casa sospechosa. Esto es todo lo que yo sabia; mas no puedo adivinar qué papel podia hacer el de Roncal en esta Comedia. El mismo, respondí yo, que hace un enamorado que se imagina ofendido. Con esta ocasion le espeté una relacion muy individual de aquella aventura, la que en medio de su severidad no pudo oír sin casi llorar de risa. Sobre todo le divirtió mucho aquel pasage del lance de Catalina, en que unas veces hacia de nieta y otras de sobrina; ni celebró menos la parte que habia tocado en esta representacion al Duque de Melar.

Luego que acabé mi relacion me despidió

el Conde diciéndome que no dexaría de emplearme el día siguiente. Fuíme derecho á casa de Don Baltasar de Zúñiga para darle las gracias de los buenos oficios que habia hecho por mí, y al mismo tiempo participar á mi amigo Navarro la favorable situacion en que me hallaba con el primer Ministro.

## CAPITULO V.

*Conversacion secreta que tuvo Gil Blas con Navarro, y primer empleo en que le puso el Conde Valdeories.*

No bien ví á Joseph Navarro quando le dixé que tenia mil cosas que confiarle. Levóme á un lugar retirado donde en breves palabras le puse al cabo de todo el hecho, y le pregunté ¿qué le parecia de ello? Paréceme, respondió, que estais en visperas de una gran fortuna, todo conspira á creerlo así. Estais en el mayor auge de gracia con el primer Ministro, y (lo que no dexará de servir de algo) yo me hallo bastante instruido para poder hacer os el mismo servicio que os hizo mi tío Melchor de la Ronda quando entrasteis en el Palacio del Arzobispo de Granada. Aquel os ahorró el trabajo de estudiar el genio del Prelado y de sus prin-

cipales familiares, imponiéndoo en el carácter de cada uno; yo quiero preveniros qual es el del Conde, qual el de la Condesa su muger, y qual el de Doña Maria su única hija.

El Conde es un señor de espíritu grande, penetrante, pronto y capaz de los mayores proyectos; tiénese por hombre universal, en virtud de una ligera y superficial tintura de las ciencias, y se cree capaz de resolver decisiivamente en qualquiera materia facultativa. Imagínase un profundo Letrado, un gran Capitan y un refinadísimo político. Sobre todo está tan casado con sus dictámenes que siempre los sigue prefiriéndolos á todos los demas, y esto solo porque no se juzgá que se gobierna por luces ajenas, defecto que hablando entre los dos puede producir funestas consecuencias en gravísimo perjuicio de la Monarquía. Brilla en el Consejo por cierta eloquencia natural, y escribiría tan elegantemente como habla sino afectára, para añadir decoro y magestad á su estilo, hacerle obscuro, formándole de voces exóticas, altisonantes, poco usadas, de significado incierto, y por consiguiente sujetas á una construccion ambigua, y á una inteligencia enrevesada.

Esta es la pintura de su talento. La de su corazon es la siguiente. Es generoso y amigo de sus amigos. Quieren decir que es vengativo; pero qué pocos dexan de serlo quando se ven con tanto poder y en tanta elevacion! También se le acusa de ingrato, porque hizo dester-

rar á un Duque y á cierto Religioso, aquel valido del Rey, y este su Confesor, y á quienes dicen debia muchos favores: pero el que aspira á ser primer Ministro; cuándo perdonó á los que imaginaba con voluntad y con fuerzas para atravesar su pretension? La ambicion en las Cortes parece que dispensa de todas las obligaciones del agradecimiento.

La Condesa su muger es una señora sin mas tacha (á lo que yo he podido conocer) que la de vender á peso de oro las gracias que por su intercesion dispensa su marido. La hija (hoy día el partido mejor y mas ventajoso de toda España) es una señorita cabal, y el ídolo de su padre. Con atencion á estas luces podreis arreglar vuestra conducta. Haced la corte á estas dos damas; mostraos aun mas adicto al servicio del Conde Valdeories que lo fuisteis al del Duque de Melar, y sin otra diligencia dentro de poco llegareis á ser, si no me engaño, un grande y poderoso señor.

Tambien os aconsejo que no dexeis de visitar de quando en quando á mi amo Don Baltasar; es verdad que no tendreis necesidad de él para vuestros ascensos, mas con todo eso siempre convendrá tenerle propicio. Al presente estais bien puesto en su estimacion y concepto, procurad conservaros en el mismo predicamento porque en la ocasion os podrá servir. Pero como tío y sobrino (repliqué yo á Navarro) gobiernan el Estado, quién sabe si con el

tiem-

tiempo no se suscitarán entre los dos algunos zelillos? No hay que temer eso, me respondió; reyna entre ambos una perfectísima union. Sin Don Baltasar nunca hubiera sido primer Ministro Valdeories; porque muerto el Rey toda la casa de Donvaldos se dividió, unos á favor del Cardenal, y otros por su hijo; pero Don Baltasar mi amo, el mas habil de todos los Cortesanos, y el Conde Valdeories no menos sagaz ni menos fino que él, trastornaron todas sus medidas, y tomaron las suyas tan ajustadas que al fin dexaron burlados á todos los concurrentes. Nombrado primer Ministro el Conde Valdeories repartió la administracion con su tío Don Baltasar, quedando á éste la de los negocios estrangeros, y tomando de su cuenta la de los interiores del Reyno, de suerte que estrechando por este medio los vínculos de la sangre que los unia, y manteniéndose estos dos señores en una perfecta independenciam uno de otro en el manejo de los negocios que pertenecen á sus respectivos departamentos, se conservan en una concorde inteligencia al parecer inalterable.

A esto se reduxo la conversacion (á la verdad útil para mí) que tuve con el amigo Navarro, á quien prometí que procuraria aprovecharme de sus consejos. Despues pasé á dar las gracias al señor Don Baltasar de lo mucho que se habia interesado por mí. Respondióme con el mayor agrado que abrazaria gustoso todas las

las

las ocasiones que se ofreciesen de servirme, y que celebraba infinito verme igualmente contento y satisfecho de su sobrino, á quien me aseguró volveria á hablar en favor mio, aunque no sea mas, añadió, que para que conozcais lo presenté que están en mi corazon todos vuestros intereses, y al mismo tiempo entendais que en lugar de un protector habeis adquirido dos. Tan á pechos habia tomado mi proteccion el señor Don Baltasar, en atencion á los buenos oficios de Navarro.

Desde aquella misma noche abandoné mi posada, y fui á tomar posesion del quarto que el primer Ministro habia mandado se me dispusiese en su casa. Sentámonos á cenar Scipion y yo, sirviéndonos los criados de la misma casa, los cuales quizá allá dentro de sí mismos se estarían riendo del orden que se les habia dado de tratarnos con el mayor respeto, mientras nosotros procurábamos mostrar que le merecíamos, afectando una postizo y ridícula seriedad y compostura.

Apenas se retiraron levantados los manteles, mi secretario, que ya no podia contenerse, prorumpió en una gran risa, en mil locuras y en mil graciosidades que le dictaba su humor alegre y sus mas alegres esperanzas. Por lo que tocaba á mí, aunque realmente estaba como embelesado viéndome en el estado en que me veía, todavía ninguna disposicion reconocia en mi interior para dexarme deslumbrar; y así

lue-

luego que me metí en la cama me quedé tranquilamente dormido desechando toda idea de grandezas, mientras Scipion por el contrario pasó mas de la mitad de la noche en atesorar riquezas imaginarias para casar á su hija Serafina.

Aun no bien me habia acabado de vestir el dia siguiente, quando me vinieron á llamar de parte del Conde. Partí inmediatamente al despacho de S. E., el qual apenas me vió, me dijo: ahora bien, Santillana, quiero probar tu talento. Dixísteme que el Duque de Melar te solia emplear en disponer varios escritos, y yo tengo ya ideado uno, que para mí será tu primer ensayo. La materia es esta. Quiero publicar una obra ó especie de manifiesto para disponer al público á favor de mi ministerio. Ya he hecho correr secretamente la voz de que encontré las cosas en grande confusion y en muy mal estado, y ahora es menester hacer ver, así á la Corte como á toda la Nacion, el triste atraso en que estaba la pobre Monarquía quando tomé las riendas del Gobierno. Aquí se hace indispensable una pintura muy viva de la tal lastimosa situacion, de manera que dé golpe al pueblo, y le haga no hechar menos el ministerio pasado. Despues ponderarás con gran énfasis las acertadas medidas que ha tomado el ministerio presente para hacer glorioso el actual reynado, floreciente el Estado, y los vasallos felices.

Dicho esto me puso en las manos un papel que

que contenia los justos motivos de los pueblos para estar descontentos del Gobierno anterior. Constaba de diez artículos, el menor de los quales era muy bastante para sobresaltar á todo buen Español. Hízome despues pasar á un gabinetillo contiguo á su despacho, y allí me dexó solo para que me pusiese á trabajar. Comencé á disponer mi manifiesto lo mejor que me fue posible. Entré haciendo una patética, pero muy ponderada descripción del lamentable estado en que se hallaba la Monarquía; el Erario exhausto, las rentas de la Corona disminuidas y empeñadas en manos de asentistas, y la Marina enteramente arruinada. Puse presentes las faltas que se habian cometido en el último reinado, y las funestas conseqüencias que podian traer consigo. En fin pinté la Monarquía en el último peligro por la negligencia ó por la poca prevision de los Ministros anteriores, ó de su Xefe el Duque de Melar. A la verdad ya no conservaba yo resentimiento alguno contra aquel Señor, y sin embargo no me pesaba de que se hubiese ofrecido la ocasion de hacerle aquel mal oficio. Tal es el corazon del hombre.

Finalmente despues de haber hecho la mas espantosa pintura de los males que amenazaban á España, procuré alentar los ánimos haciendo concebir las mas fundadas esperanzas de precaverlos, y de alejarlos con usuras en el actual Ministerio, y se concluía la obra hablando del Conde Valdeories como del redentor de la

la Nacion, prometiéndola torres y montones. En una palabra, entré tan felizmente en el espíritu y en el intento del nuevo Ministro, que quedé sorprendido luego que leyó mi trabajo. Santillana, me dixo, has hecho mas de lo que esperaba de tí; pues tu obra es verdaderamente digna de un Secretario de Estado. Ya no me admiro de que el Duque de Melar se aprovechase de tu pluma. Tu estilo es conciso y elegante, pero me parece un si es no es demasadamente natural. Al mismo tiempo me señaló las expresiones que no eran tan de su gusto y tenia ya notadas; tomó la pluma y corrigiólas, haciéndome ver por sus mismas correcciones que se pagaba mucho de voces pomposas y preñadas, y le caía muy en gracia un poco de obscuridad, como ya me lo habia dicho Navarro. Con todo eso, aunque le agradaba tanto la nobleza, ó por mejor decir lo afectado ó culto de las expresiones, dexó inctactos los dos tercios de mi escrito sin mudar ni una sola sílaba; y para darme la mejor prueba de su plena satisfaccion, aquel mismo dia, estando comiendo, me envió por mano de su mayordomo trescientos doblones para postre de la comida.

## CAPITULO VI.

*Emplea Gil Blas los trescientos doblones que el Conde le regaló; encarga una comision á su fiel secretario; y suceso del escrito de que acabamos de hablar.*

Esta generosidad del Ministro dió nuevo motivo á Scipion para repetirme mil parabienes por haber vuelto á la Corte. Palpando estamos, me dixo, que la fortuna quiere hacer grandes cosas por nosotros. ¿Está Vmd. ahora arrepentido de haber dexado su amada pero fria soledad? ¡Viva el Señor Conde Valdeories! No se puede negar que es amo muy diferente del Duque de Melar. Aquel queria bien á Vmd., pero le dexaba morir de hambre sin darle ni un triste escudo; mas el señor Conde ya le ha regalado con una gratificación que Vmd. mismo no se atreveria á esperar despues de tan largos servicios. Quanto celebraria yo que los señores de Leiva fuesen testigos de las prosperidades de Vmd. ó á lo menos de que á estas horas las supiesen. Tiempo es ya (dixe yo) de darles noticia de ellas, y justamente ahora mismo queria hablarte en el asunto. No dudo que tendrán grande impaciencia por saber de mí, pero estaba esperando á verme en estado

de poder decirles positivamente si me quedaba en la Corte ó me volvía á Liria. Ahora que ya puedo hablar con seguridad podrás partir á Valencia quando te pareciere para informar á aquellos señores de mi presente situacion, que miro como obra suya, siendo cierto que á no habérmelo ellos persuadido jamas me hubiera determinado á volver á Madrid. ¡Oh mi amado amo y Señor, exclamó Scipion, quanto se alegrará toda aquella generosísima familia quando oigan de mi boca todo lo que ha sucedido á Vmd.! ¡Quanto no diera yo por hallarme á las puertas de Valencia! mas espero que tardaré poco en verlas. Los caballos de Don Alfonso ya están prevenidos. Montaré en uno de ellos, y haré que monte en el otro un lacayo del Conde; porque fuera de que quiero llevar compañía para el camino, la librea de un primer Ministro echa polvo á los ojos ó á lo menos los deslumbra.

No pude oir sin risa la necia vanidad de mi secretario; y con todo eso mas necio quizá y mas vano yo que él le permití su locura, dexándole hacer lo que le diese la gana. Parte, le dixé, y vuelve lo mas presto que puedas, porque tengo que darte otro encargo. Quiero que vayas á Asturias á llevar algun dinero á mi pobre madre. Por pura negligencia mia dexé pasar el tiempo de enviarla el anual socorro de cien doblones que la prometí, y que tú mismo te ofreciste á poner en sus manos. Las promesas de esta especie deben ser inviolables y como sagradas

das en un hijo, y por lo mismo confieso y me arrepiento de la poca exáctitud con que he cumplido la mia. Señor, me respondió Scipion, yo doy palabra á Vmd. que en el breve espacio de seis semanas quedarán fielmente desempeñadas ambas comisiones. En este preciso tiempo habré informado de todo á los señores de Leiva, habré hecho una visita á vuestra quinta de Liria, y habré vuelto á ver á Oviedo, de cuya ciudad no me puedo acordar sin dar al diablo las tres partes y media de los que la habitan. Entregué, pues, al hijo de la Cusculina cien doblones por la pension de mi madre, y otros ciento para él, deseando que hiciese con gusto los largos, y acelerados viages que iba á emprender.

Poco despues de la partida de Scipion se publicó estampado el manifiesto de que he hablado ya; y desde luego fue el asunto de las conversaciones de Madrid. El Pueblo, amigo siempre de la novedad, quedó como encantado con él, la disipacion de las Rentas Reales, y la pobreza tan ponderada del Erario, pintada con los mas vivos colores, le amotinaron contra el Duque de Melar, y los golpes que se descargaban contra este Ministro, si no todos los aprobaron, no faltaron muchos que los aplaudieron. Las magníficas promesas que hacia el Conde Valdeories de ir desahogando al Estado de sus deudas por medio de una sabia economía sin cargar mas al vasallo, deslumbraron á todos en general, y los confirmaron en el gran concepto que tenian de los superio-

res

res talentos del nuevo Ministro; de manera que no se oía en Madrid sino sus elogios y aplausos. Como el Conde vió logrado lo único que pretendia con aquella obra, conviene á saber, deslumbrar al vulgo y levantarse con el aplauso y amor de la muchedumbre, quiso merecerle verdaderamente por medio de una accion que fuese útil al Rey sin el menor gravamen del público. Acordóse de la invencion que hizo famoso al Emperador Galba, el qual se echó de repente sobre las inmensas riquezas de los particulares que las habian adquirido, sabe Dios como, administrando las rentas del Imperio. Luego que el Conde hizo vomitar toda la sangre á aquellas sanguiuuelas del Pueblo, agregándola á los cofres del Rey, para conservarla dispuso que se suprimiesen todas las pensiones, empezando por las suyas, como tambien todas las gratificaciones que se hacian en dinero á costa del Soberano. Bien conoció que la execucion de este pensamiento era un poco difícil, porque forzosamente habia de hacer muchos descontentos, y mudar casi todo el semblante del Gobierno. Para templar á aquellos sin alterar á éste demasiadamente, me ordenó disponer otro manifiesto en figura de memorial ó representacion al Rey, cuya substancia y forma me sugirió él mismo. Encargóme mucho que procurase elevar todo lo posible la ordinaria naturalidad y simplicidad de mi estilo, dando mas energía y mayor nobleza á mis frases. Señor, le dixé,

si

si á V. E. le gusta lo elevado y lo sublime, espero tener el honor y lograr la fortuna de complacerle. Encerréme, pues, en el mismo gabinete donde habia compuesto el primer manifiesto, y me puse á trabajar este segundo despues de haber invocado fervorosamente la retumbante eloqüencia del Arzobispo de Granada, mi antiguo amo.

Dí principio á mi obra haciendo presente al Soberano la indispensable necesidad de conservar intacto el dinero depositado en arca Reales, como destinado únicamente para emplearse en las urgencias generales de la Monarquía, siendo un sagrado deposito que debía reservarse para tener en respeto á los enemigos de España. Despues hacia presente á S. M. que suprimiendo las pensiones y gratificaciones cargadas sobre la Real Hacienda, no por eso se privaba su augusta liberalidad del gusto que tendria en recompensar generosamente el mérito y los servicios de los vasallos que se hiciésen dignos de sus reales gracias; pues para unos tenia Vireynatos, Gobiernos, Hábitos de las Ordenes Militares y empleos en sus Exércitos, para otros Encomiendas, sobre las cuales podría cargar muchas pensiones, Títulos de Castilla, Togas y otras magistraturas, y todo género de Beneficios Eclesiásticos para los que quisiesen seguir la carrera de la Iglesia.

La composicion de este escrito, mucho mas largo que el anterior, me ocupó solos tres dias,

y

y por mi fortuna salió tan á satisfaccion de lo que al Conde gustaba, por estar atestado de voces enfáticas y de cláusulas metafóricas, que el Ministro no se hartaba de aplaudirle y admirarle. Muchísimo me gusta esta obra, me dixo, y mostrándome con el dedo varias voces campanudas y algunos periodos rumbosos que tenia apuntados, *esto sí, esto sí*, me decía, *que parece propriamente estampado en los moldes privados de mi oficina.* Animo, Santillana, porque ya estoy previendo que me ha de servir de mucho tu habilidad. En medio de eso, y no obstante los desmedidos elogios que dió á mi obra, no dexó de retocarla y enmendarla en algunos pasages. Puso muchas cosas de su casa, y en fin hizo una pieza de eloqüencia que admiró al Rey y á toda la Corte. El público (claro está) la honró tambien con general aprobacion, y aun se adelantó á prometerse mil felicidades para lo futuro, lisonjéandose de que la Monarquía habia de volver á su antiguo esplendor y lustre baxo el Ministerio de un personage tan grande y de tan extraordinario talento. Viendo S. E. el gran nombre que le habia dado aquel escrito, quiso que me produxese algun fruto por la parte que yo habia tenido en él; y así dispuso que el Rey me diese una pension de quinientos escudos sobre el Priorato de Castilla; gracia tanto mas apreciable para mí, quanto me hacia dueño de una renta lícitamente adquirida, aunque con poco trabajo.

CA-

## CAPITULO VII

*Con qué casualidad, en qué sitio y en qué estado encontró Gil Blas á su antiguo amigo Fabricio, y conversacion que tuvieron.*

De ninguna cosa gustaba tanto el Conde como de saber todo lo que se decia en Madrid verde ó seco acerca de su ministerio. Todos los dias me preguntaba qué se decia en el mundo de él. Tenia asalariadas varias espías que le viniesen á contar hasta las mas menudas cosas que habian oido en órden á su persona y gobierno. Como les encargaba sobre todo la verdad y la sinceridad, no tenia poco que sufrir algunas veces su amor propio, porque la lengua del pueblo es de una intemperancia tal que nada perdona, y á nadie respeta.

Luego que le descubrí esta flaqueza, ó fuese curiosidad que podia ser loable, y producir grandes utilidades en beneficio del público, y en el acierto de su propia direccion, me apliqué á congratarme con él tambien por esta parte. Con este fin me dí á tratar con las gentes, y siempre que veía algun corrillo de personas honradas, me arrimaba á él, y entraba en la conversacion. Si esta era acerca del gobierno, como lo suelen ser casi todas las de la gente ociosa y nove-

le-

lera, oía con mucha atencion, pero sin afectar cuidado (antes bien en ademan de poco curioso ó de hombre distraido) todo lo que se discurría en la materia. Si se decia alguna cosa digna de que la supiese S. E. al instante se la comunicaba; pero jamas le dixe cosa alguna que le pudiese disgustar, ó que no fuese ventajosa para él.

Un dia volviendo de aquellas conversaciones pasé cerca de un Hospital, y me dió gana de entrar á verle. Recorrí dos ó tres salas, y mirando á todas partes, compadecido de ver aquellos pobres enfermos, reparé entre ellos á uno que me chocó, porque me pareció ver en él á mi paisano y antiguo camarada Fabricio. Acerquéme mas á su cama para observarle mejor, y aunque no pudiendo ya dudar que era el poeta Nuñez, todavía me paré algunos momentos á considerarle un poco mas, pero sin hablarle palabra. El luego me conoció, y clavó los ojos en mí, pero igualmente suspenso y silencioso que yo. Al cabo rompí el silencio, prorrumplí diciendo: ó mis ojos me engañan, ó el enfermo que veo en esta cama es mi antiguo amigo Fabricio. El mismo soy, me respondió friamente, y esta vez tus ojos te han dicho la pura verdad. Desde que me separé de tí no he tenido otro oficio que el de autor, he compuesto novelas, comedias, y todo género de obras de ingenio; y he llegado al fin de esta carrera, que es parar en un Hospital.

No pude menos de reirme al oír estas últimas palabras, y mucho mas al ver la serie-

TOMO IV.

CC

dad

dad y el tono compungido y doloroso con que las pronunció. ¡Pues qué! le repliqué: ¿tu musa te condujo á tan miserable estado? ¿Es posible que te hubiese jugado una pieza tan ruin y tan villana? Tú mismo lo estás viendo, repuso él. En estas casas suelen parar todos los que presumen de ingenios. Tú, amigo mio, lo acertaste en seguir otro camino: pero ya no estás en la Corte, y me parece que tus negocios han mudado mucho de semblante; acuérdomé de haber oído decir que de orden del Rey te habian metido en un castillo. Así fue puntualmente, repuse yo, y te dixerón mucha verdad: la fortuna en que me viste quando nos separamos fue muy pasajera; pocos dias despues perdí de repente mi empleo, mis bienes y mi libertad. Pero, amigo, *post nubila Febus*; hoy me vuelves á ver en un estado mucho mas brillante que aquel en que me viste otro tiempo. Eso no es dable, repuso Fabricio: tu porte es juicioso, sosegado y modesto; en tus modales no se vé ni aun sombra de aquella vanidad, de aquel orgullo, y de aquella altanería que suelen inspirar las prosperidades. Las desgracias, repliqué yo, enseñan mucho al hombre. En la escuela de la adversidad aprendí á ser dueño de las riquezas, sin que ellas lo sean de mí.

Acaba, pues, y dime, interrumpió Fabricio, incorporándose y sentándose en la cama; ¿qué empleo es el que ahora tienes? ¿en qué te ocupas al presente? ¿Serás por ventura mayordomo de algun gran señor ó de alguna viuda

da rica? Todavía estoy mucho mejor, le respondí; mas por ahora dispénsame te ruego de que me explique mas; en mejor ocasion contentaré enteramente tu curiosidad. Por ahora bástete saber que estoy en parage de poder servirte poniéndote en estado de no necesitar de nadie para vivir con decencia; pero dándome palabra de renunciar para siempre el oficio de autor mendicante, y de no componer en todo lo que te restáre de vida obra alguna de estas que se llaman de ingenio, sea en verso ni en prosa: ¿serás capaz de hacer este gran sacrificio en gracia de mi amistad y de tu fortuna? Antes bien, me respondió, así lo tengo ofrecido al Cielo en la terrible enfermedad que estoy padeciendo, de la qual espero escapar por misericordia divina. Abjuré la poesia por haber conocido ser una ocupacion que casi siempre tiene contra sí á la fortuna, á la riqueza y á toda conveniencia.

Mil parabienes te doy por tan cuerda resolucion, caro Fabricio mio, pero guárdate bien de la recaída. Esa es la que no temo, me replicó: tengo hecho un firmísimo propósito de abandonar á las musas, por señas que quando entraste en esta sala estaba yo componiendo dentro de mí mismo un poema heroyco para decirlas un resuelto á dios por eterna despedida. Señor Fabricio, le dixé entonces encogiéndome de hombros, mucho me temo que no pueda fiar de tu abjuracion, y de tus propósitos, porque te veo



¡Qué gracias debo dar al cielo por haberte traído á este Hospital! Hoy mismo quiero salir de él á merced de tu caritativo y liberal socorro. Efectivamente así lo executó haciéndose llevar á una buena posada. Pero antes de separarnos le informé de mi alojamiento, convidándole á que me buscase en él luego que se sintiese perfectamente convalecido. Quedóse extrañamente sorprendido, y como medio enagenado quando le dixé que mi posada era la casa del Conde Valdeories. ¡Oh afortunadísimo Gil Blas! volvió á exclamar casi fuera de sí. ¡Y qué estrella tienes con los primeros Ministros! Alégrome infinitamente por estar viendo y palpando el bizarro y piadoso uso que hace de ella ese tu noble y generoso corazon.

## CAPITULO VIII.

*Grangéase Gil Blas cada dia mas estimacion, y amor del Ministro. Vuelve Scipion á Madrid y hace á su amo relacion de su viage.*

El Conde Valdeories, á quien de aquí adelante llamaremos el *Conde Duque*, porque con este título se dignó honrarle el Rey, tenía una flaqueza que presto le descubrí, y no cierto inútilmente. Esta era que gustaba mucho de ser ama-

amado. Luego que conocia que alguno se dedicaba á servirle con inclinacion á su persona le daba parte en su amistad. No me descuidé en aprovecharme bien de esta observacion; pues no contento con executar puntualmente quanto me mandaba, obedecia sus órdenes con un zelo y con un gusto que verdaderamente le encantaba. Hacia particular estudio en adivinar lo que podia gustarle, y lo hallaba cumplido antes que lo hubiese insinuado.

Por este modo de obrar que casi nunca dexa de conseguir lo que intenta, llegué á ser el favorito de mi amo, el qual por su parte conociendo que yo adolecia tambien de la misma flaqueza que él, esto es, que me pagaba mucho de que me amasen, me ganó enteramente el corazon por las repetidas demostraciones de amor y de confianza con que me honraba, tanto que su primer secretario el señor Sotero y yo éramos los únicos depositarios de sus secretos mas íntimos.

Habíase valido Sotero de los mismos medios que yo para ganarle el corazon, y lo consiguió de manera que le confiaba todos los negocios y misterios del Gabinete; y así los dos éramos confidentes del Ministro, con sola esta diferencia, que á Sotero únicamente le comunicaba los negocios de Estado, y á mí los que tocaban á sus intereses personales. De forma que uno y otro estábamos como xefes de dos distintos departamentos, y cada qual muy con-

tento con el suyo, por lo qual viviamos con la mayor union, sin el menor tufo de envidia ni de zelillos. Yo necesariamente habia de estar contentísimo con la parte que me habia tocado, porque me proporcionaba ocasion de estar casi siempre con el Ministro, poniéndome á tiro de sondearle bien á pesar de su estudiado y profundo disimulo, del que al fin se despojó quando llegó á no dudar que yo me habia entregado entera y sinceramente á su servicio.

Santillana, me dixo un dia, tú fuiste testigo de la autoridad que se abrogaba el Duque de Melar, la qual no tanto parecia de un Ministro dependiente y subalterno, quanto de un Monarca y Soberano absoluto. No obstante yo me considero mucho mas feliz que él, aun quando estaba en el mayor auge de su fortuna. El tenia dos enemigos formidables, uno en su mismo hijo, y otro en el Confesor del difunto Rey; yo á nadie veo cerca del actual que me pueda hacer el menor daño, ni de quien pueda sospechar con fundamento que no me quiera bien. Es verdad que desde mi entrada en el Ministerio, puse el mayor cuidado en que no estuviesen al lado de S. M. otras personas que las enlazadas conmigo por amistad ó por parentesco. Con Vireynatos y Embaxadas me he ido deshaciendo de los sugetos cuyo mérito podia hacerme sombra en la gracia del Rey, la que pretendo gozar solo enteramente, de manera que al presente me puedo lisonjear de que ninguno es ca-

paz

paz de hacerme mala obra. Y estando como estoy bien persuadido de tu fidelidad y de tu amor á mi persona, he puesto los ojos en tí para confidente mio. Tienes entendimiento, tén-gote por juicioso, prudente y discreto, no he menester mas para considerarte como hombre que me puede servir infinito en mil encargos y asuntos de importancia, que piden un mozo de sagacidad, y bien instruido en mis intereses.

No tuve valor para despreciar del todo las lisonjeras ideas que excitaron estas expresiones en mi viva fantasia. Subiéronseme luego á la cabeza algunos vapores de ambicion y de avaricia, que volvieron á suscitar en mi corazon ciertos movimientos de que me lisonjeaba haber triunfado totalmente. Protesté al Ministro que haria todo lo posible para corresponder al honor que me dispensaba, y para desempeñar su concepto sintiéndome desde luego pronto y determinado á executar sin escrúpulo quanto se le antojase ordenarme.

Mientras me hallaba yo tan dispuesto á erigir nuevos altares á la fortuna, volvió Scipion de su viage. No cansaré á Vmd. me dixo, con una relacion larga y pesada. En pocas palabras le diré todo lo que desea saber. Los señores de Leiva quedaron gustosamente sorprendidos al oír el modo con que el Rey recibió á Vmd. así que le conoció; y el papel que hace en casa del señor Conde Duque Valdeories.

Mas admirados se quedarian, le interrumpí yo,

yo, si hubieras podido contarles sobre qué pie me hallo el día de hoy con el Ministro. Son verdaderamente de admirar los rápidos progresos que despues de tu partida ha hecho mi valimiento en el corazon de S. E. Sea Dios loado, me respondió, ya me parece estar viendo el bello destino que nos espera á los dos.

Dexémos por ahora esta conversacion, le dixé, y hablémos de Oviedo. ¿Cómo está mi buena madre? ¡Ah señor! me respondió en tono triste y doloroso. Las noticias de Asturias son funestas. ¡Oh Dios! exclamé: ¿Qué! ¿mi madre es muerta? Seis meses ha, me respondió Scipion, que la buena señora pagó á la naturaleza el indispensable tributo, y lo mismo con poca diferencia de tiempo hizo el señor Canónigo tío de Vmd.

Afligióme vivamente la muerte de mi madre, bien que jamas aun en mi más tierna niñez me hizo aquellas caricias que tanto aprecian los niños, y por las quales cobran amor á sus madres y se muestran agradecidos á ellas quando grandes. Tambien dí algunas lágrimas á mi tío el Canónigo acordándome de lo que le debia por haber cuidado tanto de mi educacion. A la verdad no duró mucho la viveza de mi dolor; poco á poco se fue templando, degenerando muy presto en solo una tierna memoria que siempre conservé de mis parientes.

## CAPITULO IX.

*Cómo y con quién casó el Conde Duque á su única hija, y los amargos frutos que produjo este matrimonio.*

Poco tiempo despues que volvió á Madrid mi leal secretario observé al Conde Duque profundamente suspenso y pensativo. Creí que sin duda estaba meditando alguna grande operacion de política, pero presto llegué á saber que lo que le tenia tan enagenado eran negocios de familia. Gil Blas, me dixo una tarde, sin duda habrás reparado que ando días há cuidadoso y distraido. Es así, hijo mio, no puedo negar que enteramente me ocupa un negocio, del qual pende la paz de mi corazon y el sosiego de mi vida. Quiero confiártelo para desahogo mio, y para darte una prueba mas de mi afecto, y de lo mucho que fio de tí.

Mi hija Doña Maria se halla ya en edad de tomar estado. Son muchos los pretendientes que aspiran á su mano. El Conde de Nablíe, primogénito del Duque de Medianadionis, cabeza de la casa de Namuzg, y Don Luis de Haro, hijo y heredero del Marques del Opicar y de mi hermana mayor, son los dos concurrentes que

yo, si hubieras podido contarles sobre qué pie me hallo el día de hoy con el Ministro. Son verdaderamente de admirar los rápidos progresos que despues de tu partida ha hecho mi valimiento en el corazon de S. E. Sea Dios loado, me respondió, ya me parece estar viendo el bello destino que nos espera á los dos.

Dexémos por ahora esta conversacion, le dixé, y hablémos de Oviedo. ¿Cómo está mi buena madre? ¡Ah señor! me respondió en tono triste y doloroso. Las noticias de Asturias son funestas. ¡Oh Dios! exclamé: ¿Qué! ¿mi madre es muerta? Seis meses ha, me respondió Scipion, que la buena señora pagó á la naturaleza el indispensable tributo, y lo mismo con poca diferencia de tiempo hizo el señor Canónigo tío de Vmd.

Afligióme vivamente la muerte de mi madre, bien que jamas aun en mi más tierna niñez me hizo aquellas caricias que tanto aprecian los niños, y por las quales cobran amor á sus madres y se muestran agradecidos á ellas quando grandes. Tambien dí algunas lágrimas á mi tío el Canónigo acordándome de lo que le debia por haber cuidado tanto de mi educacion. A la verdad no duró mucho la viveza de mi dolor; poco á poco se fue templando, degenerando muy presto en solo una tierna memoria que siempre conservé de mis parientes.

## CAPITULO IX.

*Cómo y con quién casó el Conde Duque á su única hija, y los amargos frutos que produjo este matrimonio.*

Poco tiempo despues que volvió á Madrid mi leal secretario observé al Conde Duque profundamente suspenso y pensativo. Creí que sin duda estaba meditando alguna grande operacion de política, pero presto llegué á saber que lo que le tenia tan enagenado eran negocios de familia. Gil Blas, me dixo una tarde, sin duda habrás reparado que ando días há cuidadoso y distraido. Es así, hijo mio, no puedo negar que enteramente me ocupa un negocio, del qual pende la paz de mi corazon y el sosiego de mi vida. Quiero confiártelo para desahogo mio, y para darte una prueba mas de mi afecto, y de lo mucho que fio de tí.

Mi hija Doña Maria se halla ya en edad de tomar estado. Son muchos los pretendientes que aspiran á su mano. El Conde de Nablíe, primogénito del Duque de Medianadionis, cabeza de la casa de Namuzg, y Don Luis de Haro, hijo y heredero del Marques del Opicar y de mi hermana mayor, son los dos concurrentes que

parecen mas dignos de disputar la preferencia. Sobre todo el mérito del último es tan superior al de sus competidores, que toda la Corte está persuadida á que será el que preferiré para yerno. Con todo eso, sin entrar en los motivos que tengo para dar á uno y á otro la exclusiva, he puesto los ojos en Don Ramiro Nuñez de Namuzg, Marques de Lator, cabeza de la casa de los Namuzges de Bradosa. A este señorito, y á los hijos que nacieren de mi hija quiero dexar el título de Conde Valdeories y la Grandeza que está adjudicada á él, de suerte que mis nietos y sus descendientes que vinieren del ramo de Bradosa y Valdeories pasarán por primogénitos de la casa de Namuzg. ¿Qué te parece Santillana, de este proyecto? Señor, le respondí, es digno de la capacidad y talento que le formó; solo temo que al Duque de Medianadionis no le parezca muy bien. ¿Y qué se me dará á mí, replicó el Ministro, que le parezca bien ó mal? Mas cuidado me dan las quejas y disgusto de mi hermana la Marquesa del Opicar al ver que pierda su hijo la mano de mi hija. Pero sobre todo yo quiero hacer mi gusto; Don Ramiro Nuñez será preferido á todos sus contrarios, y esta es ya cosa resuelta y como hecha.

Tomada esta resolución por el Conde Duque no pasó sin embargo á ejecutarla sin afianzarla primero con un golpe diestro de política. Presentó un memorial al Rey y á la Reyna suplicando á sus Magestades se dignasen disponer de

de la mano de su hija Doña María. Acompañaba al memorial una nota de todos los pretendientes con expresión de sus prendas, circunstancias y qualidades personales, remitiéndose enteramente á la elección de sus Magestades, bien que hablando del Marques de Lator, no se dexaba de conocer su particular inclinacion á este partido. En virtud de esto el Rey, que deseaba mucho complacer á su Ministro, le dió por escrito la respuesta siguiente: *Yo juzgo que Don Ramiro Nuñez será digno esposo de tu hija Doña Maria. Sin embargo elige por tí mismo. Aquel partido será mas de mi Real agrado que fuere mas de tu gusto. = Yo el Rey.*

Manifestó el Ministro esta respuesta con cierta afectacion, y fingiendo entenderla como una orden del Soberano, se dió priesa á casar á su hija con el Marques de Lator, resolución que picó vivamente á la Marquesa del Opicar, como á todos los Namuzges que estaban muy lisonjados con la esperanza de que se uniría á su casa Doña Maria. En medio de esto unos y otros, quando vieron que no podian impedir el matrimonio, aparentaron celebrarle con las mayores demostraciones de alegría. Parecia que toda la familia estaba fuera de sí de contento; pero tardó poco en verse vengado su disgusto del modo mas cruel y doloroso para el Conde. A los diez meses dió á luz Doña Maria una niña que murió al nacer, y poco despues la misma madre fue víctima de su sobreparto.

¿Qué

¡Qué dolor para un padre idólatra (por decirlo así) de su hija! y mas viendo desvanecidos sus proyectos. Penétróle tanto el corazón que se encerró por muchos días sin que le viese nadie sino yo, á quien consideraba tan traspasado como lo estaba él. A la verdad sirvióme esta circunstancia para derramar nuevas lágrimas por la pérdida de mi malograda Antonia. La semejanza que habia entre su muerte y la de la Marquesa de Lator volvió á abrir una herida mal cerrada, causándome un sentimiento tal, que el Ministro, á pesar de lo abatido que le tenia su propio dolor, no pudo menos de advertir en el mio. Admiróle éste tanto, creyendo no tuviese mas causa que su afliccion, que me lixo un dia: Gil Blas, confieso que me sirve de un consuelo no menos doloroso que dulce el verte tan afligido por mis penas. ¡Ah señor! le respondí, vendiéndole por fineza mi quebranto, sería yo el mas ingrato de los hombres, y mi corazón el mas duro si no la sintiera vivísimamente. ¡Cómo era posible que viese llorar á V. E. la pérdida de una hija de tanto mérito, tan amable y tan amada, sin mezclar mis lágrimas con las suyas! Nó, Señor Excelentísimo, tiéneme V. E. tan colmado de favores que mientras me dure el aliento no podrá menos de tocarme una grandísima parte en todos sus disgustos y en todas sus merecidas satisfacciones.

## CAPITULO X.

*Encuentra Gil Blas casualmente al poeta Nuñez; refiérele éste que se representa una comedia suya en el Corral del Príncipe; desgraciado suceso que tuvo; y el no menos feliz que favorable efecto que le produjo esta desgracia.*

Comenzaba el Ministro á consolarse, y por consiguiente comenzaba tambien yo á recobrar poco á poco mi buen humor, quando salí un dia á pasearme solo en el coche. Encontré en el camino á mi poeta Asturiano, á quien no habia visto desde su salida del Hospital. Ví que estaba decentemente vestido. Llamele, hícele entrar en mi coche, y fuimos juntos á ruar al prado de San Gerónimo.

Señor Nuñez, le dixé, ha sido fortuna mia haberos encontrado por casualidad, á no ser esto nunca lograria el gusto de.... Poco á poco Santillana, me interrumpió con precipitacion, dexémonos de reconvenciones: confieso de buena fé que de propósito no quise ir á visitarte, y te voy á decir el por qué. Tu me prometiste un buen empleo con tal que renunciase á la poesia,

sia, y yo he encontrado otro mas sólido, y quizá mas lucroso, baxo condicion de que le exercite. Acepté este último por mas conforme á mi genio y á mi natural inclinacion. Un amigo mio me consiguió un buen puesto en casa de Don Beltran Gomez de Ribera, Tesorero general de las galeras, el qual deseando tener en su casa un poeta se pagó mucho de mi talento calificándolo de *brillantísimo*, y me prefirió á cinco ó seis ingenios que aspiraban al empleo de secretarios suyos.

Alégrome infinito, Fabricio mio, le respondí, de tan gustosa noticia, porque el tal Don Beltran verosimilmente será un hombre muy rico. Eslo tanto, repuso Fabricio, que ni aun él mismo sabe lo que tiene. Pero sea de esto lo que fuere, mi ocupacion es la siguiente. Como Don Beltran se precia de cortejante, y quiere pasar por ingenio, se vale de mi pluma para componer billetes llenos de sal, de agudeza y discrecion dirigidos á muchas damas sabidillas con quienes tiene frecuente correspondencia. A unas escribo en verso, á otras en prosa, y por lo comun yo mismo suelo ser el portador de los billetes para tener el gusto de oír cómo celebran ellas sin saberlo la facundia y gragejo de mi inventiva.

Pero aun no me has dicho, le repliqué, lo que principalmente quiero saber. ¿Dime, esto es, si pagan bien esos tus epigramas epistolares? Generosísimamente, me respondió. No todos los ricos son generosos y liberales: antes bien ricazos conozco yo que son unos miserabi-

li.

lísimos villanos, pero Don Beltran se porta conmigo noblemente. Ademas de los doscientos doblones anuales de pension que me tiene asignados, de quando en quando me regala con algunas gratificaciones; todo lo qual me pone en estado de hacer una figura de gran señor, y de pasar el tiempo alegremente con algunos autores tan enemigos como yo de toda gravedad y de toda melancolía. En suma, le repliqué yo, ¿es tu Tesorero hombre de tanto discernimiento y de gusto tan delicado, que conozca todo el mérito y finura de tus composiciones y qualquiera obra de ingenio, de manera que tampoco se le oculten los menores defectos? Oh, tanto como eso nó. En quanto á aparentar entenderlo todo, lo hace como nadie; pero juicio y penetracion *nula*. No obstante se mira no menos que como otro *Tarpa*. Decide severamente de todo, sostiene sus opiniones con tanta altanería y obstinacion que todo hombre prudente huye de meterse en disputas con él, por no exponerse á sufrir un granizo de insolencias que descarga sobre todos los que le contradicen.

De aquí puedes inferir que pongo el mayor cuidado en no oponerme jamas á lo que dice, por mas razon que muchas veces tenga para hacerlo, porque ademas de los epitetos poco apetecibles con que me regalaría, es seguro que me echaría á la calle. Apruebo, pues, continuó, todo lo que alaba, y condeno todo quanto no le gusta. Por esta complacencia, que ver-

TOMO IV.

EE

da-

daderamente me cuesta poco ó nada, pues fácilmente me acomodo al carácter y genio de las personas que me pueden servir, me he hecho dueño de la estimacion y del corazon de mi amo. Empeñome en componer una tragedia, cuya idea me suministró él mismo. Compúselala á vista suya; si sale bien, deberé toda mi gloria á las lecciones que él me dió.

Preguntéle qual era el título de la tragedia, y me respondió, intitúlase *el Conde de Saldaña*, la qual se representará en el Corral del Príncipe dentro de tres dias. Deseo mucho, le repliqué, que logre todo el aplauso y concepto que tu genio me hace esperar. Así lo creo yo, añadió el buen Nuñez; verdad es que no hay esperanzas mas falibles que estas; por estar tan inciertos los autores de la fortuna que correrán sus obras en las tablas.

Llegó en fin el dia de la representacion. Yo no pude ir aquel dia á la comedia, por haberme dado el Ministro cierto encargo que me lo estorbó. Lo mas que pude hacer fue enviar á Scipion, que no dexó de ir para informarme de la buena ó mala suerte de una pieza en que me interesaba algo. Despues de estarle esperando gran rato con impaciencia le ví entrar con un semblante que me dió mal tufo, y no me dexó presagiar cosa buena. Y bien, le pregunté, ¿cómo ha recibido el público al *Conde de Saldaña*? Brutalísimamente, respondió: en mi vida ví comedia tratada con mayor ignominia; salíme abur-

aburrido, no pudiendo ya sufrir la insolencia del patio. No estoy yo menos indignado, le interrumpí, contra el furor de Nuñez, ó por explicarme así, contra su desenfrenada luxuria de componer comedias, prefiriendo los ignominiosos silvos del populacho al decente, quieto y decoroso estado en que yo me ofrecia á colocarle. Así me desahogaba yo echando pestes contra el poeta de Asturias por el amor que le tenia, afligiéndome por el mal suceso de su pieza, mientras él estaba contentísimo de él.

Efectivamente dos dias despues le ví entrar en mi quarto no cabiendo en sí de puro gozo y alegría. Santillana (exclamó todo transportado luego que me vió) vengo á darte parte de mi suma felicidad. La composicion de una mala pieza ha hecho toda mi fortuna. Ya sabrás lo mal que fue recibido mi pobre *Conde de Saldaña*: todos los espectadores se amotinaron contra él; pero este desenfreno universal fue justamente el que aseguró mi ventura por toda la vida.

Quedé aturrido al oírle hablar de este modo. ¿Cómo así? le pregunté pasmado: ¿cómo así? vuelvo á decir. ¿Es posible, Fabricio, que el alto desprecio con que fue recibida tu tragedia, sea puntualmente el motivo de tu inmoderada alegría? Así es ni mas ni menos, me respondió. Ya te dixé la mucha parte que Don Beltran tuvo en su composicion, y por lo mismo la calificó de una obra á todas luces excelente. Picado vivamente de que el pú-  
bli-

blico hubiese sido de dictamen tan contrario al suyo, me dixo esta mañana: Nuñez,

*Victrix causa Diis placuit, sed victa Catoni.*

Si tu pieza desagradó tanto á las gentes, á mí me gustó mucho. Esto te debe bastar. Y para que te consueles en el dolor que naturalmente te causará la injusticia y el mal gusto del siglo presente, desde luego te señalo dos mil escudos de renta anual perpétua y vitalicia sobre todos mis bienes habidos y por haber. Vamos los dos desde aquí á casa de un Escribano para otorgar la escritura. Con efecto partimos inmediatamente. El Tesorero firmó la escritura de donacion, yo mi aceptacion, y despues el recibo de la renta de un año, que generosa y voluntariamente me anticipó.

Dí mil parabienes á Fabricio por el mal suceso de su *Conde de Saldaña*, que le habia producido un efecto tan feliz. Tienes razon, prosiguió él, en cumplimentarme por una cosa tan estraña. ¡ Mil veces dichoso yo por haber sido silvado con carrillos de trompetero! Si el público mas benévolo me hubiera honrado con sus aclamaciones, ¿ qué fruto secaría de ellas? Ninguno, ó á lo sumo algunos reales que de nada me servirían; pero los silvos en un instante me pusieron en parage de no necesitar de nadie mientras me dure la vida.

## CAPITULO XI.

*Consigue Santillana un empleo para Scipion, el qual se embarca para Nueva España.*

No miró mi secretario sin alguna envidia la inopinada fortuna del poeta Nuñez, de manera que por toda una semana no cesó de hablarme de ella. Admirado estoy ( me decia ) de los caprichos de la fortuna, la qual muchas veces parece que se complace en colmar de bienes á un detestable autor mientras abandona á los mejores en manos de la miseria: cuánto celebraria yo que un dia le viniese el entusiasmo de hacerme á mí rico de la noche á la mañana! Eso, le dixé yo, podrá quizá suceder mas presto de lo que piensas. Tú estás ahora en el templo de esa deidad, porque si no me engaño mucho, la casa de un primer Ministro se puede muy bien llamar el *templo de la Fortuna*, donde de repente se ven elevados y ricamente abastecidos los que logran su favor. Eso, señor, es mucha verdad; me respondió; pero el tal favor suele tardar, y es menester paciencia para esperarle. Vuélvote á decir, le repliqué, que te sosiegues; ¿ quién sabe si quizá á estas horas se te está preparando algún buen encargo? Con efecto pocos dias despues se me ofreció ocasion de

de emplearle en el servicio del Conde Duque, y no la dexé escapar.

Hallábame una mañana en conversacion con el mayordomo del Ministro, y era la materia sobre las rentas de S. E. El Conde Duque, mi señor, me dixo Don Ramon Cápori (este era el nombre del mayordomo) goza varias Encomiendas en todas las Ordenes Militares, que le redituan cada año quatro mil escudos, sin otra obligacion que la de llevar la Cruz ó la Venera de Alcántara. Fuera de eso los tres empleos de Gentil-hombre de Cámara, Caballerizo mayor, y Gran Canciller de Indias, le producen doscientos mil escudos anuales. Pero todo esto es nada en comparacion de los inmensos caudales que saca de las Indias. ¿Sabe V. S. cómo? ahora se lo explicaré. Quando los navios del Rey parten de Sevilla ó de Lisboa para Nueva España, hace embarcar en ellos vino, aceyte, y todo el trigo que le produce el Condado de Valdeories, sin que le cueste un maravedí la conduccion. En Indias se venden estos géneros á precio quatro veces mayor del que se despachan en España. Con el dinero que gana en esta venta compra especias, colores y otras drogas que en América se dán casi de valde y en España se compran á precio muy subido. Este es un tráfico que le vale muchos millones sin defraudar al Rey ni en un solo maravedí. Pero lo que admirará mucho á V. S. (pues ha de saber el lector que con el empleo de secretario me

me daban señoría) es que las personas empleadas en manejar este comercio vuelven todas á España cargadas de riquezas, porque el Conde no solo permite, sino que lleva muy á bien que atendiendo al negocio de S. E. hagan tambien ellas el suyo.

Hallábase presente á esta conversacion el hijo de la Cusculina, y oyendo hablar así á Don Ramon: á fé, señor Cápori, le dixo, que yo de buena gana seria uno de esos empleados, y mas que ha muchos años tengo grandes deseos de ver á México. Presto te los contentaría yo, respondió el mayordomo, si el señor de Santillana no se opusiera á ellos. Aunque soy un poco delicado en la eleccion de los sugetos que envio á Indias para hacer este tráfico (porque al fin yo soy el que los nombro) desde luego te asentaria á tí en mi registro, con tal que lo consintiese tu amo. No solamente lo consiento, dixe entonces á Don Ramon, sino que estimaria mucho me diese Vmd. esta nueva prueba de su propension á favorecerme. Scipion es un mozo á quien estimo y amo, y ademas de eso es muy capaz y tan exácto en todo lo que se pone á su cargo, que espero no dará el menor motivo de disgusto. En una palabra, respondo por él, como pudiera responder por mí mismo.

Siendo así, dixo Don Ramon, desde luego puede partir á Sevilla, donde están para hacerse á la vela dentro de un mes los navios que deben pasar á Indias. Llevará una carta mia para

cier-

cierto sugeto que le instruirá bien en todo lo que debe hacer para utilizar mucho sin el menor perjuicio de los intereses de S. E. que siempre deben ser muy sagrados para él.

Alegrísimo Scipion con el nuevo empleo dispuso su viage á Sevilla con mil escudos que le dió para que comprase en Andalucia vino y acente, y ponerle en parage de que pudiese traficar por su cuenta con aquellos géneros. Mas sin embargo de las esperanzas que llevaba de mejorar de fortuna, no pudo separarse de mí sin lagrimas, ni yo privarme de él con ojos enjutos.

## CAPITULO XII.

*Llega á Madrid Don Alfonso de Leiva; motivo de su viage; grave afliccion de Gil Blas, y no menor alegría que siguió á su afliccion.*

Apenas habia perdido á Scipion quando un page del Ministro entró en mi quarto y me entregó un billete que contenia estas precisas palabras. *Si el señor de Santillana quisiese tomarse el trabajo de pasar al mason de San Gabriel en la calle de Toledo, verá en él á uno de sus mejores amigos.*

¿Quién podrá ser este grande amigo? decia yo entre mí mismo, ¿y por qué razon me ocul-

tará su nombre? Verosimilmente que quiere sazonzarme el gusto de verle con el saynete de la sorpresa. Salí prontamente de casa, tomé el camino de la calle de Toledo; llegué al sitio señalado, y quedé no poco sorprendido quando me encontré con Don Alfonso de Leiva. ¿Qué es lo que veo! exclamé sin libertad. ¿V. S. en Madrid! Si amigo Gil Blas, me respondió teniéndome estrechamente abrazado. El mismo Don Alfonso en persona es el que estás viendo y palpando. ¿Pero qué negocio le ha traído á V. S. á la Corte? le pregunté. Voítelo á decir, me respondió, y al mismo tiempo te voy á dar un mal rato. Sábeta que me han quitado el Gobierno de Valencia, y que el primer Ministro me ha mandado comparecer en la Corte á dar razon de mi conducta. Quedéme como estápido y pasmado por espacio casi de un quarto de hora, tan enagenado en un profundo silencio que no tenia espíritu ni voz para articular una palabra, hasta que rompiendo como pude, le pregunté ¿y qué cargos le han hecho á V. S. ¿de qué le acusan? No lo sé, me respondió: hasta ahora de nada se me ha hecho cargo; solamente sospecho que la única causa de mi desgracia es una visita que hice tres semanas há al Cardenal Duque de Melar en su palacio de Denia, donde se halla desterrado.

Sin duda alguna repuse yo, todo el delito de V. S. ha sido esa menos considerada visita: no hay que buscar otra culpa; y V. S. me

cierto sugeto que le instruirá bien en todo lo que debe hacer para utilizar mucho sin el menor perjuicio de los intereses de S. E. que siempre deben ser muy sagrados para él.

Alegrísimo Scipion con el nuevo empleo dispuso su viage á Sevilla con mil escudos que le dió para que comprase en Andalucia vino y acente, y ponerle en parage de que pudiese traficar por su cuenta con aquellos géneros. Mas sin embargo de las esperanzas que llevaba de mejorar de fortuna, no pudo separarse de mí sin lagrimas, ni yo privarme de él con ojos enjutos.

## CAPITULO XII.

*Llega á Madrid Don Alfonso de Leiva; motivo de su viage; grave afliccion de Gil Blas, y no menor alegría que siguió á su afliccion.*

Apenas habia perdido á Scipion quando un page del Ministro entró en mi quarto y me entregó un billete que contenia estas precisas palabras. *Si el señor de Santillana quisiese tomarse el trabajo de pasar al mason de San Gabriel en la calle de Toledo, verá en él á uno de sus mejores amigos.*

¿Quién podrá ser este grande amigo? decia yo entre mí mismo, y por qué razon me ocul-

tará su nombre? Verosimilmente que quiere sazonzarme el gusto de verle con el saynete de la sorpresa. Salí prontamente de casa, tomé el camino de la calle de Toledo; llegué al sitio señalado, y quedé no poco sorprendido quando me encontré con Don Alfonso de Leiva. ¿Qué es lo que veo! exclamé sin libertad. ¿V. S. en Madrid! Si amigo Gil Blas, me respondió teniéndome estrechamente abrazado. El mismo Don Alfonso en persona es el que estás viendo y palpando. ¿Pero qué negocio le ha traído á V. S. á la Corte? le pregunté. Voítelo á decir, me respondió, y al mismo tiempo te voy á dar un mal rato. Sábeta que me han quitado el Gobierno de Valencia, y que el primer Ministro me ha mandado comparecer en la Corte á dar razon de mi conducta. Quedéme como estápido y pasmado por espacio casi de un quarto de hora, tan enagenado en un profundo silencio que no tenia espíritu ni voz para articular una palabra, hasta que rompiendo como pude, le pregunté; y qué cargos le han hecho á V. S. ¿de qué le acusan? No lo sé, me respondió: hasta ahora de nada se me ha hecho cargo; solamente sospecho que la única causa de mi desgracia es una visita que hice tres semanas há al Cardenal Duque de Melar en su palacio de Denia, donde se halla desterrado.

Sin duda alguna repuse yo, todo el delito de V. S. ha sido esa menos considerada visita: no hay que buscar otra culpa; y V. S. me

permita decirle que se olvidó de consultar á su grande y acostumbrada prudencia, quando no tuvo reparo en ir á visitar á un Ministro desgraciado. El yerro ya se cometió, repuso Don Alfonso, y á lo hecho pecho. El castigo le he recibido no solo con resignacion, pero sin la mas mínima alteracion de mi quietud ni de mi paz. Ya he tomado mi partido. Retiraréme con mi familia á mi quinta de Leiva, donde pasará con alegría y sosiego lo que me restará de vida. Lo único que ahora me aflige es la necesidad de presentarme á un Ministro orgulloso y dominante, que quizá me recibirá con poca gracia: cosa intolerable para quien nació con alguna honra. Ello me será preciso exponerme á este sonrojo, pero no quise sujetarme á él antes de consultarlo contigo. Señor, le respondí, soy de parecer que V. S. no se presente al Ministro hasta que me informe de los cargos que hubiere contra su persona. Sea lo que fuere, V. S. se servirá llevar á bien que yo dé en este negocio todos aquellos pasos que exígen de mí la gratitud, y el amor. Diciendo esto le dexé en su meson, asegurándole que dentro de poco tendria noticia de mi persona.

Como no me embarazaba ya en ningun negocio de Estado desde los dos manifestos ó escritos de que antes hemos hablado, me fui derecho á Sotero, para preguntarle si era verdad que á Don Alfonso de Leiva se le habia exonerado del Gobierno de Valencia. Respondióme que

que sí, pero que ignoraba absolutamente qual hubiese sido el motivo. Con esto resolví sin dudarlo, irme derechamente al mismo Ministro para saber de su propia boca qué causa pudo haber dado el hijo de Don Cesar para acarrearle aquel vergonzoso despojo.

Estaba yo tan penetrado de dolor por el tal suceso que ninguna necesidad tenia de afectar tristeza al ir á ver al Conde Duque con semblante de un hombre profundamente afligido. ¿Qué tienes Santillana? me preguntó luego que me vió. Estoy leyendo en tu semblante un fondo de tristeza, de amargura y de afliccion que verdaderamente me da lástima, pues veo lo poco que te falta para llorar. ¿Te ha ofendido alguno? Habla y verás que presto estarás vengado. Señor, le respondí, aun quando yo quisiera disimular mi dolor no podria, porque casi llega á términos de desesperacion. Acaban de asegurarme que ya no es Gobernador de Valencia Don Alfonso de Leiva. No me podian dar noticia mas sensible para mí. ¿Qué me dices, Gil Blas? repuso el Ministro, entre compadecido y admirado. ¿Pues qué tienes tú con Don Alfonso, ni con su Gobierno? Entonces le hice una puntual y menuda relacion de todas las obligaciones que debia á los señores de Leiva, y despues le conté cómo y cuándo habia yo obtenido del Duque de Melar el Gobierno de que se le privaba.

Escuchó S. E. hasta el fin toda la relacion con

con una paciencia y con una benignidad, que verdaderamente me admiró, y despues me dixo con humanidad indecible: enjuga, amigo, tus lágrimas: fuera de que yo ignoraba absolutamente las estrañas cosas que me acabas de contar, no negaré que miraba á Don Alfonso como hechura del Cardenal Conde Duque. En esta suposicion ponte tú en mi lugar, ¿y dime si la visita que hizo á su Eminencia no te le haria sospechoso? Quiero no obstante creer que habiendo sido provisto en su empleo por aquel Ministro, la visita que le hizo no fue mas que un mero acto de respeto y de reconocimiento. Siento en el alma haber despojado de su empleo á un hombre que te le debia á tí; pero si des-hice lo que habias hecho tú, quiero repararlo haciendo por tí mucho mas de lo que hizo el Duque de Melar. Tu amigo Don Alfonso no era mas que Gobernador de Valencia, yo quiero que el Rey le haga Virey de Aragon. Te doy licencia para que le anticipes esta noticia, y luego que la reciba, haz que venga á prestar el juramento acostumbrado.

Al oir estas palabras pasé súbitamente de un extremo dolor á una inmoderada alegría, la que de tal suerte me trabucó el juicio que se conoció muy bien su turbacion en el cumplido de gracias que hice al Ministro. No le desagradó el desorden de mi desconcertado discurso, y sabiendo que Don Alfonso se hallaba en Madrid, me dixo que podia presentarle á S. E. en aquel

mismo dia. Partí volando al meson de San Gabriel donde se quedó pasmado el hijo de Don Cesar quando le anuncié su nuevo empleo. No acababa de creer lo que yo le decia, porque no podia persuadirse que mi privanza con el primer Ministro llegase á tanto que fuese capaz de conferir Vireynatos por mi consideracion. Condúxele á casa del Conde Duque, quien le recibió con el mayor agrado y distincion. Dixo-le desde luego que el Rey estaba tan satisfecho de su conducta en el Gobierno de Valencia, que reconociéndole con talentos para empleos mas altos, se habia dignado nombrarle Virey y Capitan General del Reyno de Aragon: dignidad (añadió) que tampoco es superior al nacimiento de V. E., y por consiguiente creo que la Nobleza Aragonesa nada tendrá que censurar en esta eleccion.

No me tomó en boca el primer Ministro; y como el público ignoró la parte que yo habia tenido en aquel negocio, esta prudente precaucion libró á Don Alfonso y al Conde Duque de las donosuras que se dirian en el mundo sobre un Virey hechura de mis manos.

Luego que el hijo de Don Cesar no pudo dudar de su promocion, despachó un propio á Valencia dando noticia de todo á su padre y á su muger, suplicándoles que viniesen á Madrid lo mas presto que les fuese posible. Hiciéronlo así, y su primera diligencia fue visitarme, y sufocarme á expresiones de su vivo agradecimiento.

to. Qué espectáculo tan tierno y glorioso fue para mí ver á las tres personas que mas amaba en este mundo arrojarse á mis brazos para estrecharme á competencia entre los suyos y protestarse mas sensibles á mi zelo y á mi amor, que al esplendor que el Vireynato iba á añadir á su ilustre casa, sin acertar á desprenderse de mí ni encontrar voces que los contentase para explicarme su agradecimiento! Fuera de eso me trataban ni mas ni menos como si fuese un igual suyo, enteramente olvidados de que habian sido mis amos. Todo les parecia poco para darme pruebas de su amor. En fin, por no detenerme en circunstancias inútiles, Don Alfonso recibió los Reales Despachos, y despues de haber besado la mano al Rey, dado gracias al Ministro, y jurado su nuevo empleo, partió de Madrid con toda su familia á establecerse en Zaragoza. Hizo su entrada pública con toda magnificencia, y los Aragoneses acreditaron con sus aclamaciones que yo les habia dado un Virey acreedor á la general aceptación, y muy digno de los mayores aplausos.

## CAPITULO XIII

*Encuentra Gil Blas en Palacio á Don Gaston de Cogollos y á Don Andres de Tordesillas; retíranse todos tres á discurrir con libertad; fin de la historia de Don Gaston y Doña Elena de Galisteo; servicio que hace Santillana á Don Andres.*

Rebosaba yo de alegría habiendo tenido la fortuna de transformar en Virey á un Gobernador apeado. Los mismos señores de Leiva no estaban tan alegres como yo. Presto se me ofreció otra ocasión de empeñar mi crédito por otro amigo: sucedo que me considero obligado á referir, para hacer ver á mis lectores que ya no era yo aquel Gil Blas que en el Ministerio precedente vendia las gracias de la Corte.

Hallándome un día en la antecámara del Rey hablando con algunos señores, que no se desdeñaban de admitirme á su conversacion sabiendo lo mucho que me distinguia el primer Ministro, descubrí entre la multitud de cortesanos á Don Gaston de Cogollos, aquel prisionero de Estado que habia conocido y dexado en el Alcázar de Segovia. Estaba con el Alcayde del

del mismo Alcázar Don Andres de Tordesillas. Separéme luego de las gentes con quien me hallaba, para ir á dar un abrazo á mis dos buenos y antiguos amigos. Ellos se admiraron mucho de verme allí, y yo no me admiré menos de verlos á ellos. Despues de recíprocas embestidas en demostracion de nuestra mutua alegría, me dixo Don Gaston: señor Santillana, tenemos mil cosas reservadas que contarnos unos á otros; este no es sitio oportuno, yo guiaré á otro donde el señor Tordesillas y yo tendremos el gusto de hablar largamente con Vmd. Vine en ello, hicímonos lugar por entre el gran gentío que ocupaba las salas de Palacio, y salimos á tomar el coche de Don Gaston, que estaba esperando en la calle, metímonos en él los tres y fuimos á apearnos en la Plaza mayor, donde tenia Don Gaston su posada.

Señor Gil Blas, me dixo Don Andres luego que entramos en una sala alhajada con magnificencia, pareceme que quando Vmd. salió de Segovia habia concebido tanto horror á la Corte que iba con resolución de alejarse de ella para siempre. Así es, le respondí, ese era mi ánimo, y con efecto mientras vivió el difunto Rey, así lo cumplí exáctamente; mas luego que supe que ocupaba el Trono el Príncipe su hijo me picó la curiosidad de probar si éste me conoceria ó se acordaba de mí. Reconocióme, y tuve la dicha de que me recibió benignamente, tanto que él mismo me recomendó al

pri-

primer Ministro. Este me cobró tanto amor que estoy mucho mejor puesto con él de lo que jamas estuve con el Duque de Melar. Esto es en suma, señor Don Andres, todo lo que tengo que decir á Vmd. Ahora sírvase Vmd. decirme si se mantiene todavía en su empleo de Alcayde del Alcázar de Segovia. No señor, me respondió; el Conde Duque puso á otro en mi lugar, pareciéndole que habiendo sido yo hechura de su antecesor seria tambien su parcial. Por todo lo contrario, dixo entonces Don Gaston, obtuve yo mi libertad. Apenas supo el nuevo Ministro que estaba preso por orden del Duque de Melar mandó que se me dexase ir á mi casa. Con que, señor Gil Blas, yo solo tengo que contaros lo que me sucedió desde que salí del Alcázar.

Lo primero que hice despues de haber dado mil gracias á Don Andres por las finas atenciones que le habia debido durante mi encierro fue partir á Madrid. Presentéme inmediatamente al Conde Valdeories, el qual me dixo así que me vió: no tema Vmd. que su prision haya perjudicado en la mas mínima cosa á su honor. Se ha justificado plenamente su conducta y su inocencia. Ni aun el mismo Marques de Villareal fue delinqüente, quanto menos Vmd., de quien solo sospechaba que hubiese sido cómplice en su imaginado delito. Aunque era Portugues y pariente del Duque de Braganza, se averiguó ser menos parcial del Duque que del Rey nues-

TOMO IV.

GG

tro

tro Señor. Así que fue ligereza suponeros reo, únicamente por vuestra conexión con el mencionado Duque. Por tanto para reparar la injusticia que se hizo á Vmd. acusándole de traición, el Rey me manda darle la patente de primer Teniente de sus Reales Guardias. Acepté el empleo suplicando á S. E. me permitiese antes de tomar posesion pasar á Coria para hacer una visita á mi tia Doña Leonor de Laxarilla. Concediome el Ministro un mes de licencia para el viage, y le emprendí prontamente acompañado de un solo lacayo.

Habiamos pasado ya de Colmenar quando vímos en una encrucijada á un caballero que valerosamente se estaba defendiendo contra tres hombres que le habian embestido. No dudé un punto en volar á socorrerle: metí espuelas al caballo, llegué al sitio del combate, desenvayné la espada y púseme á su lado. Ví que nuestros enemigos eran tres enmascarados, y conocí desde luego que reñiamos los dos con tres espadachines tan diestros como vigorosos. Sin embargo á pesar de su vigor y de su destreza se declaró la victoria por nosotros. Con una estocada pasé de parte á parte á uno de los tres, cayó muerto del caballo, y los otros dos se pusieron en salvo huyendo á rienda suelta. Verdad es que la victoria no fue menos funesta para nosotros, porque despues de la accion, tanto mi compañero como yo nos reconocimos peligrosamente heridos. Pero figúrense Vmds. cuál seria mi admi-

miracion quando advertí que el caballero á quien valí era Convados el marido de Doña Elena. No quedó él menos admirado al reconocer que era yo quien le habia salvado la vida. ¡Ah Don Gaston! exclamó. ¡Es posible que seas tú á quien me confieso deudor de la victoria! Quando abrazaste mi partido con tanta generosidad, sin duda ignorabas que defendias á un hombre que te habia soplado la dama con una estratagemá poco digna de un Caballero. Es cierto que lo ignoraba, le respondí; pero aun quando hubiera sabido de antemano que eras tú, ¿te parece que podia dudar ni un solo instante en hacer lo que debia executar en semejante lance un hombre como yo? No por cierto, respondió: tengo hecho de tí mejor y mas disño concepto. Si muero de mis heridas, deseo muy de corazon que las tuyas te den lugar á aprovecharte de mi muerte. Convados, le dixé entonces, aunque no he olvidado ni olvidaré jamas á Doña Elena, no por eso cabe en mí el deseo baxo y vil de poseerla á costa de tu vida; antes bien estoy gozosísimo de haber contribuido á salvarte de aquellos tres asesinos, por estar bien seguro de haber hecho en esto una accion que será muy grata á tu dignísima esposa.

Mientras los dos nos estábamos desahogando en estos términos, le vino gana á mi lacayo de apearse, y movido de la curiosidad se acercó al cadaver que estaba tendido en el suelo, quitóle la mascarilla, y descubrió unas fac-

ciones, que luego conoció Convados. ¡Oh! exclamó fuera de sí: este es Caprara, aquel pérfido primo mio, que despechado por haber perdido una rica sucesion que injustamente me disputaba, tiempo há estaba resuelto á asesinarme, y sin duda habia esperado á esta ocasion para ejecutarlo; pero el Cielo permitió que fuese él mismo la víctima de su atentado.

Pero entre tanto la sangre de nuestras heridas iba corriendo, y nosotros por instantes nos íbamos debilitando mas y mas. Resolvimos, pues, alcanzar lo mejor que pudiésemos al Lugar de Villarejo, que distaba como dos tiros de fusil del campo de batalla. Metimonos en el primer meson que encontramos. Llamáronse cirujanos, vino uno que decian ser muy hábil. Visitó nuestras heridas: halló que eran peligrosas, aplicó la primer cura, y á la mañana siguiente despues de haberlas registrado, declaró que las de Don Blas eran mortales, pero de las mias habló con ménos desconsuelo. Verificóse á la letra en ambas partes su no disimulado pronóstico.

Oyendo Convados aquella sentencia de muerte solo pensó en disponerse christianamente para ella. Lo primero que hizo fue despachar un expreso á su muger, informándola de todo lo sucedido y del estado en que él se hallaba. Tardó poco Doña Elena en volar á Villarejo. Llegó altamente conmovido su espíritu por dos causas diferentes; por el peligro que corria la vida de su marido, y por el temor de que mi

vis-

vista volviese á encender en su pecho un fuego mal apagado; dos afectos de principios encontrados que la tenian en terrible agitacion. Señora, la dixo Don Blas así que llegó á su vista, venís aun á tiempo de que podáis recibir mis últimos suspiros, y lograr yo el tristísimo consuelo de despedirme de vos. Estoy ya para morir, y acepto mi muerte como merecido castigo de la indecente traza con que os robé á Don Gaston. Lejos de quejarme, yo mismo os exhorto por el paso en que me hallo á restituirle un corazon que tan injustamente le usurpé. Doña Elena solamente le respondió con un torrente de lágrimas, y á la verdad esta era la mas discreta respuesta que le podia dar, porque no estaba tan desprendida de mí que se hubiese olvidado del ruin artificio de que se valió Don Blas para determinarla á serme infiel.

Sucedió lo que el cirujano habia pronosticado: murió Convados en menos de tres dias por la malignidad de sus heridas, al mismo tiempo que las mias prometian pronto y perfecto recobro. La joven viuda ocupada únicamente en el cuidado de que fuese transportado á Coria el cuerpo de su esposo para hacer los funerales que correspondian á sus cenizas, tomó la vuelta de aquella ciudad despues de haberse informado como por mera atencion y urbanidad del estado en que yo me hallaba. Seguila luego que pude, y llegué á Coria, donde en breves dias me restablecí perfectamente. En-

ton-

tonces mi tia Doña Leonor y Don Jorge Galisteo trataron de casarnos á la viuda y á mí antes que la fortuna nos jugase otra pieza como la pasada. Efectuóse el matrimonio privadamente en atencion á la reciente muerte de Don Blas; y á pocos dias despues volví á Madrid en compañía de mi amada Doña Elena. Como se había pasado el tiempo de mi licencia temí que el Ministro hubiese dado á otro la Tenencia de Guardias que se me había prometido, pero oyó benignamente la verdadera y legítima causa que me había obligado á detenerme.

Hállome, pues, primer Teniente de Guardias Españolas, y estoy bien hallado con mi empleo. He ligado comercio y estrechez con varios amigos, y estoy muy contento con ellos. Yo me alegrára poder decir otro tanto, interrumpió aquí Don Andres, pues estoy muy lejos de vivir contento con mi suerte: perdí el empleo que tenia, el qual me daba de comer, y me veo sin amigos que me puedan ayudar á obtener algun otro sólido y decente. Perdone Vmd. señor Don Andres, dixé yo entonces sonriéndome y atajándole el discurso; ya dixé á Vmd. que en mí tenia uno que le podrá servir de algo. Vuelvo, pues, á decir que el Conde Duque me ama y me estima quizá mas de lo que me estimaba y amaba el Duque de Melar, y habiéndome Vmd. oido esto ¿todavía tiene valor para decirme en mis barbas que no

conoce amigo alguno suyo que le pueda ayudar á conseguir un empleo honrado y sólido? Pues digo, ¿no tiene Vmd. experiencia de que aun sin las nuevas circunstancias en que me hallo, tuve el gusto en cierta ocasion de hacerle un servicio semejante? ¿Se ha olvidado por ventura de que por recomendacion mia el Arzobispo de Granada pidió y obtuvo para Vmd. un empleo en México que habria hecho su fortuna, si el amor no la hubiera desbaratado deteniéndole á Vmd. en Alicante? Sepa, pues, que hoy me veo en parage de poder servirle mas, logrando como logro el favor del primer Ministro. = Perdon, señor de Santillana: tiene Vmd. razon, y así me abandono enteramente en sus manos; pero (añadió sonriéndose tambien) suplico á Vmd. me haga el favor de no enviarme á la Nueva España, porque no iria allá aunque me hicieran Presidente de la Audiencia de México.

Estábamos en esta conversacion quando nos la cortó Doña Elena que entró á la sazón en la sala. Su persona, llena de mil gracias, correspondió perfectamente á la grande idea que me había formado de ella. Señora, la dixo Cogollos, este caballero es el señor Santillana, de quien os he hablado tantas veces, cuya amable compañía me hacia olvidar por largos ratos las incomodidades y amarguras de mi prision. Así es, señora, añadí yo inmediatamente; es cierto que mi conversacion le agradaba

y

y le divertia, mas era porque casi siempre era Vmd. el asunto de ella. Respondió modestamente la hija de Don Jorge á este cortesano cumplimiento; y á breve rato me despedí de ámbos esposos protestando lo mucho que celebraba que el himeneo hubiese sucedido á sus largos y fidelísimos amores. Volvíme despues á Tordesillas, é informado de su habitacion, le dixé: Don Andres, de Vmd. no me despi-do, puesto que espero darle antes de ocho dias alguna prueba de que el poder no ha andado desunido de la buena volutad.

No me dexó embustero el suceso, pues nada menos que al dia siguiente me puso el Duque en la mano la ocasion de servir á mi amigo. Santillana (me dixo S. E.) está vacante la Alcaydía del Alcazar de la Cárcel Real de Valladolid; vale mas de cien doblones cada año, y me ha parecido que te acomodaria. Señor, le respondí prontamente, rindo mil gracias á V. E. por la memoria que se ha dignado hacer de mí; pero protesto que aunque valiera diez mil ducados sin la menor duda desde luego la renunciaria, como qualquiera otro puesto que me separase del lado de V. E. Pero este, me replicó, no te separaria de mí, porque le podrias servir sin salir de Madrid, bastando hacer de quando en quando un viage á Valladolid, para visiter las Cárces; esto no es incompatible. Diga V. E. lo que fuere servido, repuse yo, nunca aceptaré ese empleo, si-

sino con la condicion de que se me permita renunciarle en favor de un dignísimo hidalgo llamado Don Andres de Tordesillas, Alcayde que fue del Alcazar de Segovia. Estimaria mucho mas poderle hacer este servicio en reconocimiento de lo bien que se portó conmigo durante el tiempo de mi prision.

Sonrióse el Ministro quando me oyó hablar así; ya te entiendo, (me dixo) quieres hacer un Alcayde ni mas ni menos como hiciste un Vi-rey. Cúmplase tu gusto, y desde luego te confiero la vacante para que la cedas en tu amigo Tordesillas; pero dime con sinceridad, ¿quanto te valdrá este aparente rasgo de generosidad? porque no te tengo por tan simple que quieras empeñar tu crédito de valde. Señor, le respondí, ¿no estoy obligado á pagar lo que debo? Don Andres me hizo mil favores sin el menor interes quando me tenia á su cargo; ¿no será obligacion mia servirle tambien con igual desinteres? Muy generoso os habeis hecho, señor de Santillana, me replicó el Conde Duque, no me parece que lo erais tanto en el Ministerio antecedente. Señor Excelentísimo, repuse al punto, el mal exemplo es muy poderoso, y él estragó mis buenas costumbres: como en el anterior Ministerio todo se vendia, me conformé con el uso; y como en el presente todo se dá, volví á recobrar mi natural inclinacion.

Logré, pues, que se proveyese en Don Andres la Alcaydía de las Cárces de Valladolid.

y le hice partir luego á dicha ciudad tan contento con su nuevo empleo, como lo quedé yo por haber desempeñado en quanto pude las obligaciones que le debia.

## CAPITULO XVI

*Va Santillana á casa del Poeta Nuñez; que casta de páxaros encontró en ella, y la conversacion que tuvo con todos.*

Un dia despues de comer me vino gana de hacer una visita al Poeta Asturiano, picándome la curiosidad el ver su quarto, y de qué modo estaba alojado. Fuime derecho á casa del señor Don Beltran Gomez del Rivero, y pregunté por Nuñez. Ya no vive aquí, me respondió un lacayo que estaba á la puerta; vive en aquella casa, añadió mostrándome con la mano una que estaba enfrente, y ocupa el quarto que cae á las espaldas de ella. Fuíme allá, atravesé un pequeño patio, y entré en una sala enteramente deshalajada, donde le hallé sentado á la mesa con cinco ó seis amigos suyos, á quienes habia convidado á hacer penitencia aquel dia.

Hallábanse hácia el fin de la comida, y por consiguiente acalorados ya en una disputa; mas luego que me vieron sucedió un profundo silen-

lencio al rumor y confusion de la contienda. Levantóse apresuradamente Nuñez para recibirme, diciendo á sus camaradas: señores, este caballero es el señor de Santillana que viene á honrarme; suplico á Vmds. le rindan todas las respetuosas atenciones que son debidas al valido de un primer Ministro. Al oír esto todos los convidados se levantaron para saludarme; y en atencion al título que Fabricio me habia dado, todos á porfia se excedieron conmigo en mil serias demostraciones de veneracion.

Conociendo que mi presencia les daba alguna sujecion, estorbándoles hablar con libertad: Señores, les dixé, paréceme que he interrumpido la conversacion en que Vmds. se hallaban; suplícoles encarecidamente se sirvan continuarla, porque de otra manera me obligarán á levantarme, y á privarme de tan buena compañía. Estos señores, dixo entonces Fabricio, estaban hablando de la *Ifigenia* de Eurípides. El Bachiller Melchor de Villegas, sábio de primera clase, y hombre de gran mérito, preguntaba al señor Don Jacinto de Romarate, ¿qué cosa era la que mas le interesaba en aquella tragedia? Es así, dixo Don Jacinto, y yo le respondí que el peligro en qué se veía *Ifigenia*. Pero yo le repliqué (saltó luego el Bachiller) lo que estoy pronto á demostrar, que no es ese peligro lo mas interesante de la tragedia. ¿Pues qué cosa es la que os dá mas golpe en ella? preguntó, no sin algun enfado el Licenciado Don Gabriel de Leon.

y le hice partir luego á dicha ciudad tan contento con su nuevo empleo, como lo quedé yo por haber desempeñado en quanto pude las obligaciones que le debia.

## CAPITULO XVI

*Va Santillana á casa del Poeta Nuñez; que casta de páxaros encontró en ella, y la conversacion que tuvo con todos.*

Un dia despues de comer me vino gana de hacer una visita al Poeta Asturiano, picándome la curiosidad el ver su quarto, y de qué modo estaba alojado. Fuime derecho á casa del señor Don Beltran Gomez del Rivero, y pregunté por Nuñez. Ya no vive aquí, me respondió un lacayo que estaba á la puerta; vive en aquella casa, añadió mostrándome con la mano una que estaba enfrente, y ocupa el quarto que cae á las espaldas de ella. Fuíme allá, atravesé un pequeño patio, y entré en una sala enteramente deshalajada, donde le hallé sentado á la mesa con cinco ó seis amigos suyos, á quienes habia convidado á hacer penitencia aquel dia.

Hallábanse hácia el fin de la comida, y por consiguiente acalorados ya en una disputa; mas luego que me vieron sucedió un profundo silen-

lencio al rumor y confusion de la contienda. Levantóse apresuradamente Nuñez para recibirme, diciendo á sus camaradas: señores, este caballero es el señor de Santillana que viene á honrarme; suplico á Vmds. le rindan todas las respetuosas atenciones que son debidas al valido de un primer Ministro. Al oír esto todos los convidados se levantaron para saludarme; y en atencion al título que Fabricio me habia dado, todos á porfia se excedieron conmigo en mil serias demostraciones de veneracion.

Conociendo que mi presencia les daba alguna sujecion, estorbándoles hablar con libertad: Señores, les dixé, paréceme que he interrumpido la conversacion en que Vmds. se hallaban; suplícoles encarecidamente se sirvan continuarla, porque de otra manera me obligarán á levantarme, y á privarme de tan buena compañía. Estos señores, dixo entonces Fabricio, estaban hablando de la *Ifigenia* de Eurípides. El Bachiller Melchor de Villegas, sábio de primera clase, y hombre de gran mérito, preguntaba al señor Don Jacinto de Romarate, ¿qué cosa era la que mas le interesaba en aquella tragedia? Es así, dixo Don Jacinto, y yo le respondí que el peligro en que se veía *Ifigenia*. Pero yo le repliqué (saltó luego el Bachiller) lo que estoy pronto á demostrar, que no es ese peligro lo mas interesante de la tragedia. ¿Pues qué cosa es la que os dá mas golpe en ella? preguntó, no sin algun enfado el Licenciado Don Gabriel de Leon.

Leon. *El viento*, respondió prontamente el Bachiller.

Todos los circunstantes pensamos reventar de risa al oír una respuesta tan no esperada. Con efecto, no creí que el Bachiller hablase de serio, sino que lo habia dicho precisamente para alegrar la conversacion. Pero yo no conocía aquel sabio: era un hombre que no entendia de burlas, y así dixo con grande seriedad: rian Vnds. quanto les diere la gana, yo siempre sostendré que lo que debe dar mas golpe al espectador, lo que debe interesarle y suspenderle mas en aquella tragedia, es únicamente el viento. Sí, vuelvo á decir el viento, y no otra cosa, es lo que mas interesa en la *Ifigenia*. Y si no figúrense Vnds. un numeroso ejército unido precisamente para ir á sitiar á Troya. Consideren la impaciencia de Capitanes y soldados por emprender y concluir aquel sitio, y restituirse quanto antes á su patria, donde habian dexado todo lo que amaban mas en este mundo, sus Dioses Lares, sus mugeres y sus hijos. Levántase de repente un maldito viento que los detiene en Aulida, como si estuvieran enclavados en aquel puerto, tanto que mientras no se mude no les es posible ir á sitiar la ciudad de Priamo. Y así, este maldito é importantísimo viento es ciertamente lo que mas interesa en la tragedia. Yo he tomado partido por los pobres Griegos; solo deseo que pueda partir la flota, el peligro de *Ifigenia* no me im-

porta un comino, y mas quando supongo que su muerte es el único medio para aplacar á los Dioses, y moverlos á que envíen un viento favorable á mis afligidos Griegos.

Al acabar este discurso volvieron con mas ímpetu las carcajadas. Afectó Nuñez apoyar socarronamente aquella ridícula opinion, solo por dar mas materia de bufonadas á los zumbones, los quales se divirtieron diciendo mil graciosísimas chufletas sobre los vientos. Pero el Bachiller mirándolos á todos con un sobrecejo severo y desdeñoso, los trató de ignorantes y gente vulgar. Yo estaba temiendo á cada momento que se agarrasen, y se diesen de mouxicones, que es el paradero ordinario de semejantes disputas en gentes de cierta especie; pero fue vano mi temor, porque todo se reduxo á llenarse reciprocamente de injurias y vaciedades, despues de haber comido, y bebido á discrecion.

Quando se hubieron retirado los convidados pregunté á Fabricio ¿por qué no estaba en casa del tesorero? ¿si era acaso por haber sucedido alguna desavenencia entre los dos? ¿Qué llamas desavenencia? me respondió. Nunca ha estado en mayor auge mi estimacion con Don Beltran. Supliquéle me permitiese vivir en casa separada, y alquilé en ésta el quarto que ves para gozar mayor libertad. Aquí recibo á mis amigos que me vienen á ver con frecuencia, y lo paso alegremente con ellos, porque ya

sabes que mi genio no es muy inclinado á dexar grandes riquezas á mis herederos. Mi mayor gusto es hallarme al presente en estado de tener todos los días á mi mesa buena compañía sin peligro de arruinarme. Me alegro infinitamente, querido Nuñez, le repliqué yo, de que puedas lograr esta satisfaccion sin riesgo de incomodarte, y no puedo menos de repetirte mil parabienes por el afortunado suceso de tu última comedia. Las ochocientas piezas del Gran Lope de Vega no le valieron la quarta parte de lo que te ha valido á tí el Conde de Saldaña.

FIN DEL LIBRO UNDECIMO.

# AVENTURAS

DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO DUODECIMO.

CAPITULO PRIMERO.

*Emplea el Ministro á Gil Blas en Toledo ; motivo y éxito de su viage.*

Ya habia mas de un mes que todos los días me repetia el Conde Duque esta cantinela : amigo Gil Blas, se vá llegando el tiempo en que quiero poner en acción tu talento, y tu destreza ; pero este tiempo nunca acababa de llegar. Llegó en fin quando ya estaba cansado de esperarle, y me dixo S. E. : he oido que en la compañía de comediantes que representa en Toledo, hay una comedianta de singulares talentos, y primorosa habilidad ; se dice que bayla y canta divinamente, tanto que eleva á quantos la oyen, y que es linda ademas de eso. Una muger de tantas prendas es digna de que se dexen ver en la Corte. El Rey gusta de comedias, música, y bayles, y tampoco le desagradan la hermosura. No me parece razon que S. M. carezca del

sabes que mi genio no es muy inclinado á dexar grandes riquezas á mis herederos. Mi mayor gusto es hallarme al presente en estado de tener todos los días á mi mesa buena compañía sin peligro de arruinarme. Me alegro infinitamente, querido Nuñez, le repliqué yo, de que puedas lograr esta satisfaccion sin riesgo de incomodarte, y no puedo menos de repetirte mil parabienes por el afortunado suceso de tu última comedia. Las ochocientas piezas del Gran Lope de Vega no le valieron la quarta parte de lo que te ha valido á tí el Conde de Saldaña.

FIN DEL LIBRO UNDECIMO.

# AVENTURAS

DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO DUODECIMO.

CAPITULO PRIMERO.

*Emplea el Ministro á Gil Blas en Toledo ; motivo y éxito de su viage.*

Ya habia mas de un mes que todos los días me repetia el Conde Duque esta cantinela : amigo Gil Blas, se vá llegando el tiempo en que quiero poner en acción tu talento, y tu destreza ; pero este tiempo nunca acababa de llegar. Llegó en fin quando ya estaba cansado de esperarle, y me dixo S. E. : he oido que en la compañía de comediantes que representa en Toledo, hay una comedianta de singulares talentos, y primorosa habilidad ; se dice que bayla y canta divinamente, tanto que eleva á quantos la oyen, y que es linda ademas de eso. Una muger de tantas prendas es digna de que se dexen ver en la Corte. El Rey gusta de comedias, música, y bayles, y tampoco le desagradan la hermosura. No me parece razon que S. M. carezca del

del placer de ver y oír á una muger tan rara. Por esto he resuelto que pases á Toledo, veas á esa actriz, procura tratarla, y tantees por tí mismo si es tanto como se pondera; yo me atenderé desde luego á la impresión que hiciere en tí, y enteramente me fiaré en tu discernimiento.

Respondí á S. E. que esperaba dar buena cuenta de aquella comision, y desde luego me dispuse á partir acompañado de un lacayo, á quien hice dexar la librea del Ministro para desempeñar mi encargo con mayor secreto sin despertar los acechos de la curiosidad; precaucion que aplaudió y gustó mucho al Conde Duque mi señor. Tomé, pues, el camino de Toledo, donde me apeé en un meson inmediato al Alcazar. Aun no bien me había apeado quando el mesonero, teniéndome sin duda por algun hidalgo ó caballero de los contornos, me dijo: naturalmente vendrá V. S. á ver la augusta ceremonia del auto de Fé que se celebra mañana en Toledo. Yo que nada sabia de tal auto, le respondí inmediatamente que sí, para ocultar mejor mi juego, y cortarle la gana de questionarme mas sobre el fin que me había llevado á aquella ciudad. Verá V. S. (prosiguió él) una de las mas bellas procesiones que jamas se han visto.

Con efecto, el día siguiente antes de salir el sol comenzaron á tañerse todas las campanas de la ciudad, señal de que se daba principio al auto. Dexé luego la cama, fúme derecho á una

una de las calles por donde había de pasar la procesion, y subí á un tablado de los que de trecho en trecho se habían levantado para los que por su dinero quisieran ver con alguna mayor comodidad. Abrian la procesion los Reverendos Padres Dominicos, precedidos del estandarte de la Fe, ó pendon del Santo Tribunal. Tras de dichos Religiosos venian los reos con sus capotillos ó especie de escapularios de tela amarilla formada en ellos por la parte anterior y posterior la Cruz de S. Andres de tela roja, y todos con sus corozas en la cabeza con llamas pintadas los que han de ser condenados á la hoguera, y sin ellas á los que no son reos de pena capital.

Miraba yo á todos aquellos infelices con la compasion que no se puede negar á la humanidad, quando creí descubrir entre los encorizados sin llamas al Reverendo Padre Hilario y á su compañero Fr. Ambrosio. Pasaron tan cerca de mí, que no pude ya dudar de ello. ¡Qué es lo que estoy viendo! exclamé dentro de mí mismo, temblando de pies á cabeza. El Cielo se cansó de sufrir á estos malvados, y para salvar sus almas los entregó en manos de la Justicia, disponiendo que cayesen en las del recto y santo Tribunal de la Inquisicion. Hablando conmigo de esta suerte me sentí cubierto de un sudor frio, y tan sobresaltado, que faltó poco para desvanecerme y caer en tierra fuera de mí. Acordéme de que había sido cómplice de aquellos

bribones en la escandalosa, ímpia y loca aventura de Xelva: viniéronseme en aquel punto á la memoria todas las maldades que habia cometido en su compañía, y conocí el gran beneficio que me habia hecho Dios librándome del capotillo y de la corozca.

Luego que pasó la procesion, y el auto se concluyó me restituí al meson lleno de mil especies melancólicas que me agitaban y turbaban la fantasía; pero al cabo disipadas éstas insensiblemente volví todo mi pensamiento á desempeñar con acierto la comision que me habia encargado el primer Ministro. Esperé con impaciencia la hora de la comedia, pareciéndome que éste era el primer paso que debia dar. Llegada que me fué me dirigí al teatro, donde casualmente me senté junto á un Caballero del hábito de Alcántara con quien entablé luego conversacion, y le dixé, ¿si daba licencia á un forastero para hacerle una pregunta? Caballero, me respondió cortesanamente, Vmd. es dueño de preguntarme lo que quisiere, y tendré á mucha fortuna el poderle servir en algo. He oido alabar mucho (proseguí yo) á estos comediantes de Toledo, y desearia saber qué hay en esto: diréle á Vmd. (me respondió el de Alcántara) la compañía no es mala, y á la verdad hay en ella dos papeles excelentes. Entre otros oirá Vmd. á la bella Lucrecia, niña de catorce años, que verdaderamente le aturdirá. No será menester que yo se la muestre á Vmd. quando se

de-

dexe ver en el teatro. Ella sola por sí misma se dará á conocer. Volvíle á preguntar si representaria aquella noche. Sí, señor, me respondió, y la ha tocado un papel de mucho trabajo en la pieza que vamos á oír.

Dióse principio á la comedia. Saliéron dos comediantas adornadas con todo quanto las habia sugerido el capricho de las modas, y el hipo tan natural al sexô de llevarse todas las atenciones; pero ni sus diamantes, ni sus ricas galas, ni sus afectados movimientos me hicieron creer que fuese alguna de las dos la que yo esperaba. En fin dexóse ver Lucrecia en el fondo del teatro, y al punto fue anunciada su presencia con un ruidoso y general rumor de festivas, y no pasageras palmadas. ¡Oh! dixé entre mí: ¡qué garbo! ¡qué ayre tan noble! ¡qué bellos ojos! ¡qué graciosa! ¡qué admirable criatura! Con efecto ella sola me llenó, ó por mejor decir me arrebató toda el alma. Comenzó á recitar; ¡pero con qué naturalidad! ¡con qué fuego! ¡con qué modestísimo despejo! ¡con qué alma! ¡con qué comprehension de todo lo que decia muy superior á sus pocos años! de manera que sin violencia, antes bien con toda la razon y justicia del mundo, junté mis aplausos á los universales del auditorio, y los continué todo el tiempo que duró su representacion. Y bien, me dixo entonces el Caballero: ya vé Vmd. la justicia que hace el público á Lucrecia. No me admiro, le res-

pon-

pondí: pues menos se admiraría Vmd., me replicó, si la oyera cantar: es verdaderamente una sirena: pobres de aquellos que la oyen, si no se precaven como en otro tiempo hizo Ulises. No es menos temible quando bayla, sus pasos son tan peligrosos como su voz, y no hay ojos ni corazones que resistan. Segun eso, exclamé yo entonces, será preciso confesar que esta niña es un portento. Se puede decir que en cierto modo es excusable el mortal que se quiere arruinar por ella. Ningun amante tiene, me replicó aquel señor, á lo menos que se sepa. Lo cierto es que la maledicencia no la ha descubierto hasta ahora el mas mínimo amoroso devanéó, aunque pudiera muy bien haber caído en él incautamente, por estar bajo el dominio de una tia suya, llamada Estela, que es la muger mas astuta de toda la compañía.

Al oír el nombre de Estela, pregunté no sin alguna precipitación al tal Caballero, si aquella Estela hacia algun papel. ¿Qué llama si hace algun papel? me replicó, hace uno de los mejores y mas principales; pero hoy no representa, y en verdad que no hemos perdido poco. Por lo comun hace el papel de graciosa, y verdaderamente que le desempeña con gran perfeccion. Representa con tanto desahogo, que acaso picará en demasía; pero este mismo defecto (si lo es) la cae muy en gracia. Contóme otras mil maravillas de la tal Es-

Estela, y por el retrato que me hizo no dudé fuese Laura, aquella misma que dexé en Granada, y de quien he hablado tanto en esta mi historia.

Para asegurarme mas fuíme derecho al vestuario concluida la comedia. Pregunté por la señora Estela, y volviendo los ojos á todas partes ví que se estaba calentando entre bastidores, y que la estaban obsequiando algunos Señores, quizá solo porque era tia de Lucrecia. Acerquémeme á saludarla, y fuese por algun capricho ó por vengarse de mi precipitada fuga de Granada, me recibió con grande frialdad, fingiendo no conocerme. En lugar de hacer burla y chacota de su seco recibimiento, fuí tan simple que mostré formalizarme, y aun me despedí con despecho y con enfado, resuelto en aquel primer movimiento de cólera á restituirme á Madrid el dia siguiente. Por vengarme de esta simple (decia yo para conmigo) no quiero que su sobrina tenga el honor de representar delante del Rey: para esto basta que haga á mi modo al Ministro el retrato de Lucrecia, no tengo mas que decirle que bayla con poco garbo, que su voz es áspera, y que toda su gracia consiste en sus pocos años: estoy seguro que desde luego se le irá la gana de hacerla venir á la Corte.

Esta era toda la venganza que pensaba tomar del desayre que Laura me habia hecho; pero duró poco mi resentimiento. La mañana siguiente

guiente, quando me estaba disponiendo á partir, entró un lacayuelo en mi quarto, y sin conocerme me dixo: señor, traigo un billete para el señor de Santillana, sírvase Vmd. de decirme en qué quarto está alojado. En este mismo, le respondí, porque ese tal Santillana soy yo, y tomándole de la mano el papel le abrí, y hallé que contenía estas precisas palabras: *obvida el modo con que á noche te recibí en el teatro, y ven con el portador á donde él te guiará.* Seguí luego al lacayuelo, que me conduxo á una casa muy decente no distante del teatro, y me introduxo en un quarto alhajado con aséo y buen gusto, donde encontré á Laura peynándose en su tocador.

Luego que me sintió se levantó apésurada para darme un abrazo, diciéndome: señor Gil Blas, conozco que Vmd. saldria á noche (y con mucha razon) poco satisfecho del mal recibó que le hice en el vestuario siendo conocidos antiguos; no tengo otra disculpa sino que me hallaba á la sazón de malísimo humor, por haber oido ciertos discursos malignos que algunos de los señores cómicos hacian sobre la conducta de mi sobrina, cuyo honor me interesa mas que el mio. El precipitado y desabrido modo con que Vmd. se despidió me hizo abrir los ojos y conocer mi falta: en el mismo punto di orden á mi lacayuelo que siguiese á Vmd., y observase su posada con ánimo de reparar hoy la ofensa que le hice ayer.

ayer. Ya queda (le dixé) enteramente reparada, querida Laura, y no se hable mas en la materia. Ahora tratémos únicamente de nuestras recíprocas aventuras despues que el pánico temor de un grave castigo me obligó á salir de Granada con aquella precipitación. Dexéte, si te acuerdas, metida en un grande embrollo. ¿Cómo saliste de él? ¿No es verdad que tuviste necesidad de toda tu habilidad y de toda tu arte para hacer las paces con tu buen Portugues? Nada menos, respondió Laura, ¿pues no sabes que en semejantes lances la flaqueza de los hombres suele ahorrar á las mugeres hasta el fácil trabajo de justificarse?

Proseguí en la misma forma que antes, sosteniendo al Marques de Marialva con toda resolución que eras verdaderamente hermano mio. Perdóneme Vmd., señor Santillana, la familiaridad y aun la llaneza con que le traté acordándome del tiempo antiguo, porque no es fácil desnudarse de repente de las costumbres añejas. Diréte, pues, que le hablé con desembarazo y con firmeza. ¿No conoce V. E. (le dixé) que todo este enredo es obra de los zelos y de la envidia? Narcisa, mi compañera, y mi rival, rabiosa de ver que poseo yo un corazon que ella habia contado ya por suyo, forjó todo este embuste. Coechó al atizador de candelas para que levantase la garrafalísima mentira de que me habia visto en Madrid sirviendo á Arsenia. La viuda de D. An-

tonio Coello nunca tuvo pensamientos tan bajos que creyese posible el caso de ponerse á servir á una comedianta. Fuera de esto, otra patente prueba de la falsedad de este cargo y de la conspiracion de mis acusadores es la misma precipitada fuga de mi hermano, que si estuviera presente dexaria sin duda bien confundida la calumnia, pero Narcisa con algun nuevo artificio le haria desaparecer, previniendo este vergonzoso lance.

Aunque estas razones, prosiguió Laura, no eran las mas concluyentes para formar una buena apologia en favor de mi inocencia, el Marques tuvo la bondad de contentarse con ellas; tanto que el docilísimo señor prosiguió amándome con igual fineza hasta que dexó á Granada y se volvió á Portugal. Su partida fue muy inmediata á la tuya, y la muger de Zapata tuvo el maligno consuelo de verme perdér al amante que yo la habia quitado. Permanecí despues algunos años en Granada; pero habiéndose introducido disensiones (como freqüentemente sucede entre nosotros) se separaron los comediantes, agregándose unos á la compañía de Sevilla, y otros á la de Córdoba. Yo me vine á la de Toledo, donde ha diez años que residó cuidando de mi sobrina Lucrecia, á quien á noche oíste representar, puesto que asististe á la comedia.

No pude dexar de sonreirme quando la oí decir estas últimas palabras. ¿De qué te ries?

me

me preguntó ella. ¿Pues qué no lo adivinas? la respondí. Tú no tienes hermano ni hermana, y consiguientemente tampoco puedes tener sobrinos ni sobrinas. Además de eso quando cotexo el tiempo que há que nos separamos con la edad que puede tener Lucrecia, me parece que puede ser un poco mas estrecho el parentesco entre vosotras dos.

Ya le entiendo á Vmd., señor Gil Blas, replicó la viuda, un si es no es sonrojada. Como Vmd. tiene tan presentes las épocas no es facil encaxarle gato por liebre. Ahora bien, amigo Gil Blas, Lucrecia es hija mia, y del Marques de Marialva, y el fruto de nuestro amor, porque no quiero ocultarte mas esta verdad. Vámos claros, repliqué yo, que es grande el sacrificio que me haces en confiarme este secreto, particularmente despues que me confiaste tus aventuras con aquel ecónomo del hospital de Zamora. Sea de esto lo que fuere, Lucrecia es una niña de tanto mérito que el público jamas podrá agradecer como debe el bellissimo regalo que le hiciste en ella quando la diste á luz. Ojalá fueran como este todos los que le hacen tus compañeras y amigas.

Quién sabe si algun lector ladino al llegar aquí se acordará de las secretas conversaciones que Laura y yo tuvimos en Granada quando era secretario del Marques de Marialva, y se le antojará sospechar que podia yo tener algun derecho para disputar al Marques la

TOMO IV.

KK

pa-

paternidad de Lucrecia ; le protesto por mi honor que sería injusta su sospecha.

Después de darme Laura cuenta de sus aventuras , yo se la dí á ella de las mías hasta del estado actual de mis negocios. Oyóme con una atención que mostraba bien no ser para ella indiferentes las cosas que me tocaban. Amigo Santillana , me dixo luego que acabé mi relación , veo que estás haciendo una no pequeña ni poco afortunada figura en el teatro del mundo , y mi suma complacencia es muy superior á todos los esfuerzos de mi pobre explicación. Pienso trasladarme á Madrid con mi Lucrecia , para ver si la puedo introducir en el teatro del Príncipe , y espero que hallará en el señor de Santillana un poderoso protector. No lo dudes , la respondí : cuenta conmigo , y está segura de que la haré entrar en dicha compañía siempre y quando quieras. Esto es lo que te puedo ofrecer con toda seguridad , sin hacer alarde , ni mucho menos presumir de mi poder. Desde luego te cogería la palabra , replicó Laura , y mañana mismo partiría á Madrid si no me detuvieran en Toledo las obligaciones que tengo contraídas con esta compañía. Una orden del Rey , dixe yo , deshace facilmente todas esas obligaciones. Esta orden la recibirás antes de ocho dias , y yo me encargo de ella. Lucrecia es alhaja propia de Corte , tendré gran complacencia en robársela á los Toledanos.

A este tiempo entró Lucrecia en el quarto. Parecióme que veía entrar en él la misma Diosa. Hebé : tanta era su gentileza y su gracia. Acababa de levantarse de la cama , y brillaba tanto su hermosura natural , sin los auxilios del arte , que verdaderamente suspendía , y encantaba. Ven acá , sobrina , la dixo su madre , ven , y dá mil gracias á este señor por lo mucho que nos favorece , es un antiguo amigo mio que puede mucho en la Corte , y está empeñado en agregarnos á entrambas á la compañía del Príncipe. Mostró la niña no disgustarle este discurso : hizome una profunda reverencia , y me dixo con cierta hechicerísima risita. Doy á Vmd. muchas gracias por su noble y generosa intencion ; pero caballero , quando Vmd. desea sacarme de un público que me favorece y me ama , estará bien seguro de que el de Madrid no me despreciará en vez de estimarme , porque á la verdad me sería muy sensible perder en el cambio. Muchas veces he oido decir á mi tía haber conocido actores y actrices muy aplaudidos en una ciudad , y muy silvados en otra : y así no quisiera que Vmd. me expusiese al desprecio de la Corte , ni asimismo á que ésta le desayrase , riéndose de su mal gusto. Hermosa Lucrecia , la respondí yo : eso es lo que ni Vmd. ni yo debemos temer , antes bien lo único que yo temo es que Vmd. encienda una guerra civil entre los Grandes , inflamándolos á todos. El miedo de mi sobrina , interrumpió entonces Laura , me parecé mejor

fundado que el de Vmd.; pero todo bien considerado ambos los tengo por vanos. Quando Lucrecia no haga gran ruido por sus gracias personales, á lo menos no representa tan mal que pueda temer verse despreciada.

Siguió nuestra conversacion por algun tiempo, y en el discurso de ella descubrí en Lucrecia mucha agudeza y un entendimiento lleno de viveza y penetracion. Despedíme al fin de las dos, protestando que inmediatamente se hallarian con orden intimándolas que luego luego se transfiriesen á Madrid.

## CAPITULO II.

*Da Santillana cuenta de su comision al Ministro; le encarga éste disponga la venida de Lucrecia á Madrid; llega á la Corte, y su primera representacion en el teatro.*

Quando volví á Madrid encontré al Conde Duque muy deseoso de saber el suceso de mi viaje. Y bien, Santillana, me dixo, ¿viste á nuestra comediante? Merece que se le haga venir á la Corte? Señor, le respondí, la fama que comunmente pondera mas de lo justo, lo singular de las gentes, se quedó muy atras en celebrar la belleza de Lucrecia. Es un milagro de hermosura, y un prodigio de talentos. ¡Es

¿Es posible! exclamó el Ministro con una interior satisfaccion que se leía en sus ojos, y me hizo sospechar que mi viage á Toledo habia sido por su interes personal. ¿Es posible (vuelvo á decir) que Lucrecia sea tan amable como me dices? Quando V. E. la vea, proseguí yo, conocerá que no es dable alabarla sin que en el mayor elogio pierda mucho de su mérito. Santillana, replicó el Ministro, quiero que me hagas puntual y menuda relacion de tu viage, porque tendré particular gusto en oirla. Tomé luego la palabra para obedecerle, y le conté quanto pasó, encaxándole hasta la historia de Laura *inclusiue*. Díxele que Lucrecia era hija de Laura, y del Marqués de Marialva, caballero que viajando la habia conocido en Granada. Finalmente, quando le acabé de contar todo lo que habia pasado entre aquellas comediantas, me dixo: no sabes cuánto me alegro saber que Lucrecia es hija de un hombre distinguido. Esta circunstancia me obliga á interesarme por ella mas y mas. Así, pues, hazla venir quanto antes á la Corte; pero guárdate bien, añadió, de que mi nombre se tome en boca en todo este negociado: para nada, para nada he de entrar yo en él: todo ha de sonar manejo puro y neto de Gil Blas de Santillana.

Fuíme derecho á verme con Sotero, díxele que el Rey queria se despachase luego una orden, en que se expresase como S. M. habia tenido por bien recibir en la Real compañía cómi-

fundado que el de Vmd.; pero todo bien considerado ambos los tengo por vanos. Quando Lucrecia no haga gran ruido por sus gracias personales, á lo menos no representa tan mal que pueda temer verse despreciada.

Siguió nuestra conversacion por algun tiempo, y en el discurso de ella descubrí en Lucrecia mucha agudeza y un entendimiento lleno de viveza y penetracion. Despedíme al fin de las dos, protestando que inmediatamente se hallarian con orden intimándolas que luego luego se transfiriesen á Madrid.

## CAPITULO II.

*Da Santillana cuenta de su comision al Ministro; le encarga éste disponga la venida de Lucrecia á Madrid; llega á la Corte, y su primera representacion en el teatro.*

Quando volví á Madrid encontré al Conde Duque muy deseoso de saber el suceso de mi viaje. Y bien, Santillana, me dixo, ¿viste á nuestra comediante? Merece que se le haga venir á la Corte? Señor, le respondí, la fama que comunmente pondera mas de lo justo, lo singular de las gentes, se quedó muy atras en celebrar la belleza de Lucrecia. Es un milagro de hermosura, y un prodigio de talentos. ¡Es

¿Es posible! exclamó el Ministro con una interior satisfaccion que se leía en sus ojos, y me hizo sospechar que mi viage á Toledo habia sido por su interes personal. ¿Es posible (vuelvo á decir) que Lucrecia sea tan amable como me dices? Quando V. E. la vea, proseguí yo, conocerá que no es dable alabarla sin que en el mayor elogio pierda mucho de su mérito. Santillana, replicó el Ministro, quiero que me hagas puntual y menuda relacion de tu viage, porque tendré particular gusto en oirla. Tomé luego la palabra para obedecerle, y le conté quanto pasó, encaxándole hasta la historia de Laura *inclusiue*. Díxele que Lucrecia era hija de Laura, y del Marqués de Marialva, caballero que viajando la habia conocido en Granada. Finalmente, quando le acabé de contar todo lo que habia pasado entre aquellas comediantas, me dixo: no sabes cuánto me alegro saber que Lucrecia es hija de un hombre distinguido. Esta circunstancia me obliga á interesarme por ella mas y mas. Así, pues, hazla venir quanto antes á la Corte; pero guárdate bien, añadió, de que mi nombre se tome en boca en todo este negociado: para nada, para nada he de entrar yo en él: todo ha de sonar manejo puro y neto de Gil Blas de Santillana.

Fuíme derecho á verme con Sotero, díxele que el Rey queria se despachase luego una orden, en que se expresase como S. M. habia tenido por bien recibir en la Real compañía cómi-

mica de su teatro á Estela y á Lucrecia, actualmente agregadas á la de Toledo. Caspitina, señor Santillana, me respondió Sotero con una risita burlona, Vmd. será servido prontamente, porque segun todas las señas se interesa mucho su buen gusto por estas dos damas. Con efecto, extendió la orden á mi vista, entregómela, dexando á mi cuidado su despácho, y yo sin perder tiempo la envié á Toledo por el mismo lacayo que me habia acompañado en mi viage á aquella ciudad. Ocho dias despues llegaron á Madrid madre é hija. Apeáronse en una posada á pocos pasos del teatro ó corral del Príncipe, y su primer cuidado fue darme aviso de su arribo por medio de un billete. Pasé al punto á visitarlas, y despues de mil recíprocos cumplimientos, las dexé para que se dispusiesen á su primera salida á las tablas: deseándolas fortuna, y aplausos, de lo que ya casi no dudaban.

Publicóse al instante que dos nuevas comediantas, recién agregadas á la compañía cómica del Rey saldrian tal dia á hacer sus papeles; y dieron principio á su representacion con una comedia escogida que habia agradado mucho en Toledo siempre que se representaba, y por lo mismo la repetian muchas veces.

En todo el mundo se gusta de la novedad quando se trata de espectáculos. El concurso de este dia al teatro fue verdaderamente extraordinario. Bien se puede creer que yo no faltaria. Confieso que estuve no poco sobresaltado antes que

que se diese principio á la pieza. En medio de mi gran prevencion á favor de la habilidad de hija y madre estaba con temor del buen éxito: tanto me interesaba por ellas; pero mi temor solo duró mientras las dos tardaron en abrir la boca. Luego que hablaron se disipó mi sobresalto con los vivas, aplausos y palmadas que por largo tiempo resonaron en aposentos, patio, gradas, y cazuela. Todos celebraban á Estela como una actriz completa para los papeles serios, y á Lucrecia como un prodigio para lo cómico. Esta última se levantó con los corazones de todos. Unos admiraban la brillante viveza de sus hermosísimos ojos; á otros les encantaba su dulcísima y delicadísima voz; y todos admirados de sus gracias no menos que de su modesto despejo añadido á lo florido de su juventud y garbo, salieron como hechizados de su persona.

Concurrió aquella noche á la comedia el Conde Duque, el qual se interesaba mas de lo que yo creía en el lucimiento de aquella tierrecita Comedianta, y le ví salir muy satisfecho, á lo que me pareció, de la madre y de la hija. Seguile deseoso de saber si me habia engañado ó no en mi juicio, y entrándome tras de él en su gabinete: Y bien, Señor Excelentísimo (le dixé) ¿está contento V. E. de madamita Marialva? Mi excelencia me respondió sonriéndose, seria una excelencia bien ridícula y muy descontentadiza si no conformára su voto con el

264 *Las Aventuras de Gil Blas.*  
el del público. Si, amigo: Lucrecia me llenó,  
y no dudo que el Rey gustará verla.

CAPITULO III.

*Hace Lucrecia gran ruido en la Corte;  
representa á presencia del Rey, que  
se enamora de ella; sucesos de  
estos amores.*

Al instante se divulgó por Madrid, llegando hasta la Corte, la voz del grandísimo aplauso de las dos nuevas comediantas. Hablóse de ellas al día siguiente en el quarto del Rey. Dos Señores alabaron tanto á Lucrecia, y la pintaron tan hermosa, que el retrato dió curiosidad al Monarca, el qual no solo disimuló la impresion que le habia hecho, sino que afectaba no atender á aquella conversacion.

Con todo, luego que se quedó á solas con el Conde Duque le preguntó quién era aquella comedianta á quien tanto alababan. Es, señor, (le respondió el Ministro) una jovencita comedianta de Toledo, que por primera vez se dexó ver ayer en el teatro, y se grangeó las aclamaciones de todos. Llámase Lucrecia, nombre que conviene con mucha propiedad á las mugeres de su profesion. Conocióla Santillana, y éste me dixo tantas y tan buenas

CO-

*Lib. XII. Cap. III.* 265

cosas de ella, que me pareció conveniente recibirla en la compañía cómica de V. M. Sonrióse el Rey quando oyó mi nombre, acordándose quizá en aquel momento que por mañana habia conocido á Catalina, y presintiendo acaso que le habia de prestar el mismo servicio en esta ocasion. Como quiera que esto fuese, el Rey dixo al Ministro: Conde, mañana quiero oir representar á Lucrecia: encárgote que cuides de que se lo digan.

Contóme el Conde Duque esta conversacion que habia tenido con el Rey, y me mandó ir á la posada de Laura á avisarla del favor que S. M. las queria dispensar. Partí volando, y habiendo encontrado á Laura la primera, vengo (la dixé) á daros una gran noticia. Mañana quiere veros y oiros en el teatro el Soberano; así me ha mandado el Ministro que os lo prevenga. No dudo que tanto tú como tu hija hareis quanto podais y sepais para desempeñaros y corresponder al honor que el Monarca quiere haceros. Para eso os aconsejo que escojais una pieza en que haya bayle y música, para que lo puedan lucir los grandes talentos que en una y otra habilidad celebran todos en Lucrecia. Seguirémos tu consejo, me respondió Laura, y harémos quanto nos sea posible para que no quede por nosotras que el Rey se dé por satisfecho. No podrá menos de quedarlo mucho, repliqué yo, viendo entonces á Lucrecia que venia de medio trapillo,

TOMO IV.

LL

illo,

llo, con el qual parecia cien veces mas agraciada y mas linda que adornada con las mas sobervias galas de teatro. Quedará tanto mas pagado S. M. quanto es mayor su pasion á la música y bayle, como que ninguna otra cosa le divierte; ¿y quién sabe, añadió, si acaso no la mirará con buenos ojos, tentándole los de Lucrecia? No quisiera, interrumpió Laura, que S. M. tuviese tal tentacion: porque no obstante de ser tan gran Monarca, pudieran acaso quedar desayrados sus deseos. Aunque Lucrecia se crió entre bastidores y las licencias del teatro, ama mucho la virtud; y bien que no la desagraden los aplausos en las tablas, todavía aprecia mas ser tenida por doncella honrada y timorata que por baylarina, cantatriz, ni comedianta excelente.

Al oír esto tomó cartas en la conversacion la misma Lucrecia, y volviéndose hácia Laura, la dixo con mucha gracia: tia mia, ¿á qué fin forjar monstruos imaginarios para combatirlos? Nunca me veré yo en la dura necesidad de no contextar á los suspiros del Rey. La fineza de su Real y delicadísimo gusto le librarán del sonrojo interior que padeceria por haberse abatido tanto que pusiese los ojos en mí. Pero hermosa Lucrecia, la repliqué yo, si llegára el caso de que os entregase su razon escogiéndoos por su dama, seriais tan cruel que le dexaseis suspirar á vuestros pies como á un qualquier amante? ¿Y por qué no?

res-

respondió prontamente. Sin duda que lo haria así: pues (dexando á un lado la virtud) conozco que para mi vanidad seria triunfo mas lisonjero y aun mas glorioso haber resistido á su pasion, que haberme rendido á ella. No me admiró poco oír hablar de esta manera á una doncellita criada á los pechos y en la escuela de tal madre. Despedíme de las dos muy edificado de la primera, y aplaudiendo á la segunda por la buena educacion que habia dado á su hija.

Impaciente el Rey por ver á Lucrecia fue la tarde siguiente al teatro. Representóse una comedia con música y bayles, brillando en todo nuestra comedianta.

Desde el principio hasta el fin clavé los ojos en el Monarca, para ver si podia indagar por ellos lo que pasaba en su corazon; pero se burló de toda mi penetracion, mediante cierto magestuoso ayre de gravedad y seriedad que afectó constantemente hasta el fin: y así no supe hasta el dia siguiente lo que tenia tantas ganas de saber. Santillana, me dixo el Ministro, vengo del quarto del Rey. Me ha hablado de Lucrecia con expresiones tan vivas que no dudo ha quedado muy prendado de ella. Y como yo le habia dicho que fuiste tú quien la hizo venir de Toledo, mostró deseo de hablar privadamente contigo en este particular. Así, pues, parte á Palacio, preséntate á la puerta del quarto de S. M., donde ya hay

LL 2

or-

órden para que te dexen entrar: vé, pues, al instante, y vuelve luego á darme cuenta de toda la conversacion.

Volé al mismo punto al quarto del Rey, á quien encontré solo paseándose á pasos largos cabizbaxo y pensativo. Hízome varias preguntas acerca de Lucrecia, cuya historia quiso que yo le contase con la mayor menudencia, y quando la concluí me preguntó si aquella damita habia tenido algun galan. Respondí que no con toda seguridad y resolucion, sin embargo de conocer lo arriesgadas que son por lo comun semejantes aseveraciones. Siendo eso así, repuso S. M., desde luego te nombro por agente mio para con Lucrecia, y quiero sepa por tu boca el corazon que ha conquistado. Vé al punto á darla esta noticia, entregándola al mismo tiempo en mi nombre esta memoria mia. (Era un cofrecito lleno de preciosísimas joyas de valor como hasta mas de cinquenta mil ducados), y díla que la suplico acepte este corto regalo como prenda de otras pruebas mas sólidas que puede y debe esperar de mi afecto.

Antes de cumplir con esta comision pasé á ver al Conde Duque para darle cuenta fiel de todo lo sucedido con el Rey. Temia yo que aquel Ministro celebrase poco esta noticia, antes bien recelaba que le habia de inquietar mucho, porque (como ya dixé arriba) sospechaba yo que tenia sus miras y fines muy persona-

les

les hácia la niña, y por consiguiente le daria poco gusto tener al Rey por rival; pero lejos de desazonarle la noticia se alegró tanto con ella, que no pudiendo disimular su gozo, se le escaparon algunas palabras que yo no dexé caer en tierra. ¡Ah, Rey mio! (exclamó) ahora sí que te tengo seguro. ¿Te enamoraste? Pues desde este punto comienzan á llenarte de tedio el Gobierno y los negocios: apóstrofe que me hizo ver con claridad todo el manejo político del Conde. Conocí que le habia solicitado una diversion la mas conforme á su humor, para desviarle de la atencion á las cosas serias. Santillana, me dixo luego, no pierdas tiempo, vé quanto antes á obedecer la importante orden que te han dado; persuadido á que muchos cortesanos se gloriarian de que se les hubiese confiado á ellos.

De esta manera pretendia S. E. dórarme la píldora que tragué lo mejor que pude, mas no sin sentir un poco su amargura; porque despues de mi prision me habia acostumbrado á ver las cosas por el lado de la religion y del honor; y el empleo de Mercurio en xefe no me parecia tan honrado como me lo querian persuadir. No obstante, aunque ya no era tan vicioso que le pudiese exercitar sin mucho remordimiento, tampoco era tanta mi virtud, que tuviese valor para no aceptarle. Obedecí, pues, al Rey con tanto mayor gusto, quanto ya estaba seguro de que no desagradaba en ello

ello al Ministro, á quien en todo y por todo deseaba complacer.

Parecióme conveniente hablar primero á Laura para quedar de acuerdo de todo entre los dos. Expúselas mi comisión en los términos mas moderados y mas decentes que me fue posible, concluyendo mi arenga con ponerla en la mano el cofrecillo de las joyas. A su vista, no pudiendo disimular su alegría, la dexó que saliese á explicarse por la boca con toda libertad. Señor Gil Blas, exclamó rebotando gozo; dexémonos de ceremonias y ficciones cortesanías, que serian muy impertinentes quando están hablando dos antiguos y finísimos amigos. Agraviaría mucho á nuestra amistad si me revistiera de una importuna severidad, haciendo melindres contigo. Sí por cierto (prosiguió ella): confieso que me faltan voces para explicar el gozo que me ha causado la noticia que me das de la preciosísima conquista que ha hecho mi hija Lucrecia. Concibo muy bien todas las grandes ventajas que puede traer consigo; pero (hablando entre los dos) temo mucho que la mire con ojos muy diferentes de aquellos con que la miró yo. Aunque es una comedianta y educada en el teatro, es tan timorata y de tanto pundonor, que ya ha despedido á dos Grandes Señores tan amables como ricos. Dirásme quizá que éstos no eran Reyes. Vengo en ello, y convengo tambien en que un amante coronado puede hacer titubear la

vir-

virtud de Lucrecia. Con todo eso no puedo dexar de decirte que es muy incierta la cosa, como ni tampoco dexar de declarar que por lo que toca á mí no haré violencia á mi hija. Si ésta, lejos de considerarse favorecida por el afecto momentaneo del Rey, lo mira como mancha á su recato, no dudo que tan gran Monarca tendrá la generosidad no solo de no darse por ofendido sino antes bien de aplaudir un modo de pensar tan honrado en una doncellita de pocos años. Finalmente, añadió Laura, toma el trabajo de volver mañana, y entonces podré decir la respuesta que debes dar al Rey, ó favorable á sus deseos ó de reconocimiento á su soberana bondad, restituyéndole al mismo tiempo sus joyas y regalos.

A pesar de toda esta arenga de Laura tuve por sin duda que antes exhortaría á Lucrecia á que se olvidase de su deber, que á mantenerse en buenas máximas. Persuadido yo á esto contaba casi seguramente con el buen efecto de su patética exhortacion; pero al día siguiente quedé grandemente sorprendido quando supe que habia costado mas trabajo á esta madre reducir á su hija á lo malo, que les cuesta á otras el inclinar las suyas á lo bueno. Creció á lo sumo mi admiracion, quando ví dentro de pocos dias que habiendo recibido Lucrecia algunas secretas visitas del Monarca quedó tan arrepentida de haber descendido con sus deseos, que de repente volvió las espaldas al mundo, y se encerró en un Convento, donde luego enfermó y murió á vio-

len-

lencia de la vergüenza y del dolor. Laura por su parte inconsolable por la pérdida de la hija, de cuya muerte se consideraba rea por su desmesurada ambicion, se encerró en las Arrepentidas, donde pasó el resto de su vida llorando los amargos gustos de sus malogrados años. Afligió mucho al Rey el inopinado retiro de Lucrecia, pero como en su humor naturalmente inclinado á divertirse hacian poca mansion las pesadumbres, se fue consolando poco á poco. En quanto al Conde Duque afectó la mayor indiferencia é insensibilidad en este incidente, bien que no dexó de mortificarle, como facilmente lo creerá el advertido lector.

## CAPITULO IV.

*Nuevo empleo que confirió el Conde Duque á Santillana.*

Por lo que toca á mí me llegó al alma la desgracia de Lucrecia, y fue tanto el dolor que concebí por lo que pude haber contribuido á ella, que reniéndome yo mismo por infame, no obstante la soberana y augusta elevación del amante á quien servia, renuncié para siempre jamas el caducéo; y declarando al Ministro la repugnancia que tenia á llevar en la mano un cetro ó baston tan vergonzoso, le supliqué me emplease en qualquiera otra cosa en que anduviesen de acuerdo el favor y la conciencia. Santillana, me respondió el

el Conde, grandísimo gusto me dá esa tu delicadeza; y en vista de tu honrado pundonor quiero darte una ocupacion que sea mas conveniente á tu christiano modo de pensar, y no menos noble que justa resolucion de proceder. Oye con atencion la confianza que voy á hacer de tí, y el no menos importante que decente ministerio que te quiero encomendar.

Algunos años antes de mi privanza con el Rey, ví por casualidad á una dama que me pareció bizarra, ayrosa y bella. Hice que la siguiesen, la observasen, y me informasen quien era. Dixéronme que era una dama Genovesa, llamada Doña Margarita de Espinola, la qual vivia en Madrid con las rentas de su cara y de sus prendas, añadiendo que cierto Alcalde de Corte, por nombre Don Francisco Valdeasar, viejo y rico, gastaba mucho con ella. Esto que al parecer debiera hacerme no pensar jamas en semejante muger, fue puntualmente lo que me irritó mas la gana de entrar á la parte en sus favores con el tal Don Valdeasar. Para contentar este capricho me valí de una famosa y experta vieja, cuya habilidad me facilitó en breve tiempo una secreta conversacion con la Genovesa, la qual fué despues seguida de otras muchas; de manera que tanto mi rival como yo éramos igualmente bien tratados, gracias á nuestros regalos. Y quién sabe si quizá entraba tambien en la danza otro tercer galan que quizá fuese tan favorecido como nosotros dos?

Sea de esto lo que fuere, el hecho es que Margarita en aquella confusion de cortejantes insensiblemente se hizo madre, y dió á luz un niño, de cuya paternidad pretendió en particular hacer honor á cada uno de sus amantes; pero como ninguno podia asegurarse en conciencia de que le era debido aquel honor, todos le renunciaron; de suerte que la Genovesa se vió precisada á criarle en su casa con el producto de sus galanteos. Duró esto diez y ocho años, al cabo de los cuales murió la madre dexando al hijo sin bienes, y lo peor de todo sin educacion.

Ahora entra la confianza que te quiero hacer, instruyéndote en el grande designio que tengo acá ideado. Quiero sacar de su nada á este pobre y desgraciado muchacho; y haciéndole pasar de un extremo á otro, elevarle á los mayores honores, y disponer que sea reconocido por hijo y heredero mio.

No me pude contener al oír un proyecto tan extravagante, y sin reparar en la desatencion de interrumpir su discurso, exclamé diciendo: ¿cómo, Señor! ¿Es posible que haya cabido en V. E. una resolucion tan extraña! Perdome V. E. á mi zelo una expresion tan impropia de su grandeza. Sosiégate, Santillana, me replicó no sin inmutarse algo, quizá te pareciera menos rara mi resolucion quando sepas las razones que he tenido para formarla. No quiero que sean herederos míos mis colaterales. Me dirás á caso que

no soy tan viejo que no pueda todavía esperar tener algun hijo en la Condesa de Valdeories. Pero cada uno se conoce á sí mismo; bástete saber que he probado inútilmente todos los secretos de la chîmia para volver á ser padre. Así, pues, ya que la fortuna supliendo lo que falta á la naturaleza, me presenta un muchacho, del qual no es del todo imposible sea yo el verdadero padre, quiero adoptarle por hijo. La cosa está ya resuelta, y de un modo irrevocable.

Viendo yo que el Ministro estaba encaprichado en semejante adopcion, tomé el partido de callar, y dexé de oponerme á su proyecto sabiendo que era capaz de qualquier grande desacierto antes que desistir de una opinion concebida, ó de una resolucion ya tomada. Ahora solo se trata (prosiguió el Ministro) de dar una correspondiente educacion á Don Enrique Felipe de Namuzg, porque este es el nombre que ha de tomar hasta que se halle en estado de poseer los titulos y dignidades que le esperan. En tí, querido Santillana, he puesto los ojos para que le gobiernes; descuido enteramente en tu capacidad, en tu zelo y en tu amor sobre el cuidado y gobierno de su persona y de su casa. Tú le buscarás maestros correspondientes para que le enseñen todo lo que en materia de instruccion y de habilidades debe saber un perfecto Caballero. Quise negarme á la aceptacion de semejante empleo, representando al Conde mi amo que no podia en conciencia encargarme de un

ministerio en que jamas me habia exercitado, y que pedia verdaderamente mas luces de las que yo tenia, y tambien otra educacion, y aun otro nacimiento del que me habia tocado; pero luego me interrumpió, y me tapó la boca, diciendome con toda resolucion, que absolutamente queria fuese yo el ayo de su hijo adoptivo, á quien destinaba para ocupar los primeros cargos de la Monarquia. Fuéme, pues, preciso echarme á cuestras tan importante como difícil encargo por complacer á S. E., quien en premio de mi condescendencia aumentó mi renta con una pensión de mil escudos que me señaló sobre una Encomienda de la Orden de Montesa.

## CAPITULO V.

*Es reconocido auténticamente el hijo de la Genovesa por hijo del Ministro, baxo el nombre de Don Enrique Felipe de Namuzg; escoge Santillana los maestros y personas de servidumbre para este señor.*

Con efecto tardó poco el Conde Duque en reconocer como hijo suyo al de Doña Margarita. Hizose esta adopcion por medio de instrumento público y solemne con noticia del Rey,

y con su Real aprobacion. Don Enrique Felipe de Namuzg (este fue el nombre que se dió á aquel hijo de muchos padres) fue declarado único heredero del Condado de Valdeories, y del Ducado de Nacarlus. El Ministro para que viniese á noticia de todos dió parte de ello á los Embaxadores extrangeros y á la Grandeza, quedando todos altamente sorprendidos. Los ociosos y bufones de Madrid tuvieron asunto para divertirse y reir por largo tiempo, y los poetas satíricos no perdieron tan bella ocasion de desahogar la hiel de su mordacidad.

Pregunté al Conde dónde estaba el señorito que S. E. queria fiar á mi cuidado. En Madrid está, me respondió, á cargo de una tia, de cuya compañía le sacaré luego que tú le tengas ya buscada casa y familia. Esto se hizo en poco tiempo. Alquilé una buena y cómoda vivienda, adornéla con preciosos muebles, busqué pages y criados, escogiendo los que me parecieron mejor entre los pretendientes, y con el auxilio de Caporí en breve completé la servidumbre, echando mano para ocuparla de los sugetos mas acreditados y sobresalientes. Quando todo estaba ya ajustado di parte á S. E., quien hizo venir al equivoco y nuevo bástago del gran tronco de los Namuzges. Presentóse á mis ojos un gran mozo de buena traza. Don Enrique, le dixo el Conde, señalándome á mí con el dedo, este caballero que aquí ves es el sugeto que yo mismo he escogido para

ministerio en que jamas me habia exercitado, y que pedia verdaderamente mas luces de las que yo tenia, y tambien otra educacion, y aun otro nacimiento del que me habia tocado; pero luego me interrumpió, y me tapó la boca, diciendome con toda resolucion, que absolutamente queria fuese yo el ayo de su hijo adoptivo, á quien destinaba para ocupar los primeros cargos de la Monarquia. Fuéme, pues, preciso echarme á cuestras tan importante como difícil encargo por complacer á S. E., quien en premio de mi condescendencia aumentó mi renta con una pensión de mil escudos que me señaló sobre una Encomienda de la Orden de Montesa.

## CAPITULO V.

*Es reconocido auténticamente el hijo de la Genovesa por hijo del Ministro, baxo el nombre de Don Enrique Felipe de Namuzg; escoge Santillana los maestros y personas de servidumbre para este señor.*

Con efecto tardó poco el Conde Duque en reconocer como hijo suyo al de Doña Margarita. Hizose esta adopcion por medio de instrumento público y solemne con noticia del Rey,

y con su Real aprobacion. Don Enrique Felipe de Namuzg (este fue el nombre que se dió á aquel hijo de muchos padres) fue declarado único heredero del Condado de Valdeories, y del Ducado de Nacarlus. El Ministro para que viniese á noticia de todos dió parte de ello á los Embaxadores extrangeros y á la Grandeza, quedando todos altamente sorprendidos. Los ociosos y bufones de Madrid tuvieron asunto para divertirse y reir por largo tiempo, y los poetas satíricos no perdieron tan bella ocasion de desahogar la hiel de su mordacidad.

Pregunté al Conde dónde estaba el señorito que S. E. queria fiar á mi cuidado. En Madrid está, me respondió, á cargo de una tia, de cuya compañía le sacaré luego que tú le tengas ya buscada casa y familia. Esto se hizo en poco tiempo. Alquilé una buena y cómoda vivienda, adornéla con preciosos muebles, busqué pages y criados, escogiendo los que me parecieron mejor entre los pretendientes, y con el auxilio de Caporí en breve completé la servidumbre, echando mano para ocuparla de los sugetos mas acreditados y sobresalientes. Quando todo estaba ya ajustado di parte á S. E., quien hizo venir al equivoco y nuevo bástago del gran tronco de los Namuzges. Presentóse á mis ojos un gran mozo de buena traza. Don Enrique, le dixo el Conde, señalándome á mí con el dedo, este caballero que aquí ves es el sugeto que yo mismo he escogido para

ra que te gobierné y guie en la carrera del mundo. Tengo puesta en él toda mi confianza, y le he dado un poder y una autoridad absoluta sobre tí. Si, Santillana (añadió volviéndose á mí) á tu cuidado enteramente le abandono, muy seguro de que me darás buena cuenta de él. A estas palabras añadió otras el Conde, encargando al caballerito me obedeciese en todo y no saliese un punto de lo que yo le insinuase, y con esto nos despidió mandándome que conduxese á Enrique á su nueva casa.

Luego que estuvimos en ella hice que se le presentasen todos los criados explicándole el oficio que tenia cada uno. Mantúvose despejado y sereno sin dar la mas minima señal de que le hiciese novedad el verse de repente en aquella no esperada condicion, antes bien admitia con tanta naturalidad todas las demostraciones de atencion y de respeto que se le tributaban, como si hubiera sido por nacimiento aquello que representaba por capricho y por casualidad. No le faltaba talento, pero era ignorante en sumo grado. Apenas sabia leer ni escribir. Púsele un preceptor que le enseñase los primeros elementos de la lengua latina, díle maestros de geografia, de historia y de esgrima. Ya se dexa discurrir que no me olvidaria de un maestro de bayle, pero habia á la sazón tantos y tan famosos en Madrid, que solamente me embaracé en la eleccion, no sabiendo á qual dar la preferencia.

Ha-

Hallábame en esta indecision quando ví entrar en el portal de casa un hombre ricamente vestido. Poco despues llegó un page á decirme que deseaba verme aquel personage; hícele entrar, y preguntándole en qué le podria yo servir? Señor de Santillana, me respondió, he sabido que V. S. anda buscando maestro de danzar para el Señor Don Enrique, y vengo á ofrecirme á la disposicion de V. S.; concluyendo esta breve arenga con muchas compasadas reverencias que mostraban bien su profesion. Yo, señor, añadió, me llamo Martin Ligeró, y gracias á Dios soy conocido en Madrid. No acostumbro andar á caza de discipulos, que esto es bueno para los maestrillos principiantes, ó para los que apenas saben danzar la pabana. Comunmente espero á ser buscado, pero enseñando como enseñé al señor Duque de Medianadionis, al Señor Don Luis de Roa, y á algunos otros Caballeros de la casa de Numuzg, de la qual me precio ser como criado y servidor nato, me pareció de mi obligacion anticiparme á ofrecirme á V. S. Por lo que Vmd. me dice, répuse yo, veo ser el hombre que habiamos menester. ¿Y cuánto es, le pregunté, lo que Vmd. lleva por mes? Quatro doblones de oro, me respondió, y no doy mas de dos lecciones por semana. ¿Quatro doblones! repliqué yo. Paréceme precio muy excesivo. ¿Precio excesivo le parece á V. S. el de quatro doblones al mes por un maestro de danzar! repliqué

có él en tono de admirado; y quizá quizá dará un doblon á un pobre inútil maestro de filosofía.

No me fue posible contener la risa á vista de una réplica tan necia y disparatada, preguntando al señor Ligeró, ¿si en Dios y en su conciencia creía que era mucho menos necesario un maestro de filosofía que un maestro de danzar? Y como que lo creo, me respondió intrépidamente. Nosotros somos cien veces mas útiles á la sociedad que esos señores míos. Y si no dígame V. S. ¿qué cosa son los hombres antes de pasar por nuestras manos? ¿Son mas que unas estatuas mal labradas, ó unas informes masas de carne como los osos recién nacidos antes que sus madres los laman y los pulan dándoles la figura que les corresponde? Nosotros poco á poco los vamos desbastando, dándoles insensiblemente aquella forma que han de tener con aquellos ayrosos y compasados movimientos que está pidiendo la misma racionalidad. En una palabra, nosotros los enseñamos á moverse con gracia, comunicándoles ciertas posturas y movimientos llenos de nobleza y gravedad.

Rendíme á las razones de aquel gran maestro de danzar, y le recibí para que enseñase á Don Enrique como se habia de mover, y como habia de andar, no rebaxando de los quatro doblones de mesada, precio ya fixo é invariable para los grandes maestros de aquel arte importantísimo.

## CAPITULO VI.

*Vuelve Scipion de la América; acomódale Gil Blas en la familia de Don Enrique; estudios de éste; con quien le casó el Conde Duque; hace noble á Gil Blas contra toda su voluntad.*

Todavía me faltaba parte de la familia de Don Enrique quando Scipion volvió de México. Preguntéle como le habia ido en su viage. Me respondió que bien, puesto que con los tres mil ducados que yo le habia dado, habia comprado, y traído en géneros de aquel pais el importe de nueve mil, que le valdría su venta en España. Hijo mio, le dixé, yo te doy mil enhorabuenas, y pues has comenzado á hacer fortuna, en tu mano está acabarla, repitiendo el año que viene otro viage á América, ó si te acomoda mas un puesto honrado en Madrid, por no exponerte á los trabajos y peligros de tan larga navegacion; no tienes mas que hablar que yo podré dártelo. Par diez, me respondió el hijo de la Cusculina, en una alternativa como esa no hay lugar á la menor duda. Mas quiero asegurar un bocado de pan al lado de V. S. que amon-

amontonar grandes riquezas privado de su vista, y á costa de tantos riesgos. Así, pues, sírvase V. S. decirme qué ocupacion piensa destinar á este inútil, pero fidelísimo servidor.

Para que se hiciese cargo de todo le conté brevemente la historia de aquel señorito que el Conde habia querido inxerir en el tronco de Namuzg. Díxele como S. E. me habia hecho ayo de Don Enrique, y que desde luego le nombraba á él por primer ayuda de cámara de aquel hijo adoptivo. No podía desear mas Scipion, y así aceptó con el mayor gusto el nuevo empleo, desempeñándole tan bien, que en pocos dias se levantó con el amor y la confianza de su nuevo amo.

Estaba yo casi cierto de que los pedagogos que habia elegido para que enseñasen los primeros rudimentos de la gramática al hijo de la Genovesa, perderian todo su trabajo, pareciéndome que en su ya adelantada edad seria indisciplinable; pero en esto por fortuna se engañó mi juicio. Aseguráronme los maestros que estaban muy contentos con él, porque aprendia presto, y retenia bien todo lo que le enseñaban. Pasé inmediatamente á dar esta alegre noticia al Conde Duque, quien la recibió con extraordinario gozo. Santillana (me dixo) no sabes el gusto que me has dado con asegurarme que Don Enrique tiene feliz memoria, y pronta penetracion. Esto me hace reconocer en él mi sangre, y ratificarme en que es hijo mio. No le amaria mas si

si fuera hijo de mi esposa. Amigo, tú mismo confesarás que la naturaleza se va descubriendo en él. Guardéme bien de decirle lo que pensaba en este asunto, y respetando su flaqueza le dexé gozar tranquilamente de la persuasion falsa ó verdadera de que él, y no otro era el padre de Don Enrique.

Aunque todos los Namuzges aborrecian de muerte al tal señorito recién hecho, disimulaban por política, y aun algunos de ellos afectaban solicitar su amistad. Visitábanle los Embaxadores y los Grandes, tratándole con el mismo respeto y atención que si fuera verdaderamente hijo del Conde. Lisonjeado infinitamente este Ministro con el incienso que se ofrecia á su idolillo, se dió priesa á llenarle de empleos y dignidades. La primera gracia que pidió al Rey para Don Enrique fue la Cruz de Alcántara con una Encomienda de diez mil escudos. Solicitó poco despues la llave de Gentil-hombre, y deseando entroncar con una de las familias mas nobles de España, puso los ojos en Doña Juana Vascelo, hija del Duque de Llastica, y fue tanto su poder que lo logró á pesar del mismo Duque padre de la novia, y de todos sus parientes.

Algunos dias antes que se celebrase el matrimonio me envió á llamar el Conde mi señor, y luego que me vió me puso en la mano unos pergaminos, diciéndome: aquí tienes, Gil Blas, una executoria que he solicitado para tí, y para toda tu familia: ya eres noble. Señor, le respon-

pondí, pasmado de lo que acababa de oír, V. E. sabe muy bien que soy hijo de una pobre dueña, y de un miserable escudero; paréceme que agregarle á la nobleza sería en cierta manera profanarla, y entre todas las gracias que el Rey me puede hacer, ninguna es mas superior á mi mérito, ni menos adaptada á mis deseos. Tu baxo nacimiento, replicó el Ministro, es un impedimento muy fácil de superarse: has sido empleado en los negocios de Estado, así durante el Ministerio de mi antecesor como en el mio; ademas (añadió sonriéndose) ¿no has hecho al Rey servicios que merecen ser premiados? Santillana, en una palabra, eres acreedor á la honra que quiero hacerte; fuera de eso, el empleo que exerces con mi hijo requiere que seas noble. Este es á la verdad el motivo que he tenido para solicitar tu executoria. Ríndome, Señor, le repliqué, puesto que así lo quiere V. E., y diciendo esto recogí mi executoria, beséla y metíla en el bolsillo.

Eteme aquí ya caballero, decía yo hablando conmigo mismo quando iba por la calle: éteme que ya soy noble sin tener la mas mínima obligacion á mis padres ni á mis abuelos: ya podré hacer me llamen *Don Gil Blas* siempre que me diere la gana, y si alguno la tuviere de reírse de mí, yo le daré con mi executoria en los hocicos; pero leámosla y veamos de qué manera se borra de repente el villanismo. Saqué de la faltriquera la patente del Rey, y ví que decía en suma que

S. M. en reconocimiento del zelo que en mas de una ocasion habia mostrado yo por su Real servicio, y por el bien del Estado, habia tenido por bien gratificarme con la merced de noble, &c. Y me atrevo á decir, aunque parezca alabanza mia, que no sentí ni asomos de soberbia por esta gracia. Antes bien teniendo siempre á la vista mi humilde nacimiento, este honor en vez de engreirme me humillaba mas. En virtud de lo qual determiné encerrar la executoria en un armario viejo en lugar de hacer de ella alarde ni ostentacion.

## CAPITULO VII.

*Encuentra Gil Blas á Fabricio por casualidad; última conversacion que tuvieron, y aviso importante que le dió Nuñez.*

Ya dexo dicho que el poeta Asturiano se olvidaba facilmente de mí. Tampoco mis ocupaciones me permitian buscarle, y así no habia vuelto á verle desde el lance de la famosa disertacion sobre la *Ifigenia de Eurípides*, quando quiso la casualidad que un dia le encontrase en la Puerta del Sol. Vile salir de una imprenta, y díxele prontamente; ¿qué es esto, amigo Nuñez? ¿tratas con impresores? Esto me huele á que

quieres regalar al público con alguna nueva obra. Sin duda debe esperarla, me respondió. Actualmente estoy haciendo imprimir un papelillo que ha de meter mucho ruido entre los literatos. No dudo ya de su mérito, le repliqué, pero me parece que la mayor parte de esos escritos sueltos son vagatelas que hacen poco honor á sus autores. Convengo en eso, me respondió, pues sé muy bien que solamente aquellos ociosos que quieren leer todo quanto se imprime, gustan de divertirse perdiendo tiempo en la lectura de esos papeles volantes. Confieso que este se me escapó, siendo uno de aquellos hijos que suele engendrar la necesidad. Ya sabes que el hambre es la que obliga á los lobos á salir de sus cavernas.

¡Cómo así! repliqué yo admirado. ¡Es posible que me llegue á decir esto el autor del *Conde de Saldaña*! ¡Un hombre que tiene dos mil ducados de renta ha de hablar de esa manera! Vamos poco á poco amigo, me interrumpió Nuñez, ya no soy aquel feliz autor que gozaba una buena pensión, y esa bien pagada. Desordenáronse, y de repente, los negocios del tesorero Don Beltran, disipó el dinero del Rey, embargáronle todos los bienes, y llevó el diablo mi pensión. Mal caso es ese, le dixé, ¿pero no te ha quedado aun alguna esperanza por ese lado? Maldita aquella, me respondió: el señor Gomez del Rivero está tan pobre y tan miserable como su poeta; ahogóse, y se hundió de manera que nunca volverá á verse sobre el agua.

Se-

Segun eso, amigo mio (repuse yo) te veo en un estado que me será preciso solicitar algun empleo que te pueda consolar en la pérdida de tu pensión. Te lo estimo mucho, me respondió, pero no quiero que tomes ese trabajo. Aunque me consiguieras el mayor empleo en las secretarias del Ministro no le aceptaria. Esas fastidiosas, y sérias ocupaciones no se hicieron para quien está criado entre las Musas. A este solamente le convienen diversiones literarias. Finalmente te diré que yo nací para vivir y morir como poeta, y quiero que se cumpla mi destino. Por lo demas, continuó, no creas que nosotros seamos tan infelices como parece. Fuera de vivir con gran libertad é independencia, tenemos asegurada la comida sin cuidados ni fatigas. Se cree comunmente que comemos á lo Demócrito, pero es engaño manifiesto. No se hallará entre nosotros ni siquiera uno (aun entrando los autores de almanakes) que no tenga una buena casa donde ir á comer. Todos los dias se ponen para mí dos cubiertos muy seguros. Uno en la mesa de un Director general de hacienda, á quien dediqué cierta novela; y otro en la de un rico mercader, que rabia por tener siempre ingenios á su mesa. Por fortuna no es el de mejor gusto, ni el mas delicado en la elección, y así facilmente se provee de este género en abundancia y á pedir de boca.

En ese caso, le repliqué, ya no tengo lástima puesto que estás tan contento con tu suer-

suerte. Sin embargo te vuelvo á decir que en Gil Blas tendrás siempre un buen amigo á pesar de tu descuido en cultivar su amistad. Mi bolsillo estará siempre abierto para tí. Sentiré que una vergüenza fuera de tiempo te prive á tí de lo que hubieres menester, y á mí de particular gusto de servirte y aliviarte.

Verdaderamente, exclamó Nuñez, que en estas generosas expresiones conozco á mi Santillana, y te doy millones de gracias por la grande disposición á favorecerme en que te veo. En prueba de mi reconocimiento á esta fineza quiero darte un importante aviso, y al mismo tiempo un buen consejo. Mientras dura el poder del Conde Duque, y tú te mantienes en su gracia aprovecha bien el tiempo, y no te descuides en asegurarte una sólida y mediana fortuna, porque la de ese Ministro á lo que me han asegurado está mas que un poco titubeante. Preguntéle si esto lo sabia de buen original. Respondióme que lo habia oido á un Caballero de Calatrava, viejo muy machucho y grande huron de secretos reservados, á quien todos oyen como á un oráculo, y lo que dixo ayer en mi presencia fue lo siguiente: „el Conde Duque tiene muchos enemigos, y todos conspiran en derribarle. Cuenta demasiado con el ascendiente que ha logrado sobre el ánimo del Rey; pero el Monarca (á lo que se dice) ha comenzado ya á dar oídos á las quejas que se tienen de él. „ Agradecí á Nuñez el consejo y el

el aviso, pero hice poco caso de uno y otro, persuadido á que la gracia del Duque en el corazón del Rey era absolutamente inmutable, á la manera de aquellas viejas encinas que arraygadas profundamente en la tierra se burlan de los torbellinos, y aun de los mas furiosos y violentos uracanes.

## CAPITULO VIII.

*Descubre Gil Blas ser cierto el aviso que le dió Fabricio. Hace el Rey un viage á Zaragoza.*

Como quiera, la noticia que me dió Fabricio no carecia de fundamento. Fermentaba dentro de Palacio cierta conspiracion para derribar al Conde Duque, á cuya frente se decia estar la misma Reyna. Sin embargo, nada transpiraba al público de las medidas que se tomaban para derribar al Ministro, y se pasó mas de un año sin que se hubiese reconocido la mas mínima diminucion en su privanza y favor.

Pero el alzamiento de Cataluña sostenido de la Francia, y los desgraciados sucesos de la guerra contra los rebeldes, dieron motivo á la murmuracion del pueblo, y á sus quejas contra el Gobierno. Estas fueron ocasion de un Consejo que se tuvo en presencia del Rey, al que quiso S. M. asistiese el Marques de Agran, Embaxador

dor de la Corte de Viena. Propúsose en él, ¿si era mas conveniente que el Monarca se mantuviese en Castilla ó que pasase á Aragon á dexarse ver de su ejército? El Conde Duque, que no tenia gana de que el Rey saliese de Castilla, habló el primero, representó que no juzgaba conveniente que S. M. abandonase el centro de sus Estados, apoyando esta opinion con todas las razones que le sugirió su eloquencia. Siguiéronle en la misma todos los miembros del Consejo, á excepcion del Marques de Agran, que llevado de su zelo por la Casa de Austria, y con la franqueza genial de su Nación, se opuso abiertamente al dictámen del primer Ministro, y sostuvo lo contrario con razones tan poderosas que convencido el Rey de su fuerza y solidéz, abrazó esta opinion, aunque opuesta al parecer de todo lo restante del Consejo, y señaló el dia para partir al ejército.

Esta fue la primera vez que el Monarca dexó de seguir el parecer de su Privado: novedad que le llenó de amargura, y le dexó altamente mortificado, considerándola como un público y vergonzoso desayre. Al mismo tiempo que se retiraba á su gabinete para roer en plena libertad tan duro hueso, me vió, me llamó, y encerrándose conmigo en su quarto me contó lo que habia pasado en el Consejo, trémulo, agitado, y como un hombre fuera de sí. Recobrado despues algun tanto: sí Santillana (me dixo) sí: el Rey, que mas há de veinte años solo ha-

blaba por mi boca, y solo veía con mis ojos, prefirió al mio el parecer de Agran. ¿Pero cómo? Colmando de elogios á aquel Embaxador, y exáltando sobre todo su amor y su zelo por la Casa de Austria, como si uno ni otro fuese superior al mio. Por todo esto facilmente se conoce, prosiguió el Ministro, que hay un partido formado contra mí, del qual la Reyna es la cabeza. ¿Y de eso se inquieta V. E.? le repliqué yo. Doce años há que la Reyna está acostumbrada á ver á V. E. dueño de los negocios, y otros tantos que V. E. acostumbró al Rey á no consultar con su esposa el mas mínimo de ellos. Respecto al Marques de Agran pudo muy bien el Rey inclinarse á su parecer por el gran deseo que tiene de ver su ejército y de hacer una campaña. No das en el hito, repuso el Conde, antes bien debieras decir que mis enemigos esperan que hallándose el Rey entre sus tropas estará siempre rodeado de los Grandes que le quisieren seguir, y entre ellos habrá mas de uno mal satisfecho de mí que se atreverá á decir mil males de mi Ministerio. Pero se engañan miserablemente, añadió, porque daré tales providencias que durante el viage se haga el Rey inaccesible á todos los Grandes. Así lo executó efectivamente, pero de un modo que merece referirse por menor.

Llegado el dia señalado para la partida del Rey, despues de haber nombrado á la Reyna por Gobernadora durante su ausencia, se pu-

so en camino para Zaragoza; pero queriendo pasar por Aranjuez halló tan delicioso aquel Sitio que se detuvo tres semanas en él. De Aranjuez le hizo el Ministro ir á Cuenca, donde le tenia dispuestas tales diversiones que permaneció largo tiempo en aquella Ciudad. De allí se transfirió á Molina de Aragon, donde la caza le embelesó por muchos dias. Llegó al cabo á Zaragoza, de donde estaba poco distante el ejército. Al fin el Conde Duque le disuadió de ir á él haciéndole creer que se exponia á peligro de caer en manos de los Franceses, los quales ocupaban todas las llanuras de Monzon, tanto que atemorizado el Rey de un riesgo meramente imaginario, resolvió mantenerse encerrado en su Palacio como pudiera en una prision. Aprovechándose el Ministro de aquel pánico terror, con pretexto de velar sobre la seguridad de su Real Persona, era, por decirlo así, como una centinela de vista, de manera que los Grandes despues de haber hecho excesivos gastos para seguir con la correspondiente decencia al Soberano, no tuvieron el consuelo de lograr ni una sola audiencia de él. Cansado finalmente el Monarca ó de estar mal alojado en Zaragoza, ó de perder el tiempo en ella, ó acaso de verse allí prisionero, se restituyó quanto antes á Madrid, dexando al Marques de los Velez, General del ejército, el cuidado de mantener el honor de las armas Españolas.

## CAPITULO IX.

*De la rebelion de Portugal, y caida del Conde Duque.*

Pocos dias despues comenzó á correr por Madrid una mala nueva. Decíase que los Portugueses aprovechándose del levantamiento de Cataluña, y pareciéndoles ocasion muy oportuna para sacudir el yugo de la dominacion de España, habian aclamado al Duque de Braganza por Rey de Portugal, bien resueltos á mantenerle en el Trono sin miedo de que España lo pudiese estorbar estando ocupada en Alemania, en Italia, en Flandes y en Cataluña. No les era facil hallar coyuntura mas favorable para librarse de la dominacion de sus vecinos.

Lo mas singular fue que quando la Corte y toda la Nacion se hallaban en la mayor consternacion por aquella novedad, el Conde Duque quiso divertir al Rey con sarcasmos, dísticos y agudezas á costa del Duque de Braganza; pero el Rey lejos de prestarse á sus insípidas é importunas graciosidades, se revistió de un ayre serio que enteramente le desconcertó, haciéndole presentir su inminente desgracia. Acabó el Ministro de dar por cierta su caida quando supo poco despues que la Reyna abiertamente se habia declarado contra él, dicién-

so en camino para Zaragoza; pero queriendo pasar por Aranjuez halló tan delicioso aquel Sitio que se detuvo tres semanas en él. De Aranjuez le hizo el Ministro ir á Cuenca, donde le tenia dispuestas tales diversiones que permaneció largo tiempo en aquella Ciudad. De allí se transfirió á Molina de Aragon, donde la caza le embelesó por muchos dias. Llegó al cabo á Zaragoza, de donde estaba poco distante el ejército. Al fin el Conde Duque le disuadió de ir á él haciéndole creer que se exponia á peligro de caer en manos de los Franceses, los quales ocupaban todas las llanuras de Monzon, tanto que atemorizado el Rey de un riesgo meramente imaginario, resolvió mantenerse encerrado en su Palacio como pudiera en una prision. Aprovechándose el Ministro de aquel pánico terror, con pretexto de velar sobre la seguridad de su Real Persona, era, por decirlo así, como una centinela de vista, de manera que los Grandes despues de haber hecho excesivos gastos para seguir con la correspondiente decencia al Soberano, no tuvieron el consuelo de lograr ni una sola audiencia de él. Cansado finalmente el Monarca ó de estar mal alojado en Zaragoza, ó de perder el tiempo en ella, ó acaso de verse allí prisionero, se restituyó quanto antes á Madrid, dexando al Marques de los Velez, General del ejército, el cuidado de mantener el honor de las armas Españolas.

## CAPITULO IX.

*De la rebelion de Portugal, y caida del Conde Duque.*

Pocos dias despues comenzó á correr por Madrid una mala nueva. Decíase que los Portugueses aprovechándose del levantamiento de Cataluña, y pareciéndoles ocasion muy oportuna para sacudir el yugo de la dominacion de España, habian aclamado al Duque de Braganza por Rey de Portugal, bien resueltos á mantenerle en el Trono sin miedo de que España lo pudiese estorbar estando ocupada en Alemania, en Italia, en Flandes y en Cataluña. No les era facil hallar coyuntura mas favorable para librarse de la dominacion de sus vecinos.

Lo mas singular fue que quando la Corte y toda la Nacion se hallaban en la mayor consternacion por aquella novedad, el Conde Duque quiso divertir al Rey con sarcasmos, dichicos y agudezas á costa del Duque de Braganza; pero el Rey lejos de prestarse á sus insípidas é importunas graciosidades, se revistió de un ayre serio que enteramente le desconcertó, haciéndole presentir su inminente desgracia. Acabó el Ministro de dar por cierta su caida quando supo poco despues que la Reyna abiertamente se habia declarado contra él, dicién-

do públicamente que su mala administracion habia dado motivo á la rebelion de Portugal. Luego que la mayor parte de los Grandes, especialmente aquellos que habian seguido al Rey en el viage á Zaragoza, reconocieron la tempestad que se iba levantando contra el Conde Duque, se declararon por la Reyna. Pero la que dió el último golpe decisivo fue la Duquesa viuda de Mantua, Gobernadora que habia sido de Portugal. Esta Princesa vino de Lisboa á Madrid, donde hizo ver claramente al Rey que de la rebelion de los Portugueses solo tenia la culpa la conducta de su primer Ministro.

Hizo tanta impresion en el ánimo del Monarca el discurso de aquella Princesa, que desde el mismo punto desapareció la caprichosa obstinacion con que en todo y por todo aprobaba quanto hacia y decia su Privado, despojándose en un instante de todo el amor que le profesaba. No bien llegó á noticia del Ministro que el Rey daba oidos á las quejas y murmuraciones de sus enemigos, le escribió pidiéndole licencia para renunciar su empleo y retirarse de la Corte, puesto que se le hacia la injusticia de imputar á su Ministerio todas las desgracias que durante él habian sucedido á la Monarquía. Pareciale que esta súplica haria grande efecto en el corazon del Rey, suponiendo que todavía se conservaria en él la inclinacion que bastaba para no consentir jamas en semejante retiro;

ro; pero la respuesta de S. M. fue que venia en concederle el retiro que pedia, y que así podia irse á donde mejor le pareciese.

Estas pocas palabras escritas de propio puño del Rey fueron como un formidable trueno que dexó aturdido al pobre señor, el qual nada menos esperaba. Con todo eso disimuló su sentimiento, y afectando serenidad y constancia, me preguntó, ¿qué haria yo si me hallase en igual caso? Respondíle, que facilmente tomaria mi partido, abandonando para siempre la Corte, y retirándome á alguno de mis Estados á pasar tranquila y dulcemente lo restante de mi vida. Piensas como se debe pensar, repuso el Conde. Lo mismo quiero hacer yo: retiraréme á Loeches despues de haber hablado una sola vez con el Monarca para representarle que hice quanto era posible en lo humano para llevar la pesada carga que tenia sobre los hombros, sin que tuviese mas culpa en los siniestros sucesos de que me acusan, que la de un hábil piloto que no pudiendo contrarrestar la violencia de los vientos, ni el ímpetu de las olas, vé naufragar el baxel desobediente al timon. Lisonjeábase el Ministro de que aun podia quietarse el Rey, y volver las cosas al estado en que se habian hallado; pero no pudo conseguir audiencia, antes bien se le envió á pedir la llave con que entraba en el quarto del Rey siempre que queria.

Conoció entonces que ya no le quedaba esperan-

ranza, y se resolvió buenamente á retirarse. Examinó sus papeles, y quemó gran parte de ellos en lo que obró con mucha prudencia. Nombró los dependientes y criados que le habian de seguir, y ordenó que todo estuviese pronto para partir al dia siguiente. Temiendo que al salir de Palacio le insultase el populacho, se levantó muy de mañana, y antes de amanecer salió por la puerta de las cocinas; y metiéndose en un mal coche con su confesor y conmigo, tomó tranquilamente el camino de Loeches, pueblo corto, de que era Señor, donde la Condesa su muger habia fundado un Convento de Religiosas. En menos de quatro horas nos pusimos en él, y poco despues llegó el resto de la familia.

## CAPITULO X.

*Cuidados que inquietaron al Conde Duque; síguese á ellos una dichosa tranquilidad; género de vida que entabló en su retiro.*

La Condesa Valdeories dexó partir á su marido á Loeches, y ella se quedó en Madrid con la esperanza de alcanzar su regreso al Ministerio por medio de sus lágrimas y de representaciones. Echóse á los pies de sus Magestades, pe-  
ro

ro nada pudo obtener. El Rey no hizo aprecio de sus memoriales, y la Reyna que la aborrecia de muerte se complacia en verla llorar. No por eso se acobardó la esposa del Ministro desgraciado: abatióse hasta implorar la protección de las damas de la Reyna: baxeza que solo produjo el fruto de moverlas á desprecio mas que á compasion. Afligida y aun avergonzada de haberse abatido tanto sin otro efecto que el de haberse envilecido, se fue á juntar con su esposo para llorar con él la pérdida de un empleo, que ademas de ser el primero de la Monarquía, era en aquel reynado de un poder casi no imaginable.

La relacion que hizo la Condesa del estado en que habia dexado las cosas en Madrid, aumentó extraordinariamente la aflicion del Conde su esposo. Vuestros enemigos, le dixo llorando: el Duque de . . . y los demas Grandes que no os pueden ver, incesantemente adulan al Rey aplaudiendo la resolucion de haberos separado del Ministerio; y el pueblo celebra con insolencia vuestra desgracia, atribuyendo todas las que padece el Estado á vuestra desacertada administracion. Señora, la respondió mi amo, imitad mi exemplo: llevad con resignacion vuestros disgustos, como procuro yo hacerlo con los míos, y cedamos con valor á una borrasca que no podemos desvanecer. Creía yo, es verdad, que podria perpetuar mi valimiento mientras me durase la vida, ilusion ordinaria  
en

en los Ministros y privados, los cuales se olvidan por lo comun de que su suerte depende de la voluntad, y aun tal vez del capricho del Soberano. El Duque de Melar se engañó tanto como yo, persuadido á que en la Púrpura que le adornaba tenia seguro fiador de la perpetua duracion de su autoridad.

Así procuraba el Conde Duque consolar y confortar á su esposa exhortándola á la paciencia, siendo así que él padecía una agitacion que se hacia mayor todos los dias con las cartas de Don Enrique, que permaneció en Madrid para observar quanto pasaba en la Corte, y avisar de todo exáctamente. El portador de estas cartas era Scribón, que se habia quedado en casa del hijo adoptivo de S. E., de la qual habia salido yo inmediatamente despues de su matrimonio con Doña Juana Vascelo. Dichas cartas venian siempre llenas de noticias poco gustosas, y era lo peor que en las circunstancias no se podian esperar otras. Decia en unas que no contentos los Grandes con haber derribado al Conde Duque hacian quanto podian para que todas sus criaturas fuesen removidos de los empleos que ocupaban, y reemplazados por los quejosos y enemigos del Ministro caido. Avisaba en otras que iba entrando en favor Don Luis de Haro, quien segun todas las señales seria declarado primer Ministro. Pero entre todas las noticias que desazonaban á mi amo, la que le llegó mas al alma fue la novedad que se hi-

hizo en el Vireynato de Nápoles, despojando de él á un grande amigo suyo, y dándoselo á otro señor á quien nunca habia podido tragar. Puede decirse que en el espacio de tres meses todo fue disgustos, inquietud y turbacionés para el pobre Conde Duque; pero su confesor que era un Religioso tan exemplar como doctor y eloquente, halló modo de consolarle, confortarle y serenarle. A fuerza de representarle con energia con dulzura y con viveza que ya no debia pensar en otra cosa que en la salvacion de su alma, logró desprenderle enteramente del espíritu de Corte. Dixo públicamente S. E. que ya no queria saber noticia alguna de Madrid; ni pensar mas que en disponerse para una buena muerte. La Condesa aprovechándose por su parte del desengaño y de la oportunidad que la ofrecia aquel retiro, halló en el Convento de Religiosas que habia fundado todo el consuelo que podia desear, preparado amorosamente por la divina Providencia. Habia entre aquellas Religiosas algunas de particular virtud, cuyas santas conversaciones insensiblemente fueron labrando en su corazon de manera que convirtieron en una dulce y alegre tranquilidad todas las amarguras de su vida. Al mismo paso que el corazon del Conde iba echando de sí los pensamientos del mundo y desprendiéndose de todo lo que oía á cuidados y novedades de Corte, se iba arraygando mas y mas en su alma aquella dulcísima paz. En

Entabló un género de vida y una disiribucion de horas en la manera siguiente. Pasaba casi toda la mañana en la Iglesia de las Monjas oyendo misas, iba despues á comer, tenia sobre mesa una corta conversacion, levantaba ésta, y se divertia por espacio de dos horas jugando conmigo, y con otros criados de su mayor confianza. Concluido el juego se retiraba á su gabinete, donde se mantenía hasta puesto el sol. Entonces salía á dar un pasco por el jardin ó tomaba el coche y daba una vuelta por las cercanías del Lugar acompañado siempre de su Confesor ó de mí, y á veces de entrambos.

Un dia que S. E. y yo íbamos solos, me tomé la licencia de decirle: Señor, no puedo contener mi consuelo, y aun mi gozo viendo como veo que V. E. comienza á no echar menos el bullicio y el tumulto del mundo, y que se acostumbra al retiro y á la quietud. Estoy ya tan acostumbrado (me respondió) que aunque siempre he vivido entre el ruidoso estruendo de los mayores negocios, cada dia voy tomando mas gusto á esta vida tranquila, silenciosa y feliz.

## CAPITULO XI.

*Apodérase del Conde Duque una repentina y profunda melancolia: su causa y sus efectos.*

Divertiase algunas veces el Conde por variar sus ocupaciones en cultivar su jardin. Estábale yo un dia viendo en aquel inocente trabajo, y me dixo en un tono entre serio y festivo: ¿qué te parece, Santillana? ¿No es un espectáculo tan extraño como divertido el ver á un Ministro desterrado de Madrid hacer de jardinero en Loeches? Señor, le respondí en el mismo tono: me parece que estoy viendo á Dionisio Siracusano dando la ley en Sicilia, y enseñando despues á leer y escribir á los niños de Corinto. Sonriose un poco el amo, y mostró que no le desagradaba el cotejo.

Toda la familia estaba contentisima y admirada de ver al Conde tan superior á su desgracia, rebotando gozo en una vida tan diferente de la que habia tenido hasta allí, quando todos advertimos en él una repentina mudanza que palpablemente iba creciendo, y nos llenó de grandísimo dolor. Vimosle taciturno, pensativo, y como abismado en una profundísima melancolia. Abandonó todo juego y pasatiempo, huía de la gente, y se mostraba insensible á quanto po-

podíamos hacer y discurrir para divertirle. Luego que acababa de comer se encerraba en su cuarto, de donde no salía hasta la noche. Parecíamos que aquella tristeza podía tener origen en la memoria de la grandeza pasada, y en este concepto procuramos dexarle solo con el Religioso su confesor; pero su elocuencia tampoco pudo triunfar de la melancolía del Duque, antes bien cada vez se descubría mayor.

Ocurriome que la tristeza del Ministro podía nacer de algún motivo ó disgusto reservado que no quería manifestar, y habiéndole encontrado un día estando solos los dos: Señor, le dixé con cierto ayre de amor y respeto; ¿será licito á un humilde criado hacer una pregunta á su benignísimo amo y generosísimo bienhechor? Preguntá lo que quisieres, me respondió, que yo te lo permito. Pues, Señor, le repliqué, ¿á donde se ha ido aquella alegría, aquella satisfacción que con tanto consuelo nuestro estábamos todos viendo en el semblante de V. E.? Ha perdido aquella magnánima superioridad con que ponía á sus pies todos los reveses de la fortuna? ¿Será acaso posible que la pérdida del favor excite nuevos tumultos en ese corazón tan superior á todas las humanas revoluciones? ¿Querrá V. E. volver á sumergirse en aquel abismo de amarguras é inquietudes de que felizmente le había libertado su heroyco y christiano modo de pensar? No, gracias al Cielo, respondió el Conde,

ya

ya no me inquieta la memoria del gran papel que representé en el teatro de la Corte; olvidé para siempre todos los honores que me rendían, todo el incienso que me tributaban. Pues, Señor, le repliqué, si V. E. ha podido echar de sí todas esas memorias, ¿por qué se dexa dominar de una melancolía que affige y atormenta á todos sus fieles y amantes servidores? ¿Qué tiene V. E., señor? ¿Qué tiene? prorumpí arrojándome á sus pies y bañándoselos con lágrimas. Algun grande y secretísimo disgusto está despedazando ese su angustiado corazón. ¿Querrá V. E. hacer un misterio de ello á su favorecido Santillana, cuyo amor, zelo y fidelidad tiene tan intimamente conocidos? ¿Qué delito es el mio para haber desmerecido su antigua confianza?

No la has desmerecido, repuso el Conde, la posees tan entera como la poseías; pero confieso que me cuesta mucha repugnancia, y aun estaba tambien por decir vergüenza revelarte el motivo de la tristeza en que me ves sepultado: sin embargo no debo ni puedo negarme á las instancias de un criado y de un amigo tan verdadero y fiel como tú; solo Santillana me podría merecer que le hiciese semejante confianza. Así es, prosiguió, que soy desgraciada presa de una voraz melancolía que me roe las entrañas, y me va acortando los días de la vida. Casi cada momento estoy viendo una fantasma ó un espectro que se pone delante de mí en una fi-

gu-

gura espantosa. Inútilmente pretendo persuadirme á mí mismo que es mera ilusión, sombra imaginaria en que nada hay de realidad, mentida representación de la alterada fantasía: sus continuas apariciones me turban y me trastornan. No tengo tan perdida la cabeza que no conozca ser esto soñar con los ojos abiertos; pero tampoco es tanta mi fortaleza que no dexé de afligirme mucho esta molestísima vision. A esta vergonzosa confesión me han obligado tus leales instancias; mira ahora si me sobraba razon para ocultarte el verdadero motivo de mi melancolía.

Oí con grandísimo dolor y no menor admiración una cosa tan extraordinaria, conociendo que la máquina del pobre señor estaba físicamente alterada. Señor, le dixé: ¿y quién sabe si todo eso procede de debilidad, en fuerza del cortísimo alimento que toma V. E.? Eso mismo temí yo al principio, me respondió, y para experimentar si provenia de la gran dieta á que me había reducido, comencé á comer mas de lo ordinario; pero no por eso desapareció la sombra que me persigue. Ya desaparecerá, repliqué para consolarle. Si V. E. se quisiere disipar un poco dignándose de volver á divertirse algunos ratos con sus fieles criados, no dudo que esos negros vapores se desvaneciesen del todo.

Pocos dias despues de esta conversacion cayó enfermo el Conde, y conociendo él mismo que el mal se iba haciendo serio, mando que

que viniesen de Madrid dos Escribanos para disponer su testamento. Vinieron con ellos tres famosos Médicos, de quienes se decia que habian curado algunos enfermos. Luego que se divulgó por el lugar la venida de los Doctores, fueron universales las lágrimas, y los gemidos, dando todos por cierta y cercana la muerte de su señor. Los Médicos traxeron consigo un boticario y un cirujano, executores ordinarios de sus recetas y decretos. Estos dexaron á los Escribanos hacer su oficio, y despues entraron ellos á hacer el suyo. Gobernados al parecer por los mismos principios que el Doctor Sangredo ordenaron sangrias sobre sangrias, de manera que reduxeron á los últimos al pobre enfermo al cabo de seis dias, y al séptimo le librarón para siempre de sus molestas visiones.

La muerte del Ministro causó en todo el Lugar un vivísimo dolor. Sus criados desde el primero hasta el último le lloraron amargamente. Lejos de consolarse en su pérdida por la memoria que hizo de todos en su testamento, no hubo siquiera uno que no renunciase gustoso al legado que le tocaba por verle restituido á la vida. Yo que era el predilecto entre todos, y que por pura inclinacion me habia entregado todo á su persona, sentí su falta mas que todos juntos. Dudo mucho que la pérdida de mi querida Antonia me hubiese costado tantas lágrimas.

## CAPITULO XII

*Lo que pasó en el Lugar de Loeches despues de la muerte del Conde Duque, y partido que tomó Gil Blas.*

Fue enterrado el Ministro en el Convento segun él lo habia dispuesto, sin mas pompa ni ostentacion que el llanto universal de sus criados, y vasallos. Despues de los funerales la Condesa viuda hizo que se leyese el testamento á presencia de toda la familia, quedando toda agradecida y contenta. A cada uno dexó el difunto una manda correspondiente al empleo que tenia, siendo la menor no menos que de dos mil pesos. A mí me dexó diez mil en prueba del singular amor que me profesaba. No se olvidó de los hospitales; y fundó aniversarios en diferentes Conventos.

La viuda envió á Madrid todos los criados para que cada uno cobrase de su mayordomo D. Ramon Caporis lo que le correspondia: pero yo no pude partir con ellos porque me detuvo de siete á ocho dias en el Lugar una fuerte calentura, fruto natural de lo que me affligió aquella pesadumbre. No me abandonó en todo aquel tiempo el buen Religioso confesor de mi vene-

rado amo. Habíame cobrado amor este digno Sacerdote, y luego que me vió convallecido me preguntó qué pensaba hacer de mi persona. Padre Reverendísimo, le respondí, no sé que le diga á V. Paternidad, porque en este punto no estoy aun de acuerdo conmigo mismo. Algunos ratos me viene gana de encerrarme en una celda para hacer penitencia por mis pecados. Preciosísimos momentos, respondió el Padre. Señor Santillana, ¡y qué bien haria Vmd. en aprovecharse de ellos! Aconséjole como amigo que sin dexar de ser secular se retire para siempre á algun Convento.

En la actual disposicion en que me hallaba no me pareció mal el consejo de aquel Religioso; pero no queriendo resolverme de repente pedí á su Reverencia tiempo para pensar y para hacer mis reflexiones. Poco despues vino á visitarme Scipion, consulté el punto con él, exponiéndole el consejo que el Padre me habia dado, y mi propension á abrazarle. Quita allá, respondió prontamente torciendo el hocico y haciendo gestos. ¡Y es posible, señor Santillana, que Vmd. se incline á semejante retiro! ¿Pues no tiene en su quinta de Liria otro mucho mas solitario y agradable? Si en otro tiempo quedó tan enamorado de él, mucho mas le agradará ahora en que la edad mas madura y mas reflexiva es tambien la mas propia para admirar y dexarse embelesar de los inocentes y bellisimos objetos que presenta en los campos á

nuestros ojos la madre naturaleza. Poco tuvo que hacer el hijo de la Cusculina en persuadirme á que mudase de parecer. Púseme luego de parte del suyo, diciéndole; amigo, mas has podido tú que el Padre confesor de nuestro amo difunto. Veo con efecto que me hallaré mejor en mi casa, y así declárome por este partido. Volverémos á Liria luego que mi salud me permita emprender el viage, lo que puede tardar poco, pues ya estoy sin calentura, y en breve tiempo espero recobrar-me. Así sucedió; y luego pasamos á Madrid Scipion y yo. No me alegró la vista de aquella capital tanto como me alegraba antes. Sabiendo que era casi universal el horror con que se oía el nombre de un Ministro á quien tanto habia yo debido, no me era posible mirarla con buenos ojos; y así solo me detuve en ella cinco ó seis dias que necesitó Scipion para disponer todo lo necesario á nuestro viage. Mientras él atendia á esto yo me fui á ver con Caporis, que al punto me entregó mi legado en doblones efectivos. Lo mismo hice con los recibidores de las Encomiendas sobre que yo tenia mis pensiones; arreglé con ellos el modo de librarme los pagamentos; en una palabra puse en orden lo mejor que pude todos mis negocios.

El dia antes de partir pregunté á Scipion si se habia despedido de Don Enrique. Respondióme que sí, y que aquella misma mañana se habian separado los dos en buena amistad, sin

sin embargo que mostró algun sentimiento de que le dexase. La verdad es, añadió que si él estaba contento de mí, yo no estaba muy contento con él, y no basta que el amo esté satisfecho del criado, es menester que el criado lo esté igualmente del amo; no siendo así es indispensable que no vayan de acuerdo los dos: fuera de que Don Enrique hace ya muy mala figura en la Corte. Se le mira en ella con el mayor desprecio; en las calles todos le señalan con el dedo, y ninguno sabe darle otro nombre que *el hijo de la Genovesa*. Vea Vmd. ahora si para un mozo de honra seria cosa de gusto servir á un amo desacreditado.

Partimos en fin de Madrid al amanecer, y tomamos el camino de Cuenca. Iba ordenado el equipage de la manera siguiente: mi confidente y yo íbamos en una calesa de dos mulas con un calesero. Seguian tres machos cargados de ropa y dinero con otros tantos mozos de mulas: tras de estos venian montados dos fuertes lacayos escogidos por Scipion, y armados bien. Los mozos llevaban tambien sables, y el calesero un par de pistolas en el arzon de la silla. Como eramos ocho hombres, y los seis de mucho valor y de gran resolucion, me puse en camino alegremente y sin el menor cuidado. Al pasar por los Lugares hacian tanto ruido las campanillas y cencerros de los machos y mulas, que los paisanos salian á las puer-

310 *Las Aventuras de Gil Blas.*

puertas á ver la comitiva, que les parecía ser de algun Grande que iba á tomar posesion de un Vireynato.

CAPITULO XIII.

*Vuelve Gil Blas á su hacienda de Liria; tiene el gusto de encontrar ya casadera á su ahijada Serafina; y él mismo se enamora de una dama.*

Tardé quince dias en llegar á Liria, porque no habia precision de acelerar las jornadas: solamente deseaba llegar con salud y descansado, lo que efectivamente conseguí. La primera vista de mi quinta me excitó algunos tristes pensamientos, acordándome de mi Antonia; pero luego procuré desecharlos de mí, divirtiendo la imaginacion á cosas que me gustasen, lo que no fue difícil, porque al cabo de tantos años que habian pasado desde su muerte, estaba ya muy mitigado el dolor de aquella pérdida.

Luego que me apeé en mi casa vinieron apresuradamente á saludarme Beatriz, muger de Scipion, y su hija Serafina: despues de esto el marido, la muger, y la hija parecian querer ahogarse unos á otros dándose recíprocos



*Vuelve Gil Blas á su hacienda de Liria, tiene el gusto de encontrar ya casadera á su ahijada Serafina, y se enamora de una dama.*

310 *Las Aventuras de Gil Blas.*

puertas á ver la comitiva, que les parecía ser de algun Grande que iba á tomar posesion de un Vireynato.

CAPITULO XIII.

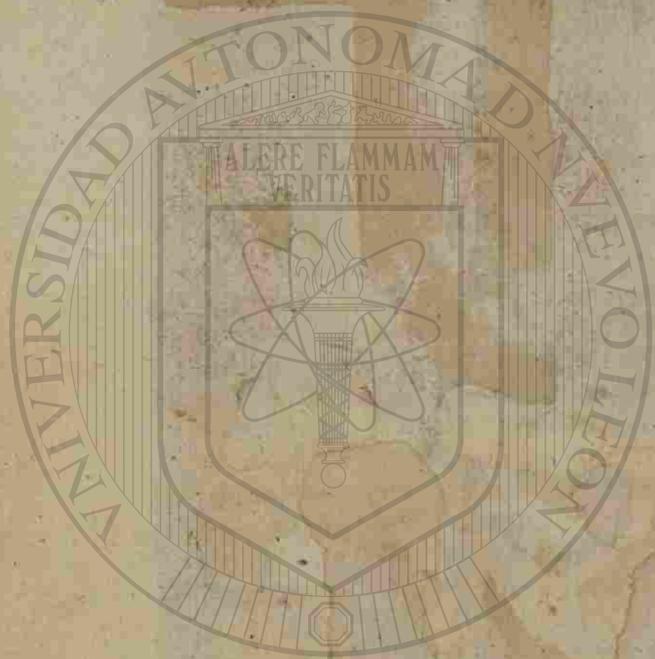
*Vuelve Gil Blas á su hacienda de Liria; tiene el gusto de encontrar ya casadera á su ahijada Serafina; y él mismo se enamora de una dama.*

Tardé quince dias en llegar á Liria, porque no habia precision de acelerar las jornadas: solamente deseaba llegar con salud y descansado, lo que efectivamente conseguí. La primera vista de mi quinta me excitó algunos tristes pensamientos, acordándome de mi Antonia; pero luego procuré desecharlos de mí, divirtiendo la imaginacion á cosas que me gustasen, lo que no fue difícil, porque al cabo de tantos años que habian pasado desde su muerte, estaba ya muy mitigado el dolor de aquella pérdida.

Luego que me apeé en mi casa vinieron apresuradamente á saludarme Beatriz, muger de Scipion, y su hija Serafina: despues de esto el marido, la muger, y la hija parecian querer ahogarse unos á otros dándose recíprocos



*Vuelve Gil Blas á su hacienda de Liria, tiene el gusto de encontrar ya casadera á su ahijada serafina, y se enamora de una dama.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCION GENERAL DE

Lib. XII. Cap. XIII. 311

cos abrazos en testimonio de su cordialísima alegría, de manera que de verlos estaba yo como encantado. Dexé que se acabáran los abrazos, y mirando fixamente á mi ahijada, dixé admirado: ¡Es posible que sea esta aquella Serafina que yo dexé en la cuna quando partí de Liria! Pasmado estoy de verla tan bella y tan crecida. Es menester que pensémos en casarla. ¿Cómo así? Señor padrino, exclamó la muchacha algo cortada. Acaba Vmd. de llegar y ya piensa en alejarme de sí! No, hija mia (la respondí) no pretendemos separarte de nosotros dándote marido: queremos busques uno que te posea sin que te ausentes de tus padres, y que por decirlo así, viva con nosotros.

Un pretendiente en que se halla esa circunstancia, dixo entonces Beatriz tiene la niña. Cierta hidalgo de un lugar inmediato la vió un día en Misa y quedó muy prendado de ella. Vino despues á verme, declaróme su intento, y me pidió la muchacha. Poco adelantaria Vmd., respondí yo al tal señor, aunque yo se la concediera. Serafina depende de su padre y de su padrino como los únicos que pueden disponer de su mano. Lo mas que puedo hacer por Vmd. es escribir á uno y á otro informándolos de las circunstancias de su persona, y del favor que quiere hacer á mi hija. Con efecto esto iba á escribir á Vmds. dos, mas ya que Dios me los ha dexado ver aquí, y están informados de esta pretension, harán lo que mejor les pareciere. Pe.

112 *Las Aventuras de Gil Blas.*

Pero en suma, ¿quién es ese hidalgo? la preguntó Scipion. Es acaso alguno de tantos como hay por ese mundo de Dios hinchados con su hidalguía, é insolentes con los que carecen de esa alhaja? En quanto á eso respondió inmediatamente Beatriz, nada menos. Es un mozo muy afable y atento con todos, sobre ser bien parecido, y que aun no ha cumplido treinta años. Vamos claros, dixé yo á Beatriz, que es bellísimo el retrato que haces de ese caballero? Y cómo es su nombre? Don Juan de Jantella, respondió la muger de Scipion. Há poco tiempo que heredó á su padre, y vive en una hacienda propia que solo dista una legua de aquí en compañía de una señorita joven hermana suya. Ya he oido alguna vez hablar de esa familia, repuse yo, y he llegado á entender que es conocida en el Reyno de Valencia. Menos estimo, añadió Scipion, toda la hidalguía que pueda Don Juan tener que las buenas prendas y qualidades; y sobre todo lo que nos hace mas al caso es que el tal Don Juan sea un grande hombre de bien. A lo menos tiene esa fama, dixó Serafina tomando parte en la conversacion, y los vecinos de Liria que le conocen dicen mil bienes de él. Quando oí estas breves palabras á mi ahijada me sonrei mirando á su padre, el qual conoció por ellas como yo, que no desagradaba á su hija aquel galan.  
Tardó poco en saber nuestro carrizo el mencionado novio, y á los dias despues vino á ver-  
nos.

*Lib. XII. Cap. XIII.*

313

nos. Se presentó con desembarazo y gracia; y lejos de que su presencia desmintiese el informe que Beatriz nos habia hecho, nos hizo formar mucho mayor concepto de su mérito. Dixeronos que como vecino venia á congratularse con nosotros por nuestro feliz retorno. Recibimosle con la mayor atencion y el mayor agrado que nos fue posible; pero esta visita fue de pura urbanidad, pasándose toda en cortesanos recíprocos cumplimientos. Retiróse sin haber hablado ni una palabra que pudiese aludir á su inclinacion por Serafina: solamente nos suplicó que le permitiésemos repetir y aun frecuentar sus visitas para aprovecharse mejor de una vecindad que juzgaba habia de ser muy gustosa para él. Quedamos satisfechos de sus buenos modales, y al dia siguiente por la tarde partimos Scipion y yo á pagarle la visita. Tomamos el camino de su lugar, guiados por un paisano que despues de haber caminado tres quartos de legua, aquella es, señores, nos dixo, la casa de Don Juan. Recorrimos con la vista todos aquellos campos, y nada pudimos ver, hasta que llegando al pié de un collado la descubrimos en medio de un bosque rodeado de corpulentos árboles, cuya frondosidad y espesura la robaban á la vista en mayor distancia. La tal casa por defuera representaba mas antigüedad que opulencia en su dueño. Sin embargo, quando nos hallamos dentro, vimos que el aseó y buen gusto de los muebles

bles recompensaba á la caduca ancianidad del edificio.

Recibiónos Don Juan en una sala medianamente puesta y adornada, presentándonos á una señorita de diez y nueve á veinte años, que dixo era su hermana y nuestra servidora Doña Dorotéa. Estaba vestida de gala como quien esperaba nuestra visita, y naturalmente querria no parecernos mal. Luego que la ví y pude descubrir en alguna manera sus prendas de cuerpo y alma, me hicieron la misma impresion que Antonia me habia hecho; y verdaderamente quedé en lo interior enteramente turbado; pero supe disimular tanto, que ni el mismo Scipion lo pudo conocer. Toda nuestra conversacion fue como la del dia anterior, reduciéndose al gusto que todos tendríamos de vernos, y aprovecharnos de tan envidiable vecindad viviendo como buenos vecinos. Don Juan no tomó en boca á Serafina, ni por nuestra parte se dixo cosa alguna que de mil leguas le pudiese dar ocasion á declararnos su amor, persuadidos á que lo mas decente y mas seguro era dexarle venir. Durante la visita echaba yo de quando en quando alguna ojeada á Dorotéa; sin embargo de afectar que la miraba con indiferencia, y aun lo menos que me era posible. Si tal vez se encontraban sus ojos con los míos eran nuevas saetas que me atravesaban el corazon de parte á parte. Confesaré sin embargo, por hacer exácta justicia á mi ama-

do objeto, que no era una hermosura perfecta: la tez blanquísima, y la carne de una exquisita delicadeza, la boca mas encendida que una rosa; pero la nariz un poco larga, y los ojos algo pequeños; pero sin embargo el todo de su figura me encantaba.

En suma, no saqué de casa de Don Juan el sosiego con que habia entrado, pues ocupado enteramente el pensamiento en Dorotéa no acertaba á pensar ni hablar de otra cosa. ¿Qué es esto, señor? me dixo Scipion, mirándome como pasmado. Mucho habla Vmd. de la hermana de Don Juan. ¿Si estará enamorado de aquella linda dama? Sí, amigo, le respondí: lo estoy, y me avergüenzo de estarlo; pero no lo puedo negar. Santo Cielo. ¡Es posible que, habiendo mirado con la mayor indiferencia á mil bellísimas mugeres despues que murió mi Antonia, haya encontrado ahora una que en mi adelantada edad encendiese en mi corazon un volcan de amor dexándome sin arbitrio para defenderme! Señor, me replicó el hijo de la Cusculina, parecíame á mí que debía Vmd. celebrar esa aventura en vez de sentirla, y de prorumpir en tan injustas quejas. No es tan viejo Vmd. que desdigan de sus años los ardores de un lícito, y casto amor, ni el tiempo ha maltratado tanto su semblante que no conserve toda su gracia y no mantenga el derecho de parecer bien. Creame Vmd. y tome mi consejo. La primera vez que vea á Don Juan

Juan pídale su hermana con toda resolución, seguro de que no la podrá negar á un hombre de sus circunstancias. Fuera de que aun quando quisiese absolutamente casarla con un hidalgo, Vmd. lo es, pues tiene su executoria que basta para que no padezca el honor de su posteridad. Despues que el tiempo haya echado la tal executoria el espeso velo que cubre todas las nobles familias, quiero decir, despues de quatro ó cinco generaciones, la casa de Santillana será de las mas illustres.

## CAPITULO XIV.

*Noble matrimonio que se celebró en la quinta de Liria; con lo qual se pone fin á la historia de Gil Blas de Santillana.*

Animóme tanto Scipion á declararme amante de Dorotéa, que ni siquiera me pasó por la imaginacion que me exponia á un desayre. Con todo eso no me determiné á romper mi silencio sin algun recelo. Aunque mi cara disimulaba mucho mis años, y podia quitarme á lo menos diez de los que tenia sin miedo de no ser creído, no por eso dexaba de dudar con fundamento que pudiese enamorarse de mí una muger hermosa y en lo mas florido de su edad. Sin

em-

embargo resolví á arriesgarme y pedirla á su hermano la primera vez que le viesse. Este por su parte, como no estaba seguro de conseguir á mi ahijada, tampoco dexaba de tener alguna inquietud.

Volvió á mi casa la mañana siguiente al dia de mi visita. Señor Santillana, me dixo apenas me vió. Hoy vengo á tratar con Vmd. un negocio muy serio. Hícele entrar en mi gabinete, y desde luego se introduxo derechito en la materia. Creo, me dixo, que no ignora Vmd. el asunto sobre que le vengo á hablar. Ahorrémos de palabras. Yo amo á la señora Serafina: Vmd. lo puede todo con su padre, suplicole que sea favorable á mi pretenseon, disponiendo que sea dueño del objeto de mi amor, que de esa manera perpetuamente reconoceré deber á Vmd. toda la felicidad de mi vida. Señor Don Juan, le respondí, ya que Vmd. ha excusado de rodeos, y se ha ido derechamente á la substancia, tampoco extrañará que yo imite su exemplo. Prometo á Vmd. todos mis buenos officios con el padre de mi ahijada Serafina, é imploro los de Vmd. en mi favor sobre la misma pretension para con su hermana y mi señora Doña Dorotéa.

Quedóse alegremente sorprendido Don Juan al oirme estas últimas palabras, y yo formé un buen agüero al observarle aquella alegre suspension. ¡ Es posible, señor, exclamó prontamente, que Dorotéa á la primera vista haya he-

hecho la conquista de vuestro corazón! Si señor, le respondí: encantóme enteramente, y me tendré por el mas dichoso hombre del mundo si mi pretension mereciere la aprobacion del uno, y el consentimiento de la otra. Eso es, me replicó, en lo que Vmd. no puede ni debe poner la menor duda. Es verdad que somos nobles, pero tambien lo es que de la alianza con un hombre de las circunstancias de Vmd. ninguna nobleza puede, ni debe hacer desden. Me alegro, repuse yo, que no se desdeñe Vmd. de admitir por cuñado á un hombre que nació en el estado llano; esto mismo me obliga á estimarle mas, porque es prueba de su buen juicio: pero sepa Vmd. que aun quando su vanidad le persuadiese á no permitir que su hermana diese la mano á ninguno que no fuese noble, todavía tenia yo con que contentar aun en este particular á su honrada delicadeza. Veinte años serví en las oficinas del Ministerio, y del Rey. Para recompensar los servicios que hice al Estado me gratificó S. M. con una executoria y patente de nobleza, la que quiero lea Vmd. ahora mismo con sus propios ojos. Diciendo esto saqué la executoria de la papelera, entreguésele, y él la leyó con la mayor satisfaccion. Está muy buena, me dixo al devolvérmela: por lo que á mí hace, añadió, Dorotea ya es vuestra. Y á mí me parece, le respondí, poder aseguraros desde luego que podeis contar con Serafina.

Quedaron, pues, concluidos de esta ma-  
ne-

nera entre nosotros los dos matrimonios, faltando solo saber si lograríamos el libre y gustoso asenso de nuestras futuras, porque ni Don Juan ni yo, igualmente delicados en punto tan importante, las pretendíamos sin su beneplácito y grato consentimiento. Volvióse Don Juan á su Lugar para comunicar mi proposicion á su hermana; y yo llamé á Scipion, Beatriz y mi ahijada para darles parte de la conversacion que habia tenido con Don Juan. Beatriz dixo desde luego, y sin pensarlo mas, que se le admitiese al punto por esposo. Serafina dió bastante á entender con su apacible silencio y turbacion que era del mismo parecer que la madre. No fué de otro su padre, pero mostró alguna inquietud por el dote que le parecia preciso dar correspondiente á un hidalgo como aquel, y cuya casa solar tenia urgente necesidad de reparos. Tapéle luego la boca diciéndole, que en eso no debía pensar él, porque yo desde aquel mismo punto me obligaba á dar quatro mil ducados de dote á mi querida ahijada.

Escribí aquella misma noche á Don Juan dándole parte de todo. Vuestros negocios, le decia, caminan admirablemente, deseo que los míos no estén en peor estado. No pueden hallarse en mejor, me respondió. Dorotea dió inmediatamente su consentimiento sin esperar á que se echase mano del ruego, ni mucho menos de la autoridad. Cada instante se acuerda de vuestra persona, que le agradó mucho, y no le  
agra-

agradaron menos vuestras cortesanas modales. Vos temiais que vuestra persona no fuese de su gusto, y ella por el contrario temé con mayor razon, que solo puede ofrecer su corazon y su mano. ¡Qué mas puedo desear! exclamé fuera de mí de alegría. Una vez que la amable Dorotea no tenga repugnancia á unir su suerte con la mia, nada tengo ya que apetecer en este mundo. Dios me ha dado mas de lo que me basta para recibirla sin dote, sola su posesion ha llenado todos mis deseos.

Contentísimos Don Juan y yo de ver puestas en tan buen estado nuestras cosas, resolvimos de comun acuerdo excusar todas las ceremonias superfluas para acelerar quanto antes nuestras bodas. Dispuse que mi futuro cuñado se abocase con los padres de Serafina; y convenidos en las capitulaciones del matrimonio se despidió de nosotros, prometiendo volver el dia siguiente acompañado de su hermana Dorotea. El deseo de parecer bien á mi novia me obligó á emplear tres horas cumplidas en vestirme, engalanarme y adonizarme, y ni aun así me pude reducir á estar contento de mi figura. Para un mozo que se prepara á ver y recibir á su dama, esta ridícula fatiga es una verdadera diversion; mas para un hombre que ya se acerca á viejo es una ocupacion fastidiosa. Con todo eso fuí mas afortunado de lo que esperaba; volví á ver á la hermana de Don Juan; y ella me miró con unos ojos, que casi me

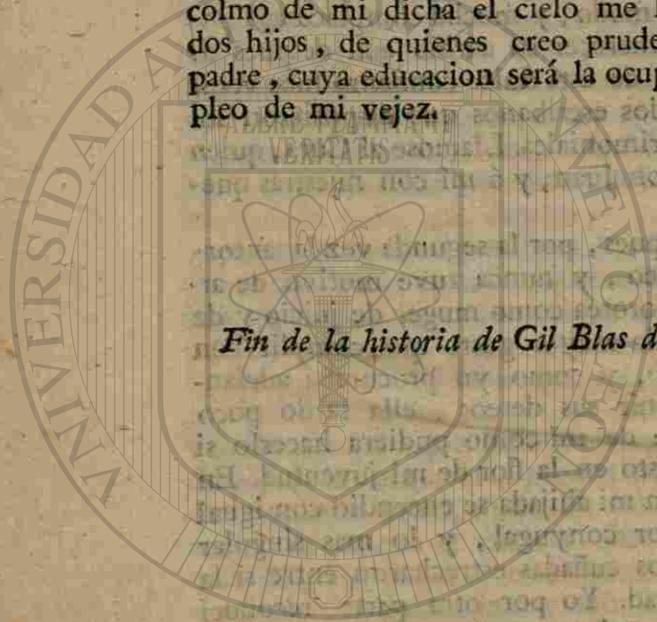
me hicieron creer que aun valia yo alguna cosa. Tuve con ella una larga conversacion; y descubrí ser de bellissimo caracter, y de razon despejada; de suerte que llegué á persuadirme que con buen modo, y mucha complacencia podria llegar á merecer su cariño aun despues de casado. Lleno de esta dulce confianza hice venir de Valencia dos escribanos que dispusieron los contratos matrimoniales. Llamóse al Cura, quien nos casó á Don Juan, y á mí con nuestras queridas esposas.

Encendí, pues, por la segunda vez la antorcha de himeneo, y nunca tuve motivo de arrepentirme. Dorotea como muger de juicio y de virtud no tenia mayor gusto que cumplir con su obligacion, y como yo procuraba adelantarme á prevenir sus deseos, ella tardó poco en enamorarse de mí como pudiera hacerlo si me hubiera visto en la flor de mi juventud. En Don Juan y en mi ahijada se encendió con igual viveza el amor conyugal, y lo mas singular fué que las dos cuñadas estrecharon entre sí la mas fina amistad. Yo por otra parte reconocí en mi cuñado tales prendas, y le cobré tal afecto que no lo sabré explicar, y él me correspondió de tal modo que nunca tuve motivo para quejarme de su ingratitude. En fin era tal nuestra fraternal union, que quando llegaba la noche y la hora de separarnos para ir cada uno á su casa, jamas lo haciamos sin dolor, de manera que al fin fue necesario resolvernos á vivir

juntos debaxo de un mismo techo para no formar mas que una sola familia.

Tres años há, lector amigo, que paso una vida deliciosa en tan amable compañía. Para colmo de mi dicha el cielo me ha concedido dos hijos, de quienes creo prudentemente ser padre, cuya educacion será la ocupacion y empleo de mi vejez.

*Fin de la historia de Gil Blas de Santillana.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS

EN ESTE CUARTO TOMO.

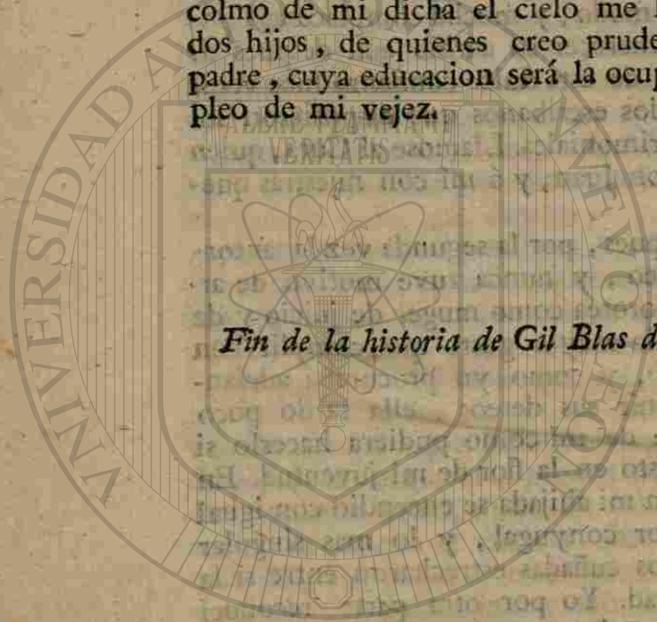
LIBRO DECIMO.

- Cap. I. Partida de Gil Blas para Asturias, y lo que le sucedió al pasar por Valladolid. pag. 1.
- Cap. II. Prosigue Gil Blas su viage, llega felizmente á Oviedo. Estado de su familia, muerte de su padre, y lo que sucedió despues. 13.
- Cap. III. Parte Gil Blas al Reyno de Valencia, y llega en fin á Liria. Descripción de aquella casa, cómo fue recibido en ella, y las gentes que allí encontró. 25.
- Cap. IV. Parte á Valencia, visita á los Señores de Leiva; la conversacion que tuvo con ellos, y la buena acogida que le hizo Doña Serafina. 34.
- Cap. V. Va á la comedia Gil Blas, y vé representar la nueva tragedia. Qué suceso tuvo la pieza, y la variedad de juicios en la crítica que se hizo de ella. 41.
- Cap. VI. Encuentra Gil Blas en la calle á un Religioso á quien le pareció conocida, 42.

juntos debaxo de un mismo techo para no formar mas que una sola familia.

Tres años há, lector amigo, que paso una vida deliciosa en tan amable compañía. Para colmo de mi dicha el cielo me ha concedido dos hijos, de quienes creo prudentemente ser padre, cuya educacion será la ocupacion y empleo de mi vejez.

*Fin de la historia de Gil Blas de Santillana.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS

EN ESTE CUARTO TOMO.

LIBRO DECIMO.

- Cap. I. Partida de Gil Blas para Asturias, y lo que le sucedió al pasar por Valladolid. pag. 1.
- Cap. II. Prosigue Gil Blas su viage, llega felizmente á Oviedo. Estado de su familia, muerte de su padre, y lo que sucedió despues. 13.
- Cap. III. Parte Gil Blas al Reyno de Valencia, y llega en fin á Liria. Descripción de aquella casa, cómo fue recibido en ella, y las gentes que allí encontró. 25.
- Cap. IV. Parte á Valencia, visita á los Señores de Leiva; la conversacion que tuvo con ellos, y la buena acogida que le hizo Doña Serafina. 34.
- Cap. V. Va á la comedia Gil Blas, y vé representar la nueva tragedia. Qué suceso tuvo la pieza, y la variedad de juicios en la crítica que se hizo de ella. 41.
- Cap. VI. Encuentra Gil Blas en la calle á un Religioso á quien le pareció conocida, 42.

- cia, y declárase quién era. 46.
- Cap. VII. Restitúyese Gil Blas á Liria; dale Scipion una noticia de mucho gusto, y reforma su familia. 56.
- Cap. VIII. Amores de Gil Blas, y de la bella Antonia. 62.
- Cap. IX. Boda de Gil Blas y la bella Antonia; aparato con que se hizo; personas que asistieron á ella, y fiestas con que se celebró. 71.
- Cap. X. Lo que sucedió despues de la boda de Gil Blas, y principio de la historia de Scipion. 80.
- Cap. XI. Prosigue la historia de Scipion. 115.
- Cap. XII. Fin de la historia de Scipion. 133.

## LIBRO UNDECIMO.

- Cap. I. Del mayor gusto que Gil Blas tuvo en su vida, y del funesto accidente que le turbó. Novedades sucedidas en la Corte, que fueron causa de que Gil Blas volviese á ella. 163.
- Cap. II. Parte Gil Blas á Madrid, déxase ver en la Corte, reconócele el Rey, recomiéndale á su Ministro, y efectos de esta recomendacion. 170.
- Cap. III. Del motivo que tuvo Gil Blas para no poner en execucion el pensamiento de abandonar la Corte, y del importante servicio que le hizo su ami-

- go Joseph Navarro. 178.
- Cap. IV. Logra Gil Blas amor y confianza del Conde Valdeories. 182.
- Cap. V. Conversacion secreta que tuvo Gil Blas con Navarro, y primer empleo en que le puso el Conde Valdeories. 186.
- Cap. VI. Emplea Gil Blas los trescientos doblones que el Conde le regaló: encarga una comision á su fiel secretario, y suceso del escrito de que acabamos de hablar. 194.
- Cap. VII. Con qué casualidad, en qué sitio y en qué estado encontró Gil Blas á su antiguo amigo Fabricio, y conversacion que tuvieron. 200.
- Cap. VIII. Grangéase Gil Blas cada dia mas estimacion y amor del Ministro. Vuelve Scipion á Madrid y hace á su amo relacion de su viage. 206.
- Cap. IX. Cómo y con quién casó el Conde Duque á su única hija, y los amargos frutos que produjo este matrimonio. 211.
- Cap. X. Encuentra Gil Blas casualmente al poeta Nuñez. Refiérele éste que se representa una comedia suya en el Corral del Príncipe; desgraciado suceso que tuvo, y el no menos feliz que favorable efecto que le produjo esta desgracia. 215.
- Cap. XI. Consigue Santillana un empleo para Scipion, el qual se embarca para Nueva España. 221.
- Cap.

Cap. XII. Llega á Madrid Don Alfonso de Leiva; motivo de su viage; grave afliccion de Gil Blas; y no menor alegría que siguió á su afliccion. 224.

Cap. XIII. Encuentra Gil Blas en Palacio á Don Gaston de Cogollos y á Don Andres de Tordesillas; retiranse todos tres á discurrir con libertad. Fin de la historia de Don Gaston y Doña Elena de Galisteo; servicio que hace Santillana á Don Andres. 231.

Cap. XIV. Va Santillana á casa del Poeta Nuñez; qué casta de páxaros encontró en ella, y la conversacion que tuvo con todos. 242.

LIBRO DUODECIMO.

Cap. I. Emplea el Ministro á Gil Blas en Toledo; motivo y éxito de su viage. 247.

Cap. II. Da Santillana cuenta de su comision al Ministro; le encarga éste disponga la venida de Lucrecia á Madrid; llega á la Corte; y su primera representacion en el teatro. 260.

Cap. III. hace Lucrecia gran ruido en la Corte; representa á presencia del Rey, que se enamora de ella; sucesos de estos amores. 264.

Cap. IV. Nuevo empleo que confirió el Conde Duque á Santillana. 272.

Cap. V. Es reconocido auténticamente el hi-

hijo de la Genovesa por hijo del Ministro, baxo el nombre de Don Enrique Felipe de Namuzg; escoge Santillana los maestros y personas de servidumbre para este señor. 276.

Cap. VI. Vuelve Scipion de la América; acomódale Gil Blas en la familia de D. Enrique; estudios de éste; con quién le casó el Conde Duque; hace noble á Gil Blas contra toda su voluntad. 281.

Cap. VII. Encuentra Gil Blas á Fabricio por casualidad; última conversacion que tuvieron, y aviso importante que le dió Nuñez. 285.

Cap. VIII. Descubre Gil Blas ser cierto el aviso que le dió Fabricio. Hace el Rey un viage á Zaragoza. 289.

Cap. IX. De la rebelion de Portugal, y caída del Conde Duque. 293.

Cap. X. Cuidados que inquietaron al Conde Duque, síguese á ellos una dichosa tranquilidad; género de vida que entabló en su retiro. 296.

Cap. XI. Apodérase del Conde Duque una repentina y profunda melancolía; su causa y sus efectos. 301.

Cap. XII. Lo que pasó en el Lugar de Loeches despues de la muerte del Conde Duque, y partido que tomó Gil Blas. 306.

Cap. XIII. Vuelve Gil Blas á su hacienda de Liria; tiene el gusto de encontrar ya

ya casadera á su ahijada Serafina ; y él mismo se enamora de una dama. 310.  
Cap. XIV. Doble matrimonio que se celebró en la quinta de Liria, con lo qual se pone fin á la historia de Gil Blas de Santillana. 316.



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



